

BREVE HISTORIA del...

IMPERIO AUSTROHÚNGARO

Carmen Moreno Mínguez



Descubra la apasionante historia de la monarquía plurinacional de los Habsburgo y de su transformación frente a los retos de la modernidad.

Un riguroso acercamiento a grandes hechos históricos como la coronación de Francisco José e Isabel, el despertar de los nacionalismos y el desmembramiento final del Imperio en la Primera Guerra Mundial

El 8 de junio de 1867, el emperador Francisco José de Austria recibía la Corona de San Esteban en Budapest. Esta ceremonia marcará el comienzo de la andadura del Imperio austrohúngaro, un proyecto de estado multinacional y ligado a la dinastía de los Habsburgo, que jugaría un papel clave en las convulsiones internacionales de finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

Acérquese a la dimensión internacional del Imperio como actor decisivo en la escena europea del momento, a la efervescencia de los nacionalismos y a la excepcionalidad de las corrientes de pensamiento que revolucionarían el mundo intelectual y cultural europeo.

La monarquía se convirtió en un escenario de experimentación y dialéctica entre lo moderno y lo anclado en una época desvanecida, entre los viejos usos y las nuevas propuestas sociopolíticas y culturales del mundo previo a la Primera Guerra Mundial.

Explore, con *Breve historia del Imperio austrohúngaro*, las apuestas con que la antigua monarquía hizo frente a los desafíos de los nuevos tiempos, así como la caleidoscópica complejidad que latía en sus fronteras.

Lectulandia

Carmen Moreno Mínguez

**Breve historia del Imperio
austrohúngaro**

Breve historia: Pasajes - 34

ePub r1.0
FLeCos 01.09.17

Título original: *Breve historia del Imperio austrohúngaro*
Carmen Moreno Mínguez, 2015

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A la luminosa Elena

1

La transformación del imperio en la monarquía austrohúngara

Después de 1860 la monarquía de los Habsburgo abandonó sencillamente la actitud de gobernar como si sus súbditos no tuvieran opiniones políticas.

Eric Hobsbawm

En 1880, el osado viajero que decidiese aventurarse en el Imperio de los Habsburgo enfrentaba un recorrido por las comarcas de Vorarlberg, Tirol, Salzburgo, Carintia y la Alta Austria, repartidas por los márgenes septentrionales de los Alpes. Más allá, el camino continuaba hacia la Baja Austria, que albergaba la populosa y cosmopolita Viena. El viajero podía proseguir hacia el norte atravesando las provincias checas de Bohemia, Moravia y Silesia hasta alcanzar la vasta región de Galitzia, tierra de campesinos y señores polacos. El camino seguía en dirección a las estribaciones orientales del reino, el territorio de la región de Bucovina, desde la que el viajero podría adentrarse en el corazón de Hungría, atravesando los bosques de Transilvania y tomando rumbo sur hacia Croacia-Eslavonia, la región de Carniola y la península de Istria, a orillas del Adriático. A partir de ahí la ruta se internaba en los Balcanes, finalizando en las soleadas costas de Dalmacia y en la montañosa Bosnia-Herzegovina.



Un mapa caleidoscópico: las provincias y regiones de Austria-Hungría en 1867. En 1908 se anexionó Bosnia-Herzegovina (ocupada desde 1878 en virtud de los acuerdos alcanzados en el Congreso de Berlín) a los territorios

del imperio, lo que desencadenó una crisis internacional que acercaría un poco más a Europa a la guerra.

Lindando con Suiza por el oeste y con el reino de Rumanía en el este, desde las cordilleras de los Balcanes y las costas del Adriático hasta la frontera con las llanuras rusas y los vastos campos de la Prusia oriental, el Imperio austrohúngaro constituía uno de los Estados más extensos y heterogéneos de la Europa de finales del siglo XIX. A diferencia de otros Estados europeos, constituidos en torno a una sola nación y una sola lengua, la monarquía de los Habsburgo estaba integrada por once nacionalidades diferentes, a las que se sumaban distintas etnias no reconocidas como grupo nacional. A ello se unía un crisol de lenguas y religiones, de formas de vida que distaban entre la práctica de la agricultura preindustrial y la existencia cosmopolita de la burguesía liberal en los modernos centros urbanos de Viena, Praga y Budapest. La diversidad se acentuaba asimismo por las enormes diferencias sociales y económicas entre una población que en la década de los setenta del siglo XIX alcanzaba los treinta y siete millones de personas y que para el alborar del siglo XX se aproximaba a los cincuenta millones. Este espacio poliédrico se había gestado a lo largo de los siglos con conquistas y tratados que habían integrado territorios muy diferentes en el Imperio de los Habsburgo, dinastía que regía Austria desde la Edad Media.

El acta de nacimiento de la monarquía austrohúngara está fechada en junio de 1867, cuando el emperador Francisco José I (1830-1916) selló un acuerdo con las élites magiars que transformó el centenario Imperio de Austria en la monarquía austrohúngara. El Estado absolutista pasaba a constituirse como un Estado de Derecho, sustentado en unas leyes fundamentales que limitaban la influencia del emperador y establecían la existencia del Parlamento como órgano legislador, aunque gran parte del Gobierno quedaba en manos de ministros designados por Francisco José. Asimismo, en la monarquía que emanaba del Compromiso de 1867, el Imperio de Austria quedaba dividido en dos entidades autónomas: Austria y Hungría. Las dos mitades de la nueva monarquía dual no constituían Estados independientes, sino que compartían instituciones, ministerios y soberano, pero gozaban de un amplio margen de autonomía para organizar sus asuntos internos. La redefinición de un Estado multinacional en torno a dos entidades donde la minoría alemana y la minoría magiar ostentaban un rol preponderante dio lugar al desarrollo de conflictos con las élites de otras nacionalidades, que pronto se sintieron marginadas en el nuevo modelo de Estado.

Tras la Primera Guerra Mundial y la desmembración del Imperio de los Habsburgo en 1918-1919, se generalizó la expresión prisión de naciones para hacer referencia a la monarquía austrohúngara en los nuevos Estados que emergieron de sus ruinas. La idea de la prisión de naciones dibuja un Estado en el que las diferentes nacionalidades convivían oprimidas, privadas de sus derechos culturales y políticos a manos de alemanes y húngaros. Esta interpretación, que tuvo un gran eco en los estudios sobre Austria-Hungría, se ha puesto en cuestión en los últimos años.

Historiadores como Gary B. Cohen defienden que fue el marco de derechos y libertades establecidos tras el Compromiso austrohúngaro de 1867 el que propició el desarrollo de una sociedad civil más activa y participativa en la vida pública de la monarquía. En este marco se posibilitó el florecimiento de movimientos nacionalistas que abogaban por un mayor protagonismo político en sus provincias, pero que, en su gran mayoría, no aspiraban a la independencia, sino que pretendían lograr sus objetivos en clave de reforma. La imagen de confrontación entre grupos nacionales no retrata la complejidad de la realidad política austrohúngara. En un Estado multinacional como el austrohúngaro, las aspiraciones nacionalistas inicialmente se constituyeron como fenómenos de las élites políticas nacionales, que reclamaban una mayor preponderancia en la administración y el gobierno de sus regiones. Hacia final de siglo, los discursos nacionalistas fueron adquiriendo una base social más amplia y en algunos casos se convirtieron en movimientos de masas que mezclaban reivindicaciones de carácter social con denuncias de la violación de sus derechos nacionales.

El auge de los nacionalismos contrastaba, sin embargo, con una realidad social muy heterogénea. Censos y testimonios de finales de siglo muestran como una gran parte de la población, especialmente en las áreas de frontera entre provincias, no se sentían vinculadas con una comunidad nacional concreta. El día a día en estas regiones era tan multinacional como la propia monarquía, y sus habitantes experimentaban un contacto constante con vecinos de diferente adscripción nacional. Es difícil, por tanto, sostener la idea de prisión de naciones, especialmente porque fue sólo a partir de la vorágine de la Primera Guerra Mundial cuando los grupos nacionalistas defendieron la ruptura con la monarquía.

Junto con la idea de prisión de naciones, o quizá en paralelo a ella, ha sido habitual analizar la trayectoria del imperio como un proceso de declive o de decadencia. Según esta interpretación, el imperio no fue capaz de dar una respuesta efectiva a los conflictos nacionales que bullían en su interior. El Compromiso de 1867 acentuó la preponderancia de unos grupos nacionales sobre otros y, con su hermetismo, eliminó las vías legales para erradicar esa situación de desigualdad y malestar en el seno de la monarquía. El historiador británico Robert Seton-Watson (1879-1951) hablaba de que en los años que siguieron al Compromiso se conformó la historia de un período de gradual desmoronamiento y colapso de un *sistema imposible*. Esta interpretación del dualismo en clave de crisis, que se impuso tras la desmembración de la monarquía con el fin de la Gran Guerra, predominó a lo largo del siglo xx. Austria-Hungría, aquejada de importantes limitaciones estructurales y de fuertes tensiones internas, estaba condenada a desaparecer, y el desastre de la guerra mundial sólo aceleró este proceso inevitable. Frente a aquellos que escriben sobre el declive del Imperio austrohúngaro, expertos como Alan Sked han insistido en la estabilidad que caracterizó el período que terminó en la Guerra Mundial, afirmando que, hasta entonces, la monarquía no había encarado ningún desafío interno que

amenazara su existencia. Otros han incidido, como ya referíamos antes, en el marco constitucional que se puso en marcha tras 1867 para defender la existencia de un clima de politización creciente, que fue posible gracias a la garantía de derechos que comportó el Compromiso. En ese clima se desarrollaron los discursos y las reivindicaciones nacionales que, como se ha señalado en estos análisis, fueron el producto y no la causa de la evolución constitucional en la monarquía austrohúngara.

El final de Austria-Hungría fue tan apoteósico que, a menudo, se ha visto la historia que lo anticipó como un camino inevitable. Sin embargo, hasta el estallido de la guerra en 1914, era un Estado estable y, aunque enormemente complejo y con problemas latentes, casi nadie ponía en duda su supervivencia. El Compromiso de 1867 dio paso a una nueva fase en el antiguo imperio, que dejaba atrás el absolutismo para enfrentar los retos de la modernidad convertido en un Estado de Derecho regido por leyes iguales para todos sus ciudadanos. A lo largo de este libro emprenderemos, a la manera del viajero hipotético de las primeras líneas, una travesía por las luces y sombras de la materialización de aquel proyecto liberal.

En un escenario tan complejo, tan prismático, un punto de partida puede ser la firma del Compromiso de 1867, que abrió las puertas a la transformación del Imperio de Austria en una monarquía dual. En una potencia de carácter neoabsolutista, ¿qué llevó a Francisco José a buscar un acuerdo con los líderes húngaros para la creación de un Estado constitucional y dual que reduciría en gran medida sus poderes? Para responder a esta cuestión hay que adentrarse en el despuntar del siglo XIX, cuando la derrota de Napoleón Bonaparte por la alianza de países contrarrevolucionarios trajo tras de sí la instauración de Austria como gran potencia garante del equilibrio en el continente. En adelante, y a medida que adquirían peso y fuerza los discursos nacionalistas a final de siglo, se reveló la fuerte interrelación que en la historia del imperio tendrían su política exterior y los asuntos internos.

Austria (después de 1867 Austria-Hungría) se instituyó tras 1815 como la piedra angular del *statu quo* europeo, y desde entonces blindó sus intereses y posición de gran potencia tras ese carácter de «necesidad europea». Mientras, los discursos nacionalistas se elevaban desde Estados vecinos como Serbia, que llamaba a la unión de los eslavos del sur bajo el gobierno de Belgrado. La monarquía austrohúngara trató de encarar los desafíos nacionalistas externos que se dirigían a sus minorías nacionales, al tiempo que practicaba una política exterior de paz, que apuntalase su rol indispensable para el mantenimiento del equilibrio en Europa. En el verano de 1914, esa delicada balanza se rompió y precipitó a Austria-Hungría y al resto del continente a la guerra mundial.



Coronación de Francisco José y Sissi en Hungría. La intermediación de la emperatriz, que aprendió el húngaro y declaró incontables veces su magiarofilia, resultó clave para la llegada a un acuerdo entre Francisco José y los grandes aristócratas húngaros.

VON ENGERTH, Eduard. *Coronación del emperador Francisco José y la emperatriz Isabel de Austria como rey y reina de Hungría, el 8 de junio de 1867, en Buda, capital de Hungría (s. XIX). Iglesia de San Matías, Budapest.*

PASOS HACIA EL COMPROMISO

Desde la derrota de Napoleón hasta la firma del acuerdo de 1867, la política interior del Imperio Habsburgo se desarrolló firmemente entramada con la evolución de las dinámicas internacionales del escenario europeo decimonónico. En el relato tradicional de la Restauración (el período que siguió a la victoria sobre Napoleón), la Austria del canciller Klemens von Metternich quedó instituida como garante de la estabilidad del concierto europeo que se estableció en 1815. Además, en alianza con Prusia y Rusia, Austria pasó a integrar la Santa Alianza, que, en adelante, movilizaría sus fuerzas para erradicar posibles rebrotes de liberalismo o revolución en Europa. Sin embargo, muchos historiadores han señalado que volver a los regímenes anteriores a la Revolución francesa se reveló pronto como un objetivo imposible: en adelante, los soberanos europeos tendrían que aprender a vivir con la herencia liberal que las tropas francesas habían esparcido por el continente. El profesor de historia y estudios europeos Martin Lyons describió la existencia, entre 1815 y la guerra de Crimea (1853-1856), de una Europa posrevolucionaria, incapaz de enterrar las experiencias vividas tras 1789 y con sus Gobiernos en busca de una nueva legitimidad.

En este contexto y en su rol como gran potencia y necesidad europea para la contención de la revolución, Austria consiguió asegurar su influencia en Alemania e Italia a través del control de la Confederación Germánica y de las regiones de Lombardía y Véneto. En esa evolución posrevolucionaria, la presencia de Austria en Italia y los Estados alemanes iba a contener la semilla de futuros conflictos que se desarrollarían en el marco de la expansión de las dinámicas nacionalistas tras 1848. En la Europa posterior a Napoleón, el clima posrevolucionario iba a tener sus ecos en nuevos ciclos de revoluciones de carácter liberal, que en la década de los años veinte y treinta demostrarían a los gobernantes europeos que una vuelta atrás era imposible. Estos ciclos, que se extendieron por todo el continente, culminaron en la Primavera de los Pueblos: la Revolución de 1848. Este último estallido revolucionario abrió la primera fisura en el armazón del Imperio de los Habsburgo, pues en él comenzaron a hacerse visibles las reivindicaciones nacionales que años más tarde concluirían en las unificaciones italiana y alemana a expensas de los territorios austriacos. Frente a aquellos que interpretan los años de la monarquía austrohúngara (1867-1919) como un período de crisis y de amenazas a la integridad del Estado, Alan Sked ha señalado que en ningún momento la dinastía sufrió una amenaza mayor que la que supusieron los alzamientos revolucionarios de 1848 y 1849.

En la chispa que encendió las revoluciones está la crisis económica que afectó al continente en los años 1846 y 1847. En 1848, señala Martin Lyons, con el apoyo de una base social creciente, los jóvenes movimientos nacionalistas comenzaron a reivindicar una mayor autonomía política, así como protección y reconocimiento para sus lenguas, tradiciones culturales e intereses económicos. Junto a esto, las demandas

de democracia abogaban por una mayor participación política y por el control de la autoridad monárquica a través de la promulgación de Constituciones liberales. Estas demandas de mayor participación política a través de una ampliación del sufragio se tradujeron en Francia en la caída de la monarquía de Luis Felipe de Orleans. La Segunda República francesa inició su andadura en el marco de estas reivindicaciones, que se concretaron en el establecimiento del sufragio universal masculino. A pesar de que el ciclo revolucionario de 1848 ha sido presentado con unas características comunes, en el marco del Imperio de los Habsburgo cada estallido revolucionario planteó particularidades propias, que difieren del modelo de otros países europeos, en que las clases medias, apoyadas por la clase trabajadora, reivindicaban participación política y control de la autoridad del monarca. Austria contaba con una estructura social enormemente variada; en contraposición a las clases liberales de las ciudades, el campesinado seguía sujeto a los señores y, en la mayoría de las regiones, vivía en unas condiciones casi feudales. Este amplio y variado entramado social motivó que las reivindicaciones de los distintos estallidos revolucionarios divergieran mucho entre sí.

En Hungría, la revolución estuvo protagonizada por la nobleza magiar, que exigía el retorno de la ancestral Constitución húngara. Esta aristocracia dominaba a un campesinado de diferente extracción nacional, y la carta de la emancipación de los campesinos (que en Hungría estaban sujetos a un régimen de servidumbre) la jugaron tanto los independentistas húngaros liderados por Ferenc Kossuth como la Corte vienesa para granjearse el apoyo campesino. Mientras, en Viena estalló una revolución de carácter liberal que, en el contexto del malestar generado por el paro y la crisis económica, contó con el respaldo de las clases trabajadoras. Por su parte, en Praga se desató una revuelta burguesa que pedía mayores libertades y la igualdad del checo y el alemán como lenguas oficiales. Y en el seno de Hungría, croatas, serbios y eslovacos reivindicaban también autonomía política e igualdad lingüística frente al predominio húngaro. Sólo en Lombardía y Venecia los estallidos revolucionarios plantearon la ruptura con los Habsburgo. La dinastía enfrentó la amenaza de las revoluciones con la fuerza, pero también con dos estrategias fundamentales: la instrumentalización a su favor de las rivalidades entre diferentes nacionalidades y la toma de la delantera frente a los húngaros al conceder la emancipación de los siervos en el imperio, que garantizaría el apoyo de los campesinos a los Habsburgo.

A la exitosa represión por la fuerza (con auxilio de Rusia) de los estallidos revolucionarios le siguió la apertura de un período de neoabsolutismo, liderado por el joven Francisco José, que había sido coronado emperador el 2 de diciembre de 1848. A pesar del triunfo sobre la revolución, el período que se abrió tras 1848 asistió al desarrollo de un clima de creciente politización desconocido hasta entonces. En los diez años de neoabsolutismo, este proceso de activación política se dejó notar; las experiencias revolucionarias habían puesto en primera fila de la escena política a la población y, en adelante, sus voces se harían escuchar ensombreciendo el débil

intento de restaurar el absolutismo en Austria. Diferentes grupos de interés, especialmente los liberales, comenzaron a organizarse y a formular decididos sus aspiraciones nacionales, económicas o políticas. En la década de los cincuenta, en pleno intento de recomposición del antiguo orden tras las sacudidas revolucionarias, estalló la guerra en la península de Crimea (1853-1856). El conflicto ha sido interpretado como el compás final del concierto europeo definido tras la derrota de Napoleón.

A principios de la década de los cincuenta, la situación de evidente inestabilidad del Imperio otomano puso de manifiesto las pretensiones rusas de extender su influencia en la región del Mediterráneo Oriental y los Balcanes y de alcanzar el control de los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos. Por su parte, los intereses comerciales de Gran Bretaña requerían el mantenimiento del Imperio otomano en la región. El control por parte de Rusia de la desembocadura del Danubio otorgaba a esta una ventaja en los intercambios comerciales portuarios y suponía un condicionante para las importaciones de trigo de Gran Bretaña, según ha señalado la historiadora Barbara Jelavich. El conflicto de intereses en la llamada cuestión oriental derivó en el estallido de una guerra que se convertiría en el conflicto europeo de mayor peso desde 1815.

La cuestión clave en este enfrentamiento, en el que Rusia luchó contra Gran Bretaña, Francia y el Imperio otomano, fue la decisión de Austria de permanecer neutral. Muchos han achacado esta postura a la percepción austriaca de la delicada situación internacional, que le hacía temer el estallido de un conflicto en los Balcanes que pudiera poner en peligro su estabilidad. Cuando esta posibilidad se hizo efectiva con la ocupación de los Principados Danubianos por Rusia en la guerra, la propia Austria avanzó sobre Bucarest para frenar la ofensiva en 1854. A la amenaza de inestabilidad en los Balcanes se sumaba la tensa situación en Italia, que, de resolverse en contra de los intereses de la monarquía, podría acarrear la pérdida de los territorios italianos, que ya habían manifestado su voluntad de separarse del imperio en las revoluciones de 1948. El resultado, en palabras de Francis Roy Bridge, fue que con la intervención austriaca en los Principados, el concierto europeo y la Santa Alianza, que habían asegurado la posición de Austria en la escena internacional, quedaron en ruinas. La ruptura con Rusia, que tras el apoyo militar que había prestado a los Habsburgo en 1848 se vio traicionada, dejó a Austria relativamente aislada en el escenario internacional que emergía de la guerra, con Prusia como único aliado. La guerra se saldó, además, con una nueva alianza, la de Francia e Inglaterra, y con la unión de los principados de Moldavia y Valaquia bajo un gobernante común, que iba a dar lugar a la formación de una Rumanía independiente del Imperio otomano.

En su estudio sobre la Europa posrevolucionaria, Martin Lyons sostiene que la ruptura en la guerra de Crimea del concierto europeo, que desde 1815 había tratado de reprimir cualquier brote de liberalismo en el Viejo Continente, fomentó la creación de un clima en el que los movimientos nacionalistas encontraron el apoyo

internacional que les permitió alcanzar sus objetivos. Este momento propicio para las aspiraciones nacionales se concretó, como veíamos, en el esbozo del futuro reino de Rumanía y, también, en la independencia de Lombardía del Imperio Habsburgo en 1859-1860.

El aislamiento de Austria, privada del apoyo ruso, y el impulso de las aspiraciones nacionalistas italianas se pusieron de manifiesto en la guerra con el Piamonte de 1859. Los intentos austriacos de reforzar su posición en Italia a través de la creación de una unión aduanera en los territorios italianos semejante al *Zollverein* alemán —que desde 1835 había suprimido los aranceles entre los miembros de la Confederación Germánica, excepto Austria— se frustraron ante la oposición del Piamonte y del propio *Zollverein*, espoleado por Prusia.

En esta pugna por el poder en Italia, las aspiraciones del Piamonte de conquistar Lombardía y el Véneto, respaldadas por la Francia de Napoleón III, dieron lugar a una situación de extrema tensión con Austria, en la que ambos países procedieron a prepararse para una posible contienda. Tras un ultimátum al Piamonte exigiendo el cese de los preparativos para la guerra, Austria arruinó las posibilidades de una solución diplomática cuando procedió a la invasión del reino. Esta precipitada incursión militar provocó el rechazo de la comunidad internacional y acentuó el aislamiento de Austria, que ni siquiera pudo contar con el apoyo de la Confederación Germánica, que la hubiera respaldado en caso de tratarse de una guerra de carácter defensivo. El apoyo de Francia al Piamonte se tradujo en la derrota militar austriaca en Magenta y Solferino en 1859 y en la celebración del Armisticio de Villafranca, por el que Austria accedió al traspaso de Lombardía a Francia, que a su vez la cedería al Piamonte. Esta forma de conducir el conflicto —tomando las armas y, una vez derrotados, accediendo a una negociación de carácter personal, en este caso con Francia— resulta ilustradora para aproximarse al concepto de honor que definió la política exterior del emperador Francisco José. La propia batalla por Venecia, que tuvo lugar a pesar de que Austria ya había acordado su traspaso a Italia a través de la cesión a Napoleón III, la explica Alan Sked precisamente en torno a esta lógica. El historiador sostiene que el honor imperial no permitía la rendición de un territorio sin antes haber presentado batalla por él. Para Austria, apunta Bridge, las consecuencias a corto plazo de la pérdida de Lombardía fueron la bancarrota, la puesta en evidencia del malestar en Hungría, que se manifestó en la informalidad de las tropas húngaras en Italia y, especialmente, el aislamiento internacional que acrecentó su *modus operandi* en el Piamonte.

Austria inició la década de los sesenta con la amarga pérdida de la Lombardía y con su posición internacional en delicado equilibrio. Las aspiraciones de unificación italiana y alemana chocaban frontalmente con las pretensiones austriacas, así como con la integridad territorial del imperio. Tras la derrota de Austria en el Piamonte, el proceso de unificación italiano no se hizo esperar y, en 1861, confirmando los temores austriacos, se proclamaba oficialmente el Reino de Italia tras la anexión por

parte del Piamonte de gran parte de los Estados Pontificios, los Ducados Centrales y el Reino de las Dos Sicilias, ante lo que no hubo represalias militares internacionales. Esta derrota y el consiguiente aislamiento austriaco en el exterior se han interpretado como la causa de una serie de proyectos constitucionales que se pusieron en marcha en la década de los sesenta ante el fracaso de las apuestas políticas del neoabsolutismo, lo que vuelve a demostrar la fuerte ligazón que unía la política exterior y la interior en el imperio. El Diploma de Octubre de 1860 y la Patente de Febrero de 1861 fueron dos de estos proyectos constitucionales, que, en combinación con propuestas centralistas y federales, definieron unos años de relativa maduración política. Los partidarios del absolutismo centralista y los liberales descubrieron que tenían en común una apuesta por instituciones centrales que trabajasen para todo el imperio, mientras que el federalismo conservador apostaba por una mayor autonomía de las élites de cada región en su gobierno, refería el gran experto en la monarquía austrohúngara, el historiador Robert Kann. A pesar de la apertura del debate en los círculos de gobierno en torno a nuevos rumbos políticos, la mayoría de los historiadores hablan de un período de crisis constitucional, en la que el imperio avanzaba desorientado entre las presiones internas y externas.

Entre tanto, Francisco José intentaba asegurar su posición en Alemania con la reforma de la organización de la Confederación Germánica, para la que se estableció un Parlamento federal. Ejemplo de esta voluntad de asegurar la influencia en Alemania fue la propuesta de organización del *Fürstentag*, una reunión de príncipes y dirigentes alemanes de los diferentes Estados de la Confederación Germánica, el 18 de agosto de 1863. Estos intentos por parte de Austria condujeron a una agudización de las tensiones con Prusia, que ya perfilaba el proyecto de una unificación alemana excluyendo la participación de Austria. Por su parte, la amenaza concreta del nacionalismo italiano, materializado en un Estado que Austria tardaría muchos años en reconocer, se cernía de manera más palpable sobre Venecia. Ante el rechazo —de nuevo relacionado con el fuerte concepto del honor de Francisco José— de la oferta francesa para vender Venecia a Italia, el imperio llegó a un acuerdo con Francia por el que esta actuaría de intermediaria en la cesión del territorio a Italia en caso de que Austria ganase la guerra contra Prusia. Por su parte, el canciller alemán, Otto von Bismarck, ofreció su apoyo a Italia en sus aspiraciones de anexionar el Véneto y aseguró la neutralidad de Francia y Rusia en caso de un enfrentamiento austro-prusiano.

Mientras las grandes potencias tejían acuerdos paralelos sobre el futuro de Italia, los esfuerzos austriacos por llegar a un acuerdo diplomático con Prusia acerca de los dominios que ambas tenían en Schleswig-Holstein habían demostrado ser inútiles. Bismarck pretendía construir una Alemania fuera del alcance de la influencia austriaca e iba a usar para ello las tensiones sobre estos dominios. Tras el envío de tropas prusianas a Holstein, Austria, con el apoyo de varios Estados de la Confederación Germánica, declaró la guerra a Prusia el 14 de junio de 1866. Italia, de

acuerdo con Prusia, atacó Trentino, y el enfrentamiento se extendió así al nordeste italiano. La inferioridad militar y económica austriaca pronto se puso de manifiesto y, en la llamada guerra de las Siete Semanas, Prusia avanzó sin grandes dificultades a través de Sajonia y Bohemia, atacando al mismo tiempo a los Estados alemanes aliados de Austria, que no pudieron resistir por mucho tiempo la ofensiva prusiana. Francis Roy Bridge, experto en las relaciones internacionales de la monarquía Habsburgo, hablaba de cómo la guerra con Prusia expuso y acrecentó las debilidades austriacas. Los propios conflictos interiores resultaron, una vez más, decisivos en el desarrollo de un enfrentamiento internacional, pues Bismarck ofreció su apoyo a los radicales húngaros en sus reivindicaciones de autonomía, uniendo a las preocupaciones de Austria en el exterior la amenaza de un enemigo interno.

El avance prusiano culminó en la batalla de Sadowa o Königgrätz el 3 de julio de 1866, en la que Austria fue definitivamente derrotada por las tropas del general Helmuth von Moltke. Tras la victoria y el avance de los prusianos sobre Eslovaquia, los austriacos, a pesar de las victorias frente a Italia, solicitaron un armisticio que iba a poner fin a ambos conflictos. Austria quedó en una posición de extrema debilidad financiera y militar que iba a influir enormemente en el desarrollo de la política interior de la posguerra. La Paz de Praga, firmada en agosto de 1866, puso fin a la guerra austro-prusiana y confirmó la pérdida de Venecia. La derrota frente a Prusia conllevó la pérdida de influencia austriaca en Alemania y, con ello, el triunfo del proyecto de la pequeña Alemania (*kleindeutsche Lösung*) de Bismarck, que culminaría en la unificación alemana en torno a Prusia en enero de 1871.

La estrategia de Bismarck no se limitó a derrotar a Austria en el campo de batalla en 1866 ni a apoyar las pretensiones italianas para anexionar el Véneto, sino que, ofreciendo protección a la reivindicación húngara de autonomía, incrementó la urgencia de alcanzar la estabilidad interna. Para Bismarck la influencia austriaca en los asuntos alemanes aparecía como una exigencia innegociable en el camino a la unificación alemana bajo la égida de Prusia. Este conflicto ha sido visto tradicionalmente como el de una pujante e industrializada Prusia, portadora de la bandera del nacionalismo alemán, frente a la vieja Austria, debilitada por una situación financiera insostenible y por su incapacidad, en su condición de imperio multinacional, de enfrentar el desafío planteado por el galopante nacionalismo. La derrota tuvo asimismo una resonancia interna al provocar el abandono definitivo del neoabsolutismo y la adopción del camino constitucional que se selló con el Compromiso de 1867.

Frente a aquellos que han definido el Compromiso como un resultado del declive imperial austriaco, el experto en la monarquía austrohúngara Pieter Judson sostiene que este se debe en mayor medida a las ambiciones y aspiraciones demasiado exigentes del imperio tras el ciclo revolucionario de 1848. Por su parte, Seton-Watson habla de que la política interna fue no sólo subordinada, sino sacrificada a la política exterior, e incluso identifica un ánimo de revancha contra Prusia en la llegada al

acuerdo. Sin negar la influencia decisiva de los acontecimientos en el exterior, y en la línea de la «Europa posrevolucionaria» que defendía Martin Lyons, hay que poner el foco de atención en la evolución interna de Austria, que desde 1848 había iniciado una lenta evolución que, hasta cierto punto, probaría por sí misma la incapacidad del absolutismo de dar respuesta a los problemas del país. Los propios círculos dirigentes del imperio, e incluso el emperador, percibieron la necesidad de responder con nuevas soluciones a los desafíos que venían desde dentro y fuera de las fronteras de Austria, lo que nos lleva a la cita inicial del gran analista de la historia decimonónica Eric Hobsbawm, que afirmaba lo siguiente: «Después de 1860 la monarquía de los Habsburgo sencillamente abandonó la actitud de gobernar como si sus súbditos no tuvieran opiniones políticas». La profunda interrelación entre esos dos escenarios, el interno y el externo, nos da una vez más la clave. En el contexto de extrema debilidad financiera, de pérdida de prestigio y de territorios en el exterior, y con las aspiraciones de autonomía magiars respaldadas por Bismarck, imperaba la necesidad de estabilizar el interior del imperio. Los diferentes experimentos constitucionales que se habían sucedido en los años anteriores, en combinación con la necesidad de adoptar un nuevo rumbo tras la expulsión de Italia y Alemania y la puesta en cuestión del rol previo a Crimea de garante del *statu quo*, culminaron en la decisión del emperador de reunirse con la aristocracia magiar para reestructurar, y así salvaguardar, el imperio.

UN MARCO CONSTITUCIONAL: LA MONARQUÍA AUSTROHÚNGARA

El *Ausgleich* o Compromiso de 1867 partía de la concesión del mismo estatus de autonomía al Imperio austriaco y al Reino de Hungría. El nombre oficial con que en adelante se conocería al Estado sería el de monarquía austrohúngara o Austria-Hungría.

El acuerdo se llevó a cabo entre el emperador y la nobleza magiar en el mes de marzo de 1867, y se estructuró como un contrato de asociación entre dos Estados autónomos, que contarían con finanzas, relaciones exteriores y ejército comunes, así como con un soberano compartido, que quedaría instituido como emperador de Austria y rey de Hungría. La forma de llevar a cabo el Compromiso, que en definitiva se conformó como la vía de acceso al constitucionalismo, ha suscitado numerosas críticas, ya que no se efectuó entre representantes de las partes del imperio, sino entre el emperador y la élite húngara. De esta manera, se ha llegado a hablar del origen inconstitucional del constitucionalismo austrohúngaro. La acusación de inconstitucionalidad no se refiere en ese caso sólo al hecho de que el acuerdo se produjo entre el emperador austriaco y la nobleza magiar, dejando a un lado posibles instancias de representación, sino a que del acuerdo principal se excluyó al resto de grupos nacionales que integraban la monarquía.

Al establecer el Compromiso la autonomía de ambas entidades, surge la cuestión de si no nos encontramos ante uno, sino ante dos Estados que suscriben un tratado internacional. Respecto a este interrogante hay que subrayar la mutua dependencia que se estableció entre los dos regímenes constitucionales que conformaban la monarquía. Robert Kann ha señalado que el acuerdo concebía dos Estados soberanos en la mayoría de aspectos, pero en ningún caso en todos, pues cada uno imponía restricciones a la soberanía del otro. Esta mutua dependencia imposibilita la aplicación de la categoría de confederación, mientras que la inexistencia de un Estado superior y común a ambas partes excluye la posibilidad de una federación.



Escudo de la monarquía dual. El águila bicéfala, que había estado ya presente en el escudo de armas de Carlos I de España para representar a las dos ramas de los Habsburgo asentadas en los reinos españoles y en Austria, se convirtió en el perfecto símbolo del nuevo sistema del dualismo, con sus dos reinos autónomos, pero unidos principalmente a través de la dinastía soberana.

En relación con el contenido del acuerdo, este estipulaba, como decíamos, el establecimiento de un ministro de Asuntos Exteriores, un ministro de Finanzas y un ministro de Defensa comunes, que se reunirían con las delegaciones (comités ejecutivos) de ambos Parlamentos que, como señala Kann, sólo podrían comunicarse entre ellos por carta. Los tres ministros comunes integraban, junto con los primeros ministros de Austria y Hungría y el emperador, el Consejo de la Corona. En el acuerdo acerca del ejército, se estableció que la lengua de mando sería el alemán, lo que los húngaros no dejaron de denunciar como un ataque a la igualdad entre ambos Estados sobre la que se sustentaba el Compromiso. Se establecía asimismo un acuerdo económico, que se renovarían cada diez años, para determinar los asuntos que concernirían al ministerio de Finanzas común. Junto a la organización de la autonomía de ambas mitades de la monarquía, el aspecto fundamental del acuerdo de 1867 fue su carácter de garante del constitucionalismo que, en adelante, se establecería en Austria y Hungría. En el preámbulo al Compromiso quedaba establecido que se trataba de un acuerdo entre Gobiernos constitucionales, lo que, como ha indicado Sked, hacía el constitucionalismo austriaco tan dependiente del húngaro como este del austriaco. Esta relación de interdependencia constitucional actuaría así como protección de los derechos adquiridos por los magiares en el Compromiso frente a posibles pretensiones absolutistas por parte de Austria.

Al acuerdo de 1867 siguieron dos versiones en miniatura del mismo que firmaron los húngaros con los croatas y los austriacos con los polacos de Galitzia y que, al menos en teoría, iban a aumentar el estatus de autonomía de ambos grupos nacionales en el seno de sus respectivos Estados.

Por último, el Compromiso dio paso a la redacción de dos textos constitucionales, que darían lugar a la conversión de los antiguos súbditos del imperio en ciudadanos. En el ámbito de las Constituciones, hay que atender por separado a lo establecido en el texto austriaco y en el húngaro. Ambos Estados desarrollaron modelos muy diferentes. En su reciente estudio sobre el carácter imperial de la monarquía, Pieter Judson habla de cómo Hungría tomó el camino de la consolidación de un Estado nación a través de políticas de magyarización dirigidas a las minorías nacionales que habitaban en su territorio, mientras que Austria habría desarrollado un modelo más complejo, que él define como de «pluralismo institucionalizado».

En el ámbito de la igualdad reconocida a los grupos nacionales orbita el artículo 19 del texto constitucional austriaco, que garantiza la igualdad de derechos a las diferentes nacionalidades, así como sus prácticas culturales y lingüísticas. Este artículo también recoge una mención a la educación en los territorios multilingües, donde las escuelas primarias deberían ofrecer a cada niño la posibilidad de realizar el aprendizaje en su lengua. Por su parte, Hungría elaboró una Ley de Nacionalidades en 1868, que reconocía el derecho de los individuos a acceder al sistema educativo y la Administración en su propia lengua. Junto con los derechos nacionales, las leyes fundamentales en ambas mitades de la monarquía recogieron un amplio abanico de

derechos y libertades políticas que, aunque limitados, abrieron las puertas a la progresiva conformación de una sociedad civil participativa en la vida pública de Austria-Hungría. El proceso de creciente politización bebía de las décadas previas al Compromiso, pero la conformación de un Estado de Derecho, en el que todos los ciudadanos eran iguales ante la ley y cuyos derechos quedaban garantizados en textos constitucionales, creó, según han señalado historiadores como Gary B. Cohen, un marco en el que los incipientes movimientos pudieron desarrollarse y tomar forma.

En este camino constitucional, la posibilidad de un retorno al absolutismo quedaba desterrada, ya que el acuerdo se sustentaba sobre la exigencia de que ambos Estados deberían establecer leyes constitucionales que garantizaran el equilibrio entre ambas partes y el respeto a la independencia del otro. En este sentido es posible comprender el término Compromiso o *Ausgleich*, que en alemán hace referencia a «equilibrio». Con el acuerdo, la garantía acerca del constitucionalismo de ambas partes allanaba el camino a la modernización irregular pero imparable de la sociedad austrohúngara.

2

De puertas para adentro: la vida política en el nuevo marco constitucional

Cuántas cosas se podrían decir de este Estado hundido de Kakania [...].
Según la Constitución, el Estado era liberal, pero tenía un gobierno clerical.
El gobierno fue clerical, pero el espíritu liberal reinó en el país. Ante la ley,
todos los ciudadanos eran iguales, pero no todos eran igualmente ciudadanos.

Robert Musil

DENTRO Y FUERA DE LAS INSTITUCIONES: SOCIEDAD CIVIL Y PARLAMENTARISMO

El Compromiso de 1867 dio paso en Austria a la publicación de unas leyes fundamentales que, en diciembre del mismo año, trazaron el nuevo marco constitucional en el que transcurriría la vida política austriaca hasta 1918. En esta Constitución austriaca se hablaba por primera vez de ciudadanos, a los que se reconocía su igualdad ante la ley. El texto recogía un abanico de derechos y libertades que situaban a Austria en la línea del avance que el liberalismo estaba consolidando en esta segunda mitad del siglo XIX en la mayor parte de Europa occidental. Entre estos derechos garantizados por las leyes de diciembre aparecía la libertad de credo y de culto en público, lo que unido al reconocimiento de la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley supuso, entre otras cuestiones, la emancipación de los judíos austriacos. Junto a esto, se definieron una serie de derechos civiles y políticos, como la igualdad de todos los ciudadanos, independientemente de su nacionalidad, para concurrir a puestos en la Administración o el derecho y la libertad de instrucción, a los que seguiría un programa de medidas liberales destinadas a consolidar el acceso generalizado a la educación primaria.

Otros, como el reconocimiento a la libertad de expresión, que quedaba protegida en las leyes con la abolición de la censura, darían espacio al desarrollo de una sociedad civil que, desde las revoluciones de 1848, había ido incrementando su grado de politización. Aunque el desarrollo de la sociedad civil austriaca no se debió exclusivamente a la existencia de este marco legal, el reconocimiento de estos derechos propició una forma más activa de participación de la ciudadanía en la vida política, así como la gestación y difusión de foros y asociaciones de diferente orientación a lo largo del país. El propio bullir de la actividad nacionalista se comprende en este nuevo escenario que inauguraba la declaración de que, en adelante, todos los ciudadanos de Austria, sin importar el grupo nacional del que formaran parte, serían iguales ante la ley. Mientras, en Hungría se daban también los primeros pasos para el establecimiento de un régimen liberal sobre la base de un Estado de Derecho. En 1868 se aprobó la Ley de Nacionalidades, que reconocía asimismo la igualdad, con independencia de la pertenencia nacional, de todos los ciudadanos húngaros ante la ley y que garantizaba toda una serie de derechos políticos y culturales a las minorías nacionales de esa mitad del reino.

A pesar de las garantías que ofrecían estas leyes, la igualdad de oportunidades se encontró frente a un profundo abismo que mediaba entre el reconocimiento legal y la puesta en práctica en la escena política austriaca. Estas limitaciones se evidenciaron, en primer lugar, en el hecho de que la mayoría de los nuevos ciudadanos no tenía acceso al voto, limitado por una ley de sufragio censitario basado en el pago de impuestos directos. En segundo lugar, la censura de prensa no llegó a desaparecer, mientras que las libertades de asociación o de reunión fueron severamente

restringidas desde los propios Gobiernos liberales que sucedieron a la firma del Compromiso y que pretendían impedir la organización de la emergente clase obrera austriaca.

En lo relativo a estas cuestiones, la vida política en la mitad húngara de la monarquía se asemejaba a la austriaca. Al igual que en Austria, el acceso al voto estaba limitado por el sufragio censitario, basado en un censo de propiedad y que, en el caso húngaro, se contaba entre los más restrictivos del continente. Los derechos de los grupos nacionales no magiars, que habían quedado garantizados en la Ley de Nacionalidades de 1868, fueron sistemáticamente vulnerados desde las políticas impulsadas por los gobiernos liberales. Asimismo, la libertad de reunión y asociación que reivindicaban el incipiente movimiento obrero organizado húngaro y los grupos nacionales no magiars fueron reprimidas desde la tribuna gubernamental, que intentó desactivar, como si de una bomba se tratase, la creciente politización que iba convirtiendo a la sociedad civil en un agente político que amenazaba con desestabilizar el predominio de los partidos liberales magiars.

Sin embargo, la progresiva participación de la sociedad civil en la vida política no se detendría y, en el marco de procesos similares que estaban teniendo lugar en otros países del continente, abrió paso a la entrada de Austria-Hungría en la modernidad. La politización de la sociedad civil se desarrolló desde distintas tribunas, que en forma de asociaciones, prensa o discusiones de café esquivaron las contradicciones entre la teoría y la práctica de los derechos en la monarquía. En Austria-Hungría, las demandas y la práctica políticas estuvieron marcadas por dos cuestiones fundamentales: los intereses de clase y la problemática de las nacionalidades. Ambos elementos dieron lugar al curso de una particular vida política en una monarquía que se conformaba como un proyecto multinacional en el que, en el plano teórico, no existían nacionalidades inferiores ni superiores, sino ciudadanos iguales ante la ley. La convergencia de estos dos elementos dio lugar a un complejo juego de intereses que definió la manera en que los grupos políticos se confrontaban o establecían alianzas. En los Parlamentos de ambas mitades del territorio se gestó una peculiar forma de hacer política al ritmo de las demandas nacionales, la aspiración al voto de gran parte de la sociedad, la obstrucción parlamentaria, las crisis constitucionales y el gobierno por decreto imperial.

El rol del Parlamento en el seno de la recién creada monarquía austrohúngara se materializó en piedra con la construcción, en las décadas finales del siglo XIX, de los respectivos edificios que, en Viena y en Budapest, habrían de albergar las sedes de los Parlamentos austriaco y húngaro. En Viena, el edificio del *Reichsrat* se incluyó en el proyecto de la Ringstrasse, la remodelación urbana que el historiador Carl E. Schorske definió como la «expresión visual de los valores del liberalismo triunfante». Mientras en Viena se erigía un edificio inspirado en las construcciones del clasicismo griego, en la capital húngara, que se había unificado con la unión de Buda y Pest en 1873, se propuso la construcción de una sede de estilo neogótico, situada a orillas del

Danubio, que en su monumentalidad reflejaría el nuevo estatus de autonomía del Reino de Hungría. Ambos edificios servirían de escenario al estreno de la naciente vida parlamentaria de la monarquía austrohúngara, marcada por el predominio de los partidos liberales que, apuntalados en el poder por el sufragio censitario, iniciarían una compleja andadura democrática.

Hasta 1873, la preponderancia de los liberales en el Parlamento austriaco se debió a la forma indirecta de elección de los diputados, que eran escogidos por las dietas provinciales y no directamente por el electorado. Estos años de mayoría liberal en la Cámara Baja estuvieron marcados por la firma de un acuerdo con los polacos que concedió a Galitzia un amplio estatus de autonomía en el seno de la parte austriaca de la monarquía. El apoyo de los polacos al triunfante liberalismo austriaco contrastaba con el malestar de los checos austriacos, que demandaron sin éxito la reformulación del Compromiso reconociendo la autonomía de los territorios checos unificados (Bohemia, Moravia y Silesia). En 1873, el crac económico y la implantación de un sistema de elección directa a la Cámara Baja supusieron el principio del fin de la breve hegemonía del liberalismo alemán en Austria, cuya ausencia de raíces y su elitismo le negaron una amplia base social con la que poder sustentarse en el poder.

A partir de 1879 se asentó en el Gobierno una coalición conservadora liderada por el conde Eduard Taaffe (1833-1895). Denominada Anillo de Hierro, como el historiador Lothar Höbelt señala, dicha coalición llevó a cabo una política de concesiones y equilibrios entre los diferentes grupos de interés del Parlamento que el mismo Taaffe definiría como un intento de mantenerlos en un estado de «insatisfacción controlada». Los años de gobierno del Anillo de Hierro de Taaffe (1879-1893) estuvieron marcados por estos constantes compromisos y concesiones políticas, que se extendieron a ciertas demandas nacionales. Entre ellas, las leyes lingüísticas de Stremayr de 1880 establecieron el derecho de los ciudadanos a tratar con la Administración imperial en su propia lengua, lo que rompía con el predominio del alemán como lengua administrativa. La coalición conservadora de Taaffe, a diferencia de los Gobiernos liberales precedentes, no infravaloró el impacto de la nueva economía capitalista en las masas trabajadoras. En línea con su política de compromisos, el Gobierno puso en marcha diferentes leyes sociales que pretendían mejorar la precaria situación de los trabajadores austriacos y, al mismo tiempo, frenar su incipiente organización. Así, en paralelo a la legislación laboral, el Anillo de Hierro también promovió leyes que limitaban la libertad de asociación y reunión y que tratarían de atajar la creciente movilización de la clase obrera.

En estos años también estuvo presente la demanda de ampliación del sufragio, que llevó a la aplicación de una reforma electoral en 1882 que redujo el porcentaje de impuestos requeridos para tener acceso al voto. Esta ampliación de la participación política no se dio de forma unilateral, como concesión del Gobierno al pueblo, sino que respondió a un escenario en el que las clases medias y trabajadoras estaban iniciando un profundo proceso de movilización que iba a derivar en la aparición de

nuevos grupos políticos, representantes de sus intereses, en las últimas décadas del siglo XIX. La formación del Partido Socialdemócrata en 1889 o el movimiento pangermanista, antiliberal, antisemita y anticatólico de Georg von Schönerer son algunos de los ejemplos de las nuevas corrientes políticas dirigidas a las masas sociales, que reflejan la politización de la sociedad de final de siglo.

La escena parlamentaria se conformó progresivamente como una caja de resonancia en la que los ecos de las demandas de la sociedad civil lograron modular, especialmente tras la implantación del sufragio universal masculino en 1907, la vida política austriaca. La vida parlamentaria conformó uno de los escenarios más peculiares en la monarquía. El Parlamento austriaco, el *Reichsrat*, estaba dividido en una Cámara Baja, elegida de forma directa desde el año 1873, y una Cámara Alta, en la que estaban integrados muchos aristócratas que, en Austria, nunca asumieron un papel especialmente activo en la vida política.

Como veíamos, los años que antecedieron y siguieron al Compromiso austrohúngaro estuvieron marcados por el predominio liberal, salvaguardado por un sufragio censitario que mantenía a la mayoría de los trabajadores al margen de la participación política. Esta limitación del voto dejaba, de forma indirecta, fuera del acceso al Parlamento a determinadas nacionalidades cuya composición social era prácticamente por completo de origen campesino, como era el caso de los rutenos, en el extremo oriental de Galitzia. En cambio, las denominadas nacionalidades dominantes, alemanes, checos y polacos, sí contaban con capas sociales que pudieron acceder a la participación política en los años que siguieron a la firma del Compromiso y, desde entonces, se garantizaron una representación suficiente en el Parlamento (más de 50 diputados) para influir en el juego legislativo. En este trazado político asistimos a la puesta en escena de los dos fenómenos que mencionábamos arriba y que iban a marcar el ritmo de la vida política austriaca: las demandas nacionales y los intereses políticos de las clases sociales. Las relaciones entre los grupos políticos estuvieron definidas normalmente por una combinación de ambos parámetros, dando lugar a cambiantes alianzas que generaron una constante inestabilidad parlamentaria.

Como ya mencionábamos, el cambio de siglo evidenció un creciente cambio social en Austria, generado a raíz del proceso de transformación política y económica que el dominio liberal, en el marco del carácter constitucional de la Austria de dualismo, había desencadenado. Este cambio social, que comportó la politización de las masas, se volvió, como Carl E. Schorske acertadamente analizó, en contra de ese liberalismo que había abierto la puerta a un proceso de creciente participación política que continuaba siendo enormemente excluyente: «Lejos de unir a las masas en contra de la antigua clase dominante que estaba arriba, los liberales convocaron, sin darse cuenta, a las fuerzas de la desintegración general que habitaban en las profundidades de la sociedad». Entendiendo esa «desintegración general» como desaparición del modelo construido en los años de predominio liberal, estas nuevas

fuerzas políticas se oponían, en sus apoyos y en sus programas, a las premisas del liberalismo. La última década del siglo XIX presenció el ascenso del socialismo cristiano, del pangermanismo antiliberal y antisemita de Georg von Schönerer, del sionismo de Theodor Herzl y de la socialdemocracia en Austria. Estos años asistieron también a la ampliación de la base social de los movimientos nacionalistas, que en las décadas precedentes habían constituido fenómenos minoritarios y circunscritos especialmente a las ciudades. Hacia final de siglo, los discursos nacionalistas que reivindicaban mayores derechos y autonomía para las minorías nacionales atraían a un número creciente de personas decepcionadas con la experiencia liberal.

La demanda del sufragio universal por parte de los trabajadores austriacos organizados en torno al líder socialista Victor Adler tuvo su apogeo en una multitudinaria manifestación en noviembre de 1905, en la que doscientos cincuenta mil trabajadores se congregaron en torno a las consignas de sufragio universal y en apoyo a la revolución que había estallado en Rusia ese mismo año. En 1907, el emperador dio el visto bueno a la reforma que instauró en Austria el sufragio universal masculino. La apertura de la veda que salvaguardaba el derecho a voto para las élites aristocráticas y burguesas muestra que el conflicto hasta entonces había latido más en la pugna de esas mismas élites por el poder en los diferentes territorios de la monarquía que en confrontaciones nacionalistas. Los resultados de las primeras elecciones celebradas con sufragio universal masculino no modificaron *grosso modo* la composición étnica de la Cámara Baja, pero sí el balance de las fuerzas políticas. Esto no quiere decir que no se produjeran enfrentamientos de impronta nacional entre los grupos parlamentarios. Más allá, al observar los debates y la composición del Parlamento austriaco previos a la implantación del sufragio universal, asistimos a la frecuente instrumentalización del nacionalismo por parte de unas élites sociales que querían garantizarse el acceso a las esferas de poder en sus respectivos territorios. Asimismo, las demandas nacionales se convirtieron, tras 1907, en un fuerte reclamo de los partidos frente al ampliado electorado austriaco.

Por otra parte, y en relación con las particularidades del parlamentarismo austriaco, hay que hacer referencia a los frecuentes casos de obstrucción parlamentaria. Este fenómeno consistía en el sabotaje a los debates por parte de los propios diputados, que utilizaban todo tipo de técnicas para impedir que progresaran medidas contrarias a sus intereses políticos. En 1897, el primer ministro Kasimir Badeni (1846-1909) promulgó unas ordenanzas lingüísticas que igualaban el checo al alemán como lengua de la Administración en Bohemia y Moravia, y que, para 1901, obligarían a los funcionarios de las dos provincias a dominar ambos idiomas. Estas leyes fueron el detonante de una fuerte ola de obstruccionismo: como respuesta inmediata, los diputados alemanes iniciaron un boicot que no habría de remitir hasta la retirada de las leyes y la dimisión del primer ministro en noviembre de ese mismo año. El sabotaje a las ordenanzas lingüísticas no se limitaría al Parlamento, sino que encontraría eco en los nacionalistas alemanes austriacos, que tomaron la calle

exigiendo la derogación del decreto. La obstrucción, que se normalizó como instrumento de presión política, desarrolló un amplio abanico de técnicas, que iban desde generar un alboroto tal que el debate se hacía prácticamente imposible (con la ayuda de instrumentos de todo tipo) hasta la pronunciación de discursos interminables que llevaban a la oposición a la extenuación; en octubre de 1897, cuenta Höbelt, en plena crisis por las ordenanzas lingüísticas, el doctor Otto Lecher dio un discurso en la Cámara que se extendió desde las 20.45 horas del día 28 hasta las 8.45 de la mañana del día siguiente, lo que le valió ser celebrado como un héroe en Bohemia y Moravia.

El recurso a la obstrucción parlamentaria nos habla de la escasa cultura democrática de la Austria de fin del siglo XIX y principios del siglo XX. Los grupos políticos, orientados en torno a criterios ideológicos, nacionales o a intereses sociales, y combinados de mil formas distintas en alianzas parlamentarias, combatían con ruido o con boicots en las votaciones presupuestos y leyes. Karl Kraus (1874-1936), el crítico por excelencia en la Viena de fin de siglo, satirizaría la vida parlamentaria austriaca cuando afirmó que «el parlamentarismo es el acuartelamiento de la prostitución política». La vocación democrática austriaca se quebraba en estas continuas obstrucciones, que dieron lugar a lo que el historiador Steven Beller ha denominado «absolutismo burocrático». Este concepto retrata bien las consecuencias del boicot al proceso parlamentario, que conducían, con la paralización del debate sobre las leyes por los propios diputados, al gobierno por decreto del emperador, que se efectuaba a través de la extensa red de funcionarios que integraban la densa estructura administrativa austriaca.

El recurso al gobierno sin el Parlamento fue constante a lo largo de estas décadas, y culminaría con la aprobación de la Ley de Servicios de Guerra de 1913, de la que se valdría el conde Karl von Stürgkh (1859-1916), primer ministro austriaco desde 1911, para dirigir el país sin recurrir al Parlamento desde 1914. Stürgkh fue asesinado por Friedrich Adler, el hijo del histórico dirigente de la socialdemocracia austriaca Victor Adler, el 21 de octubre de 1916, un mes antes de la muerte del emperador. El historiador William M. Johnston relata como en el juicio que le valió el indulto del nuevo y último emperador Habsburgo, Friedrich Adler pronunció un vehemente alegato contra la tiranía establecida por el primer ministro desde el estallido de la guerra.



Diputados de los Jóvenes Checos sabotean el debate parlamentario el 8 de junio de 1900. Una de las prácticas recurrentes era alborotar con ayuda de instrumentos musicales y cacharros de cocina para impedir el curso de los debates.

La escena parlamentaria húngara tampoco se mantuvo al margen de las prácticas obstruccionistas, que se utilizaban de igual manera como instrumento de la oposición para bloquear los debates en torno a las leyes. Una de sus manifestaciones más sonadas se produjo en 1903, cuando los diputados de los partidos de oposición magiars irrumpieron en la Cámara Baja del Parlamento destrozando el mobiliario como protesta ante la votación fraudulenta de que se había valido el gobierno de István Tisza, afín al emperador, para aumentar el porcentaje de reclutas húngaros en el ejército. En el Parlamento húngaro, la cuestión del ejército común fue siempre un caballo de batalla que agitó el debate político. Cuando la coalición separatista liderada por Ferenc Kossuth (1841-1914), Gyula Andrásy *el Joven* (1860-1929) y Dezso Bánffy (1843-1911) impulsó el reconocimiento del húngaro como lengua de mando en las unidades magiars del ejército, Francisco José rechazó invitarles a formar Gobierno y se inició una crisis constitucional en 1905 en la que el emperador logró imponer su voluntad a cambio de comprometerse ante los líderes magiars a no implantar un sufragio universal que estos veían como el detonante de la influencia de grupos no magiars en la vida política húngara.

A pesar de las afinidades en las prácticas de obstrucción parlamentaria, la vida parlamentaria húngara guardaba diferencias con la austriaca. El sufragio universal que se introdujo en Austria en 1907 era rechazado por la mayoría de los partidos liberales representados en el Parlamento húngaro, con la excepción del Partido de la Independencia, que con su rechazo al Compromiso de 1867 necesitaba apoyos sociales más amplios para dar pasos legislativos hacia la independencia de Hungría. El privilegio del voto fue celosamente guardado por estos partidos, integrados, a diferencia de los austriacos, por un elevado número de aristócratas terratenientes, cuyo monopolio político protegía sus intereses como latifundistas. En esta línea, los reiterados intentos de Francisco José por instaurar el sufragio universal se inscriben en una lógica de tratar controlar los desafíos y aspiraciones independentistas de los

líderes magiars dando espacio político y voz en el Parlamento al resto de nacionalidades que vivían en el reino.

El sufragio censitario húngaro se contaba, como decíamos, como uno de los más excluyentes de la Europa de la época, y a pesar de alguna tímida reforma para ampliarlo en las décadas finales de la monarquía, nunca tuvo acceso al voto más de un siete por ciento de la población. El doble filo de la resistencia de los partidos liberales, que pretendía mantener fuera del cerco parlamentario no sólo a los grupos nacionales no magiars, sino también a la mayoría de las masas trabajadoras, se observa en los porcentajes de votantes de estas décadas. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, tras la reforma electoral de 1913, el porcentaje de trabajadores industriales con acceso al voto alcanzó el doce por ciento. Al restringido acceso al voto en Hungría se unía una generalizada corrupción del sistema electoral. Las elecciones húngaras fueron, a lo largo de las décadas del dualismo, sistemáticamente manipuladas. Las prácticas de fraude electoral adoptaban diversas formas, entre las que se cuentan el recurso al soborno, el chantaje, las amenazas a votantes de la oposición, su exclusión del registro electoral o la provocación de peleas para forzar el cierre de la votación antes de lo estipulado.

La combinación del restringido porcentaje de votantes con la manipulación electoral era frecuente no sólo en el seno de la monarquía austrohúngara, sino en la mayoría de países del escenario europeo de finales del siglo XIX. Por ello, al hablar de estas iniciales experiencias parlamentarias hay que hacerlo con cautela, sopesando la ausencia de referentes y de tradiciones democráticas precedentes, y reconociendo las contradicciones de una amplia mayoría de los partidos liberales de la época, en cuya práctica política el reconocimiento de derechos y libertades individuales se circunscribía a un limitado sector social, que para el cambio de siglo aún dejaba fuera a la amplia clase trabajadora en la mayoría de los países europeos. Eric Hobsbawm lo explicaba así:

Este era el dilema fundamental del liberalismo del siglo XIX, que propugnaba la existencia de Constituciones y de Asambleas soberanas elegidas, que, sin embargo, luego trataba por todos los medios de esquivar actuando de forma antidemocrática, es decir, excluyendo del derecho de votar y de ser elegido a la mayor parte de los ciudadanos varones y a la totalidad de las mujeres.

Los años de predominio liberal en Hungría estuvieron marcados por dos iniciativas emprendidas por las élites gobernantes, cuyo eco resonaría a largo plazo: el desarrollo de una Administración centralizada y el impulso de políticas de magyarización destinadas a hacer de Hungría el país de los magiars. En el proceso de centralización iniciado por el Partido Liberal de Tisza, se llevó a cabo la separación del poder judicial de la Administración, así como una serie de medidas destinadas a conformar un Estado fuerte sustentado en una sólida estructura administrativa. Como la historiadora Piroska Balogh ha señalado, entre otras iniciativas se asistió en estos años a la fundación de un cuerpo de policía húngaro, a la elaboración de un código

penal moderno, y al establecimiento de tribunales independientes de la estructura administrativa. Por su parte, la política de aumento del control y la vigilancia estatales sobre la población iniciada por el Gobierno liberal de Dezso Bánffy (1843-1911) en 1895 generó un incremento del número de cargos en la Administración húngara en la línea gubernamental de creación de una fuerte estructura de funcionarios sobre la que asentar el Estado magiar.

En Hungría, la aspiración de independencia de algunos partidos magiars desempeñó un importante papel en la vida parlamentaria. La configuración de las fuerzas políticas se orientaba en torno a aquellos que defendían la permanencia del Estado dentro del *Ausgleich* y aquellos que reivindicaban la constitución de un Estado independiente más allá del pacto de 1867. Entre los primeros se hallaba el Partido Liberal de Kálmán Tisza (1830-1902), que a partir de 1886 sería liderado por su hijo, István Tisza (1861-1918), primer ministro entre los años 1903-1905 y 1913-1917. Frente a este Partido Liberal, pro *statu quo* y en buenos términos con el emperador, se erigía el Partido de la Independencia, conformado por parte de la élite magiar que rechazaba el acuerdo de 1867 y aspiraba a la completa independencia de Hungría, de acuerdo con los términos planteados en el alzamiento revolucionario de 1848, aunque manteniendo una unión de carácter personal con la dinastía de los Habsburgo. La creciente politización de las sociedades europeas a finales del siglo XIX se reflejó también en la conformación de nuevas fuerzas políticas en la última década del siglo. En 1895 se fundó el Partido del Pueblo, de orientación católica, mientras que un año después el conservador movimiento agrario húngaro cristalizó en la conformación de la Unión de Propietarios de la Tierra Húngaros, que integró las demandas políticas de un amplio espectro de campesinos con tierras y de propietarios agrícolas húngaros. Cinco años antes, en 1890, se había fundado el Partido Socialdemócrata húngaro, que compartía, al menos inicialmente, reivindicaciones de clase de otras agrupaciones socialdemócratas internacionales. La socialdemocracia húngara, en el marco de un país esencialmente rural, no logró atraer hacia su programa a los campesinos sin tierra, parte de los cuales se orientó al conservador movimiento político del agrarismo.

Junto a estos partidos, y en reacción a la exclusión de la población no magiar, se desarrollaron en los años noventa del siglo XIX movimientos políticos organizados de carácter nacionalista, integrados por grupos sociales no magiars, que, a pesar de las restricciones legales a la formación de asociaciones políticas, reivindicaron la implantación de una ley de sufragio universal y denunciaron la constante violación del principio de igualdad reconocido en la Ley de Nacionalidades, así como la política de magiarización emprendida por la élite gobernante.

Las políticas de magiarización se basaban en una interpretación concreta de la Ley de Nacionalidades de 1868. Este texto reconocía la igualdad ante la ley de todos los ciudadanos húngaros y afirmaba que todos ellos constituían la nación húngara, unitaria e indivisible. Como analiza Alan Sked, los partidos magiars en el

Parlamento hicieron una lectura de esta ley en clave de construcción de una nación húngara para el Estado húngaro, en lugar de fomentar la creación de un espacio de convivencia política de las diferentes nacionalidades que habitaban Hungría. Este proceso de magiarización incidió fundamentalmente en el ámbito educativo, en el que el húngaro se estableció como lengua obligatoria en las escuelas desde el primer curso. La presencia del húngaro en las etapas educativas iniciales se iba haciendo progresivamente más acusada a medida que el estudiante avanzaba a través de ellas, de modo que aquellos que llegaban a estudiar en una universidad húngara debían dominar la lengua magiar no sólo para acceder a los estudios, sino para poder iniciar una carrera profesional más tarde en el país. Las políticas de magiarización, que se aplicaron a los diferentes ámbitos de la vida pública, pretendían evitar la influencia eslava o alemana en los asuntos públicos húngaros a través de un proceso de homogeneización de la población, que empezaba con la extensión del húngaro como elemento generador de identidad nacional. El historiador Robin Okey ha calculado que alrededor de un millón de personas fueron asimiladas en Hungría a través de los procesos de magiarización. Los ataques al multilingüismo se pusieron en marcha en la escena pública de diferentes maneras: en 1898, se publicó un acta que obligaba a las ciudades y pueblos húngaros a adoptar una única denominación oficial, que debía establecerse en lengua magiar, mientras que en los cementerios se impuso que los epitafios de las tumbas estuvieran escritos en húngaro. Los magiares, que tan aguerridamente habían defendido su autonomía política y sus derechos culturales y lingüísticos frente al Imperio Habsburgo, iniciaron un proceso de anulación de esos mismos derechos culturales y políticos con las minorías nacionales que habitaban en sus fronteras. El tratado de autonomía que habían suscrito con Croacia no evitó la extensión de las políticas de magiarización a la minoría croata. Asimismo, los Gobiernos magiares impulsaron la progresiva eliminación de la Administración y de las autoridades locales, que se sustituyeron por una creciente y centralizada red administrativa magiar.

La respuesta de los grupos nacionales ante estas políticas se hizo audible desde finales del siglo XIX en lo que conforma una demostración del proceso de politización que iba calando en una sociedad civil que, a pesar de la respuesta represiva del Gobierno, se organizaría en distintos foros, asociaciones y tribunas para lanzar sus demandas políticas. De nuevo, aunque de distinta forma que en Austria, asistimos a la transformación de la sociedad en un agente político activo, que se define y se expresa con múltiples voces al margen de las instituciones del Estado y que en el proceso produce también un cambio en las mismas. En este marco de efervescencia de la sociedad civil, volvemos sobre la cuestión que planteábamos en el primer capítulo: ¿puede entenderse Austria-Hungría como prisión de naciones? Según refieren historiadores como Gary B. Cohen, es precisamente la existencia y el desarrollo de esa sociedad civil moderna, en el contexto de un marco legal introducido con el Compromiso de 1867, lo que contradice esa interpretación. El establecimiento de un

Estado de Derecho en Austria y Hungría con los textos constitucionales que sellaron el Compromiso generó un espacio político en el que se fraguó esa sociedad civil que tomaría partido en la conformación de la vida pública y que rompió con la idea de un Estado anclado en el pasado, en cuya parálisis política habían quedado atrapadas las naciones que lo integraban.

Mientras, las instituciones y las élites sociales entraron también en ese proceso de transformación, muchas veces de manera reticente, si no en abierta oposición. Los antiguos usos del absolutismo que habían regido en la vieja Austria hasta mediados del siglo XIX pesaban aún sobre gran parte de la aristocracia, y sus prácticas se dejaron sentir incluso en tiempos del constitucionalismo austrohúngaro.

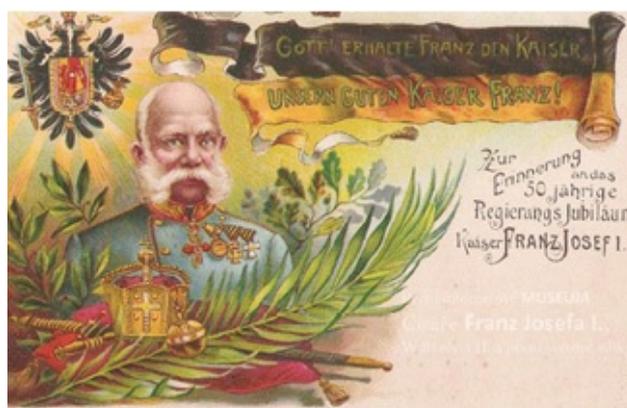
Así, el cambio impulsado desde la sociedad civil chocó en numerosas ocasiones con la ausencia de cultura democrática de las élites austrohúngaras. El recurso al obstruccionismo de los debates parlamentarios es un ejemplo de estas carencias. El constante boicot de los debates en las Cámaras Bajas de ambas mitades de la monarquía motivó la legitimidad del recurso al gobierno por decreto imperial, que permitiría al emperador y sus ministros gobernar al margen de un Parlamento paralizado. Las palabras de Robert Musil, que satirizó la situación de la monarquía dual en su novela *El hombre sin atributos*, resultan reveladoras:

Existía un Parlamento que hacía uso tan excesivo de su libertad que casi siempre estaba cerrado; pero había una ley para los estados de emergencia con cuya ayuda se salía de apuros sin Parlamento, y cada vez que volvía de nuevo a reinar la conformidad con el absolutismo, ordenaba la Corona que se continuara gobernando democráticamente.

EL EMPERADOR

El emperador que habría de instituirse como símbolo de la estabilidad y la unidad de Austria, y más tarde de la monarquía austrohúngara, inició su reinado en medio de revoluciones que amenazaban con quebrar el imperio milenario. Desde su acceso al trono el 2 de diciembre de 1848, Francisco José I (1830-1916) reinó durante casi setenta años, que asistieron a la transformación del imperio en una monarquía dual y a la conformación de un Estado de Derecho en la vieja Austria. En estas décadas de transformación de la sociedad austriaca, marcadas por el auge de las conciencias nacionales que irrumpirían en la vida pública de una monarquía concebida como proyecto multinacional, el emperador se esforzó por enfrentar las nuevas corrientes y garantizar la unidad del Estado. A lo largo de su extenso reinado (más largo que el de ningún otro monarca europeo), Francisco José se fue conformando como el símbolo del supranacionalismo que caracterizaba, en esencia, su monarquía; un símbolo pensado para servir de referente y de punto de encuentro, más allá de las identidades nacionales, a los ciudadanos de un Estado multinacional.

Famoso por su estricta disciplina y su sentido del deber, el monarca suscitaba el respeto de la mayoría de sus súbditos y su figura estaba presente en la vida pública de la monarquía. A través de las celebraciones públicas del aniversario de su subida al trono, el 2 de diciembre, así como de su cumpleaños, el 18 de agosto, desde la Corte se impulsó la extensión de esta presencia a todos los rincones de la monarquía. Su corte de bigote y la forma de sus patillas se popularizaron entre los hombres, mientras que la costumbre de colgar un retrato del emperador se extendía a lo largo y ancho del territorio. En la escuela, contaba el escritor vienés Stefan Zweig, la primera canción que aprendían los niños era la *Canción del emperador*: «El emperador: esta palabra había sido para nosotros la quintaesencia del poder y de la riqueza, el símbolo de la perpetuidad de Austria [...]». El escritor y periodista Friedrich Torberg relata, por su parte, como muchos años después de la desaparición de la monarquía dual, el 18 de agosto seguía estando asociado en su memoria con el cumpleaños del emperador y las celebraciones en Bad Ischl, donde la Corte pasaba la temporada veraniega.



«Nuestro buen emperador Francisco José». La figura del soberano, que ocupó el trono entre 1848 y 1916, llegó a

convertirse en una referencia de la época que moriría, al igual que él, en la Primera Guerra Mundial.

Las relaciones familiares del emperador no correspondieron al ideal de orden y tradición con que este rigió el resto de aspectos de su vida y su gobierno. Su boda con la princesa Isabel de Baviera, conocida como Sissi, derivó en un matrimonio en el que la joven emperatriz pronto se sintió oprimida por el rígido protocolo de la Corte imperial, así como por la fuerte influencia que la madre del emperador, la archiduquesa Sofía, tenía sobre su hijo y, por extensión, sobre los asuntos de la Corte, entre los que se encontraba la educación de los hijos de la pareja imperial. Esta situación provocó el progresivo desgaste del matrimonio y la creciente melancolía de Sissi, que en 1886 escribía:

Abandonada
mi soledad, tan tremenda,
la combatía escribiendo pequeñas canciones.
Mi corazón se hundía en la pena
y arrastraba siempre a mi alma.

La emperatriz se refugiaba de una vida insatisfactoria en la Corte en continuos viajes por Europa, cabalgatas y largos paseos. Fue asimismo una gran amante de la cultura y la lengua húngaras, lo que comportó que fuera una figura enormemente popular en Hungría. El suicidio del príncipe heredero Rodolfo en 1889 fue un golpe que acentuó su melancolía y que estaría vívidamente presente hasta su muerte en 1898. Los difíciles años de Sissi en la Corte estuvieron marcados por una importante actuación política de la emperatriz, que tuvo un papel clave en el Compromiso austrohúngaro, cuando intercedió tanto ante el emperador como entre los líderes magiares, con enorme éxito en ambas partes, para promover la llegada al acuerdo que daría paso a la monarquía austrohúngara.

La relación de Francisco José I con su hijo Rodolfo tampoco fue sencilla. Al príncipe, fruto de un matrimonio entre primos hermanos, se le atribuían ciertos trastornos mentales que se sucedían con las depresiones. La relación entre padre e hijo nunca fue especialmente estrecha, y ya como joven príncipe Rodolfo desarrolló un ideario político diferente al de su padre, en el que destacaba la afición a pensadores de la Ilustración francesa, como Descartes o Voltaire. Infeliz en su matrimonio con la princesa Estefanía, Rodolfo enviaría una misiva al Papa León XIII solicitando la anulación del enlace, que este devolvió, en clara negativa, no al príncipe, sino al emperador, suscitando el enojo y un mayor distanciamiento entre ambos. Sobre las razones del suicidio de Rodolfo, que antes de dispararse a sí mismo mató de un tiro a su amante, la baronesa María Vetsera, en el pabellón de caza de Mayerling el 30 de enero de 1889, se ha especulado siempre entre los motivos pasionales y la frustración general que emanaba de la tensa relación con el padre. Su muerte, que fue un duro golpe para Francisco José y para Sissi, causó también una fuerte sacudida política, pues la monarquía perdía al heredero de la dinastía. La

muerte de Rodolfo llevó a proclamar sucesor al trono a Francisco Fernando, sobrino del emperador, con el que este tampoco llegó a entenderse nunca, ni en su concepción de la problemática de la monarquía ni en el plano personal.

La proverbial imagen de un emperador ya envejecido se revistió de melancolía cuando el 10 de septiembre de 1898 la emperatriz fue herida de muerte junto al lago Lemán, en Ginebra, por el anarquista italiano Luigi Luccheni. Las fiestas del jubileo del reinado de Francisco José fueron inmediatamente suspendidas por el luto que, anunciado desde los campanarios de las iglesias a lo largo y ancho de la monarquía, rendiría tributo a la emperatriz asesinada. Las tragedias familiares rodearon al símbolo del emperador con un halo nuevo, ajeno a los atributos de soldado y soberano ecuánime y paternal que hasta entonces habían envuelto su figura. La dimensión humana de Francisco José y la vulnerabilidad del viejo soberano que los golpes del suicidio de su hijo y el asesinato de su mujer sacaron a la luz añadieron un nuevo galón a la imagen del emperador, el del hombre que, sacudido por la tragedia, perseveraba en su deber como soberano y piedra angular de la monarquía.

EL EJÉRCITO

De acuerdo al Compromiso de 1867, Austria y Hungría ostentarían un ejército común, que se denominaría imperial y real (*kaiserlich und königlich*), y cuyo liderazgo correspondía en última instancia al emperador. Junto a este ejército compartido, y como concesión a la insistencia húngara acerca de contar con un ejército propio, ambas partes de la monarquía tendrían sus propias fuerzas militares, que quedaban en última instancia a disposición del emperador: el *Landwehr* austriaco y el *Honvédség* húngaro.

El ejército constituía, paradójicamente, uno de los mayores motivos de conflicto en el seno de la monarquía y, al mismo tiempo, el baluarte de su unidad. Este papel como salvaguarda de la unidad interna encuentra sus raíces en diferentes elementos. En primer lugar, la memoria de 1848, cuando la intervención del ejército puso freno a las revoluciones que habían prendido por todo el imperio, estaba presente en muchos, entre ellos en el propio emperador. Por otro lado, el ejército, presente en todo el territorio, representaba una esfera de convivencia directa para los ciudadanos de distintas nacionalidades, que, con la ley de servicio militar de 1868, estaban obligados a prestar servicio activo durante tres años, en los que se los destinaba a todos los rincones de la monarquía. «La institución militar en sí llegó a ser un crisol de nacionalidades, una institución hacia la cual oficiales y soldados sentían una lealtad que trascendía el origen nacional», escribía Johnston.

La razón del conflicto radicaba, como veíamos en las páginas anteriores, en las negociaciones en torno al presupuesto y al número de reclutas que cada parte de la monarquía debía aportar, así como en el descontento húngaro con el hecho de que el alemán fuera la lengua de mando y en la intransigencia de Francisco José respecto a renegociar este punto. En sus relatos sobre el desaparecido mundo austrohúngaro, Friedrich Torberg, escritor austriaco de origen bohemio, recoge la anécdota de un indignado general alemán Erich Ludendorff, al que la existencia de un ejército multilingüe se antojaba cercana a la traición:

Hago una inspección del frente austriaco en la Polonia rusa [...]. En una de las posiciones quiero decir unas palabras a los soldados [...], pero no entienden ni papa. Un montón de húngaros. Continúo con mi inspección [...]. Ordeno que me lleven un intérprete húngaro a la siguiente posición [...]. Otra vez nada. Un montón de croatas. Intérprete polaco en la siguiente posición [...], un montón de checos. Intérprete checo...

La torre de Babel que enfurecía a Ludendorff tenía, pese a todo, un mecanismo propio que permitía la comunicación con los reclutas que no hablaban alemán. Pese a que esta era la lengua de mando, los oficiales estaban obligados a conocer la lengua de las unidades a su cargo, la llamada lengua de regimiento. Lo frecuente era que los hombres conocieran más de una lengua, por lo que la mayoría de las unidades del ejército austrohúngaro eran políglotas. En el seno del ejército se reconocían el alemán, el húngaro, el checo (a veces dividido en su versión morava y su versión

bohemia), el eslovaco, el polaco, el ruteno, el serbo-croata, el esloveno, el rumano y el italiano, llegando a contar un total de entre diez y once lenguas distintas. El gran historiador húngaro István Deak cuenta que los regimientos y los oficiales que los comandaban empleaban la lengua o lenguas de los soldados para la comunicación cotidiana y, al mismo tiempo, aprendían alrededor de ochenta palabras o expresiones de orden en alemán, como «¡alto!» o «¡fuego!». Este hecho fortalecía la experiencia multinacional tanto para el soldado raso como para el oficial, cuyas lealtades, como refería Johnston, se dirigían hacia la propia institución del ejército, que se presentaba como una de las esferas más tangiblemente integradora de la monarquía.

A pesar de que el ejército se convirtió en un experimento viviente de la multinacionalidad que propugnaba un Estado paradójicamente agitado por convulsiones que bebían de las demandas de los grupos nacionales, la vida de servicio era dura y estaba marcada por el privilegiado estatus que el código de honor ostentaba en el imaginario militar de la monarquía austrohúngara. Johnston ha analizado agudamente la pervivencia de este código de honor, que abocaba a la obligación de batirse por cualquier disputa, muestra del conservadurismo de un ejército que, como el monarca que lo lideraba, otorgaba un alto valor a la preservación de sus tradiciones. Uno de los acontecimientos que mejor exponen la resistencia al cambio del ejército austrohúngaro, así como la tendencia a sospechar de la innovación, señala el historiador, fue rechazo de un nuevo invento, el carro de combate, por el Estado Mayor en 1911. Aun así, el ejército austrohúngaro no conformaba un cuerpo paralizado o anclado de forma definitiva en el pasado. La cuestión de su estructuración en relación con la cuestión del multilingüismo demuestra que los cambios que se estaban produciendo en la sociedad penetraban también en los muros de los cuarteles.

El carácter de símbolo de unidad que ostentaba el ejército en la monarquía austrohúngara se edificó no sólo sobre su faceta estrictamente militar, sino también en su protagonismo en festividades y eventos públicos, cuando los regimientos elegantemente ataviados desfilaban realizando una puesta en escena de la unidad de los pueblos de Austria-Hungría. Las funciones ceremoniales que aparecían entre las obligaciones del ejército se han estudiado en profundidad como una de las fuentes de cohesión social en la monarquía. Las procesiones, desfiles militares y fiestas de la época del dualismo conformaban auténticos espectáculos de música y color a los que la población asistía en masa y que, como representaciones teatrales, desplegaban ante los ojos de los asistentes espectaculares escenas en las que los soldados y oficiales de distintas nacionalidades marchaban juntos como símbolos acompañados de la unidad de la monarquía. La presencia del emperador junto a sus tropas, en uniforme militar de primer soldado del reino, reforzaba en el imaginario social el nexo entre ambas instituciones: la Corona y su ejército. En las celebraciones del aniversario del monarca de 1898, que ese año coincidieron con el quincuagésimo jubileo de su reinado, este nexo se puso especialmente de relieve a través del espectacular

despliegue de desfiles y bandas militares que recorrieron las ciudades de la monarquía.



Representación de fin de siglo de la caballería del ejército imperial y real. En la jerarquía militar, la caballería ocupaba un lugar especial, aunque sus flamantes uniformes y sus impecables corceles rememoraban más los tiempos pasados que reflejaban los presentes.

Al comenzar la Gran Guerra, Francisco José había arengado a sus tropas afirmando que entraba en el conflicto «para la preservación del honor de mi monarquía y para la protección de su prestigio». Cuando el anciano emperador murió en 1916, su fallecimiento puso nuevamente en evidencia el estrecho lazo que unía su figura con el ejército, así como su papel no sólo como elemento cohesionador de la monarquía, sino también de las propias fuerzas armadas. Las lealtades del ejército se habían establecido, especialmente, hacia la figura del emperador, y no hacía el pueblo. Las fracturas que surcaban al diezmado ejército austrohúngaro se hicieron más profundas con la ausencia del símbolo de una monarquía que se resquebrajaba con las convulsiones de la Gran Guerra.

INSTITUCIONES NO OFICIALES: EL CAFÉ Y LA PRENSA

Mucho se ha escrito sobre el café como espacio de reunión y diálogo intelectual, como escenario literario en el que concurrieron pensadores y artistas dando forma al irrepetible fin de siglo vienés. Pero en la monarquía austrohúngara el café no se define exclusivamente como espacio literario ni se circunscribe a la cosmopolita Viena. «El café es un lugar para la cita y la conspiración, para el debate intelectual y para el cotilleo, para el *flâneur* [«paseante»] y para el poeta o metafísico con su cuaderno», recita, como en un poema, el filósofo de la cultura Georg Steiner en una obra sobre la idea de Europa. En esta frase concurren dos ideas que nos señalan la dimensión del café más allá de su carácter como fenómeno cultural. En primer lugar, el café se configura como un escenario público, al menos todo lo público que permitía el precio de una taza de café, para la discusión, para la conversación política, para la conspiración a la que hace referencia Steiner. El término conspiración puede parecer poético en este contexto, pero lo cierto es que los cafés, durante un siglo XIX en el que la mayoría de la población de los países europeos estaba excluida del juego político, ofrecieron cobijo y una tribuna de discusión a la oposición liberal y, más tarde, a la propia oposición al liberalismo triunfante. Ilustrando esta faceta del café como lugar de encuentro de la oposición excluida de la arena política europea en los siglos XIX y XX, se puede rescatar una entre las miles de anécdotas del universo del café: en vísperas de la Primera Guerra Mundial, Victor Adler, el dirigente socialdemócrata austriaco, comentaba al ministro de Asuntos Exteriores, Leopold Berchtold, que la guerra desataría una revolución en Rusia. El escéptico ministro respondió con esta pregunta: «¿Y quién liderará esa revolución? ¿Acaso el señor Bronstein, sentado en el Café Central?». El señor Bronstein, asiduo del café vienés, era por entonces uno de los pseudónimos de León Trotski.

En segundo lugar, la reflexión de Steiner nos lleva a inscribir el café no sólo en Austria-Hungría, donde la vida de café aparece descrita en los incontables retratos de la época, sino como fenómeno europeo. El auge del nacionalismo en estas décadas previas a la Primera Guerra Mundial no puede disimular lo compartido. El café, que en la memoria de la monarquía austrohúngara ha quedado recogido como una institución indispensable en la vida social, cultural y política de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, se extendía por Europa como testigo de unas formas, unas pautas compartidas. En ellos se escuchaban las voces de esa sociedad que iba movilizándose políticamente a lo largo y ancho del continente y, por tanto, al margen de su faceta como punto neurálgico del mundo de la cultura y de la intelectualidad de la época, resulta interesante tomar en cuenta el aspecto político del café, su inigualable carácter como ágora de la época.

Ágora ha sido la palabra a la que historiadores y estudiosos del período han recurrido con frecuencia para definir este marco público que conformó otro de los escenarios en los que se produjo el proceso de participación política de la sociedad

civil excluida de las instituciones.

Sobre el mundo del café del Budapest de los tiempos del dualismo escribe la escritora Eszter Orbán: «En los cafés reinaba la democracia que fuera de sus muros era un concepto desconocido, aunque en realidad esa igualdad fuera sólo aparente». En este contexto, el café cobra un valor especial como lugar de reunión, de tertulia política, de lectura de la prensa nacional e internacional y, en definitiva, como espacio de participación política.

Como ya mencionábamos, el café no era un fenómeno circunscrito a la Viena de fin de siglo. Por toda la monarquía se tejió una red de estos locales y frecuentarlos se convirtió en uno de los hábitos socioculturales más arraigados en Austria-Hungría. A finales de siglo podían llegar a contarse hasta seiscientos cafés en Budapest, de la que el sociógrafo Ödön Gerő escribiría: «Budapest es la ciudad de los cafés. El que quiera retratar la capital que retrate sus cafés». Igualmente, en cada pequeña ciudad, en cada villa de la monarquía, la vida pública giraba en torno a la escena del café. Aunque es difícil recuperar los debates perdidos entre sus tazas y sus paredes, la mayoría de los escritores de Austria-Hungría, cronistas de estos años, nos dan la medida de la importancia del café en el escenario social centroeuropeo: Stefan Zweig, Joseph Roth, Soma Morgenstern, Peter Altenberg o Ferenc Molnár son algunos de los ejemplos de escritores que dejaron testimonio del efervescente clima del café en esos años no sólo con su pluma, sino con su infatigable presencia en ellos.

Asimismo, a este papel como foro de reunión y expresión de la emergente sociedad civil austrohúngara contribuyó el café como centro de recepción de la prensa, que a menudo se encontraba con mayor regularidad y variedad en estos locales que en los propios quioscos. El rol de la prensa en la gestación de la opinión pública contribuyó en gran medida a la conformación del café como espacio político. Así describía Zweig lo que suponía un café de aquel entonces:

Se trata, de hecho, de una especie de club democrático, abierto a todo aquel que quiera tomarse una taza de café a buen precio y donde, pagando esa pequeña contribución, cualquier cliente puede permanecer sentado durante horas, charlando, escribiendo, jugando a las cartas; puede recibir ahí el correo y, sobre todo, puede consumir una cantidad ilimitada de periódicos y revistas.

La lectura y el comentario de la prensa en el café austrohúngaro conforman también un cauce para la experiencia de la multinacionalidad de la monarquía. Con la consumición de la que hablaba Zweig, al cliente se le ofrece la posibilidad de tener acceso a una amplísima oferta de prensa, que, con censura, sin ella o a pesar de ella, reflejaba la problemática política de unas décadas agitadas por las demandas nacionales y sociales de la población del imperio multinacional. La prensa, que ostenta un papel central como generador de opinión, como vía de acceso al debate político para la sociedad, era un medio de transmisión de las perspectivas del otro a través de diarios húngaros, bohemios, polacos o italianos. El amplio abanico de periódicos se convirtió en una cara más del prisma multinacional de la monarquía, en

una forma más de entrar en contacto con las demandas y percepciones nacionales. Especialmente, la prensa era la vía de contacto de la sociedad con la problemática nacional latente en la monarquía, que de otra forma habría quedado, en gran parte de las ocasiones, reducida al ámbito local. Esta dimensión supranacional del café a través de los periódicos y revistas que atesoraba a disposición de todos los clientes ha quedado recogida en los relatos de Friedrich Torberg, que ha retratado las continuidades que pervivían en la época de Entreguerras con los días de la monarquía dual: «El *Diario de Praga*, el *Lloyd de Pest (Pester Lloyd)* y el *Diario Matutino de Czernowitz (Czernowitzer Morgenzeitung)* seguían estando con la misma naturalidad en los cafés de Viena, igual que en los de Brno, Agram y Trieste estaban la *Prensa* y el *Diario* y el *Periódico de Viena*». Con el *boom* de la publicación de la prensa de gran tirada a finales del siglo XIX, la nunca inofensiva práctica de la lectura, seguida por la discusión enmarcada en ese entorno esencialmente social del café, se instituyó como una forma de vivir el entorno multinacional que conformaba la monarquía dual.

Pero el mundo de la prensa y del periodismo, si bien contribuyó decisivamente a la politización y a la conformación de una opinión pública en el seno de la sociedad civil, no constituía una esfera de libertades en la cual periodistas y redactores pudieran poner por escrito cualquier tipo de observación, cualquier tipo de crítica. A pesar de que el Compromiso austrohúngaro había garantizado la abolición de la censura en Austria, el ejercicio de la misma sobre la prensa se perfeccionó a finales de siglo, cuando el control de los principales periódicos austriacos pasó a manos de los bancos. Desde entonces fueron estos los que trazaron la línea de lo que se escribía y lo que se callaba, anulando el contrato fijo que unía al periodista con el diario y, por tanto, poniendo a este en la inestable necesidad de adaptarse a las nuevas exigencias si quería seguir escribiendo para el periódico en cuestión, señala la poeta y profesora de filosofía Sandra Santana. Igualmente, recursos como la prohibición de la venta de determinados diarios o el establecimiento de un impuesto sobre dicha venta en 1898 contribuían a ejercer la censura sobre la prensa de innumerables maneras. Además, la frecuente corrupción que envolvía la publicación de noticias ejercía a su vez su particular influencia en estas tribunas de opinión a través de prácticas como el chantaje o la filtración de noticias falsas. Las intrigas y las irregularidades propias de la vida periodística de estos años fueron objeto de crítica entre los propios periodistas. El punto de mira de la crítica pluma de Karl Kraus se detuvo en incontables ocasiones sobre este panorama periodístico austrohúngaro. Años después del final de la Primera Guerra Mundial, el editor del *Diario de Praga*, Rudolf Keller, comentaba al ya mencionado Friedrich Torberg que por aquel entonces trabajaba como periodista en la redacción del diario, lo que le gustaría conseguir la contribución de Kraus para su periódico: «El doctor Keller no se daba cuenta de que él jamás escribiría para el *Diario*, sino a lo sumo contra él». En cualquier caso, y a pesar de las limitaciones, los periodistas en Austria-Hungría continuaban encontrando las formas de impregnar sus artículos con reflexiones de todo tipo, lo que hacía de la

prensa de la época un digno espejo de las cuestiones y debates latentes en la agitada vida pública de la monarquía.



Escenarios burgueses de final de siglo: la terraza del elegante Café Reitter en Budapest.

Este rol del café como centro neurálgico de la vida social, como el lugar al que ir para recibir las noticias del mundo a través de los periódicos que colgaban en sus perchas y como espacio de conversación política, además de literaria, es testimonio de esa emergente sociedad civil en Austria-Hungría, que, con su incorporación a la vida política de la época, impulsó un profundo cambio político en la monarquía. En palabras de Joseph Roth, que dedicó una obra completa a las escenas de los cafés vieneses, «en el Café Central, los relámpagos del espíritu iluminaban más que suficiente».

3

La monarquía austrohúngara en el escenario internacional

La política presenta todas las tensiones de una novela policial. Las gestiones diplomáticas ofrecen el espectáculo de unos Estados buscados por vía requisitoria por una banda criminal internacional.

Karl Kraus

La Primera Guerra Mundial, bautizada por el escritor vienés Stefan Zweig como «el mayor crimen de su época», dejó enterrado entre las ruinas de Europa al imperio de los Habsburgo. Tradicionalmente, el estudio de la política exterior de la monarquía se ha orientado a la luz, o más bien a la sombra, de su final. Es un hecho que fue la propia monarquía austrohúngara la que inició el conflicto con la declaración de guerra a Serbia en julio de 1914. Partiendo de su trágico final, muchos historiadores han dibujado una perspectiva en la que la actuación internacional de Austria-Hungría parece precipitarla ineludiblemente hacia la guerra, que aparece asimismo como un hecho inevitable. En la conmemoración del primer centenario del estallido del conflicto, multitud de obras vienen a confirmar o a contradecir estos planteamientos, pero la vinculación del estudio de la política internacional de Austria-Hungría con la guerra persiste. El objetivo de este capítulo no es desterrar esa vinculación, pues la guerra no se inició de forma casual ni ajena a la evolución internacional de la monarquía. Más allá, intentaremos adentrarnos en esa evolución partiendo de la premisa de que la guerra no fue la culminación inevitable de la política exterior austrohúngara, ni siquiera de la práctica de las relaciones internacionales de las potencias europeas en las décadas previas. Así, intentaremos adentrarnos en estos años no desde la perspectiva del que conoce su final, sino buscando la idiosincrasia propia del período para evitar tratar la época «como rehén de la inevitabilidad histórica, y devolver a ese período un futuro abierto», en palabras del historiador Philipp Blom.

Al abordar la complejidad de las relaciones internacionales de la monarquía, vamos a atender a dos claves: la inclusión de esta en un circuito internacional de Estados con un *modus operandi* común y la fuerte interrelación entre los procesos y la evolución interna y la proyección exterior de la monarquía. En primer lugar, la política exterior austrohúngara se inscribe dentro de un sistema de relaciones internacionales con una lógica propia y común a todas las potencias europeas. Para comprender la actuación y las percepciones exteriores de la monarquía es necesario integrarlas en estas dinámicas europeas compartidas que, a la postre, desembocarían en el estallido de la Primera Guerra Mundial. La palabra estallido resuena con un matiz pasivo, como si la guerra fuese un explosivo que, de forma casual o

programada, detonó en 1914. En este sistema de relaciones internacionales donde se gestó ese explosivo también se crearon mecanismos que hubieran podido evitar el conflicto. En segundo lugar, y en esta lógica de analizar la evolución internacional de la monarquía en el contexto de las dinámicas europeas, hay que atender a la fuerte interdependencia entre los factores internos y la política exterior de las potencias. En los Estados multinacionales, esta relación entre los procesos internos y las relaciones exteriores se acentuaba especialmente en tanto que, en el *crescendo* de los nacionalismos en el período, las reivindicaciones de las minorías nacionales internas en combinación con las aspiraciones nacionales externas se percibían como una amenaza a la integridad territorial de los Estados. Para tratar de descifrar la ecuación integrada por ambos elementos nos aproximaremos a la lógica que subyacía en la actuación internacional de Austria-Hungría y, desde esta lógica interna y no al revés, sopesaremos el papel de la monarquía en el camino a la Primera Guerra Mundial, aquel «mayor crimen» de su época del que dieron magnitud las palabras de Zweig.

AUGE Y CAÍDA DEL CONCIERTO EUROPEO: RELACIONES INTERNACIONALES DECIMONÓNICAS

El Congreso de Viena de 1815 se reunió con la determinación de reordenar el escenario europeo tras las convulsiones desatadas por la Revolución francesa y las conquistas de Napoleón. Los dirigentes de las potencias vencedoras trazaron en 1815 nuevas fronteras físicas y políticas, destinadas a eliminar la amenaza de una Francia fuerte y liberal y a equilibrar el balance de poder en Europa para conjurar esa amenaza. Con este objetivo, se trató de diseñar un sistema de equilibrio de poder que garantizase la coexistencia pacífica de las monarquías europeas. Y la paz fue un logro, al menos aparente, del concierto europeo establecido en Viena. Tras 1815, Europa viviría un largo período de paz, interrumpido sólo por la guerra de Crimea en 1854.

En este nuevo orden europeo, la Austria del canciller Metternich (1773-1859) y del emperador Francisco I (1768-1835) emergía con una posición reforzada en las provincias del norte de Italia y en Alemania, donde emprendió el liderazgo de la Confederación Germánica. Asimismo, en el sistema de equilibrio de poder gestado en el Congreso de Viena, Austria quedaba consolidada dentro del grupo de las grandes potencias europeas no sólo como vencedora de la Francia napoleónica, sino como líder espiritual de la Europa del absolutismo monárquico y el destierro del liberalismo. El Imperio Habsburgo enlazaba también su posición de gran potencia con su carácter de «necesidad europea», de piedra angular del mantenimiento del *statu quo* en el continente que, a medio o largo plazo, aparecía como el único garante de la paz.

A pesar del intento de restauración del orden político y social previo a la Revolución, los dirigentes reunidos en Viena no podían eliminar las experiencias y el contacto con los planteamientos liberales que el avance del ejército napoleónico había diseminado a su paso por la mayoría de los países europeos. Como sostenía Martin Lyons, el período que se abría en 1815 no supondría una regresión a la cultura política previa a 1789, sino que, a pesar de la determinación de las monarquías vencedoras de erradicar el liberalismo, no podrían dejar de integrar determinadas demandas políticas y sociales —reivindicación de mayor participación política, igualdad ante la ley, libertad económica, etc.— que ya no desaparecerían nunca de la agenda política de Europa. Las demandas políticas que habían prendido en estas sociedades europeas se manifestarían de forma inequívoca en el ciclo de revoluciones liberales de 1820, 1830 y 1848, con las que, a pesar del triunfo generalizado de las fuerzas de la reacción, se constató el avance en la Europa posrevolucionaria de nuevas fuerzas sociales y políticas: el liberalismo, y en 1848 el nacionalismo y el emergente movimiento obrero. En el combate contra las revoluciones, el Imperio de los Habsburgo se revistió una vez más de ese carácter de gran potencia, preservadora de un balance de poder que sentía amenazado por las aspiraciones de los liberales.

El liderazgo de Austria, que se basaba en su alianza con las otras grandes potencias defensoras del antiguo orden (Rusia y Prusia), se vio truncado en el transcurso de la guerra de Crimea (1853-1856), cuando la neutralidad de Austria quebró la antigua alianza con San Petersburgo hasta el punto de que, en su valoración del escenario internacional de la posguerra, el profesor de historia de la Universidad de Victoria (Canadá) Robert S. Alexander señalaba a Austria como la auténtica víctima del conflicto. La segunda mitad del siglo XIX estaría marcada por el ascenso de las aspiraciones nacionalistas, que se concretaron, en el caso de las unificaciones de Alemania e Italia, a expensas del territorio de los Habsburgo. Con el avance de las décadas se fueron gestando alianzas y contra-alianzas entre las potencias europeas, en las que influirían factores que se fueron consolidando en estos años: el pujante capitalismo, el nacionalismo y las aspiraciones coloniales del imperialismo europeo. Estos elementos quedarían reordenados en el Congreso de Berlín de 1878, en el que Austria-Hungría obtendría el derecho a la ocupación de Bosnia-Herzegovina durante los treinta siguientes años.

EL CONGRESO DE BERLÍN Y LOS BALCANES

Tras la victoriosa actuación de Rusia en la guerra ruso-turca de 1877-1878, el resto de las potencias europeas acordó reunirse en un congreso internacional para evitar la consolidación de la ventajosa posición rusa en la región, garantizada por el Tratado de San Estéfano, con el que se había puesto fin al enfrentamiento con el Imperio otomano. El congreso tuvo lugar en Berlín en junio de 1878 bajo el arbitraje del canciller alemán, Otto von Bismarck. En él, los representantes de las potencias limitaron ampliamente las concesiones efectuadas a Rusia en el Tratado de San Estéfano, entre las que se establecía la creación de una Gran Bulgaria que se anticipaba como un Estado satélite ruso en los Balcanes. Este proyecto, que suscitó la indignación de Austria-Hungría y Gran Bretaña al blindar la presencia rusa en sus zonas de influencia, fue anulado en Berlín, donde se estableció la partición de esa Gran Bulgaria en dos Estados: Bulgaria y Rumelia. Asimismo, se reconoció la independencia de Serbia, Montenegro y Rumanía, mientras que Macedonia quedó bajo dominio otomano. En el congreso se acordó también la ocupación de Chipre por Gran Bretaña y la de Bosnia-Herzegovina por Austria-Hungría. Para compensar el malestar ruso y garantizar la supervivencia de la Liga de los Tres Emperadores (*Dreikaiserbund*), Bismarck añadió algunas cláusulas a la misma, que preveían la ampliación territorial de Bulgaria, el cierre de los estrechos en tiempo de guerra y la anexión de Bosnia-Herzegovina por Austria-Hungría en el futuro.

Para finales de siglo las alianzas entre las grandes potencias europeas habían derivado en una política de bloques que buscaría el mantenimiento de la balanza de poder en Europa a modo de sistema disuasorio. Para Austria, la segunda mitad del siglo XIX estuvo marcada por la disminución de su preponderancia en la escena europea. Derrotado en 1859 en Lombardía y expulsado de Alemania y definitivamente de Venecia en 1866, el emperador tuvo que atender las aspiraciones magiares dando paso a la conversión del imperio en un sistema dual. Asimismo, la expulsión de ambas zonas de tradicional dominio Habsburgo llevó a trasladar el foco de la política exterior sobre el único escenario que restaba a la monarquía: los Balcanes. Allí una vez más se manifestó la íntima conexión que, en la Europa del auge de los nacionalismos, tenían los asuntos internos y la política exterior para un Estado multinacional. En las décadas finales del siglo XIX y en las primeras del XX, Austria mantuvo su estatus como gran potencia, pero su influencia internacional se vio mermada por su debilitada situación económica y militar, así como por la ausencia de aliados firmes. La opacidad instalada en el juego internacional, el sistema disuasorio que se gestó en torno a las alianzas europeas de final de siglo y la vertiginosa carrera armamentística dieron lugar a la definición del concepto paz armada para referirse a estos años. En referencia a las décadas previas al estallido de la Gran Guerra, Hobsbawm rescataba las siguientes palabras del filósofo inglés Thomas Hobbes: «La guerra consiste no sólo en la batalla ni en el acto de luchar, sino

en un espacio de tiempo en el que la voluntad de enfrentarse por medio de la batalla es suficientemente conocida».

La política exterior de la monarquía se inscribe en un sistema internacional que emana del Congreso de Viena y que, a lo largo del siglo XIX, desarrollaría unas formas propias de hacer relaciones internacionales, un *modus operandi* compartido. En su obra *Sonámbulos*, el historiador Christopher Clark plantea que el estallido de la guerra en 1914 si bien no fue inevitable, sí fue resultado de unas dinámicas concretas, de cadenas de decisiones tomadas por los agentes políticos europeos durante las décadas previas. Para comprender la interacción entre ese sistema internacional y la política exterior desarrollada por Austria-Hungría, es necesario buscar en las motivaciones de los actores que protagonizaron aquella escena internacional; el juego diplomático internacional decimonónico no se comprende exclusivamente por la pura persecución de intereses nacionales. En el curso de las relaciones internacionales entre 1815 y 1914, entraron en escena valores y conceptos, aceptados y practicados por las potencias europeas, que influyeron asimismo en la proyección exterior de esas mismas potencias. Entre estos agentes, el concepto del honor guardaba un lugar privilegiado en la práctica de las relaciones internacionales decimonónicas. El vocabulario en torno al concepto de honor era constante en la diplomacia europea de la época. La historiadora alemana Ute Frevert afirma que este honor, como código de comportamiento, planteaba una estricta vía de resolución de conflictos basada en una única disyuntiva: o bien el ofensor daba marcha atrás y reparaba la ofensa infligida, o el ofendido se veía en la obligación de desafiar al agresor y defender su honor. En el estudio de la evolución de las relaciones internacionales resulta imprescindible atender a estos agentes más sutiles, pero igualmente influyentes en la toma de decisiones.

MOVIMIENTOS EN EL TABLERO INTERNACIONAL

En el tablero internacional, Austria-Hungría partió de una experiencia que definiría su proyección y su política exterior en las décadas siguientes: la derrota frente a Prusia en Königgrätz de 1866. El fracaso militar en el exterior aceleró en el interior la reforma y el proceso constitucional que se habían iniciado en los años anteriores y que concluyeron en la firma del Compromiso de 1867, acta de nacimiento de la monarquía austrohúngara. La metamorfosis del imperio en un régimen constitucional comportó cambios también en la política internacional. En la nueva estructura dual, los asuntos exteriores, al igual que las finanzas y las fuerzas armadas, conformaban los ministerios comunes. La figura del ministro de Asuntos Exteriores era designada por el emperador y era responsable ante él. El Consejo Ministerial, formado por los tres ministros comunes y los respectivos primeros ministros de cada mitad de la monarquía, era el espacio de discusión de la política exterior y los aspectos militares y navales de Austria-Hungría. El soberano se unía en ocasiones a las deliberaciones del Consejo, que entonces pasaba a llamarse Consejo de la Corona. La última instancia en el ámbito de la política exterior era el emperador, que tenía la palabra final en materia de guerra y paz, podía intervenir en cualquier decisión tomada por sus ministros, a los que él mismo elegía y destituía, y quedaba instituido como máxima autoridad del ejército imperial y real.

Francisco José ejerció siempre un rol preponderante en materia de relaciones internacionales no sólo en Austria-Hungría, sino en el conjunto del escenario europeo y, de manera especial, en los contactos entre soberanos. Las visitas de monarcas europeos a la residencia veraniega del emperador en Bad Ischl eran frecuentes, mientras que Francisco José cuidaba la relación personal con otros jefes de Estado enviando notas de felicitación por bodas o nacimientos reales o sentidas condolencias en caso de defunciones, ejerciendo de lo que el académico estadounidense Samuel Williamson ha definido como «el patriarca del sistema monárquico». La postura del emperador en cuestiones internacionales abogó siempre por la búsqueda de la cooperación como vía para salvaguardar los intereses de Austria-Hungría. En 1911, en el curso de una discusión con el belicoso jefe del Estado Mayor, Conrad von Hötzendorf (1852-1925), el emperador replicaba airado que su política era una política de paz y que todo el mundo debía acostumbrarse a convivir con ello.

Con el suicidio del príncipe heredero Rodolfo en 1889, otra figura vino a tomar parte en el estrecho círculo de aquellos que forjaban la política exterior de la monarquía: el nuevo heredero al trono imperial, el archiduque Francisco Fernando (1863-1914). El nuevo sucesor no llegó a ser popular entre la población ni tampoco en muchos círculos de la Corte. Así, el 28 de junio de 1914, víspera de la festividad de San Pablo y San Pedro en la católica Austria, la difusión de la noticia del asesinato del archiduque y su esposa no impidió que las orquestas siguieran tocando en Viena y en otras ciudades austriacas hasta entrada la noche. Francisco Fernando había

ocasionado gran consternación en la Corte al anunciar su matrimonio con la condesa Sofía Chotek, que, si bien aristócrata, no formaba parte del reducido círculo de la alta nobleza del que se esperaba que procediera la futura emperatriz de Austria. Por ello, el emperador impuso a la pareja la condición de que ninguno de sus hijos tuviera derechos de sucesión al trono.

Francisco Fernando tampoco llegó a buenos términos con el anciano emperador por sus concepciones políticas. Mientras que Francisco José era defensor de la pervivencia de la estructura dual del Estado, Francisco Fernando, que se opondría a la anexión de Bosnia en 1908, era partidario de modificar los términos del Compromiso en una estructura tripartita que acogiera una nueva entidad autónoma en el seno de la monarquía, integrada por los eslavos del sur. La reforma estaba destinada a atajar el incendiario discurso del nacionalismo paneslavo y, asimismo, a contrarrestar el, a su juicio, desmedido poder de los húngaros en la monarquía. Clark ha señalado que esta pretensión, que lo enfrentaría con los líderes magiares contrarios a cambiar la estructura territorial y al ascenso político de las reivindicaciones eslavas, le supuso asimismo la enemistad de los nacionalistas serbios, que veían en ella una potencial amenaza a su proyecto de inclusión de todos los eslavos del sur en una Gran Serbia.

Los cambios en la política exterior de la monarquía austrohúngara no se dieron exclusivamente en el ámbito de las instituciones que emanaron del Compromiso. Tras 1867, Austria-Hungría desarrolló una política de cooperación, de negociación y búsqueda del entendimiento con otras potencias. Esta vocación de solucionar por la vía diplomática, y no por la militar, los posibles conflictos con otros Estados, se explica también a raíz de la coyuntura de la derrota frente a Prusia en 1866, que había dejado al Imperio Habsburgo en una situación de extrema fragilidad financiera y militar. Asimismo, la expulsión por la fuerza de Alemania y años antes de Italia motivó la férrea defensa por parte de la monarquía de la legalidad internacional, es decir, de lo establecido en los tratados, pues, como ha apuntado Bridge, «intentar basar su posición en cualquier otra cosa habría sido suicida». Esta voluntad de cooperación y de salvaguardar los intereses de la monarquía a través de la vía diplomática se manifestaría en una serie de alianzas que, incluso en momentos de grave tensión internacional, buscaron evitar el conflicto armado. Hasta 1914, el emperador rechazó la idea de la guerra y el enfrentamiento armado con Serbia e, inevitablemente, con Rusia. Desde entonces se ha planteado el porqué de esa decisión en aquel momento concreto. La proyección internacional de la monarquía se había enfocado, desde la instauración del dualismo, hacia la salvaguarda de los intereses y el honor del Estado a través de la vía de la negociación diplomática, apuntaba de nuevo Bridge. El asesinato de Francisco Fernando y su esposa el 28 de junio de 1914 en Sarajevo puso en jaque ambos elementos. Sked resaltaba que la amenaza territorial que llegaba desde Serbia se unió a la afrenta a ese honor, abriendo la puerta, con la certeza de contar con el respaldo alemán, al abandono de la política de la diplomacia por la opción militar en el verano de 1914.

Antes de encaminarnos a Sarajevo, y para comprender ese camino, es necesario volver sobre los movimientos y las percepciones de Austria-Hungría en el gran tablero internacional durante los cincuenta años que transcurrieron entre el nacimiento de la monarquía dual y su defunción en la cadencia final de la Gran Guerra. Las percepciones, las emociones individuales y también colectivas, fruto de la experiencia personal, se convierten en un factor decisivo en la toma de decisiones políticas, pues ejercen un influjo incuestionable en aquellos que toman esas decisiones. La importancia de las percepciones sobre el escenario internacional en el desarrollo de la política exterior de un Estado cobra un matiz especial en el caso de la monarquía austrohúngara por su condición multinacional y su estructura dual. A pesar de que Francisco José era la máxima instancia en política exterior, esta no obedecía a decisiones unilaterales del emperador ni del ministro común de Asuntos Exteriores. Por el contrario, la formulación de la política internacional de la monarquía era el resultado de la negociación constante entre sus dos integrantes, Austria y Hungría, que se desarrollaba en el Consejo Ministerial, pero también en los respectivos Parlamentos, que tenían potestad para renegociar el compromiso económico inherente al dualismo, así como los presupuestos militares, con la oportunidad que ello suponía de influenciar el rumbo de la toma de decisiones también en política exterior. Así, la formulación de esta política exterior partía de una búsqueda constante de la armonización entre los intereses y emociones de ambas partes, que no resultaba en absoluto sencilla.

En el caso húngaro, las percepciones sobre la escena internacional estaban marcadas por la sensación de amenaza frente a una posible expansión de los grandes Estados vecinos, Rusia y Alemania, a costa de la integridad territorial húngara. El recelo y el miedo eran mayores hacia Rusia y el discurso paneslavo que hacia Alemania, y estos sentimientos desempeñaron un papel importante en el deterioro de las relaciones de la monarquía con San Petersburgo. La gestión del húngaro Gyula Andrassy (1823-1890) como ministro de Asuntos Exteriores del dualismo es una prueba de los celos magiares ante una posible expansión rusa. Ministro entre 1871 y 1879, Andrassy llevó a cabo una cauta política internacional, destinada a consolidar alianzas con Alemania y Rusia que garantizaran la seguridad de Austria-Hungría. Muchos historiadores han apuntado que la Alianza de los Tres Emperadores (*Dreikaiserabkommen*) de 1873 establecida entre Alemania, Austria-Hungría y Rusia, las modificaciones en el Congreso de Berlín del Tratado de San Estéfano, que limitaron la influencia rusa en los Balcanes, o la Alianza Dual de 1879 con Bismarck, que garantizaba el apoyo de Alemania en caso de que Austria fuese atacada por Rusia, se inscriben en esta percepción característicamente húngara de Rusia como amenaza. En cambio, ministros austriacos que sucedieron a Andrassy como titulares de Asuntos Exteriores, como el conde Alois Lexa von Aehrenthal (1854-1912), que ejercería el cargo entre 1906 y 1912, o su sucesor, el conde Leopold Berchtold (1863-1942), ministro entre 1912 y 1915, demostraron una aproximación diferente hacia

Rusia. Ambos habían trabajado previamente como diplomáticos y embajadores en San Petersburgo y, desde esa experiencia, adoptaron una postura proclive a la búsqueda de la alianza con San Petersburgo exenta de los recelos húngaros, pero al mismo tiempo consciente de la necesidad de encontrar un punto de equilibrio diplomático.

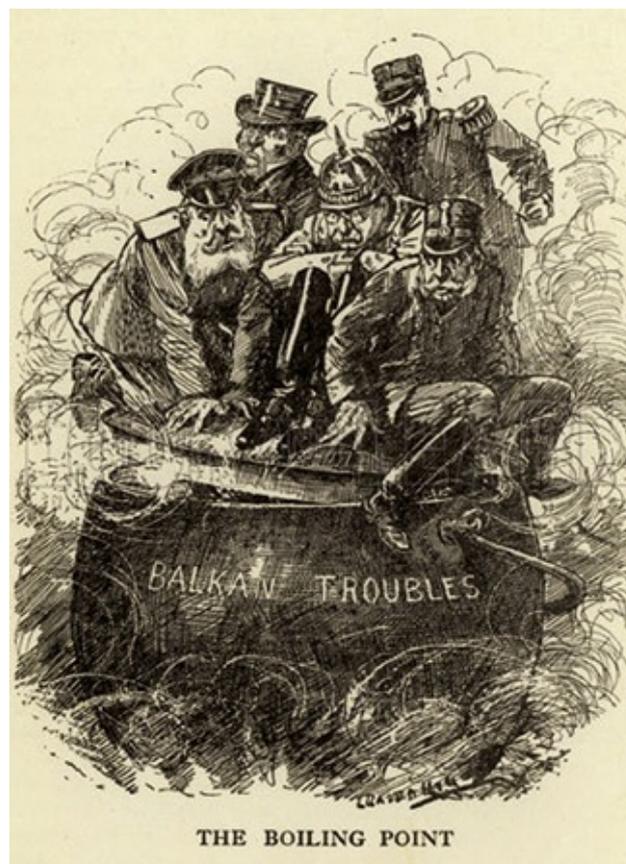
Clark defiende que la convicción de la necesidad de establecer una alianza con Rusia se basaba en la creencia de que podría garantizarse la paz europea a través de una adecuada política de convivencia y cooperación en los Balcanes. La búsqueda de la conciliación con San Petersburgo se manifestó a lo largo de los años del dualismo en una serie de tratados. A la Liga de los Tres Emperadores (1873-1878), que terminó con las restricciones que el Congreso de Berlín impuso a las posiciones ganadas por Rusia en la guerra contra Turquía, le siguió en 1881 la Alianza de los Tres Emperadores (1881-1887). En este nuevo acuerdo se establecía lo siguiente:

Las tres Cortes [...] se comprometen a tener en cuenta sus intereses respectivos en la península de los Balcanes. Se comprometen además a que cualquiera nueva modificación al *statu quo* territorial de Turquía en Europa sólo pueda efectuarse de común acuerdo entre ellas.

El tratado, que establecía el cierre de los estrechos del Bósforo y Dardanelos, contaba con un protocolo anexo en el que se acordaba reconocer a Austria-Hungría la anexión de Bosnia-Herzegovina, según se decía en él, «para el momento que lo juzgue oportuno» y se aceptaba la «eventual unión de Bulgaria y Rumelia oriental dentro de los límites territoriales que se les asigna en el Tratado de Berlín, si esta cuestión surgiese por la fuerza de los hechos». Tras la Alianza de los Tres Emperadores se puso en marcha una nueva aproximación entre Austria-Hungría y Rusia, que se concretó en el establecimiento de la Entente Austro-Rusa de 1897, que a su vez perduró hasta la crisis internacional causada a raíz de la anexión de Bosnia-Herzegovina por la monarquía austrohúngara en 1908. Este último acuerdo, al igual que los anteriores, puso de manifiesto la fragilidad de la coexistencia con Rusia en los Balcanes, pues las alianzas entraban en crisis en el momento en que se producían cambios en el *statu quo* de la península balcánica, lo que, dada la debilidad del Imperio otomano y la afirmación de unos Estados con aspiraciones en muchas ocasiones contradictorias, fue una constante de los años previos a la Primera Guerra Mundial.

La expulsión de Austria de Alemania en 1866 no sólo afectó la manera de enfocar las relaciones internacionales del Imperio de los Habsburgo, sino que modificó asimismo la proyección de su política exterior. Privada de influencia en los nuevos Estados unificados, la monarquía orientó su política exterior hacia los Balcanes, área que había servido de escenario histórico al papel de los Habsburgo como defensores de la cristiandad frente al Turco. El conflicto ha sido bien analizado por Clark: no sólo Austria sino también Rusia se sentían legitimadas a hacer predominar sus intereses en la región, que se agitaba con la creciente debilidad del Imperio otomano.

La llamada cuestión oriental, el eterno asunto sin resolver de la diplomacia europea decimonónica, iba a probar que era decisiva en la escena internacional previa a la Primera Guerra Mundial. A pesar del visible conflicto de intereses, Austria trató de buscar el entendimiento diplomático con Rusia en la península. Esto no significa que la monarquía hubiera renunciado a sus propios intereses en los Balcanes ni que estuviera dispuesta a permitir una creciente presencia rusa en los Estados emergentes, pero la conciencia de su debilidad militar hacía imposible que, desprovista de un aliado más fuerte, pudiera llevar a cabo un exitoso enfrentamiento armado contra Rusia. La apuesta por la diplomacia no se explica únicamente por la frágil situación militar y financiera de la monarquía tras 1866, sino también por el arraigado rol de potencia estabilizadora y garante del *statu quo* con el que Austria se había revestido desde 1815. Entrelazados con la confrontación austro-rusa en la región, los Estados balcánicos que habían ganado el reconocimiento a su independencia del Imperio otomano en el Congreso de Berlín iban desarrollando sus propios intereses y sus propios discursos internos y de cara al exterior.



The boiling pot. Caricatura inglesa de la época en la que las potencias europeas intentan prevenir el estallido del caldero hirviendo de los Balcanes.

La política exterior de la monarquía en los Balcanes pretendía, además de ganar un espacio de influencia, erradicar la amenaza que para su integridad territorial suponían los discursos nacionalistas que, ya en la década de 1860, se elevaban desde Serbia o desde Rumanía y que, aunque en sí mismos no constituían un auténtico desafío, podrían llegar a serlo con el apoyo de una gran potencia. El conflicto de

intereses con Rusia en la región y la clara aspiración que esta había mostrado en el Tratado de San Estéfano para crear una Gran Bulgaria que asentara su presencia en los Balcanes hacían más tangible la amenaza que se cernía sobre los intereses austrohúngaros. La estrategia de la búsqueda del entendimiento y el equilibrio con Rusia se complementó con una política de cooperación con los Estados balcánicos, que debía restaurar la balanza que el asentamiento de Bulgaria como Estado satélite ruso alteraba.

La dinastía Obrenović, que había protegido los intereses de la vecina Austria en Serbia desde la proclamación del reino en 1882, fue expulsada del poder en el alborar del siglo xx. La madrugada del 11 de junio de 1903, un grupo de oficiales irrumpió en la residencia real en Belgrado y asesinaba salvajemente a los reyes Alexander y Draga. Al regicidio le siguió un cambio de dinastía en la persona de Petar I Karadjordjević, aupado por los autores de los asesinatos. Clark ha señalado que la influencia de los oficiales que habían orquestado el regicidio no se desvaneció tras el cambio de dinastía, sino que fue adquiriendo fuerza y presencia en la vida política serbia en los diez años que mediaron entre los asesinatos y la eclosión de la Primera Guerra Mundial. Estos oficiales, estandartes del discurso más encendido del nacionalismo serbio, despreciaban la política del anterior rey porque era proclive a los intereses de Austria-Hungría, que para ellos representaba la humillación de la nación ante una potencia que, en su percepción, encerraba a millones de eslavos desarticulando la posibilidad de la unión de todos ellos bajo la égida serbia. La influencia de los nacionalistas en la política serbia iba a terminar pronto con las buenas relaciones que la monarquía austrohúngara había mantenido con los reyes de la dinastía anterior. Consciente de su dependencia económica, los nuevos líderes serbios buscaron en Francia un nuevo aliado que les permitiera contrarrestar la influencia en su país de Austria-Hungría. Esta respondió con fuertes tasas a las exportaciones serbias, de las que era la principal importadora, en lo que ha pasado a conocerse como la guerra de los Cerdos. La medida, destinada a coaccionar económicamente a Serbia para que restaurara los antiguos nexos con Austria-Hungría, produjo el efecto contrario al acentuar el alejamiento y el discurso de odio nacionalista contra la monarquía. En palabras de Samuel Williamson, «después de 1903, la política de la monarquía hacia Belgrado pasó gradualmente del control a la coacción y, finalmente, al combate».

En lo que concierne a las relaciones internacionales de Austria con las otras potencias europeas, la línea política que se mantuvo hasta 1914 fue igualmente de búsqueda de la cooperación y el entendimiento diplomático. En la relación con Italia, esta línea se plasmó en la firma del Tratado de la Triple Alianza en 1882, renovado en 1902, que garantizaría la tranquilidad en la frontera sudoeste de la monarquía, pero también por la confrontación subyacente que representaban los intereses italianos en el Adriático. La alianza con Italia demostraría ser intermitente hasta avanzada la Primera Guerra Mundial, cuando esta se posicionó al lado de los enemigos de

Austria-Hungría. La relación con Gran Bretaña evolucionó también del entendimiento a la confrontación de las alianzas que desde los primeros años del siglo XX fueron perfilándose en el continente. Las buenas relaciones que se habían plasmado en la cooperación entre Londres y Viena en torno a la cuestión oriental, e incluso la cordial relación personal entre Eduardo VII y Francisco José (el primero había visitado en un par de ocasiones al emperador en su residencia de verano de Bad Ischl), no fueron suficientes para evitar el progresivo posicionamiento de ambos países en alianzas opuestas que terminarían enfrentándose en la Primera Guerra Mundial. Sobre el deterioro y el alejamiento de Gran Bretaña se ha aludido a las alianzas paralelas que ambas potencias establecieron y que las enfrentaron de forma indirecta. Mientras que Austria dependía más y más del apoyo de Berlín para respaldar su posición frente a la amenaza serbia y rusa, Inglaterra reafirmaba su alianza con San Petersburgo. Samuel Williamson indicaba que la consolidación de la Triple Entente (Francia, Gran Bretaña y Rusia) tras la anexión de Bosnia-Herzegovina por Austria-Hungría en 1908 y la crisis marroquí de 1911 —que acabó con un acuerdo francoalemán que daba vía libre a Francia para actuar en Marruecos a cambio de ceder a Alemania parte del Congo francés— dio lugar al estrechamiento, casi por la fuerza, de la alianza entre Viena y Berlín, que pronto se reveló como una relación profundamente desigual. Una vez más, la cultura diplomática y política de la época sirvió de canal para la aproximación del conflicto.

La anexión de Bosnia en 1908 desató una ola de críticas internacionales por lo que se consideraba una violación de lo estipulado en el Tratado de Berlín, y una marea de protestas entre los nacionalistas no sólo en Serbia, sino también en Rusia, donde los paneslavos explicaron el suceso como un acto de agresión de la monarquía contra los eslavos del sur y contra el equilibrio de poder en los Balcanes. La idea de anexionar Bosnia no era popular dentro de la monarquía porque suponía integrar a un gran número de eslavos que aumentaría considerablemente el porcentaje de los que ya formaban parte de la ciudadanía. Muchas veces se ha planteado qué razones llevaron a Aehrenthal y a Francisco José a promover esta iniciativa que incluso se veía con escepticismo y recelo en el interior de la monarquía. El propio heredero al trono, el archiduque Francisco Fernando, se oponía a la anexión, que por fin quedó legitimada con el argumento de que crearía una barrera de seguridad entre Austria y los Balcanes.

En 1908, Aehrenthal, el ministro de Asuntos Exteriores de Austria-Hungría, había mantenido conversaciones con su homólogo ruso, Alexander Izvolsky, en las cuales ambos habían acordado la próxima anexión de Bosnia-Herzegovina por Austria-Hungría y la revisión de los tratados internacionales sobre la restricción del acceso a los estrechos turcos para Rusia. Izvolsky dio marcha atrás, negando haber alcanzado ningún acuerdo con Viena, cuando comprobó que ni Gran Bretaña ni Francia estaban dispuestas a revisar los tratados sobre el acceso a los estrechos y cuando, en mitad de su viaje por las capitales europeas, recibió las primeras noticias de los brotes de

indignación popular que la noticia de la anexión había desatado. La crisis internacional desencadenada sólo cesó cuando Alemania intervino respaldando a la monarquía. Berlín instaba a San Petersburgo al inmediato reconocimiento de la anexión y a conminar a Serbia a hacer lo mismo. Rusia, debilitada tras la derrota contra Japón unos años antes y agitada por convulsiones sociales internas, cedería a las exigencias alemanas, alejando por el momento el fantasma de la guerra y evidenciando la creciente agresividad que se estaba introduciendo en la confrontación de los conflictos internacionales, con lo que historiadores como Bridge han llamado el «principio de negociación por la fuerza». La anexión supuso un punto de inflexión en el deterioro de las relaciones con Serbia y Rusia. La inclusión de Bosnia en el Estado multinacional austrohúngaro provocó la radicalización de los grupos nacionalistas serbios. De estos años data la organización *Ujedinjenje ili smrt!*, conocida como la Mano Negra, que interaccionaría con grupos nacionalistas proserbios en el interior de Bosnia. De estos grupos bosnios, el más importante era *Mlada Bosna* [La Joven Bosnia], que desarrolló una nutrida red terrorista en la nueva provincia austrohúngara.

La crisis internacional desatada por la anexión de Bosnia-Herzegovina y especialmente la impositiva resolución que las exigencias de Berlín comportaron llevaron a Europa un poco más cerca de la guerra. La claudicación rusa y serbia frente a una Alemania más fuerte militarmente condujo a una intensificación de la carrera armamentística en las diferentes potencias europeas, lo que nos lleva de nuevo a aquellas palabras de Hobbes acerca de que la guerra no es exclusivamente el combate, sino ese «espacio de tiempo en el que la voluntad de enfrentarse por medio de la batalla es suficientemente conocida».

Las turbulencias que la anexión de Bosnia-Herzegovina por Austria-Hungría desataron en las sociedades serbia y rusa son prueba de otro factor que interactuó e influyó en la política exterior de la época: la opinión pública. Este actor, no reglamentado en las instituciones de las potencias europeas, refleja el auge y desarrollo de las sociedades civiles a lo largo del continente europeo, cuyo creciente protagonismo como sujeto político dejó impronta también en la evolución de la actuación exterior de Austria-Hungría y de la mayoría de las potencias europeas. La prensa se articuló como caja de resonancia y, al mismo tiempo, como generador del creciente peso de la opinión pública en la vida política europea. En 1913, durante el caso Redl, el mayor escándalo del espionaje en la Austria de la época, el ministro de Guerra tuvo que interactuar con el Gobierno húngaro para frenar la avalancha de críticas al Estado Mayor que se estaban vertiendo desde la prensa del país. Años antes, en 1888, el líder del movimiento pangermánico en Austria, Georg von Schönerer, había sido condenado por un tribunal tras haber asaltado por la fuerza la redacción del diario vienes *Neues Wiener Tagblatt*, dirigido por un judío, Moritz Szeps. Por su parte, el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Alexander Izvolsky, que había apoyado la anexión de Bosnia-Herzegovina por parte de Austria, retrocedía

negando haber tenido parte en los acuerdos diplomáticos cuando, al conocerse la anexión, la prensa rusa estalló en críticas.



Símbolo de la organización terrorista y nacionalista serbia *Ujedinjenje ili smrt!*, la Mano Negra, fundada en marzo de 1911 en Belgrado. Con su lema «Unificación o muerte» quedaban claras sus aspiraciones: la unidad de los pueblos sudslavos bajo la bandera serbia.

Estos hechos, que aislados podrían parecer curiosidades, entrelazados nos dan pruebas de la influencia y presencia de la prensa en las sociedades de la época. El peso político de la prensa ilustra, una vez más, la importancia que va adquiriendo la sociedad civil como actor que encuentra cauces para tomar parte en el juego político e influenciar su desarrollo. La literatura de la época también se hizo al mismo tiempo espejo y generadora de las corrientes de pensamiento y de opinión de la época. La premonición de la guerra aparece en las obras de una aristócrata bohemia, la baronesa Bertha von Suttner (1843-1914), a la que Zweig describió como «la Casandra de nuestra época». En sus novelas, la baronesa vaticinaba los riesgos que el infatigable avance tecnológico podría suponer aplicado a la guerra. En el mismo tono, el escritor y periodista Mór Jókai había vaticinado el desarrollo monstruoso de la tecnología de guerra en su *Novela del siglo futuro* (1872). La percepción de la amenaza de la guerra cerniéndose sobre Europa se manifestó no sólo en los autores de la monarquía austrohúngara, sino también en los escritos de numerosas plumas europeas, que encontraron un canal de expresión ideal en la ciencia ficción.

Las tensiones en los Balcanes, ilusoriamente apaciguadas con el golpe de fuerza alemán, se mantuvieron latentes durante los años siguientes. En septiembre de 1911 Italia inició la invasión de Libia en un ataque directo a los territorios del debilitado Imperio otomano. Esta acción abrió la vereda para que, en octubre de 1912, una liga formada por los Estados balcánicos atacara asimismo los territorios que aún permanecían bajo dominio turco en la península. La conclusión de las guerras balcánicas de 1912-1913 comportó la emergencia de una Serbia reforzada tanto

militar como territorialmente (casi dobló su superficie previa al conflicto). Austria-Hungría, que había puesto en marcha su maquinaria diplomática para evitar el conflicto y hacer respetar el *statu quo*, asistió con preocupación a este desenlace. El inicio de las guerras en los Balcanes había coincidido con la muerte del apreciado primer ministro de Asuntos Exteriores de Austria-Hungría, el conde Aehrenthal. Su sucesor, el conde Berchtold, se había formado como diplomático en Rusia, al igual que Aehrenthal, con el que compartía la convicción de la necesidad de buscar una alianza con San Petersburgo. Sólo la amenaza tangible que supuso el asesinato de Francisco Fernando haría variar esta opinión.

En este *crescendo* de la confrontación con Serbia, un acontecimiento vino a avivar los temores y la defensa de la causa de la guerra en Austria-Hungría: el caso Redl. El coronel Alfred Redl (1864-1913), antiguo jefe del servicio de contrainteligencia de la monarquía, se vio envuelto en uno de los mayores escándalos de espionaje de la época cuando, en mayo de 1913, se descubrió que había estado filtrando planes militares secretos a Rusia. La noticia causó gran alarma en la opinión pública, pues en caso de haberse involucrado Austria y Rusia en las recientes guerras balcánicas, el resultado habría sido catastrófico para la monarquía. Dada su homosexualidad y su intrincada vida amorosa, Redl se había convertido en un objetivo vulnerable a las extorsiones del espionaje ruso. Aunque el asunto intentó encubrirse y el propio coronel se vio forzado a un discreto suicidio, se hizo imposible mantener el secreto. Las dimensiones del caso Redl trascendieron a la opinión pública austrohúngara, desatando una ola de temor ante la potencial fragilidad de la posición militar de la monarquía. La traición de Redl comprendió también la delación de los espías austriacos que estaban infiltrados en Rusia. El desmantelamiento de esta red de informadores en territorio ruso fue decisivo cuando, en 1914, Austria-Hungría declaró la guerra a Serbia sin contar con una estimación apropiada de la fuerza de Rusia como contrincante. «Probablemente, si no hubiera sido por la traición de Redl, Austria-Hungría habría retenido Galitzia y conquistado Serbia en 1914», afirmaba William M. Johnston.



El archiduque Francisco Fernando y su esposa, Sofía Chotek, homenajeados por las autoridades en su visita oficial a Sarajevo en junio de 1914.

En este clima político fue en el que el barón Franz Matscheko, figura destacada del Ministerio de Asuntos Exteriores austrohúngaro, redactó un memorándum que, en tono lúgubre, analizaba la posición de Austria-Hungría en los Balcanes. Cuatro días después de su presentación, el heredero al trono de la monarquía y su esposa eran asesinados en su visita oficial a Sarajevo.

CAMINO A LA GUERRA. LA CUESTIÓN DE LAS RESPONSABILIDADES

En sus cinco décadas de existencia, y si bien motivada en parte por la inevitabilidad de sus circunstancias, la monarquía austrohúngara había abogado por una política de paz y diplomacia en Europa. Esa línea constituía en sí misma una apuesta por el mantenimiento del *statu quo* europeo, que en el *crescendo* del nacionalismo decimonónico era la mejor garantía para preservar la integridad de un Estado multinacional. Ya el propio origen del Compromiso de 1867 que se había alcanzado tras la derrota contra Prusia en 1866 demuestra que, de acuerdo con el historiador Paul W. Schroeder, en ningún sitio como en Austria-Hungría resultó la coyuntura interna, especialmente la composición multinacional del Estado, tan decisiva en la formulación de la política exterior.

¿Qué motivó el abandono de la política del entendimiento diplomático por la opción de la guerra en julio de 1914? El desafío del nacionalismo serbio, que llamaba a la unidad de los eslavos del sur en torno a Belgrado, se percibió como intolerable tras el asesinato del heredero al trono y su esposa en Sarajevo. El conocimiento por parte de Viena de la existencia de organizaciones como la Mano Negra, así como la profunda sospecha de sus vinculaciones con los círculos dirigentes de Belgrado, dio nuevas dimensiones a los asesinatos, pues ya no se percibían como el ataque de una organización terrorista, sino como fruto de la política de los ultranacionalistas que tenían acceso a los resortes de poder en Serbia. La percepción del desafío a su estatus de gran potencia y la conciencia de que las otras potencias europeas también percibían ese desafío motivaron lo que, para los que tomaban las decisiones en Austria-Hungría, se veía como una toma de postura imprescindible. La idea de que el conflicto con Belgrado sólo podría solucionarse con las armas se había extendido en los círculos dirigentes de Austria-Hungría tras las guerras balcánicas, de las que había emergido una Serbia más fuerte y ebria del discurso de los ultranacionalistas. Las demandas de los nacionalistas serbios no hubieran supuesto una amenaza tangible de no haber contado con el apoyo de Rusia, tras la que a su vez se hallaba la Triple Entente, integrada por Francia, Gran Bretaña y la propia Rusia.



Representación satírica del mapa de relaciones internacionales europeo en 1914. Las armas y los preparativos para la guerra tanto tiempo acumulados se blanden finalmente entre los enfrentados ejércitos europeos.

El mecanismo de alianzas, establecido como ese sistema disuasorio del que hablábamos, otorgó el respaldo necesario a Austria-Hungría para declarar la guerra a Serbia, y a Rusia para responder con otra declaración de guerra a Viena. Esto no significa que el conflicto no fuese inevitable: la decisión de enviar un ultimátum inaceptable a Belgrado en julio de 1914 se gestó de forma consciente en los círculos dirigentes de Austria-Hungría. El 28 de julio de 1914, respaldado por su aliado alemán, Francisco José firmaba la declaración de guerra a Serbia desde el escritorio de su residencia de verano en Bad Ischl. La decisión última de ir a la guerra correspondió, de esta manera, a Viena. La cuestión es si, volviendo a las palabras de Kraus con las que iniciábamos el capítulo y que hacían alusión a esa «banda criminal internacional», la decisión no fue sólo la punta del iceberg de un sistema de relaciones internacionales en el que las potencias que habían acordado preservar el *statu quo* sacrificaron a este objetivo la causa de la paz.

4

El hierro y la tierra: el camino a la modernidad económica

Nunca ha habido ningún otro tiempo que haya concedido tanta importancia a los intereses económicos como el nuestro, nunca se sintió tan profunda necesidad de un fundamento científico para las actividades económicas ni nunca fue tampoco mayor la capacidad de los hombres prácticos para sacar consecuencias útiles de las conquistas científicas en todos los ámbitos de la creatividad humana.

Carl Menger

Carl Menger (1840-1921), el padre de la Escuela Austriaca de Economía y tutor del príncipe heredero Rodolfo, ilustra con estas palabras el eufórico clima económico de la época del *Gründerzeit*, los años fundacionales de la monarquía austrohúngara. Este período, que se extendió hasta el inicio de la Gran Depresión de 1873, estuvo marcado por el triunfo político y económico de los liberales. Elevada a las tribunas de gobierno en la nueva monarquía constitucional, la burguesía liberal fomentó, con su inversión financiera y su actividad empresarial, el proceso de industrialización que debía convertir a Austria-Hungría en una potencia moderna también desde el aspecto económico. Con su fe en el avance inexorable del progreso por vía de la libertad económica, los liberales austriacos experimentaron estos años de asombroso crecimiento como una confirmación irrefutable de esa creencia. La existencia de un sector financiero con voluntad de invertir dio lugar a la multiplicación de las instituciones financieras, que concedían créditos a los proyectos más inverosímiles. A este movimiento sin precedente de capital se le añadía la existencia de una red ferroviaria en expansión que a su vez demandaba inversión financiera, hierro, carbón e innovación técnica. El elevado índice de crecimiento económico de la época formó parte de la tendencia generalizada en los países industrializados o en vías de industrialización occidentales, en los que la demanda y la producción de hierro, carbón, maquinaria, etc., aumentaba vertiginosamente. «Entre los hombres de negocios, jamás había sido la euforia tan grande como a principios de la década de 1870», escribía Hobsbawm. Este crecimiento sin precedentes no comportó consigo el reparto de la riqueza generada, pero para la burguesía inversora y propietaria las cifras de las ganancias ascendían en vertical. La espiral desatada de producción, inversiones y especulación no podía seguir elevándose indefinidamente y en 1873 estalló una de las primeras crisis cíclicas del capitalismo mundial. El 9 de mayo de 1873, el llamado «Viernes Negro», la Bolsa de Viena quebró, arrastrando consigo el hundimiento de empresas, sociedades de accionistas y entidades bancarias que habían florecido en esos años. El pánico cundió en las Bolsas mundiales; solamente el día posterior al crac, apunta el historiador Robin Okey, se registraron 152 suicidios.

La denominada Gran Depresión de 1873 arrojó un balde de agua fría sobre las certezas y el optimismo de la burguesía liberal austrohúngara y europea. La crisis, que se extendió hasta finales de la década de 1870, se percibió por los contemporáneos como un terrible golpe a las favorables expectativas económicas de la burguesía y para muchos tuvo en realidad un peso más psicológico que económico. Lo cierto es que, durante la Depresión, tanto Austria como Hungría mantuvieron un índice de crecimiento positivo, y esta última incluso sostuvo su incipiente industria en el contexto de la convulsión general. A partir de la década de 1880 se inició la recuperación de la economía austriaca liderada por la expansión del trazado ferroviario, que, tras la depresión, se llevaría a cabo bajo control estatal y acompañada de una renacionalización de las líneas privadas. Asimismo, en estos años se pusieron en marcha dos tendencias que demostraban el impacto de la crisis en el antiguo optimismo de los liberales austriacos: la concentración empresarial y la introducción de medidas de corte proteccionista para salvaguardar la producción propia de la libre competencia del mercado internacional. En las décadas siguientes y hasta el propio colapso de la monarquía en la Primera Guerra Mundial, la economía austrohúngara experimentó un crecimiento continuado, situándose en índices de producto interior bruto al nivel de los países industrializados occidentales.



El llamado «Viernes Negro» en la Bolsa de Viena. La imagen capta el caos y la desesperación que cundieron en aquella jornada entre los inversores, que apenas podían creer que el castillo de naipes de los años de especulación se hubiese hundido de un día para otro.

El cambio económico no se produjo de forma independiente al cambio político. El Compromiso austrohúngaro de 1867 proveyó un marco institucional y legal para la plena entrada de Austria-Hungría en el capitalismo del *laissez-faire* y en el proceso de industrialización, que ya marcaban el ritmo de la economía en otros países de la Europa occidental. Además, el acuerdo alcanzado entre Francisco José y los líderes magiares en 1867 incluía una serie de aspectos destinados a definir el espacio

económico común, así como la financiación de las instituciones compartidas. Sobre la base de la unión aduanera de 1850, se estableció un compromiso de carácter económico y financiero que podría ser revisado cada diez años por los Parlamentos de Viena y Budapest. Las cuotas iniciales que ambas mitades debían aportar para el mantenimiento de las instituciones comunes se establecieron en torno al setenta por ciento para Austria y el treinta por ciento para Hungría, si bien a lo largo de las décadas el porcentaje de esta última se incrementó a base de duras negociaciones y de crisis parlamentarias. La existencia de una divisa común y la creación del Banco Austro-Húngaro en 1878 estaban destinadas a fomentar la integración económica del mercado común. Asimismo, la institución de un Ministerio de Finanzas compartido confirmaba la intención de unificar la naciente monarquía en el plano económico. Entre sus funciones se contaban la preparación del presupuesto común y la administración de los fondos compartidos. Además, tras la ocupación y anexión de Bosnia, fue el ministro de Finanzas quien quedó encargado de administrar la nueva provincia para evitar el desequilibrio político y económico que supondría integrar el territorio en una de las dos mitades.

Los cambios en las estructuras económicas del Imperio Habsburgo habían comenzado mucho antes de la firma del Compromiso. A finales del siglo XVIII, en las regiones más occidentales de Austria, se había puesto en marcha un proceso de concentración de capital e inversión en una incipiente industrialización similar al que se estaba produciendo en otras regiones del oeste de Europa. Esta inicial transformación de las estructuras económicas de la vieja Austria se llevó a cabo en el marco de la política del mercantilismo auspiciada durante el reinado de María Teresa (1717-1780) en la segunda mitad del siglo XVIII. En estos años, apunta el especialista en historia económica David Good, se trató de avanzar hacia una economía mejor integrada, que se basaba en el desarrollo de un comercio más centralizado y en la combinación de la industrialización de las regiones del oeste del imperio con la especialización agrícola de las regiones más orientales. Esta distribución de áreas económicas no fue aleatoria, sino que respondía a condicionantes de tipo geográfico, financiero e incluso cultural, que se tradujeron en una mayor y más temprana industrialización del oeste de la monarquía. La disparidad económica entre las diferentes regiones del imperio se acrecentó con esta paulatina conversión del oeste en un área más moderna e industrial, mientras el este agrícola subsistía en condiciones que recordaban en algunos aspectos al feudalismo, con una nobleza latifundista y un campesinado sujeto a régimen de servidumbre. Estas diferencias comenzaron a disminuir a mediados del siglo XIX, cuando, tras las revoluciones de 1848, Francisco José suprimió la servidumbre de los campesinos en Hungría y, en 1850, se creó una unión aduanera que suprimía las tarifas al comercio entre Austria y Hungría. El impacto de la liberación de los campesinos húngaros fue en realidad más social que económico, pues las tierras seguían, en su mayoría, en manos de la aristocracia terrateniente magiar. La unión aduanera sí tuvo un efecto más perceptible

en el curso de la economía del imperio. Esta supresión de las aduanas internas benefició una tendencia que venía impulsándose desde los días de María Teresa: la creación de un espacio económico integrado en el que personas, mercancías y capitales pudieran desplazarse sin trabas, agilizando el curso de la producción y el comercio. El cambio económico en Austria-Hungría se produjo, pues, de la mano de un proceso más amplio, el de la reestructuración institucional de la monarquía, que en 1867 dio paso al ascenso político de los liberales al Gobierno y, con ellos, a la difusión del pensamiento económico capitalista del oeste al este de Austria-Hungría.

La cuestión de las nacionalidades también tuvo un papel en la evolución económica austrohúngara. A lo largo del período, marcado por el avance en la creación de ese mercado integrado, las diferencias entre precios, si bien se redujeron, eran menores entre comunidades de procedencia étnico-lingüística similar que entre comunidades de diferente extracción nacional. El nacionalismo entró como un factor añadido a la creciente competitividad del mercado, dando lugar en muchas ocasiones a la creación de redes de solidaridad o de confrontación entre comunidades étnicas, especialmente con motivo de la distribución de los productos agrícolas en el espacio económico común. En este contexto, muchos judíos aparecieron en calidad de intermediarios comerciales, lo que añadió un nuevo objeto de resentimiento a las comunidades agrícolas, cuyo sentimiento nacional se dirigía también contra esta figura del intermediario judío, a quien veían ajeno y/o perjudicial respecto a sus intereses. A pesar del desarrollo de este nacionalismo económico, el estrechamiento de vínculos entre comunidades según su procedencia étnico-lingüística no fue la norma general. A lo largo de los años del dualismo, se desarrollaron en muchas áreas formas de cooperación económica entre comunidades que compartían intereses regionales. Historiadores como Lothar Höbelt han señalado como la existencia de estas relaciones regionales, por encima de las diferencias nacionales y en el contexto de la favorable evolución económica del período, supusieron un bálsamo para la agitada vida política de la monarquía.

El curso económico en estos años se basó en la fuerte interrelación de industria y agricultura, pues las demandas de una ponían en marcha los mecanismos de funcionamiento de la otra. En un Estado plurinacional, cuya superficie se extendía desde el Mediterráneo hasta Rusia, con una población que se acercaba a los cincuenta millones de personas en torno a 1900, la creación de un mercado integrado supuso un reto de modernización. En estas páginas, vamos a reflexionar acerca de hasta qué punto tuvo éxito ese proyecto económico en unificar el poliédrico espacio de la monarquía austrohúngara.

AL GALOPE DE LA INDUSTRIALIZACIÓN

A lo largo de los cincuenta años del dualismo, los Gobiernos de Austria y Hungría se esforzaron por promocionar la modernización económica del país por vía de la industrialización. La industria textil lideró un proceso que había comenzado a finales del siglo XVIII en las regiones occidentales de Austria. Desde entonces, la incipiente industrialización se aplicó pronto a los sectores más importantes de la producción austriaca, como la industria del papel, de la maquinaria, del hierro, del azúcar o del cristal. La creciente inserción del oeste del imperio en un modelo económico capitalista y la modernización de la industria austriaca se fue acentuando a lo largo del siglo XIX, en contraste con el resto de los territorios del imperio, cuya economía estaba orientada fundamentalmente a la agricultura de corte preindustrial. Con el establecimiento de la unión aduanera a mitad de siglo, parecía asentarse el patrón geoeconómico de un oeste industrializado que exportaba bienes manufacturados a las regiones del este agrícola, que a su vez suplían el mercado interno con alimentos y materias primas para las fábricas austriacas. La inversión en una ambiciosa red ferroviaria, que se fue expandiendo por el imperio a lo largo del siglo XIX, fue el auténtico motor de la industrialización y contribuyó decisivamente a la creciente integración del mercado austriaco; a bordo del tren, el transporte de mercancías y personas se abarataba y se aceleraba, y la distancia entre los distantes puntos de la geografía del imperio podía salvarse en cuestión de horas. La construcción del ferrocarril no sólo agilizó los desplazamientos, sino que generó una demanda propia que estimuló la creciente industria austrohúngara como ningún otro sector. Okey señala que en Hungría, que inició su proceso de industrialización décadas después que Austria, el trazado ferroviario alcanzó los casi seis mil kilómetros en torno a 1873, a los que, hacia el cambio de siglo, se habían añadido más de trece mil kilómetros más. Asimismo, la construcción ferroviaria promovió el desarrollo de la industria del hierro, que con un crecimiento del 4,5 por ciento anual adelantó en valor añadido incluso al principal sector industrial húngaro: el de la molienda de harina.

Tras la Gran Depresión de los años setenta y los escándalos relacionados con la especulación y el fraude en el sector, el Estado puso en marcha la nacionalización de las redes ferroviarias. En los años de la crisis, apunta asimismo Okey, el juicio a los directores de una compañía que había gestionado la expansión del ferrocarril en Galitzia con prácticas corruptas puso en guardia a los Gobiernos sobre el peligro de dejar asuntos de vital interés para el Estado en manos de empresas privadas. Asimismo, la crisis de 1873 dejó tras de sí una profunda desconfianza en el modelo del *laissez-faire* que había imperado en los años anteriores desatando una fiebre especuladora sin precedentes en la monarquía. Esta creciente desconfianza de los empresarios austrohúngaros hacia la competencia del mercado libre dio lugar a un proceso de concentración empresarial que definiría la vida económica en adelante y que buscaba proteger industria y empresas de los riesgos del libre comercio

internacional. La práctica de la concentración empresarial, que se extendió en estos años en casi todas las economías industriales de Occidente, no se generalizó en toda la industria austrohúngara, pero sí se impuso en algunos sectores claves, como en la industria del hierro y en la extracción de carbón, y en vísperas de la Gran Guerra la producción provenía de un reducido grupo de conglomerados empresariales, refiere de nuevo Robin Okey. La depresión también motivó un cambio de actitud en los bancos, que adoptaron una actitud más prudente en sus inversiones empresariales, aunque conservaron su papel, al igual que sucedía en Alemania, de promotores de la modernización industrial del país. De modo similar, los bancos austriacos y húngaros desarrollaron una tendencia a la concentración en los años que siguieron al colapso económico. La época que siguió a partir de la década de 1880 estuvo marcada por el crecimiento económico y la extensión de la industrialización hacia el este, si bien determinadas regiones permanecieron al margen de este proceso, como Dalmacia, Bucovina o Transilvania, que preservaron una economía agrícola y unas formas de vida más cercanas al campo ruso que a las bulliciosas metrópolis de Viena y Budapest o que a las prósperas explotaciones agrícolas de la Baja Austria.



Filial del Banco Austrohúngaro en la ciudad de Debrecen. El establecimiento de un banco común y de la corona como divisa compartida formaron parte de los intentos de unificar e interconectar económicamente los territorios del imperio.

El crecimiento continuado de las décadas que mediaron entre 1880 y 1914 señala, una vez más, que la disolución de Austria-Hungría no fue resultado de una insostenible situación interna que desembocaría inevitablemente en el colapso de la monarquía. El positivo curso económico del dualismo otorgó estabilidad al Compromiso alcanzado en 1867 e incluso los líderes magiars reconocieron los beneficios de la unión aduanera con Austria. La modernización industrial se convirtió, a los ojos de los Gobiernos magiars, en la garantía indispensable de la autonomía lograda en el Compromiso. Las décadas que siguieron a 1867 asistieron a la extensión de la industrialización hacia el este de la monarquía y a la reducción — con limitaciones— de las hondas diferencias económicas entre sus regiones. Los liberales húngaros trabajaron por independizar la economía húngara del papel de proveedor de productos agrícolas al mercado común e impulsaron un programa

destinado a fomentar la industrialización del país. Esta se extendió inicialmente desde la frontera occidental con Austria a las regiones eslovacas y del centro y el oeste de Hungría, pues la proximidad con la industria alemana y austriaca supuso un importante incentivo para la producción.

El inicio del proceso de modernización industrial en Hungría arrancó en los años que mediaron entre la firma del Compromiso y el estallido de la crisis de 1873, en los cuales se experimentó un auténtico *boom* industrial fundamentalmente en torno a la que se convertiría en la primera industria del país: la producción de harina destinada a la exportación. Junto con esta industria, las demandas de la construcción del ferrocarril impulsaron el despegue de la minería y la metalurgia, que para final de siglo estaban al nivel de sus equivalentes europeos. Como apunta David Good, las leyes sobre la industria de 1881 y 1890 establecieron subvenciones, exenciones de impuestos, préstamos subvencionados y diferentes beneficios económicos y fiscales para el establecimiento de nuevas empresas.

Estos intentos de modernización a través de la inserción de la industria húngara en el modelo económico capitalista fueron relativamente exitosos. La producción industrial y los índices de crecimiento económico aumentaron a un ritmo sin precedentes y alcanzaron las estadísticas austriacas. Incluso en los años de estancamiento de la economía austriaca y durante la época de la Gran Depresión, la industria húngara conservó la tendencia al crecimiento o, al menos, mantuvo el nivel de producción.

La industrialización húngara, auspiciada por los líderes liberales magiares que temían la dependencia respecto a una Austria industrial y capitalista, fue posible gracias a la abundante entrada de capital austriaco en el marco del mercado integrado propio del dualismo. La afluencia de capital fue esencial en los años del *Gründerzeit*, pero también en la década de 1880, lo que permitió relanzar la producción y recuperar el ritmo económico. Aunque la dependencia de capital austriaco fue el precio que los líderes magiares hubieron de pagar por la modernización industrial de Hungría, señala Okey, la existencia de un mercado común y una unión aduanera con Austria supuso que estas transacciones pudieran hacerse en condiciones ventajosas para ambas partes. La importancia de la inversión de capital extranjero y austriaco fue disminuyendo en los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial, pero el porcentaje aún era elevado en vísperas de la misma. En Hungría, las iniciativas de modernización económica incluyeron también el impulso a un sistema moderno de concesiones de crédito destinado a facilitar la concesión de capital para la inversión empresarial e industrial.

Al hacer balance del éxito de la industrialización húngara, es importante destacar los progresos efectuados en apenas tres o cuatro décadas, que lograron la inserción de las principales industrias del país en los circuitos del mercado internacional. A pesar de estos éxitos, para el momento de la firma del Compromiso, Hungría era un país básicamente rural y, cincuenta años más tarde, el desarrollo industrial aún permanecía

concentrado en zonas concretas del país, mientras que la gran mayoría de su tejido económico seguía siendo de carácter agrícola. En Hungría, en estos años, sólo la industria harinera y la minero-metalúrgica se situaban en términos de modernización y producción al nivel de la Europa occidental industrializada.

En el conjunto de la industrialización tardía que experimentó Austria-Hungría, hay que hacer una mención aparte a los territorios checos. Según han afirmado historiadores como Carl E. Schorske, en los años del dualismo, Moravia y especialmente Bohemia desplazaron a las regiones de la Austria alpina como las provincias que alcanzaron modos de vida económica más plenamente industriales. La cercanía con el mercado alemán, el desarrollo de potentes industrias textiles y azucareras, los importantes recursos de carbón de la región y la consolidación de Praga como un centro financiero y empresarial a finales de siglo impulsaron la conversión de estas provincias en el centro industrial más moderno y activo de la monarquía.

El crecimiento continuado de los centros industriales y de los índices productivos de Austria-Hungría supuso la consolidación de un espacio económico interno más interdependiente. Las diferencias que separaban el oeste del este de la monarquía a mediados de siglo XIX se habían reducido, pero persistían y eran especialmente tangibles al comparar el medio urbano con el rural. Aun así, la valoración de la integración económica en estos años es positiva, y la tardía industrialización de la monarquía parecía encaminarla hacia una modernidad que se extendía poco a poco por su variada y extensa geografía.

La inmersión en el proceso de industrialización se plasmó en la modernización de las capitales imperiales, Viena y Budapest. La industrialización y los *modus operandi* del capitalismo decimonónico no se habían introducido casualmente en Austria-Hungría, sino que llegaron de la mano de la burguesía liberal que se había hecho con el Gobierno ya en la década de 1860, y que consolidaría su posición entre 1867 y finales del siglo XIX. En estas décadas de predominio liberal, las capitales del imperio experimentaron un proceso de modernización que llevaba la impronta de los nuevos tiempos. Volviendo a las tesis de Schorske y su gran obra *La Viena de fin de siglo*, en Viena la transformación partió de una remodelación urbana en torno a la demolición de la vieja muralla que separaba el antiguo núcleo urbano, baluarte de la aristocracia, y los suburbios que habían ido creciendo con el notable aumento de la inmigración, motivado por la demanda de trabajadores de las nuevas fábricas. En el lugar de la antigua muralla se planearía una amplia calle de trazado circular, la Ringstrasse, en la que se situarían las nuevas sedes del liberalismo austriaco: la universidad, el *Burgtheater* (Teatro Municipal), el Parlamento y el *Rathaus* (Ayuntamiento). El triunfo de la burguesía liberal austriaca se escenificó en el trazado de la nueva arteria central de la vida vienesa: «Ni palacios ni cuarteles ni iglesias, sino centros del Gobierno constitucional y la alta cultura dominaban el Ring», escribe Schorske. Junto a estas sedes monumentales, la Ringstrasse y sus plazas y calles aledañas acogieron

los nuevos edificios de pisos destinados a dotar de vivienda y espacio comercial a la pujante burguesía vienesa. Estos lujosos edificios incorporarían, con el transcurso de los años, las distintas mejoras y comodidades que, fruto del vertiginoso avance tecnológico, se extendían a lo largo de los espacios públicos y los hogares y negocios de las clases acomodadas europeas: el uso privado de la luz eléctrica o el agua corriente fueron privilegio de unos pocos hogares acomodados en las últimas décadas del siglo XIX. Budapest contó también con su propio Ring con la construcción, en 1872, de la que posteriormente se bautizaría como la Avenida Andrásy, «que estaba pensada para ser el bulevar más hermoso de Europa», escribía Johnston, y que se diferenciaba de la Ringstrasse vienesa en su trazado recto, que atravesaba la ciudad uniéndolo su centro, colindante con el Danubio, con el *Városliget*, el Parque Cívico. En la nueva avenida, al igual que en el Ring de Viena, se instalaron aristócratas y miembros de la alta burguesía húngara, cuyo rol central en la modernización económica del país quedaba patente en la monumentalidad de su nuevo entorno.

Los efectos de la industrialización y del ascenso de la actividad comercial y productiva se dejaron sentir en las ciudades no sólo a través del embellecimiento y la modernización de las zonas en las que habitarían sus principales promotores y beneficiarios, la burguesía liberal. El trazado ferroviario que no dejó de construirse a lo largo y ancho de Austria-Hungría se coronó con la construcción de la estación de Budapest entre 1881 y 1884 y con la renovación de la Estación del Norte vienesa entre 1859 y 1865. El desarrollo de los transportes que vino aparejado con la industrialización comportó también la instalación de la primera red de metro europea en Budapest para la Exposición del Milenario de 1896. En Viena, asimismo, se puso en marcha un proyecto que, entre 1894 y 1901, iba a dotar de una red de transportes ferroviaria a la ciudad, por lo que ambas capitales vieron el cambio de siglo a bordo de los nuevos metros y tranvías eléctricos que recorrían sus calles y avenidas.



La Estación del Norte en Viena (arriba) y la estación de Budapest (abajo), en torno al año 1900. Ambas construcciones reflejan la modernización de las capitales del imperio, que vino aparejada al proceso de industrialización que, en la segunda mitad del siglo XIX, se introdujo en gran parte de la monarquía austrohúngara.

En ambas ciudades se pusieron en marcha obras destinadas a evitar las inundaciones que las crecidas del Danubio provocaban anualmente. En Viena, en la

década de los sesenta se impulsó la construcción de un sistema de abastecimiento de agua que se contaba entre los más avanzados de Europa y que, junto con el sistema de salud pública de la época, colaboraría con la erradicación de muchas epidemias en los suburbios de la ciudad. Sin embargo, y a pesar de estas mejoras, la modernización de las capitales, de las ciudades y de determinadas regiones de la monarquía no impidió que muchas zonas quedasen al margen del progreso técnico y económico reflejado en las estadísticas. Algunas áreas rurales, especialmente en el este del imperio, mantuvieron formas de vida totalmente ajenas a la industrialización que bullía en las fábricas occidentales, dando la razón a Hobsbawm cuando afirmaba que «en algunos países, la mayoría de los habitantes vivían en un siglo distinto que sus contemporáneos y gobernantes». En Austria-Hungría, el contraste más agudo con el mundo de la triunfante burguesía liberal se encontraba en la región de Bucovina. En esta pequeña área, situada en el extremo oriental de la monarquía, la gran mayoría de la población, fundamentalmente dedicada a la agricultura, presentaba, en las décadas finales del siglo XIX, ratios de analfabetismo que rozaban el noventa por ciento y modos de vida económica que recordaban más a la Edad Media que al boyante siglo del liberalismo. Las flamantes ciudades también acogían la enorme desigualdad social de aquel tiempo. A pesar de las obras de modernización general, el proletariado se hacía en condiciones míseras en barrios construidos a la sombra de las fábricas, donde de las estadísticas de crecimiento económico no recibían ni los ecos.



La ciudad de Brunn en la región de Moravia (Brno, República Checa, en la actualidad) se puso pronto a la cabeza en el proceso de industrialización de la monarquía.

EL MUNDO AGRÍCOLA: MODERNIDAD Y PERVIVENCIAS

A pesar de la modernización industrial que se extendía del oeste al este de la monarquía, así como del oeste al este de Europa, en los años del dualismo Austria-Hungría seguía siendo, en conjunto, un país fundamentalmente agrícola. En Hungría perduró una economía mayoritariamente rural hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial, mientras que en algunas regiones austriacas, como en Bohemia, el número de trabajadores empleados en la industria estaba en torno al cincuenta por ciento en los años anteriores a 1914. La propiedad y el trabajo de la tierra también adoptaron formas diferentes en ambas mitades de la monarquía. Mientras que en Austria floreció la figura del pequeño agricultor poseedor de tierra, que integraría una creciente clase media campesina, en Hungría la mayoría de campesinos no poseía la tierra que trabajaba. Esta desigualdad bebía de los días de José II (1765-1790), que decretó la prohibición a los nobles de comprar las tierras de aquellos campesinos a los que él hubiera liberado. La servidumbre se restauraría de nuevo y sólo se suprimiría definitivamente en Hungría en 1848. Mientras, el decreto de José II se aplicó solamente en Austria, por lo que los campesinos húngaros liberados de la servidumbre en 1848 se vieron desposeídos de la tierra que concentraba la aristocracia terrateniente magiar. En Austria, por el contrario, la pervivencia de aquella prohibición permitió el desarrollo de los pequeños y medianos agricultores que, en la segunda mitad del XIX, conformaron uno de los *lobbies* económicos y políticos más importantes del país. A esta panorámica hay que añadir también la existencia de latifundios en algunas regiones de Austria, especialmente en Galitzia, y el desarrollo de un pequeño campesinado propietario en Hungría. Esta clase integrada por campesinos poseedores de tierra fue la que promovió la incipiente modernización del campo húngaro, practicando nuevos cultivos que variaron la tradicional producción de grano que dominaba en los grandes latifundios. Fue en las provincias de la Austria alpina, señala Good, donde la existencia de estos latifundios era más reducida, donde se introdujo una forma de explotación capitalista de la tierra, fundamentalmente a través de la explotación sistemática de los bosques, su principal recurso natural.

Las principales áreas agrícolas de la monarquía se localizaban en Hungría y, dentro de la mitad austriaca, en la región de Galitzia. En 1869, el 75 por ciento de la población húngara en activo estaba ocupada en la agricultura. En 1913, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, el porcentaje había descendido al 64,5 por ciento, señala Okey. La disminución de este porcentaje, debida al proceso de industrialización y a las migraciones de más de un millón de campesinos húngaros en el período del dualismo, no esconde que hacia 1914 Hungría seguía siendo una economía mayoritariamente rural. El trigo se constituyó como el principal producto de cultivo en Hungría y Galitzia, y sus exportaciones se multiplicaron gracias a la expansión de la red ferroviaria a lo largo y ancho de los territorios de la monarquía. Una vez más,

el ferrocarril tuvo un papel esencial en el crecimiento económico agrícola y, en general, en el incremento de la integración del mercado interno. En contraste con la producción de trigo y de vino, para la que la mayoría de los campesinos cultivaban la tierra de los señores, se generalizó en estas décadas la posesión y cría de ganado y cerdos, que con la creciente demanda de carne y leche de las ciudades otorgó a los campesinos enormes beneficios.

Tanto en Austria como en Hungría, pero especialmente en esta última, el desarrollo de la industria estuvo ligado a las demandas de la agricultura. La llamada cosecha milagrosa de 1867-1868 impulsó el crecimiento de la industria de producción de harina en la capital. Budapest se convirtió en el molino harinero de Austria-Hungría y también de Europa. La especialización de la industria húngara la situó sólo detrás de Estados Unidos entre los países exportadores de harina en estos años. Las obras de canalización y desviación de ríos, la introducción de nuevas técnicas en los cultivos y la expansión de nueva maquinaria contribuyeron a la modernización del campo en muchas regiones de Austria-Hungría y profundizaron la dependencia entre industria y agricultura en la vida económica del país.

El extraordinario crecimiento agrícola de los años del *Gründerzeit* se vio truncado, al igual que sucedió en el ámbito industrial, con la depresión de 1873. Una de las inmediatas consecuencias de la crisis fue el descenso de los precios, que en el campo tuvo consecuencias devastadoras, pues supuso una reducción drástica de los beneficios en la venta y exportación de materias primas. La recuperación se inició, al igual que en el sector industrial, en la década de 1880. A la reactivación de la producción agrícola contribuyó la creación de una red de sociedades de crédito locales, que se extendieron por todo el territorio austrohúngaro estimulando la inversión en agricultura a través de la concesión de pequeños créditos con reducidos intereses. Los agricultores también se movilaron en la escena política y formaron grupos en defensa de los intereses agrarios que tuvieron un gran peso en la sociedad en las décadas previas a la Primera Guerra Mundial. Estos grupos desarrollaron vínculos regionales que permitieron la colaboración de comunidades nacionales diferentes con intereses económicos compartidos. Una de las grandes reivindicaciones de estos *lobbies* agrarios fue el establecimiento de tarifas que protegieran la producción propia sobre las importaciones, lo que acarreó enfrentamientos con los consumidores en las ciudades, que pusieron a los líderes políticos en la difícil posición de arbitrar entre los intereses de los agricultores y la defensa del libre mercado.

El fuerte golpe que la crisis económica de la década de 1870 supuso para la agricultura se tradujo también en cambios demográficos. En las décadas finales del siglo XIX se produjo un descenso en el porcentaje de población económicamente activa en Hungría del 47,2 por ciento en 1869 al 44,5 por ciento en 1890, según datos recogidos por Eric Hobsbawm. Esta reducción se explica por la fuerte emigración que, en estos años, muestra un aspecto más de la evolución económica de la

monarquía. La crisis desatada en 1873 fue especialmente dañina para el mercado agrícola, que vio reducir la rentabilidad de sus productos con la caída de los precios. Asimismo, la estructura de la propiedad, especialmente en Hungría, dejaba a multitud de campesinos desprovistos de recursos económicos al no poseer siquiera unas parcelas de tierra con las que autoabastecerse. Sólo en la década de 1891-1900 emigraron aproximadamente 1,25 millones de personas de Alemania y Austria a territorios de antigua colonización europea. En la siguiente década, la cifra de emigrantes alemanes y austriacos se contó en 2,6 millones de personas, apunta Johnston. En el período completo (1890-1910), solamente el número de emigrantes húngaros a Estados Unidos se elevaba a alrededor de 1,5 millones de personas.

Como apunte final podemos aludir a David Good, que sostenía que Austria-Hungría representaba, por su vasta extensión y su geografía repartida entre el este y el oeste de Europa, un microcosmos del propio continente. Con un oeste plenamente industrializado y un este que se dividía en importantes núcleos industriales y amplias regiones agrícolas, Austria-Hungría creció en estas décadas reduciendo lentamente las hondas diferencias económicas que separaban unos territorios de otros. El ferrocarril y la industria crearon, en el marco de la unión aduanera, un mercado más integrado, en el que los productos, las personas y el capital se desplazaban dando lugar a unos índices de crecimiento económico que situaron a la monarquía en un nivel de producción cercano al de las principales economías europeas. Aun así, y a pesar de las estadísticas positivas, las diferencias económicas regionales no llegaron a desaparecer, y en vísperas de la Primera Guerra Mundial Austria-Hungría aún reflejaba ese microcosmos en el que la industria y las instituciones financieras más modernas convivían con regiones agrícolas que recordaban más al siglo XVIII que al XX. Los elevados niveles de vida y consumo de las ciudades contrastaban con la deprimida vida rural en algunas regiones agrícolas, y los propios arrabales de las ciudades mostraban el abismo que mediaba entre las banderas del progreso liberal y su cara invisible: la precaria existencia de una clase trabajadora sobre la que se sustentaba aquel crecimiento económico.

5

La época de los claveles: una sociedad en transformación

La sociedad burguesa consiste en dos tipos de hombres: los que dicen que en algún lugar se ha desalojado un antro de corrupción y los que lamentan haberse enterado tarde de las señas.

Karl Kraus

El 1 de mayo de 1890, una multitud con claveles rojos en el ojal de la chaqueta recorría Viena. Llegaban caminando desde los suburbios y desfilaron por los suntuosos jardines del Prater en filas ordenadas. Los hombres, mujeres y niños que ese día habían acudido a los elegantes bulevares del centro de Viena esgrimían consignas en favor de la instauración de la jornada laboral de ocho horas, que se había establecido como reivindicación central en el programa político de los organizadores de la manifestación: el Partido Socialdemócrata austriaco. La burguesía y la aristocracia vienesas se atrincheraron en sus palacios y viviendas ese día, la mayoría de los comercios del centro de la ciudad permanecieron cerrados y el tráfico se detuvo en un funesto presagio de lo que se preveía como una jornada sangrienta. El ejército y la policía flanquearon, con órdenes de disparar en el momento en que comenzaran los disturbios, el paso de los manifestantes por la avenida desierta, mientras que los dueños de las mansiones y casas de la zona atisbaban desde las cortinas corridas el inminente estallido de violencia. La reciente legalización del Partido Socialdemócrata en Austria había generado un clima de inquietud entre la burguesía en el poder. En el cuarto de siglo que llevaban en el Gobierno, los liberales no habían atendido los crecientes problemas del proletariado que, en estos años, se había gestado al compás de la introducción del capitalismo liberal y de los procesos de industrialización y urbanización en la monarquía. Este nuevo grupo social, a la sombra de las conquistas políticas y sociales del liberalismo triunfante, iba adquiriendo una fuerza creciente que se manifestó en la propia arena política de la burguesía con la formación y legalización del Partido Socialdemócrata, que planteó la introducción de una reforma que amenazaba la hegemonía política de los liberales: la introducción del sufragio universal.

Para asombro de muchos, ese 1 de mayo de 1890, la marcha del proletariado con sus claveles rojos, símbolo del Partido Socialdemócrata de los Trabajadores de Austria, transcurrió sin incidentes ni violencia. El paso pacífico de la comitiva por las avenidas centrales de Viena en defensa de la jornada de ocho horas escenificaba la entrada del proletariado en la escena política de la monarquía no por la vía de la revolución, sino a través de las propias estructuras del sistema, lo que pronto diferenciaría el *modus operandi* de los socialistas austriacos frente a otros grupos

europeos. Asimismo, la multitudinaria marcha ponía de manifiesto lo que cada vez se evidenciaba más claramente en la sociedad austrohúngara: el derrumbe político de una burguesía liberal desprovista de una gran base social y el ascenso de fuerzas políticas nuevas, que daban voz a aquellos que habían quedado a la sombra de los éxitos liberales, las clases medias-bajas de artesanos y campesinos y el creciente proletariado urbano. Junto a ellos, que se organizaron en agrupaciones y partidos políticos, en estos años se hicieron oír otros estratos sociales, como las mujeres o la propia juventud burguesa, que hicieron sus propias críticas al mundo erigido por los liberales en Austria-Hungría. Los años que transcurrieron entre la firma del Compromiso de 1867 y la desmembración de la monarquía de los Habsburgo en 1918 asistieron a un profundo cambio social que comportó el ascenso y el declive de la burguesía liberal y la puesta en marcha de nuevas fuerzas sociales que, con flores como estandarte (claveles blancos para los socialcristianos, centauras azules para los nacionalistas alemanes o claveles rojos que los socialdemócratas pasearon por el Prater en aquel primer 1 de mayo), proponían formas nuevas de organizar las relaciones sociales o la vida política y económica en la monarquía. Lejos del Parlamento, en la calle, en los salones, en las redacciones de prensa, en las asociaciones, en las fábricas, en el campo, se estaba movilizand o una sociedad que iría cobrando peso y protagonismo político.

CAMBIOS EN LAS ALTAS ESFERAS: ASCENSO DE LA BURGUESÍA Y RETICENCIAS DE LA ARISTOCRACIA Y LA BUROCRACIA IMPERIAL

Con el establecimiento de un Estado constitucional en 1867, llegó la hora que la burguesía liberal había esperado tanto tiempo. Privada de una representación política efectiva, la firma del Compromiso y de las leyes fundamentales que le siguieron dio un espaldarazo a las reivindicaciones que, durante años, se habían estrellado contra los muros de un Estado dinástico en el que el emperador ejercía el poder de forma absoluta. A partir de la década de 1860, el acceso de la burguesía a las tribunas del poder en Austria y en menor medida en Hungría vino acompañado de un ascenso social que se produjo de forma más paulatina; en la jerarquizada sociedad austrohúngara, la aristocracia y el conjunto de las clases sociales no estaban preparados para aceptar o entender la equiparación social de estos liberales con una nobleza de sangre que veía en la alcurnia y sus orígenes medievales la base de su posición privilegiada. El ascenso social de la burguesía en general, y de la alta burguesía en particular, se hizo posible en el contexto de un Estado moderno, que, al menos en teoría, garantizaba la igualdad de sus ciudadanos ante la ley. El carácter liberal que se pretendió imprimir a la naciente monarquía dual llevó a los Parlamentos a los partidos liberales, que hasta final de siglo en Austria gozaron de un amplio margen de libertad para llevar a cabo sus políticas con el respaldo del emperador. En estos años de hegemonía política, la burguesía priorizó la remodelación del Estado de acuerdo a las premisas políticas y económicas del liberalismo decimonónico. En las Constituciones austriaca y húngara se garantizó un amplio abanico de derechos y libertades individuales destinados a promover el progreso material y espiritual que definían al credo liberal. Muchos opositores a los partidos liberales reconocieron las conquistas en materia de libertades del Estado emanado del Compromiso de 1867. Este reconocimiento de derechos permitió el florecimiento de multitud de asociaciones de corte liberal, que habían comenzado a gestarse en la ilegalidad a lo largo del siglo XIX.

Al abrir la puerta a la participación de la sociedad en la vida pública a través de estas plataformas, los constructores del Estado liberal dieron paso a una profunda transformación social. En un Estado de tradición absolutista, la sociedad se incorporó a los debates políticos de la época, haciendo oír una multiplicidad de voces que hasta entonces habían permanecido enmudecidas. La participación política directa aún se haría esperar, especialmente en Hungría, pero su instauración no llegó por casualidad, sino en el contexto del desarrollo de una sociedad civil que a lo largo de décadas participaría activamente en la vida pública y política de la monarquía a través de todos los canales posibles: las agrupaciones nacionalistas, las asociaciones obreras, los clubes de lectura y debate, las redacciones de los numerosos periódicos y las revistas o aquellos cafés de los que hablábamos antes y en los que miles de personas

pasaban más tiempo que en su casa debatiendo, jugando al ajedrez o leyendo la prensa.

La ampliación del abanico de derechos de los ciudadanos y la construcción de un Estado de Derecho, que, sin embargo, en la práctica mantuvo fuera del poder a la amplia masa de trabajadores de Austria-Hungría, estuvieron acompañadas por la puesta en marcha de una economía capitalista y de procesos de urbanización e industrialización. En estos años de transformación de la forma de vida de una sociedad tradicional a tenor de las exigencias de las nuevas fábricas, los liberales en el poder priorizaron el arrollador progreso económico sobre el impacto de este en la vida de los trabajadores. Frente a una burguesía enriquecida con el comercio y la industria, las clases medias-bajas, integradas por pequeños comerciantes, artesanos y campesinos, vieron descender sus ganancias ante la competencia de las prácticas del libre mercado. Las fábricas permitían reducir los costes de producción y poner a la venta los productos a precios más bajos. Los pequeños comerciantes y artesanos, que no contaban con las nuevas técnicas y maquinaria de producción, veían disminuir sus beneficios y su clientela y clamaban contra los Gobiernos liberales por mayor protección a sus negocios. Bajo este estrato de pequeños propietarios, la industrialización dio paso a la gestación de una clase proletaria que hacia finales de siglo se hacinaba en los suburbios de las ciudades. Al empobrecimiento de las clases medias-bajas y los precarios salarios que recibían los obreros se unía la marginación política que ambos sectores sufrían debido a las restricciones impuestas al sufragio. La exclusión política se basaba en un sistema de contribución que, especialmente en Hungría, dejaba fuera de la participación política al grueso de la población.

Durante las décadas que mediaron entre la firma del Compromiso y el fin de siglo, los liberales no supieron apreciar la magnitud de estos problemas ni de la oposición social que traían consigo. El predominio político liberal, blindado por las restricciones en el derecho al voto, comenzó a quebrarse en primer lugar en el ámbito municipal, y se hundió definitivamente con la implantación del sufragio universal en Austria en 1907. Una de las razones que colaboraron a este hundimiento político fue la inexistencia de una amplia base social que respaldara a los partidos liberales. Los apoyos de estos radicaban en la alta y mediana burguesía, culta y por lo general de habla alemana o húngara, lo que añadía un nuevo ingrediente a la compleja problemática social: el nacionalismo. En el contexto de una creciente implicación de la sociedad en la vida pública y los debates políticos, por toda la monarquía se creó un entramado de grupos de interés que no se veían representados en el programa político de los liberales. En la floreciente red de asociaciones, clubes, salones, partidos políticos, eventos populares y publicaciones de prensa se entremezclaron las reivindicaciones de tipo social con las de carácter nacional, lo que creó un complejo mapa de intereses. Robin Okey dio una acertada interpretación a la transformación social de estos años cuando afirmaba que una de las principales contribuciones del liberalismo burgués austriaco fue la de establecer los medios, con la construcción del

Estado constitucional, con los cuales otras fuerzas sociales pudieran luchar contra él.

Pero no nos adelantemos en el tiempo. Antes de la erosión del liberalismo austriaco, la burguesía sentó las bases de su preponderancia social en la nueva monarquía dual. El Parlamento, la universidad, las academias científicas, el teatro, la ópera y las salas de conciertos, los salones y los nuevos bulevares que recorrían el centro de las principales ciudades de la monarquía se convirtieron en los espacios desde los que se escenificó el ascenso político y social de la burguesía liberal. Separada de la aristocracia por una línea social infranqueable, la burguesía austrohúngara encontró sus propios espacios de reafirmación como nueva clase dirigente. En el mundo de los Habsburgo los espacios culturales tenían, por tradición y por una inclinación social largamente cultivada, un lugar privilegiado. La música, el teatro, la literatura o las artes pictóricas eran mimados por la aristocracia y la familia imperial, y los dramaturgos, pintores, arquitectos o compositores de la monarquía siempre encontraban un poderoso protector y patrocinador entre estos círculos. El gran experto de la cultura austriaca, Carl E. Schorske, ha señalado como en los años del ascenso de la burguesía la cultura se convirtió en el medio por excelencia de asimilación social: «La burguesía austriaca, cuyas raíces se hundían en la cultura liberal de la razón y la ley, debió vérselas entonces con una cultura aristocrática más antigua de sentimiento, sensualidad y gracia».

Esta cultura sensual, multicolor, heredera del barroco católico, no era predominio de la aristocracia en Austria, sino patrimonio de una sociedad que gustaba de las representaciones teatrales, de las espectaculares procesiones y desfiles que festejaban los aniversarios y las fiestas religiosas en el imperio. Stefan Zweig describe esa afición por la cultura que compartía toda la población: «En Viena, todo lo que se expresaba con música o color se convertía en motivo de fiesta: procesiones religiosas, como la del Corpus, desfiles militares, la *Burgmusik*, incluso los entierros tenían una concurrencia entusiasta». A pesar de que la cultura constituía un lenguaje común a las distintas clases sociales de la monarquía, el acceso a algunos de esos espacios culturales estaba muchas veces limitado a aquellos que se podían permitir el precio de las entradas. La ópera y el teatro se convirtieron en escenarios claves de la puesta de largo social de la burguesía liberal. Estos lugares donde todos acudían para observar y ser observados se convirtieron en enclaves esenciales en la vida social.



Interior del antiguo *Burgtheater* o Teatro Municipal de Viena, retratado para la posteridad por el pincel de Gustav Klimt. Durante los años de la monarquía dual, el *Burgtheater* fue un punto de encuentro central de la sociedad vienesa, unida a pesar de sus diferencias por una pasión común: el teatro.

Por su parte, en las áreas rurales de la monarquía el discurso liberal no convenció a muchos. Gran parte de los campesinos propietarios se orientaron hacia ideologías conservadoras y católicas, desconfiando de la modernidad que había revolucionado la vida en las ciudades al veloz ritmo de la industrialización y de las exigencias de la libre economía. En cuanto a los campesinos sin tierras, que abundaban especialmente en Hungría, su situación era en general tan precaria que se veían abocados a la emigración al exterior o a los suburbios de las ciudades cercanas para conseguir trabajo en alguna de las nuevas fábricas. De esta manera, las bases sociales del liberalismo austrohúngaro se limitaron a una clase medio-alta o alta, urbana, culta, formada por fabricantes e industriales, grandes comerciantes y profesionales liberales. En estos círculos aparecía también, como decíamos, el componente nacional. Tanto en Hungría como en Austria, los grupos liberales en el poder estaban integrados fundamentalmente por austriacos alemanes y húngaros magiares. Entre sí hablaban alemán o húngaro, que, para muchos, eran consideradas como lenguas que mostraban la superioridad cultural del respectivo grupo nacional.

Distintivo también de la sociedad burguesa de la época fue su férreo código moral, que tuvo una enorme incidencia en muchos ámbitos de la vida pública de la monarquía. La llamada moral burguesa, heredera de los principios racionalistas de la Ilustración, aspiraba a subyugar los sentimientos y las emociones al dominio de la razón, que en este imaginario aparecía como el único camino al progreso material y espiritual de la humanidad. La convicción en la infalibilidad de la razón y, derivada de esta, en la rectitud moral provocó en esta cultura burguesa la práctica negación de las inclinaciones y los apetitos físicos y sexuales, que aparecían como vicios que era preciso ocultar. Esta mentalidad era especialmente intransigente con las mujeres, a las que se encorsetaba física y mentalmente para aceptar un rol tradicionalmente supeditado al hombre y para contener e incluso rechazar el deseo sexual. Un buen

ejemplo del estrecho espacio reservado para la mujer en la sociedad burguesa lo muestra el escándalo que generó la difusión de la bicicleta como medio de transporte en la última década del siglo XIX. La libertad de movimiento que proporcionaba, unida a la cómoda, e inaceptable a ojos de muchos, postura para moverse sobre ella, pronto la convirtió en un símbolo de la emancipación de la mujer a la que la inmensa mayoría de los hombres se negaba. Como reacción a la opresión de los sentimientos y los instintos en la sociedad burguesa, con el final del siglo estalló toda una explosión artística y literaria, que clamaba por la superación de las convenciones del código moral burgués. El propio padre del psicoanálisis, Sigmund Freud, como agudamente analiza Philipp Blom, hizo una de las críticas más radicales sobre el individuo en esta sociedad represora, que creaba un muro de apariencias para ocultar las inclinaciones íntimas del hombre, a las que no era capaz de dar una respuesta positiva.

El distintivo por excelencia de la doble moral que imperaba en la aparentemente ordenada sociedad austrohúngara en los años del dualismo es el extenso submundo de la prostitución que, como si del Doctor Jekyll y Mr. Hyde se tratase, mostraba el trastorno de identidad del mundo liberal, exponiendo la faceta descarnada, oculta, de la era de la fe en el progreso y la razón. Stefan Zweig lo describía así:

La generación actual apenas tiene idea de la enorme expansión de la prostitución en Europa hasta la Guerra Mundial; se ofrecía mercancía femenina a todas horas y a cualquier precio, y cabe decir que a un hombre le costaba tan poco tiempo y esfuerzo comprar a una mujer para un cuarto de hora, una hora o una noche como un paquete de tabaco o un periódico.

La prostitución adoptaba, en un mundo de marcada represión de la sexualidad, mil formas de expresión distinta. En las oscuras calles de las ciudades, pero también en las tiendas, los teatros, los *ballets*, los coros o las tabernas, era posible conseguir la compañía de una mujer con la que evadir la conciencia y desatar el demonizado deseo sexual que con la llegada de la mañana volvía a enfundarse en la apariencia de respetabilidad y orden burgués.

El rígido código moral de la burguesía, unido al clima de insatisfacción política que iba haciéndose más palpable hacia el cambio de siglo, canalizó asimismo en una actitud de indolencia por parte de la gran mayoría de la juventud hija de la burguesía y la aristocracia austrohúngara, que en su oposición a las convenciones morales y en su rechazo a lo que entendían como la pantomima del juego político en el Parlamento, tomó la vía de escape hacia el mundo desconocido de los placeres mundanos. La frivolidad y una pose de melancolía y cansancio vital definieron la actitud de estos jóvenes ante el mundo construido por el férreo optimismo de sus padres. En su novela *La Cripta de los Capuchinos*, Joseph Roth describe la atmósfera en estos círculos sociales de jóvenes privilegiados:

De nuestros corazones doloridos salían chistes fáciles; de nuestra sensación de estar consagrados a la muerte, un loco deseo de todas las confirmaciones de la vida: bailes, vino, mujeres, comidas, paseos en coche, cosas maravillosas de todo tipo, juergas insensatas, ironía destructiva, crítica indómita, el Prater, el

tobogán, las mascaradas, el *ballet*, frívolos juegos amorosos en los discretos palcos de la ópera, las maniobras y la instrucción que casi siempre nos perdíamos, e incluso las enfermedades que de vez en cuando nos depara el amor.

La burguesía de Austria-Hungría no constituía un grupo social homogéneo, sino que, al igual que el conjunto de la sociedad, mostraba una jerarquización bien definida. En su forma de vida, los pequeños propietarios burgueses compartían poco más que la creencia en unos valores y moral determinados con la alta burguesía que se movía en las tribunas políticas, en la Bolsa o en los exclusivos círculos artísticos de la monarquía. Pero la sociedad austrohúngara no era tan esclerótica como muchos la han descrito y, salvo en las cerradas esferas de la alta aristocracia —a las que incluso se negó el acceso a la esposa del heredero al trono Francisco Fernando por provenir de una rama inferior de la nobleza—, la movilidad social se abría paso en el tradicional mundo de los Habsburgo.

La concesión de títulos nobiliarios se mantuvo en esta época, en general, otorgados a aquellos que prestaban un servicio especial a la monarquía. Entre los que pasaron a engrosar las filas de la baja nobleza se contaba Matthias von Schönerer (1807-1881), el ingeniero que puso en marcha la construcción de los ferrocarriles austriacos y padre del futuro líder del movimiento antisemita pangermanista, Georg von Schönerer. El poeta y dramaturgo de origen judío más celebrado de su generación, Hugo von Hofmannsthal (1874-1929), fue otro de los muchos ejemplos de burguesía ennoblecida, en este caso debido asimismo a la labor industrial de su bisabuelo, Isaak Löw Hofmann (1759-1849). En Hungría, la baja y media nobleza, con su participación en la Administración, en las instituciones e incluso en los proyectos empresariales de la burguesía, se mantuvo socialmente muy próxima a esta. El término *dzscentri* surgió en estos años para definir a la clase integrada por estos nobles y por la burguesía liberal magiar que ocupó un lugar central en la vida política y económica de esta parte de la monarquía.

En cualquier caso, el escalafón de la baja nobleza se separaba por una barrera infranqueable de los círculos de la alta aristocracia. Tanto en Austria como en Hungría, donde había un elevadísimo número de familias nobles, esta separación estaba presente, y desde la Corte, orquestada por el gran maestro de ceremonias el príncipe Alfred von Montenuovo (1854-1927), se velaba de cerca por su preservación. En su obra *El genio austrohúngaro*, William M. Johnston refiere que las filas de la alta aristocracia provenían de las familias que habían sido regentes en los territorios y principados del Sacro Imperio Romano, y los archiduques y archiduquesas, el título más alto en la empinada pirámide de la aristocracia, eran los descendientes de los dieciséis hijos que tuvo María Teresa y los diecisiete de Leopoldo II. Los miembros de la baja nobleza estaban vetados en la Corte. Para acceder a sus salones y formar parte del círculo personal de la familia imperial era necesario contar con dieciséis antepasados directos que hubieran formado parte de la aristocracia.

La aristocracia austriaca y la húngara desempeñaron roles muy diferentes en la monarquía dual. En Austria la alta nobleza se alejó de las esferas políticas para entregarse a una vida de placeres y lujos. La apatía política de la aristocracia fue tal en estos años que el príncipe heredero Rodolfo escribió, en combinación con el periodista Moritz Szeps (1834-1902), un artículo en el que, usando un pseudónimo, criticaba la actitud indolente de los miembros de la alta nobleza ante los problemas de su época, a los que preferían dar esquinazo en una escala ininterrumpida de bailes, partidas de caza, salidas al teatro y a la ópera, y un sinfín de frivolidades. Mientras la mayoría de la aristocracia austriaca se aislaba de los cambios de su época en sus palacios y cotos de caza, los nobles húngaros adoptaron un activo papel político en la otra mitad de la monarquía, donde tomaron parte en la nueva vida parlamentaria, en el Gobierno húngaro y en los ministerios comunes.

Aunque tanto en Austria como en Hungría la aristocracia siguió apegada al mundo rural, a las casas de campo y a las rentas que provenían de la explotación de la tierra, esta tendencia fue más acusada entre los nobles húngaros, que habían conservado inmensos latifundios de los que obtenían una parte importante de su riqueza. Junto a la tierra, sobre la que en Austria pesaba el derecho de mayorazgo — la herencia de las posesiones de la familia por el primogénito varón—, otro de los espacios en los que tuvo un papel destacado la nobleza fue el ejército, al que iban a parar muchos de los hijos que quedaban al margen de la herencia familiar. A pesar de la importante presencia de la nobleza en las fuerzas militares del Estado, también estas se vieron inmersas en el cambio que estaba transformando a la sociedad austrohúngara. Así, en los años previos a la Primera Guerra Mundial, en el cuerpo de oficiales del ejército imperial y real se observaba ya una alta cuota de integrantes que provenían de otros estratos sociales, incluido un elevado número de judíos.

Frente al apego a la tierra presente en muchos nobles húngaros, entre la aristocracia austriaca se practicaba una forma de vida y de socialización más urbana, que orbitaba en torno a elegantes ciudades como Viena y Praga, que se convertían durante la temporada social en el epicentro de fiestas, bailes, recepciones, intrigas amorosas y asistencias a la ópera, al teatro y a conciertos. En los meses de verano, muchos de ellos se trasladaban, junto con la familia imperial, a la pequeña ciudad balneario de Ischl, en la comarca austriaca de la Salzkammergut.



Los bailes y fiestas en la Corte, en los salones de aristócratas y burgueses, así como en tabernas o jardines, constituían una de las diversiones por excelencia de la época. GAUSE, Wilhelm. *Baile de la Corte en Hofburg* (1900). Wien Museum, Viena.

A pesar de su repliegue de la escena política, los nobles austriacos, al igual que los húngaros, ejercieron en los años del dualismo una fuerte influencia social. A través de sus contactos con la Corte y las altas esferas de la Administración y el ejército, la aristocracia movía los hilos que provocaban el ascenso o la caída profesional de muchos. A esta práctica de influencia activa en el transcurso de la vida social se la conocía por el nombre de *Protektion*. En su interferencia en las carreras profesionales, la aprobación o censura de espectáculos, las cuestiones como la concesión de favores y la provisión de castigos y toques de atención, la aristocracia del imperio demostraba el escaso calado que en sus usos y costumbres tenía aquel nuevo invento del Estado de Derecho. El emperador Francisco José hacía uso también de su infinita influencia para mover los hilos de la designación de cargos en instituciones públicas y privadas de la monarquía.

En su autobiografía, Alma Mahler (1879-1964), una de las figuras centrales del universo artístico de la época y musa de innumerables artistas, recoge los secretos mecanismos de la *Protektion*. La musa vienesa recuerda que el escritor Max Burckhard consiguió su cargo como director del prestigioso Teatro Municipal de Viena en 1890. Desesperado porque en su expediente aparecía por error una profesión falsa, Burckhard fue derecho a hablar con Katharina Schratt, una de las actrices de teatro más afamadas del momento e íntima amiga del emperador, para solucionar el problema:

La Schrott lo quería mucho y le dijo: «Vuelve inmediatamente a Demel y encarga cruasanes de adormidera y nuez, espera hasta que estén hechos y vuelve enseguida. El emperador viene a cenar, y es su manjar predilecto. Entonces no podrá decir que no y se arreglará eso de un plumazo. Esa equivocación se pasa ya de estúpida». A la mañana siguiente, fue nombrado director del Teatro Municipal. ¡Y, desde luego, no fue el peor director del viejo teatro!



La pompa y el protocolo eran esenciales en la monarquía dual. Esta obsesión por las formas tenía su culmen en la propia Corte, y era practicada en primera persona por el emperador Francisco José I, que aparece en la imagen en una visita oficial.

Otro relato de las memorias de Alma Mahler ilustra asimismo el funcionamiento del sistema de *Protektion*. En este caso, la historia orbita en torno al que fue el primer marido de Alma, el compositor Gustav Mahler, que desde 1887 ejercía el cargo de director de la Ópera Imperial de Viena:

El cargo de director de la Ópera Imperial de Viena era entonces totalitario de verdad. El director sólo estaba subordinado al emperador y a su primer funcionario, entonces mayordomo mayor de palacio, príncipe Montenuovo.

El propio ascenso de Freud a profesor *extraordinarius* de la Universidad de Viena en 1903 se produjo tan sólo gracias a la intervención de una de sus pacientes mejor situadas socialmente, aun cuando su fama y la de su teoría sobre el psicoanálisis ya le habían hecho famoso en todo el mundo. En otros muchos casos, la intervención de esta poderosa élite truncó nombramientos, carreras profesionales o espectáculos artísticos que, de una manera o de otra, contrariaban a unos nobles poco acostumbrados a no salirse con la suya.

LA PUESTA EN MOVIMIENTO DE LA SOCIEDAD CIVIL

La manifestación del 1 de mayo de 1890 escenificaba dos fenómenos que se habían gestado a la sombra de los triunfos de los liberales austrohúngaros en la construcción de su Estado de Derecho: por un lado, simbolizaba la puesta en marcha de la sociedad civil para avanzar en el proceso de obtención de derechos que habían iniciado los propios liberales; y, por otro, mostraba los fracasos de ese proceso, que había dejado al margen del progreso que postulaba a la gran mayoría de la población. La creación de asociaciones de todo tipo, en las que se mezclaban los intereses de grupo con el nacionalismo, proliferó en los años del dualismo y, valiéndose de los derechos que otorgaban las Constituciones austriaca y húngara, o intentando salvar las todavía numerosas restricciones a los derechos de asamblea, de prensa y de asociación, dio voz a los excluidos del voto. Pero también este terreno, el parlamentario, se abrió al conjunto de la población masculina con la instauración en Austria del sufragio universal masculino en 1907. En Hungría, la consecución de ese derecho habría de esperar hasta 1918. Antes de la instauración del sufragio universal, se dieron varias reformas electorales encaminadas a aumentar el censo de votantes. La ampliación del electorado se hizo sentir desde un principio en los ámbitos municipales, donde, en cuestión de pocos años, los liberales perdieron una preeminencia política que se reveló en toda su fragilidad cuando se permitió votar al grueso de la población. Así, el fin de siglo asistió al desplome político de la burguesía liberal y al ascenso de nuevas fuerzas sociales, que fueron adoptando un rol cada vez más activo en la vida pública. En este contexto, algunas de las propuestas que emergían desde esta sociedad civil consiguieron un amplio respaldo y fueron modelándose como movimientos de masas, que irrumpían como otro signo de la modernidad que había penetrado en la antigua monarquía.

Para comprender el desarrollo de la sociedad civil moderna en Austria-Hungría es importante recordar la enorme complejidad social que existía en un Estado multinacional que, en los años previos a la Primera Guerra Mundial, contaba con más de cincuenta millones de personas y se extendía desde Italia y los Balcanes hasta Rusia, de la frontera con Suiza a Transilvania y Bucovina. En este escenario, que integraba tradiciones, culturas, lenguas y formas de vida muy dispares, se ponía en contacto el oeste, en sintonía con la evolución de Europa occidental, con el este, más próximo al mundo eslavo. Muchas veces se ha hablado de la monarquía austrohúngara como de una miniatura de la propia Europa, y al igual que sucedía en esta, el desarrollo de movimientos sociales estuvo ligado a la evolución de la industrialización y de los nuevos ritmos económicos capitalistas, que alteraron en profundidad las formas de vida y trabajo tradicionales. Fue en las zonas más urbanizadas, pero también en las áreas rurales donde la población se vio abocada a una emigración forzosa en busca de medios de supervivencia, donde antes se articularon respuestas políticas ante las crecientes dificultades de los trabajadores y

campesinos.

En las ciudades de la monarquía, los obreros vivían hacinados en suburbios junto a las fábricas. Los exhaustivos horarios de trabajo, las infraviviendas y la ausencia de condiciones higiénicas causaban el estallido de epidemias como el cólera o la tuberculosis de forma periódica, que disparaban unos índices de mortalidad que constituían el único contacto que los partidos en el poder tenían con la realidad de las masas trabajadoras. Asimismo, los exiguos salarios forzaban la temprana incorporación de los hijos de las familias obreras al mundo del trabajo, en el que mujeres y adolescentes contaban con todavía peores condiciones laborales que los hombres. Como refiere Robin Okey, en las fábricas textiles de Galitzia, las jornadas laborales llegaban a las diecisiete horas en verano, y hasta las catorce o quince en invierno, mientras que la esperanza de vida en Cracovia a la altura de 1867 estaba en torno a los veintiséis años de edad. La vida en las capitales no era mejor que en las provincias, y en los suburbios de Viena y Budapest los obreros y los campesinos recién llegados del campo para buscar trabajo en las fábricas vivían en pequeños cuartuchos y estancias húmedas y oscuras, sin agua corriente ni electricidad y cuyos alquileres, irónicamente, no hacían más que subir. Asfixiados por jornadas laborales interminables que no evitaban los constantes apuros económicos, muchos obreros tomaban la accesible vía de escape del alcoholismo. Para aquellos que llegaban del campo el ritmo impuesto por las sirenas de las fábricas de una modernidad atronadora fue especialmente perturbador. Acostumbrados a las formas de vida de los pueblos, al contacto con la tierra y la naturaleza y a las relaciones sociales tradicionales, la inmersión en la realidad deshumanizada de la industrialización y el capitalismo descontrolado de finales de siglo alteró no sólo los cuerpos y los modos de vida, sino las identidades de unos hombres que ya no se reconocían a sí mismos ni al mundo en el que vivían.

Si alguien se encargó de retratar el mundo de los suburbios y de los desheredados fue el periodista Egon Erwin Kisch (1885-1948). Nacido en Praga y de origen judío, Kisch narró la vida en los centros de trabajos forzados que albergaban a vagabundos y delincuentes, las noches en los asilos y en los cafés móviles, que devolvían el calor a los paseantes nocturnos con su mezcla de té, ron y azúcar, los almuerzos en los comedores populares y los recorridos de los músicos y vendedores ambulantes por las empedradas calles de la capital bohemia. En sus crónicas Kisch arroja luz, una luz incisiva e irónica, sobre la trastienda del mundo liberal burgués de fin de siglo.

En las primeras décadas del dualismo la conciencia de clase fue tomando forma entre los obreros de Austria-Hungría. Tras una serie de intentos iniciales, promovidos desde dentro, de denunciar la miseria de los trabajadores industriales, la emergencia de la cuestión social llevó a la toma de conciencia, por parte de una pequeña parte de la burguesía liberal, de la necesidad de combatir la profunda desigualdad social que el nuevo ritmo económico había ahondado en la monarquía. Victor Adler, praguense de origen judío convertido al protestantismo, provenía de los ambientes de la burguesía

liberal de habla alemana y se puso pronto a la cabeza del movimiento socialista austriaco. Adler, que ya había militado en las filas del nacionalismo alemán cuando estudiaba medicina en la universidad, reorientó el emergente socialismo austriaco hacia la socialdemocracia, aspirando a acceder al poder a través de las propias reglas del juego parlamentario liberal y a gobernar a través de las instituciones de la monarquía. El movimiento socialista fue perseguido tanto en Austria como en Hungría, aunque en la primera logró acceder a la Cámara Baja del Parlamento austriaco con la implantación del sufragio universal en 1907, que había constituido una de sus principales reivindicaciones como colectivo social.

Antes de adoptar la línea socialdemócrata, los socialistas austriacos habían vivido tensos debates entre los partidarios de la acción directa y la revolución y aquellos que buscaban la adopción de un compromiso político con las estructuras del Estado liberal y la consolidación de un régimen democrático en el que poder llevar a cabo un programa socialista. Entre diciembre de 1888 y enero de 1889 se creó, en el congreso celebrado en la localidad de Hainfeld, el Partido Socialdemócrata de los Trabajadores de Austria, heredero de los códigos de internacionalismo proletario del marxismo, pero decidido a llevar a cabo su lucha contra la injusticia social a través de las tribunas del Parlamento y no desde las barricadas. Este compromiso con las instituciones, y en concreto con la Monarquía, eliminó importantes trabas de la andadura política de los socialdemócratas austriacos, aunque muchos liberales entendieron la legalización del socialismo, aun dentro de esta fórmula, como una amenaza a su proyecto político y a su orden social.

En Hungría, y a pesar de la represión que desde el Gobierno había perseguido y perseguiría a los socialistas y sus actividades (publicaciones, reuniones, manifestaciones, etc.), el movimiento logró tomar cuerpo y, en diciembre de 1890 se fundó, sobre la base del Partido de los Trabajadores de Hungría, el Partido Socialdemócrata húngaro. Sin embargo, el restringido sufragio censitario iba a otorgar a los socialdemócratas húngaros un papel mucho más marginal que el de sus homólogos austriacos. Además, los Gobiernos húngaros persiguieron con mayor virulencia el movimiento obrero, que denunciaron como enemigo del Estado-nación magiar. Así, los trabajadores húngaros se vieron privados de representación parlamentaria y de derechos laborales como la huelga o la asociación, mientras que, hacia finales de siglo, aún tenían que enfrentar jornadas de hasta 16 horas de trabajo.

A pesar de su vocación internacionalista, la socialdemocracia austrohúngara sucumbió a las tensiones que enfrentaban a unas nacionalidades con otras, y de la unidad inicial pronto empezaron a escindirse grupos nacionales que veían que debían defender sus intereses por partida doble: como trabajadores y como minoría nacional. Los primeros en apartarse del partido austriaco fueron los checos, que arrastraban un largo enfrentamiento con los alemanes en Bohemia, y el resentimiento pronto hizo incompatible el trabajo en común. En la evolución política de la monarquía, y especialmente a lo largo de la Primera Guerra Mundial, la solidaridad de clase quedó

supeditada a los atronadores discursos nacionalistas, que eliminaron la posibilidad de la consolidación de una base social multinacional unida no por su extracción étnico-lingüística, sino por su identidad de clase común.

Frente a la respuesta internacionalista, al menos en el plano teórico, que aportaron los socialdemócratas a los problemas sociales de su tiempo, en Austria-Hungría se gestó otra apuesta política en clave nacional. Combinando en su discurso antiliberal la necesidad de atender a las necesidades de la población ignoradas por la enriquecida alta burguesía con la reivindicación de los intereses concretos de una determinada comunidad nacional, estos partidos y agrupaciones consiguieron atraer hacia sí a las descontentas clases medias-bajas urbanas. En los años del *Gründerzeit*, de la construcción del Estado liberal y de la puesta en marcha de una economía de libre mercado, los pequeños tenderos y artesanos se encontraron con la competencia inesperada de productos baratos que llegaban al mercado desde las nuevas fábricas, así como de la importación facilitada por las nuevas dinámicas económicas del *laissez-faire*. Ante esta situación, las clases medias-bajas se volvieron contra el discurso liberal, que veían garante de los intereses de los más ricos, mientras dejaba de lado los problemas de los pequeños comerciantes y fabricantes de las ciudades. Este resentimiento condujo a la formación de asociaciones y partidos antiliberales y a la acentuación del tradicional antisemitismo. Los judíos eran, a los ojos de las clases medias-bajas, causantes por partida doble del empeoramiento de su situación económica: por un lado, asociaban el liberalismo gobernante con las grandes fortunas de banqueros, empresarios y fabricantes judíos, que les planteaban una competencia a la que con sus escasos medios no podían hacer frente; por otro, atacaban a los vendedores ambulantes judíos que llevaban su carga por las calles, cafés y casas de las ciudades ofreciendo mercancía más barata, lo que también planteaba una competencia inasumible.

El antisemitismo se convirtió, en estos años de involucramiento de la sociedad en los problemas públicos, en uno de los grandes puntos de acuerdo entre los críticos al liberalismo. Uno de los movimientos más exitosos se gestó y triunfó precisamente en Viena, el epicentro del liberalismo austriaco. Karl Lueger (1844-1910), abogado vienés, partió de un compromiso con el catolicismo para, en su crítica a la injusticia social, formar el movimiento socialcristiano. Lueger basó su propuesta política en una crítica a la burguesía liberal, que se enriquecía al precio de dejar desprotegidos los intereses de la «gente común», y en la adopción progresiva de una actitud antisemita, con la que se identificó gran parte de esta clase de pequeños propietarios, que se sentían amenazados por los progresos del libre mercado. En 1897, y tras varias negativas de Francisco José (celebradas por el propio Freud) de aceptar los resultados electorales y otorgar a los socialcristianos el poder en Viena, al emperador no le quedó otra salida que aceptar el aplastante triunfo del partido de Lueger en la capital y ratificarle como alcalde. El triunfo del socialismo cristiano no se limitó a la capital austriaca, sino que desbordó las expectativas liberales y con la instauración del

sufragio universal masculino en Austria en 1907 se convirtió en una de las primeras fuerzas políticas del Parlamento, seguida de cerca por los socialdemócratas.

En las áreas rurales de la monarquía, las diferencias entre regiones eran mucho más acusadas que entre las ciudades. El contraste se daba especialmente entre el oeste y el este: para el cambio de siglo, las condiciones de vida y de trabajo de un campesino del Tirol y las de uno de Transilvania parecían extraídas de siglos diferentes. Mientras que el primero contaba, por lo general, con un pequeño o mediano predio propio, en el que lentamente comenzaba a introducir avances tecnológicos y gracias al cual podía disfrutar de una relativa prosperidad, el campesino transilvano practicaba una agricultura de corte preindustrial y, en el mejor de los casos, era arrendatario de las tierras que trabajaba, aunque por lo general labraba las tierras de los latifundios de los señores, y subsistía junto a su familia en condiciones más propias del feudalismo que de la era de la industrialización. Estas formas de vida se dieron, en general, en los territorios más orientales de la monarquía: a la altura de 1914, los campesinos rutenos de Bucovina, los rumanos de Transilvania o los polacos y judíos del este de Galitzia vivían sumidos en un profundo subdesarrollo, ajenos a los cambios de la modernidad y al mundo liberal que, al otro lado de los Cárpatos, celebraba sus progresos. Aun así, la división entre este y oeste no es suficiente para reflejar la situación de los campesinos en la monarquía dual. Por lo general, la figura del pequeño o medio campesino propietario de tierras se dio más en Austria que en Hungría debido a las diferentes estructuras de propiedad de la tierra que imperaban en ambos reinos. En regiones como Croacia, que había quedado incluida en los dominios húngaros con el Compromiso de 1867, se mantuvo una estructura de propiedad diferente, en la que se combinaban la pequeña y la gran propiedad.



El líder socialcristiano Karl Lueger, al que popularmente llamaban el Bello Karl, en su etapa como alcalde de Viena.

Este variado paisaje social dio lugar a respuestas políticas muy diferentes. En general, los campesinos propietarios tomaron parte del impulso asociacionista y conformaron diferentes partidos y agrupaciones políticas de marcado carácter conservador y clerical, en oposición a la modernidad y el anticlericalismo que asociaban al mundo liberal de las ciudades. Estos movimientos, que recibieron el nombre de agrarismo, abogaban por la vuelta a las costumbres que habían regido las relaciones sociales y de trabajo en el campo tradicionalmente. Rechazaban el liberalismo económico, que, a sus ojos, dejaba la producción regional desprotegida frente a la competencia de productos extranjeros, y en sus demandas políticas presionaron de forma constante por la instauración de impuestos a la importación. Estos grupos agraristas se convirtieron en uno de los *lobbies* políticos de mayor peso. Por su parte, los campesinos sin tierra permanecieron excluidos del juego político en Austria y sobre todo en Hungría —aquí el ochenta por ciento de la población vivía de la agricultura—, donde el subdesarrollo del que hablábamos antes mantuvo a algunas comunidades del este aisladas de los cambios y cuestiones que agitaban la vida política del Estado. A esto se añadía que, en la parte húngara de la monarquía, los aristócratas terratenientes seguían teniendo una influencia y unos derechos desmedidos sobre los campesinos que trabajaban sus tierras. Por ley, como recuerda Johnston, estaban autorizados a infligir castigos físicos a los campesinos en caso de huelga (o, en la práctica, en caso de que simplemente lo estimasen conveniente), así como a obligar a los jornaleros a trabajar jornadas extenuantes en tiempo de cosecha para abarcar la recogida de toda la producción. Estos abusos, unidos a las restricciones de derechos lingüísticos y culturales que se dieron con frecuencia en el campo húngaro, desembocaron en el estallido periódico de revueltas campesinas, que, especialmente en Transilvania, contaban con una tradición muy virulenta. El nacionalismo vino en muchas ocasiones a integrar en sus demandas los problemas sociales de las minorías oprimidas, y con ello ganó para sus filas a muchos campesinos que de otra manera quizá hubieran permanecido al margen, indiferentes ante unos discursos que les parecían más propios de las caóticas y modernas ciudades que de su realidad cotidiana.

Entre las corrientes que se agitaban bajo la superficie de orden y respetabilidad del triunfante mundo burgués, y para cerrar este recorrido a través de la efervescente sociedad austrohúngara, hay que hacer referencia a la irrupción de las mujeres en la escena pública. Al igual que estaba sucediendo en Gran Bretaña, Francia o Alemania, el final de siglo asistió en la monarquía de los Habsburgo a una creciente aunque aún muy reducida toma de protagonismo de la mujer. Este fenómeno tuvo lugar asimismo en el contexto de las transformaciones sociales que se estaban produciendo al ritmo de la industrialización y de una modernidad que caló en la rígida estructura de convenciones de la sociedad decimonónica. El 28 de enero de 1893 se fundó en Viena

la *Allgemeiner Österreichischer Frauenverein* (AÖF), la Asociación General de Mujeres de Austria, como resultado de la movilización inicial, desde los últimos años de la década de 1880, de un grupo de profesoras que en la Baja Austria habían organizado un ciclo de manifestaciones en protesta por la retirada a las mujeres contribuyentes del derecho a voto en el Parlamento regional. Entre las miembros fundadoras de la AÖF se contaban mujeres como Auguste Fickert (1855-1910), profesora y pionera del movimiento feminista austriaco y de sus reclamaciones en torno al sufragio femenino; la escritora y socialista Rosa Mayreder (1858-1938); la educadora Maria Schwarz (1852-1920), vicepresidenta de la Asociación de Maestras y Educadoras de Austria; Marie Lang (1858-1934), adscrita a las reivindicaciones más radicales del movimiento feminista austriaco; y una de las fundadoras del mismo, Marianne Hainisch (1839-1936), que en 1870 se había convertido en la primera mujer en pronunciar un discurso oficial en Austria.

La AÖF y sus fundadoras, así como las mujeres que fueron integrándose en las actividades de la asociación, promovieron iniciativas destinadas a sacar de la penumbra la situación de desigualdad en que la mujer vivía sumida y a iniciar un debate público y una toma de conciencia acerca de las dificultades y la marginación de la mujer en la sociedad moderna. Entre los principales objetivos de la asociación se fijaron la batalla por la igualdad de derechos, por el acceso a todos los niveles educativos y por ampliar las posibilidades laborales de las mujeres. La AÖF no fue la única asociación de mujeres que trabajó por la emancipación de la mujer. Aunque en pequeño número, en estos años surgieron otras organizaciones que, a través de la puesta en marcha de publicaciones, manifestaciones, recogidas de firmas y otras actividades, reivindicaron un lugar más activo e independiente para la mujer en la sociedad austrohúngara.

Gran parte de las mujeres que tomaron la iniciativa en este mundo de hombres se movieron en el ámbito de la educación. Junto a las profesoras y maestras que habían dado paso a la formación de la AÖF, en la Viena de fin de siglo destacó el innovador proyecto pedagógico emprendido por Eugenie Schwarzwald (1872-1940) y relatado por el historiador Philipp Blom en su obra *Años de vértigo*. El plan de estudios diseñado por esta aristócrata vienesa rompía con la educación clásica que imperaba en las escuelas del imperio para dar paso a una enseñanza focalizada en las nuevas percepciones de la vanguardia artística, que corrió a cargo de varios artistas e intelectuales de la escena austriaca del momento, a los que Schwarzwald reclutó para dar clases en esta revolucionaria escuela de niñas. El proyecto, al que por su carácter privado e innovador sólo accedieron las hijas de las clases altas y liberales de Viena, no tuvo un amplio calado social, pero junto con otras iniciativas de estos años contribuyó a reclamar un papel diferente para la mujer en la sociedad austriaca, con un mayor margen de libertad y autonomía de manera que atender el hogar no constituyese su horizonte exclusivo. A través del contacto con el arte y la cultura, la escuela de Eugenie Schwarzwald ponía en manos de sus alumnas las armas para

desarrollarse intelectualmente y alcanzar en este proceso una mayor independencia y un rol activo en el escenario público de la vieja monarquía, y al que la amplia mayoría de hombres se resistía en abierta oposición.

Otra de las figuras femeninas que en estos años rompió con el rol tradicional de la mujer, en este caso en el seno de la nobleza, fue la baronesa Bertha von Suttner (1843-1914). Tras la experiencia traumática de la guerra turco-rusa de 1877-1878, en la que se entregó al cuidado de los soldados heridos en el frente, desempeñó un protagonismo activísimo en el incipiente movimiento pacifista que advertía ya las nubes de guerra que se cernían sobre Europa. Luchadora incansable, Bertha von Suttner tuvo que hacer frente a una doble oposición: la de aquellos que atacaban su causa en defensa de la paz entre las naciones y la de los que despreciaban el activismo ejercido por mujeres. Aun así, y haciendo caso omiso de las reglas sociales, Bertha von Suttner no cejó en su empeño: viajó sin cesar, participó en las primeras conferencias internacionales que se celebraron en La Haya para promover la causa de la paz internacional, tomó la pluma y estableció contactos con otros que, como ella, presagiaban la cercanía de la tormenta. De su inquebrantable compromiso con la promoción de la paz nació una novela, *Abajo las armas*, que se traduciría a numerosas lenguas y se convirtió en una de las obras clásicas de la literatura pacifista. Los esfuerzos de la baronesa también produjeron un fruto inesperado cuando esta consiguió que Alfred Nobel (1833-1896), el inventor de la dinamita —para el que Bertha había trabajado durante un período de su juventud en París y al que le unía una sincera amistad—, instituyese el Premio Nobel como compensación de los efectos devastadores que su invento podría causar en caso de estallar una guerra. Ella misma se convirtió, en 1905, en la primera mujer que recibió el Nobel de la Paz. La concesión del premio reconocía no sólo su labor en defensa del entendimiento pacífico de las naciones, sino el proceso de cambio de rol de la mujer que, como otras pioneras, Bertha von Suttner encabezó frente a la feroz crítica de sus contemporáneos. El activismo pacifista de la baronesa tuvo un papel clave en la toma de protagonismo de la mujer en la vida pública austrohúngara, que estuvo asimismo integrada por la paulatina movilización de muchas mujeres anónimas que no se conformaban con el anodino lugar que el imaginario burgués les tenía deparado.

A pesar de que las iniciativas y reivindicaciones de estas mujeres estuvieron acompañadas de incontables decepciones y frustración, el feminismo austriaco asistió a la consecución de importantes logros, entre los que brilló especialmente la apertura de las puertas de la Universidad de Viena a las mujeres en 1897 en medio de una escandalizada y sonora oposición interna. William M. Johnston relata como la indignación masculina en la universidad elevó definitivamente el grito al cielo cuando, en 1900, también la Facultad de Medicina dio paso a la admisión de mujeres entre el estudiantado por la decisión del emperador de otorgar a las musulmanas bosnias atención médica proporcionada por mujeres doctoras. En Hungría, las mujeres lograron acceder a los estudios superiores de humanidades y medicina en el

año 1895. Los ataques y las quejas no cesaron de arreciar contra los intentos de las mujeres de incorporarse activamente a la vida pública, pero el cambio que se había iniciado en estos pequeños círculos de profesoras y en los salones de aristócratas y damas de la alta burguesía avanzaba con la determinación de unas mujeres conscientes de la posición relegada que el orden burgués les había deparado y decididas a no aceptarla más. Aun así, el camino hacia la igualdad de la mujer no había hecho más que comenzar, y sus efectos apenas empezaban a hacerse palpables en las grandes ciudades, mientras que en las zonas rurales más atrasadas de la monarquía, donde persistía una forma de vida más tradicional, la posibilidad de la emancipación de la mujer todavía se perfilaba muy remota. La puesta en marcha de estas primeras feministas por combatir la desigualdad social de la mujer se inscribe también en el proceso de gestación de una sociedad más dinámica y más activa que, en estos años, tuvo lugar en Austria-Hungría y en gran parte de los Estados europeos. Las sociedades civiles que emergían del orden liberal decimonónico fueron tomando forma y voz para reivindicar las cuestiones relegadas por la burguesía en su conquista de las tribunas de poder.



Discurso de la trabajadora y redactora Adelheid Popp, que desempeñó un rol pionero en la progresiva participación de la mujer en la vida pública austrohúngara.

6

Las caras del (multi)nacionalismo en Austria-Hungría

Como es bien sabido, en el siglo XIX se había descubierto que todo individuo tenía que pertenecer a una nación o a una raza determinada si realmente pretende ser reconocido como ciudadano burgués. «De la humanidad a la bestialidad pasando por la nacionalidad», había dicho el dramaturgo austriaco Franz Grillparzer.

Joseph Roth

Prisión de naciones fue el término con el que muchos de sus contemporáneos, y de los que la sobrevivieron en el tiempo, se refirieron a la monarquía austrohúngara. A partir de 1919, con la guerra perdida y su territorio dividido entre nueve Estados diferentes, muy pocos negaban que el hundimiento del Imperio de los Habsburgo había sido inevitable, pues el conflicto interno entre las distintas nacionalidades hacía tiempo que se había hecho insoportable, y el Estado, incapaz de dar una solución a estas guerras intestinas, había terminado por quebrarse. Esta explicación, acuñada en la Europa que se definió tras la Gran Guerra, ha demostrado ser no sólo inexacta, sino excesivamente simplista, pues la monarquía multinacional de los Habsburgo resultó ser mucho más que un escenario de confrontación entre pueblos enfrentados.

La monarquía dual era, como se ha repetido ininidad de veces, un Estado plurinacional, integrado por distintos pueblos que hablaban diferentes lenguas y practicaban confesiones religiosas distintas. Los pueblos, a diferencia de los Estados-nación, no se suponían vinculados a una identidad nacional concreta, sino a un concepto más antiguo: la lealtad a la dinastía Habsburgo. En este Estado multinacional, los nacionalismos habían surgido desde las primeras décadas del siglo XIX como reivindicaciones de la élite social —aristócratas, miembros de la naciente alta burguesía— que pretendía alcanzar una mayor autonomía política y un mayor control sobre sus regiones y provincias. Detrás de estas aspiraciones subyacía la idea de pertenecer a una nación histórica, con una lengua y una historia en común, así como con una tradición cultural propia. La cultura, sin embargo, resultó ser una realidad más elástica de la que estos nobles y burgueses nacionalistas pretendían. El mapa de las nacionalidades de la monarquía ha fallado a menudo en retratar la existencia de una población que se sintiese vinculada a una identidad nacional concreta. Esto era así en especial en las zonas de frontera entre diferentes comunidades étnico-lingüísticas y en el ámbito rural, donde los nacionalismos inicialmente no eran más que ecos provenientes de las ciudades. Las llamadas «culturas nacionales» eran en estas regiones una realidad a medias, pues los intercambios culturales, el bilingüismo y la existencia de tradiciones y formas de vida comunes entre vecinos de diferentes etnias formaban parte de la realidad cotidiana.

Estas identidades supranacionales, o más bien ajenas al concepto de nacionalidad,

se manifestaban en el campo de muy diferentes maneras. En su estudio sobre la región de Prekmurje, fronteriza entre los territorios de habla eslovena, alemana y húngara, el historiador Oto Luthar hace referencia a dos objetos que ponen de manifiesto una realidad más compleja que la retratada por los portavoces nacionalistas. El primero de estos objetos consiste en el diario de un soldado nacido en la región. A pesar de su escasa formación educativa, este soldado llamado Jozsef Doncsecz escribía en su diario fluidamente en tres lenguas: alemán, esloveno y húngaro. De forma sistemática, Doncsecz reportaba sobre su experiencia en el ejército en alemán, escribía sobre la nostalgia de su novia y su hogar en esloveno y, en cambio, plasmaba en el papel sus fantasías sexuales en húngaro. Al margen de los posibles significados de estas asociaciones, el diario muestra la políglota realidad de muchas áreas en la monarquía, donde los habitantes, en la mayoría de los casos sin gran formación escolar, eran capaces de desenvolverse con facilidad en dos o en tres idiomas, al igual que participaban de la variedad cultural que surgía de las relaciones cotidianas con grupos de diferente procedencia étnica. El segundo objeto al que hacemos referencia es un libro de recetas de una cocinera que a lo largo de sus años de trabajo había contactado con espacios urbanos y rurales en la región. Las recetas anotadas a mano en las páginas del cuaderno aparecían escritas en alemán, esloveno y húngaro. De forma constante, en la misma frase aparecen mezcladas las tres lenguas, y cada una de ellas aporta un vocabulario específico sobre productos, medidas y platos.



Composición étnica de la monarquía austro-húngara. Los mapas que se trazaron para retratar la distribución de las minorías nacionales en el dualismo no lograron representar la compleja realidad que subyacía en el imperio: la existencia de amplias capas de población que no se sentían vinculadas con una identidad nacional concreta, que

hablaban con fluidez dos y hasta tres lenguas, y que en su día a día tenían una relación continuada y estrecha con comunidades étnicas diferentes, con las que compartían intereses locales o regionales.

Los nacionalismos florecieron en el marco de la emergencia de la sociedad civil y se transformaron, en las últimas décadas de la monarquía, en movimientos con una amplia base social, que mezclaron en sus discursos el descontento social frente al liberalismo dirigente con la reivindicación de una mayor autonomía cultural y política frente a la hegemonía en el Gobierno de alemanes y magiars. Así, en el auge de los reclamos y los discursos nacionalistas de final de siglo se percibía un trasfondo agitado, integrado por demandas que no nacían sólo del sentimiento de opresión de la propia cultura, sino del desencanto con el proyecto liberal llevado a cabo en Austria-Hungría. El británico Eric Hobsbawm definió agudamente la esencia de la pujanza de estos movimientos nacionales cuando afirmaba que «de todas formas, el nacionalismo se hizo popular fundamentalmente cuando se ingirió como un cóctel. Su atractivo no consistía en su propio sabor, sino en su combinación con otro u otros ingredientes, que, se esperaba, calmaría la sed material y espiritual de sus consumidores». Sin embargo, a pesar de que los discursos nacionalistas iban conformando movimientos de masas, en aquellas regiones de frontera en las que convivían pueblos y lenguas diferentes, así como en el campo, la actitud ante el nacionalismo fue mucho más ambigua que en las ciudades. Sólo en el contexto de las carestías y el malestar de la Primera Guerra Mundial cobrarían un enorme apoyo los grupos nacionalistas que aspiraban a formar Estados propios. Hasta entonces, la mayoría de ellos no habían perseguido la independencia frente a los Habsburgo, sino un mayor reconocimiento de sus derechos y unas atribuciones de gobierno más amplias.

Cuando imaginamos este Estado multinacional, multicultural, no debemos pensar en un puzle en el que las distintas comunidades nacionales, a modo de piezas diferenciadas, encajaban unas con otras. Al contrario, para valorar la multiculturalidad que imperaba en la monarquía y en la que se desarrollaron los propios discursos nacionalistas hay que entender la profunda mezcla cultural, el bilingüismo practicado con naturalidad por sus pueblos, la convivencia diaria en la escuela, en el comercio y en el campo, de ciudadanos adscritos a diferentes nacionalidades.

AUGE Y CONFLICTO ENTRE LOS MOVIMIENTOS NACIONALES

El escritor y periodista Soma Morgenstern (1890-1976) recoge en sus memorias un pasaje sobre su infancia en la Galitzia oriental. Con las siguientes líneas, el autor retrató el cosmos multicultural y políglota que florecía en las zonas de frontera, donde diferentes comunidades étnico-lingüísticas interaccionaban a diario entre sí. La escuela, punto neurálgico en la creación de identidad nacional, actuaba en muchas de estas zonas como plataforma para las influencias y transferencias culturales, así como para la adquisición de nuevas lenguas que, con los años, los niños aprendían a utilizar con fluidez:

Fui a tres escuelas primarias distintas en tres pueblos diferentes: una ucraniana, una polaca y otra que en realidad también era polaca, pero que, por consideración a la minoría ucraniana, incluía en su plan de enseñanza principios básicos de la lengua ucraniana. En este pueblo fui a la escuela cuatro años. Como había aprendido ucraniano de mi nodriza, el cambio de lengua no sólo no me costó ningún esfuerzo, sino que, por el contrario, despertó mi interés por las lenguas a una edad muy temprana [...]. Si tenemos en cuenta que en casa se hablaba yidis y que las clases de hebreo empezaban a los tres años, no debe sorprendernos que llegase al primer curso de bachillerato con un bagaje de cinco idiomas. ¿Cómo que cinco?, se preguntarán. He omitido a propósito el alemán, pues tengo la sensación de haberlo mencionado con demasiada frecuencia en mis recuerdos.

El caso de Morgenstern presenta la peculiaridad de añadir, a los idiomas hablados en la región, los propios de los judíos orientales: el yidis (que no estaba reconocido como lengua en la monarquía de los Habsburgo) y el hebreo, necesario para leer la Torá y ser considerado un miembro piadoso y respetado de la comunidad judía. Para los niños no judíos, el bagaje lingüístico se reducía, pero, aun así, especialmente en estas regiones donde convivían nacionalidades diferentes, se consideraba natural que manejaran con soltura al menos dos idiomas. Precisamente eran las pequeñas nacionalidades las que aceptaban con naturalidad el bilingüismo, mientras que los hablantes de alemán o de húngaro en muchas ocasiones no sentían la necesidad de aprender lo que algunos consideraban lenguas menores.

También se daba el caso de pequeñas comunidades campesinas que vivían aisladas en su geografía y modos de vida tradicionales y que, a pesar de tener nociones de lenguas vecinas, dominaban un solo idioma; esto les podía suponer numerosos problemas si tenían que hacer cualquier tipo de trámite administrativo o moverse por las instituciones. En cualquier caso, el bilingüismo e incluso el trilingüismo no constituían ninguna rareza entre la población de la monarquía. En Austria, esta realidad políglota estaba reconocida en la ley y respetada en la práctica. Al igual que en Hungría, los liberales que habían llevado a cabo la construcción del Estado constitucional tras la firma del Compromiso de 1867 habían recogido en las leyes constitucionales de diciembre la protección de los derechos de las minorías nacionales: «Todos los pueblos del Estado son iguales en cuanto a derechos. Cada pueblo tiene el derecho inviolable a la conservación y al mantenimiento de su

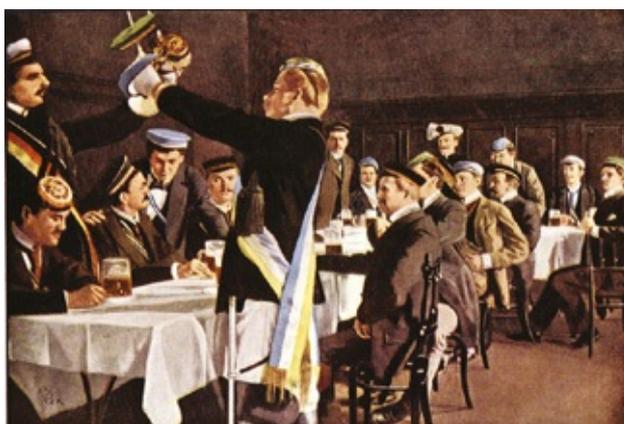
nacionalidad y de su lengua». En la mitad austriaca de la monarquía, este reconocimiento legal se trasladó a la práctica y creó un marco para el desarrollo de los propios movimientos nacionalistas, según han indicado expertos sobre la monarquía austrohúngara como Gary B. Cohen o Pieter Judson. Las garantías legales creadas por los liberales austriacos —que habían convertido a los súbditos en ciudadanos con derechos políticos y culturales, que aunque restringidos resultaban bastante avanzados para la media europea de la época— chocaban con la exclusión de gran parte de esa ciudadanía del acceso directo a la participación política a través del voto. El implacable Karl Kraus expuso su propia forma de ver el estado de los asuntos internos y los derechos en la monarquía cuando escribió «Austria: celda de aislamiento en la que se permite gritar».

Así, en las primeras décadas del dualismo, la burguesía liberal alemana y magiar, alzada a las tribunas de Gobierno, se valió del sistema de sufragio censitario para poder garantizar su predominio político (en la parte húngara de la monarquía, las restricciones en el derecho al voto habrían de pervivir, como veíamos, hasta el final de la Primera Guerra Mundial). Fue precisamente la combinación de estas dos circunstancias —la creación de un marco legal de derechos y libertades del individuo y, simultáneamente, la negativa a dejar participar a la gran mayoría de la ciudadanía en los mecanismos del poder, controlados en Austria por una clase liberal culta y acomodada de habla alemana— lo que suscitó inicialmente el resentimiento y el nacionalismo de los grupos dirigentes de otras comunidades étnico-lingüísticas. Y, hacia el final de siglo, con la creciente involucración de la sociedad (gracias en su mayor parte a las leyes y derechos establecidos por los liberales alemanes en la Constitución) en los asuntos de la vida pública y política austriaca, ese nacionalismo se convirtió en movimientos de masas.

Entre los primeros grupos nacionales que contestaron a la hegemonía política alemana, así como al sistema del dualismo, estuvieron los checos. Ya desde el momento de la constitución de un Estado dual, en el que Austria y Hungría quedaban establecidas como entidades independientes, los líderes checos protestaron reclamando la concesión de un estatuto de autonomía similar para Bohemia. La negativa de los húngaros, que no querían ver incrementado el poder de los eslavos en la monarquía, unida a la postura innegociable de los Jóvenes Checos, que en estas décadas sustituyeron al partido de los Antiguos Checos como fuerza del nacionalismo liberal checo en el Parlamento austriaco, motivaron el continuo fracaso de las negociaciones por otorgar a Bohemia y Moravia un estatus de mayor autonomía política. Además de esta espina clavada para los dirigentes checos, las confrontaciones entre checos y alemanes en el Parlamento orbitaron en torno a la cuestión lingüística, pues los alemanes se opusieron incansablemente a que el checo fuese instituido como lengua oficial en la Administración bohemia y morava. Las ordenanzas lingüísticas del conde Kasimir Badeni, primer ministro austriaco, que en 1897 pretendieron instaurar la cooficialidad de ambas lenguas en la Administración y

el requisito de dominar el checo para ser funcionario en Bohemia y Moravia condujeron a una de las mayores olas de obstruccionismo parlamentario. En esta crisis los diputados alemanes impidieron, por medio de procedimientos tan democráticos como llevar instrumentos musicales y cacharros de cocina a la Cámara para impedir el desarrollo de las negociaciones, la instauración de la ley, al tiempo que motivaron la dimisión de Badeni y el desencadenamiento de otro movimiento de obstruccionismo parlamentario, esta vez por parte de los diputados checos. Las discusiones sobre la lengua escondían, en definitiva, la pugna por el control de los mecanismos del Estado en las distintas provincias de la monarquía, y fueron constantes en todos los conflictos nacionales de la época.

Este nacionalismo checo, de carácter liberal conservador, tuvo su principal antagonista en el nacionalismo alemán, que resultó menos contestatario porque ya estaba encaramado al poder. Acostumbrados a su posición hegemónica entre los otros pueblos del imperio, los dirigentes alemanes se revolvían cuando las exigencias de los líderes de otras comunidades étnico-lingüísticas amenazaban con desbancar la preponderancia que la lengua y la cultura alemana habían tenido secularmente en la monarquía de los Habsburgo. Aun así, la postura de los liberales alemanes, al menos en una parte de los casos, fue más abierta que la de sus homólogos húngaros, que negaron sistemáticamente los derechos de otras lenguas en su mitad de la monarquía. Los alemanes, por su parte, adoptaron una postura de búsqueda del consenso y de mayor respeto por los derechos nacionales de otros pueblos. Junto con el estatuto especial que proveía a Galitzia de una relativamente amplia libertad política, los dirigentes liberales austriacos cumplieron con las leyes que garantizaban el derecho de los niños a recibir educación en su propia lengua, y el multilingüismo de los niveles primario y secundario de la enseñanza pronto se trasladó a las universidades, donde empezó a impartirse clase en checo o en polaco.



Estudiantes alemanes en Praga. Las asociaciones estudiantiles fueron uno de los agentes más activos (y más violentos en muchas ocasiones) del nacionalismo de la época.

Los nacionalismos conservadores se dieron asimismo en el resto de territorios de la monarquía. En Eslovenia, la voz cantante la tuvo el movimiento agrario de campesinos propietarios, que velaron de cerca por el respeto a sus derechos

lingüísticos y culturales, así como por sus intereses económicos, que veían afectados por las políticas de libre mercado de los Gobiernos liberales en Viena. Los aristócratas polacos, por su parte, estaban relativamente satisfechos con el estatus de autonomía con que contaban dentro de Austria y durante estas primeras décadas no protagonizaron conflictos de carácter nacional.

La situación experimentó un giro cuando las reivindicaciones nacionales se trasladaron, desde estas capas dirigentes a la base de la población a través de nuevos interlocutores: profesionales de las clases medias urbanas o personas influyentes en las comunidades rurales que, en la erosión del liberalismo alemán, adoptaron una posición política que, en muchas ocasiones, mezclaba la crítica social con la reivindicación de la conciencia nacional. Así ocurrió, por ejemplo, en Galitzia, donde, liderados por clérigos católicos y periodistas locales, se pusieron en marcha movimientos que pretendían despertar la conciencia nacional polaca de los campesinos en la creencia de que en esta identidad nacional residía la clave del progreso económico y social de la región. En estos nuevos movimientos de base social más amplia, creados al calor del despertar de la sociedad civil y la creciente participación en los asuntos públicos a través de asociaciones, clubes, agrupaciones de voluntarios y, especialmente, la prensa (en estos años aparecieron un sinnúmero de nuevas publicaciones que dieron voz a las demandas de los diferentes grupos de interés), se percibía una crítica social ausente en el nacionalismo elitista de burgueses y aristócratas. Muchos de estos reconvertidos nacionalismos, que aspiraban a gestar auténticos movimientos de masas, adoptaron una postura comprometida hacia los intereses de las clases bajas y medias empobrecidas, que los llevó a definirse como nacional-sociales. Entre ellos, se destacó pronto un nuevo partido checo nacional-social, que en su acción política durante los últimos años previos a la guerra estuvo más concentrado en combatir a los partidos checos de distinta orientación ideológica que a las agrupaciones de otras nacionalidades.

Uno de los movimientos nacionalistas más radicales y agresivos en sus reivindicaciones fue el pangermanismo. Liderado por Georg von Schönerer, que vociferaba el fracaso del liberalismo y su incapacidad para impartir justicia social, tuvo su base social fundamental en los estudiantes universitarios alemanes, que, junto con Schönerer, reaccionaron con violencia en contra del sistema diseñado por sus padres. Con su virulento antisemitismo, Schönerer culpaba a los judíos de los apuros y la desigualdad social que el capitalismo liberal había arrojado sobre las clases bajas de Austria, y los señalaba como magnates de una especulación internacional, carentes de patria e indiferentes a lealtad alguna. Asimismo, los judíos más pobres se convirtieron en objeto de las iras de Schönerer, que denunciaba que aquellos hacían una competencia injusta a los artesanos y comerciantes de las ciudades con sus ventas ambulantes de productos más baratos. El antisemitismo de Schönerer y sus seguidores se completaba con una reivindicación de la superioridad de la nación alemana sobre eslavos y húngaros, lo que llevó a que el movimiento pangermanista

clamara por la escisión del multinacional Imperio de los Habsburgo y la integración de la comunidad alemana dentro de la vecina Alemania. El discurso de Schönerer fue radicalizándose hacia el final de siglo y su agresividad adquirió nuevos matices (llegó a amenazar a otros diputados en el Parlamento austriaco y, como veíamos en el capítulo dos, en una ocasión irrumpió con varios compinches en la redacción del periódico liberal vienés *Neues Wiener Tagblatt*, donde la emprendieron a golpes contra los trabajadores que allí había). Esta agresión le valió la cárcel y la suspensión de su cargo de diputado con la anulación de sus derechos políticos. Además, el creciente extremismo de su mensaje fue granjeándole la pérdida de apoyos sociales, aunque sectores de las clases medias-bajas urbanas y del estudiantado universitario permanecieron fieles a sus reivindicaciones. Entre los admiradores de la retórica encendida de Schönerer estaba el joven pintor Adolf Hitler, que más tarde habría de volver victorioso a Austria con su propio proyecto, heredero de aquellas ideas de antisemitismo y superioridad de la nación alemana. El radicalismo del pangermanismo y su rechazo al modelo multinacional de la monarquía dual parecía confirmar las palabras de uno de los personajes de la novela *La cripta de los capuchinos*, de Joseph Roth, que sostenía:

Naturalmente son los eslovenos, los polacos y los rutenos de Galitzia, los judíos de Kaftan de Boryslao, los comerciantes de caballos de Backsa, los mahometanos de Sarajevo, los castañeros de Mostar los que cantan *Dios guarde al emperador*; mientras, los estudiantes alemanes de Brünn y Eger, los dentistas, los boticarios, los ayudantes de peluqueros, los fotógrafos artísticos de Linz, Graz y Knittelfeld y los muermos de los valles alpinos cantan germánicamente *La Guardia en el Rin*. Con esa fidelidad nibelunga, Austria se hundirá, señores; la esencia de Austria no es el centro, sino la periferia.

Por su parte, los líderes políticos y los partidos gobernantes magiars, para los que su autonomía era tan preciada, y en muchos casos insuficiente, persiguieron a lo largo de los años del dualismo un mismo fin: la conversión de Hungría en un Estado-nación. Este objetivo pasaba por ampliar progresivamente el porcentaje de población de nacionalidad magiar fundamentalmente mediante la expansión de la lengua húngara y la adquisición de la misma por los sectores de población no magiars. Una vez más, la nacionalidad quedaba equiparada con la lengua, que se instituía como la vía de acceso a la cultura y las costumbres de una nacionalidad concreta. Ligada a esta aspiración se puso de manifiesto una gran paradoja: los magiars, que habían peleado incansablemente por el reconocimiento de sus derechos nacionales y de su autonomía política, iban a reprimir en adelante los derechos del resto de las minorías nacionales de Hungría en su intento por dejar atrás el multinacionalismo que caracterizaba a la monarquía de los Habsburgo y por construir un Estado para una nación: la magiar.



El líder pangermanista, antisemita y anticatólico Georg von Schönerer. Su comportamiento violento y su virulento antisemitismo dieron lugar a que el emperador le retirase el título nobiliario que había concedido a su padre.

Tras la firma del Compromiso austrohúngaro, que dotaba a Hungría de un estatus idéntico al de Austria en el seno de una monarquía de carácter dual, los líderes húngaros, al igual que los austriacos, se dedicaron a la construcción del nuevo edificio liberal que sería el soporte de una nueva fase de autonomía para Hungría. En 1868 se aprobó la Ley de Nacionalidades, que reconocía a todos los individuos el derecho a recibir educación y a acceder a las instancias judiciales en su propia lengua. Junto con este reconocimiento, la ley establecía que todos los ciudadanos de Hungría constituían una sola nación. Sobre una interpretación concreta de estas dos ideas, los Gobiernos liberales magiars pusieron en marcha una serie de políticas destinadas a magiarizar el país. Esta interpretación consistía en poner el acento en los derechos de los individuos, y no de los grupos nacionales. Asimismo, la gran nación integrada por todos los ciudadanos húngaros debía tener, según los partidos dominantes, una identidad indudablemente magiar. El proyecto de ampliar el porcentaje de magiars en la mitad húngara de la monarquía (para el momento del Compromiso, la comunidad magiar no llegaba a representar al cuarenta por ciento del conjunto de la población de Transleithania) se basaba, como decíamos, en potenciar la adquisición del húngaro como lengua principal entre la población. A diferencia de Austria, donde no existía una lengua oficial, en Hungría se había establecido, ya desde la década de 1840, el húngaro como idioma oficial del Estado. Los primeros focos de atención de las políticas de magiarización, que habían comenzado a desarrollarse en la primera mitad del siglo XIX, fueron la escuela, la Administración y el sistema judicial.

La escuela se había convertido, según las observaciones de muchos estudiosos de la época, en el nuevo templo de los liberales anticlericales. A través de la secularización, del diseño de nuevos programas educativos y, especialmente, a través de la lengua de enseñanza, la escuela se erigía como la piedra angular de la

construcción de identidad nacional. En Hungría, aunque los alumnos tenían derecho a recibir las clases en su propia lengua, se estableció la obligatoriedad del húngaro en todos los centros educativos de enseñanza primaria. En muchas escuelas, el húngaro constituía una asignatura más, que convivía con el estudio en eslovaco, rumano o ucraniano. Sin embargo, en un amplio porcentaje, los centros educativos impusieron exclusivamente el húngaro como lengua de enseñanza, lo que a medio y largo plazo condenó a los alumnos que no dominaban la lengua a tener que abandonar los estudios. Aunque se estableció como obligatoria la asistencia a guarderías donde muchos entraban en contacto por primera vez con la lengua húngara, en muchos casos esta medida fue insuficiente para adquirir la lengua por unos niños que en su entorno familiar y local nunca la utilizaban. De esta manera, los estudiantes de otras nacionalidades que provenían de entornos en los que no se hablaba el húngaro, como Bucovina o Transilvania, quedaban expuestos a una doble marginación social: la de no poder continuar estudios secundarios o superiores y, con ello, no penetrar en las capas profesionales liberales o administrativas desde las que progresar material y socialmente y, quizá, optar al derecho al voto en el restringido sistema de sufragio húngaro. Así, tras la exclusión educativa de aquellos que no dominaran la lengua oficial, traslucía la exclusión política de las minorías nacionales.

La minoría alemana, quizá más consciente de sus derechos porque veía cómo la desbancaban de la Administración y las instituciones húngaras, fue de las primeras en reaccionar a la ofensiva del Gobierno magiar. Las críticas que llegaban a Viena, que por otra parte se mantuvo al margen de intervenir en las cuestiones húngaras, arreciaron cuando en el año 1872 se expulsó de la Universidad de Budapest a profesores y catedráticos de habla alemana que no dominaban el húngaro. En la vida pública se reflejó también la creciente preponderancia de la lengua húngara: obras de teatro y óperas se representaban en esta lengua y aquellos que no la hablaban o no querían hablarla corrían el riesgo de quedarse fuera del círculo dorado que en ambas partes de la monarquía representaba el mundo cultural. Esta tendencia era especialmente fuerte en Budapest y los enclaves de mayoría magiar, pero palidecía al aproximarse a regiones más periféricas, en las que se hablaban otras lenguas que la población era reacia a dejar de usar.

Un segundo foco de atención para el proyecto de convertir a Hungría en un Estado-nación magiar fue la Administración. Con la misma intensidad con que los líderes magiares habían rechazado durante décadas el centralismo austriaco, los partidos gobernantes se entregaron a la tarea de diseñar una Administración centralizada y moderna, esta vez con sede en Budapest, que dinamizara la acción del Estado en la nueva Hungría autónoma. Esta estructura administrativa, extendida a lo largo del territorio húngaro, usaba el húngaro como lengua de trabajo y de atención a los ciudadanos, que en muchos casos se veían obligados a recurrir a intérpretes y traductores para poder llevar a cabo gestiones o solucionar problemas administrativos. En 1891 se impulsó una ley de topónimos destinada a magiarizar el

nombre de todas las localidades húngaras, que perdieron su denominación tradicional para pasar a ostentar una en lengua húngara. En el ámbito judicial tuvo lugar el mismo proceso que en la esfera administrativa: los procesos se llevaban a cabo exclusivamente en húngaro, y los implicados, en caso de pertenecer a otras comunidades lingüísticas, debían recurrir una vez más a la contratación de traductores para cualquier tipo de trámite.

La política de magiarización supuso en la práctica una constante transgresión de los derechos de las otras minorías nacionales húngaras y del propio texto de la ley de 1868. El húngaro se convirtió en la vía para ejercer y disfrutar de los derechos políticos y culturales de los individuos, lo que se tradujo en la exclusión social y política de serbios, croatas, rutenos, eslovacos y rumanos, o al menos de la parte de ellos que no hablaba el húngaro o lo hablaba sin dominarlo. A medida que se acercaba el fin de siglo y que el proyecto liberal se erosionaba más y más debido a su incapacidad de atender a los problemas sociales que el libre mercado y la industrialización habían causado entre la mayoría de la población, los Gobiernos húngaros intensificaron su ofensiva nacionalista. El término sociedad supervisada se acuñó para definir el proyecto político del Gobierno húngaro a finales del siglo XIX. Con el despuntar de la sociedad civil y la percepción de la discriminación a su lengua y cultura por parte de las minorías nacionales que vivían en Hungría, el recién nombrado Gobierno de Dezso Bánffy (1895-1899), alertado por lo que veía como una amenaza al proyecto de Estado magiar construido en las anteriores décadas, puso en marcha unas prácticas de control social destinadas a contener los dos enemigos internos de la hegemonía liberal y magiar: el creciente movimiento obrero y la movilización política de las minorías nacionales.

Frente al pujante desarrollo de ambos fenómenos, que hora tendieron puentes entre sí, hora se entorpecieron el paso el uno al otro, el nuevo Gobierno respondió con recortes en los derechos de asamblea y asociación, así como con una fuerte intervención en la libertad de prensa. A esto se sumó el aumento de la vigilancia policial sobre todo aquel sospechoso de actuar contra el Estado. Pero ¿qué reivindicaban los movimientos nacionales que surgían del trasfondo de la política de magiarización en Hungría? Al igual que en Austria, las minorías nacionales no pedían la independencia o la segregación del Estado, sino fundamentalmente derechos políticos (acceso al voto) y lingüísticos y culturales (respeto a lo establecido en la Ley de Nacionalidades de 1868).

A pesar de la moderación de estas reivindicaciones, el Gobierno húngaro no pretendía cejar en lo que consideraba el empeño histórico de erigir un Estado magiar, y percibió con excesiva susceptibilidad las demandas de los demás grupos nacionales. La sociedad supervisada, impulsada en los años finales del siglo XIX, pervivió tras la caída del Gobierno de Bánffy con sus prácticas policiales y de restricción de derechos y libertades. El estricto control que se impuso sobre la celebración de asambleas, reuniones, mítines y cualquier tipo de actividad política se completaba con extensos

informes sobre los individuos que participaban en ellos, elaborados por la policía o por las autoridades locales a petición del Gobierno. Además de la generalización de esta vigilancia, las estrategias de magiarización se intensificaron como un intento de conjurar el despuntar de las conciencias nacionales no magiars en Hungría y de evitar, en el contexto de una mayor involucración de la sociedad en la vida política y pública húngara, la puesta en marcha de movimientos de masas en torno a estas consignas. La agresiva empresa nacional llevada a cabo por los Gobiernos húngaros fue en parte responsable del desarrollo, en oposición, de otras conciencias nacionales ante el ataque a la autonomía lingüística que supusieron las políticas de magiarización. En reacción a estas, y dentro de un Estado que violaba de forma continuada las leyes referentes a los derechos ciudadanos, se elevaron las primeras voces que denunciaban el juego sucio de los Gobiernos húngaros, que mantenían alejados de las tribunas del poder político a las minorías nacionales, que podían desestabilizar la hegemonía magiar.

Los alemanes, que se vieron desplazados directamente de unas posiciones de poder que venían desempeñando tradicionalmente, no fueron los únicos que reaccionaron ante la situación. Como decíamos, la agresividad de las políticas de asimilación en Hungría motivaron la progresiva percepción por parte del resto de comunidades étnico-lingüísticas de poseer una identidad cultural propia, lo que, en el apogeo del nacionalismo en Europa, adoptó la forma de una identidad nacional. Estos movimientos estuvieron en muchas ocasiones liderados y organizados por autoridades locales: párrocos y clérigos, políticos, periodistas e incluso estudiantes tuvieron un papel destacado en la elaboración y difusión del discurso nacional. Entre los casos más sonados en la época estuvo el de una comisión integrada por estudiantes, intelectuales y campesinos rumanos, que en 1892 enviaron un memorándum al emperador exponiendo sus quejas ante la descarada política de magiarización aplicada en la Administración y los centros educativos. Viena hizo oídos sordos a estas denuncias y el escrito se devolvió sin abrir, por lo que los miembros de la delegación resolvieron enviar el memorándum a los principales periódicos nacionales e internacionales. La publicación de esta denuncia les valió a los integrantes de la comisión un proceso judicial en el que se les acusaba de hacer propaganda contra el Estado húngaro y que concluyó con la condena de los principales dirigentes a penas de cárcel de hasta cinco años. A pesar de la indiferencia de las autoridades de Viena y de la condena expresa de las de Budapest, el juicio tuvo eco en la monarquía al poner de manifiesto a los ojos de muchos las contradicciones latentes entre la teoría y la práctica de los derechos constitucionales en Hungría. La conciencia de la represión de sus derechos nacionales llevó a las minorías húngaras a organizar el Congreso de las Nacionalidades en Budapest en el año 1897, donde pidieron la instauración del sufragio universal en Hungría y la garantía de una mayor autonomía educativa, religiosa y cultural.

A pesar de que con el cambio de siglo el nacionalismo se había convertido en un

movimiento de masas, que en una sociedad multinacional encontraba una resonancia especial, hubo una gran parte de la población (especialmente en las áreas rurales, lejos de las tribulaciones de las ciudades) que, tanto en Austria como en Hungría, se mantuvo indiferente a las consignas nacionalistas. Los discursos nacionales sonaban rimbombantes y ajenos frente a las tradicionales identidades regionales o religiosas, que no entendían de separaciones basadas en supuestas evoluciones históricas o en una lengua compartida, pues, como se dijo antes, para parte de la población era natural dominar y utilizar en el día a día al menos dos lenguas. Los discursos sobre la nación llegaron a estos rincones de Austria-Hungría gracias a la labor de profesores, activistas, clérigos y otros profesionales influyentes en la comunidad. Y a pesar de que consiguieron atraer a muchos a la convicción de pertenecer a una nación histórica, otros tantos permanecieron impasibles, ocupados con sus quehaceres y sus costumbres hasta que, con el final de la Primera Guerra Mundial, se encontraron de bruces con su condición de ciudadanos de los Estados que emergieron de las ruinas de la monarquía multinacional.

Entre las distintas comunidades étnico-lingüísticas de la monarquía austrohúngara, los judíos constituían un grupo singular. A diferencia de alemanes, checos o eslovenos, no estaban reconocidos como minoría nacional, sino como confesión religiosa. Ello respondía a su particular distribución tanto en la escala social como en la dimensión geográfica. A diferencia de otras nacionalidades, los judíos se encontraban diseminados por todo el territorio, integrados tanto en el ámbito urbano como en el rural de las diferentes provincias, de la Austria alpina a los Cárpatos, de la Galitzia polaca a los Balcanes. Asimismo, su perfil social era enormemente heterogéneo: las grandes familias de banqueros e industriales eran consideradas tan judías como los campesinos empobrecidos o los buhoneros y vendedores callejeros de las ciudades. Sin embargo, al margen de las consideraciones oficiales, los judíos de la monarquía no se consideraban a sí mismos como una comunidad compacta, y eran los primeros en definir de forma precisa las diferencias que existían entre ellos. La primera de estas grandes demarcaciones era la que distinguía entre judíos orientales y judíos occidentales. Mientras que aquellos habían conservado las costumbres, atuendos y rituales tradicionales, así como la lengua yidis (mezcla de alemán y hebreo) y, aunque vivían en aldeas y pequeñas ciudades de mayoría cristiana, continuaban relacionándose y casándose entre sí, los judíos occidentales (muchos de ellos herederos de antiguos orientales que habían emigrado en condiciones miserables al próspero Occidente), especialmente los pertenecientes a la burguesía liberal, hacía tiempo que se habían afeitado las barbas, hablaban en alemán, húngaro o checo, vestían trajes según la moda de París o Londres y ejercían profesiones liberales o tenían negocios que les hacían sentirse plenamente integrados como miembros de pleno derecho de las sociedades en que vivían. Por ello, muchos judíos se identificaron con los discursos nacionalistas que prendían en estas sociedades, con las que preferían vincularse. Fueron muchos los casos de judíos

asimilados que se identificaron e intentaron integrarse en las filas del nacionalismo alemán o magiar. El propio Victor Adler, líder de la socialdemocracia austriaca, participó en su juventud en las asociaciones nacionalistas alemanas de estudiantes y constituye uno de los ejemplos más famosos. Gran parte de los judíos liberales sentían y expresaban un fuerte vínculo con la cultura y la lengua alemana, que en la época anterior a la monarquía dual había sido la lengua oficial del imperio; su estudio les había abierto las puertas a las profesiones liberales y, con ello, a una posición respetable y segura en la sociedad austriaca.

Junto a los judíos que se identificaron con una cultura nacional concreta hubo otros que adoptaron, en el marco del ascenso de los nacionalismos, una postura supranacional, en la que se sentían vinculados con el Estado Habsburgo que había reconocido sus derechos como ciudadanos y los había antepuesto a su condición de judíos. Sin embargo, y a pesar de las convicciones de los judíos liberales, el antisemitismo estaba presente en la sociedad austrohúngara y fue radicalizándose en paralelo al auge de los discursos nacionalistas, que en muchas ocasiones situaban a los judíos y a las otras minorías nacionales como antagonistas y culpables de los problemas sociales y económicos de la comunidad.

No es casualidad que el sionismo, el movimiento nacional que reclamaba un Estado y unas fronteras nacionales para el pueblo judío, naciera a finales del siglo XIX en el corazón de Austria y de la mano de un periodista de convicciones liberales: Theodor Herzl (1860-1904). Nacido en Pest (que más tarde se integraría con Buda para conformar Budapest), Herzl se había gestado una excelente reputación como periodista de la *Neue Freie Presse*, uno de los periódicos de orientación liberal más apreciados y leídos de Austria. Dentro de esta institución liberal que era la *Neue Freie Presse*, trabajó varios años como corresponsal en París, donde asistió al escandaloso caso Dreyfus, que conmocionó a la sociedad francesa y europea en el marco de las crecientes tensiones entre naciones de finales del siglo XIX y principios del XX. En 1894, el capitán Alfred Dreyfus, de origen judío, había sido acusado de espionaje al servicio de Alemania y juzgado por un tribunal militar, que, en un juicio extremadamente irregular, lo encontró culpable de alta traición y lo condenó a cadena perpetua en la isla del Diablo, en el Caribe francés. El juicio a Dreyfus puso de manifiesto las profundas corrientes nacionalistas y antisemitas que se movían bajo la superficie de la Tercera República francesa. Unos años más tarde, y gracias a la batalla librada por los familiares del capitán y por varios intelectuales franceses, se demostró la inocencia del capitán, al que se exoneró de su condena, pero la fractura social estaba al descubierto.

Durante aquel proceso, Herzl asistió a un estallido de indignación nacionalista que cundió en Francia y que se materializó en varias revueltas antisemitas por todo el país. Con la degradación del capitán Dreyfus, Herzl constató consternado cuán superficial era el barniz de liberalismo que recubría las sociedades europeas. Él había vivido en primera persona la experiencia del antisemitismo en sus años de estudiante

en la Universidad de Viena e, indirectamente a través de su profesión, y había sido partidario convencido de que la solución al problema judío en las sociedades europeas pasaba por la asimilación. Tras la humillante experiencia de Dreyfus, Herzl vio hundirse su creencia en que el liberalismo propiciaría la auténtica igualdad de los ciudadanos ante la ley, que pasaba por la aceptación de los judíos como miembros de pleno derecho de la sociedad. No, las naciones europeas no estaban dispuestas a integrar plenamente a los judíos, de los que desconfiaban por no considerarlos miembros de la nación, sino una forma de extranjeros establecidos, que quizá podían haber adoptado la lengua y las costumbres de sus sociedades de adopción, pero que aun así llevaban el distintivo indeleble del apátrida, del otro.

La difícil aceptación de esta conclusión llevó a Herzl a idear una nueva fórmula para solucionar la cuestión de la discriminación y la persecución de los judíos: dotar a esos judíos de un Estado propio en la antigua tierra de sus padres, Palestina. El planteamiento de crear un Estado-nación para los judíos diseminados por el mundo en la nunca olvidada Tierra Prometida apareció en la obra de Herzl, *El Estado judío*, que ya desde un principio le valió simpatizantes y críticos a partes iguales entre la comunidad judía internacional. Los que reaccionaron más airados fueron precisamente los judíos del entorno de Herzl, pertenecientes a la alta y media burguesía liberal, profesores, catedráticos, abogados, médicos, escritores, propietarios de industrias y fábricas, banqueros, etc. Para este sector social, reconocer la imposibilidad de la asimilación era aceptar el fracaso de sus padres, de ellos mismos y de generaciones enteras por hacerse con una posición respetable en la sociedad, y ese pensamiento les causaba un profundo rechazo. Ellos, que habían acogido con júbilo la igualdad de derechos que trajo de la mano el Estado liberal y que a través de la universidad y la cultura se habían distanciado de aquellos judíos pobres que llegaban a Viena, Budapest o Praga de oriente con sus largas barbas y sus caftanes, habían alcanzado esa posición respetable que les parecía la mejor garantía de estabilidad e integración. El implacable y también judío Karl Kraus, firme defensor de la asimilación, escribió en 1898, en respuesta a *El Estado judío* de Herzl, el opúsculo *Una corona para Sión*, que dio lugar a que en los círculos de la burguesía liberal vienesa se empezase a motejar a Herzl con el burlón apelativo de «su majestad». Para estos judíos cultos, liberales y acomodados, la idea de marchar al desierto de Palestina a rememorar la lucha bíblica por la Tierra Prometida sonaba tan disparatada como la posibilidad de que alguna vez alguien les pudiera arrebatarse su hogar y sus derechos en las sociedades alemana, austriaca o francesa, de las que se sentían parte como cualquier ciudadano cristiano. La materialización de lo imposible de la mano de Hitler y los regímenes colaboradores no se haría esperar mucho tiempo.



El padre del sionismo, Theodor Herzl. A pesar de la sonora oposición y las burlas que recibió en su propio entorno, el de la burguesía judía asimilada, Herzl no cesó en su empeño y en su incesante actividad internacional para promover la causa de la patria judía en Palestina.

El mensaje de Herzl lo escucharon, en cambio, oídos menos optimistas que los de los liberales de las ciudades. Especialmente en el este, donde la discriminación de la población judía era más acusada, el sionismo, con su promesa de levantar un Estado propio para los judíos, ganó muchos adeptos. En la monarquía dual, los judíos eran ciudadanos iguales ante la ley de la misma manera que el resto de la población y aunque el judaísmo constituía un rasgo diferencial, no hubo muchos casos de violencia o persecuciones contra ellos, y en las ocasiones en que sí, fueron duramente criticados desde el Estado y la Corte. Dentro de los pocos episodios violentos antisemitas en Austria-Hungría se cuentan las revueltas del verano de 1898 en Galitzia, donde los diferentes partidos nacionalistas polacos usaron el antisemitismo como arma para atacarse entre sí, y el constante hostigamiento contra los judíos desembocó en una oleada de ataques a sus comercios y tabernas. Frente a las agresiones que tendrían lugar en los años del nacionalsocialismo, en estas revueltas la violencia no iba dirigida contra la persona de los judíos, sino contra sus propiedades y negocios. En 1898, el Gobierno reprimió con mano dura el estallido popular, en la que varios campesinos murieron a causa de los disparos de los soldados.

Junto a episodios como este se dieron casos particulares, especialmente en las áreas rurales de la monarquía, donde pervivían con más intensidad prejuicios heredados del antisemitismo medieval, en los que se acusó a judíos de haber raptado y asesinado a cristianos para cometer actos rituales. Uno de los casos que más repercusión tuvo fue el de Leopold Hilsner, aprendiz de zapatero judío al que en 1899 se acusó de haber secuestrado y asesinado a una mujer cristiana de la localidad bohemia de Polna para utilizar su sangre en la elaboración de tortas *matzoh*. El abogado del acusado, Tomáš Masaryk, que más tarde sería el primer presidente de la República de Checoslovaquia, se empleó a fondo tratando de demostrar la inocencia del acusado, así como la inexistencia de pruebas que demostraran el crimen, pero sólo consiguió una conmutación de la pena de muerte por la cadena perpetua. Casos como este muestran la existencia de un antisemitismo latente, en ocasiones suave y en otras acusado, que formaba parte asumida y aceptada de la mentalidad europea de la época y, en muchas ocasiones, de la imagen que algunos judíos tenían de sí mismos.

En este marco, y a pesar del rechazo de una parte importante de la comunidad

judía, el sionismo comenzó a tomar forma en diferentes espacios en Austria-Hungría. Se constituyó un partido político, de carácter burgués, así como publicaciones y periódicos que servirían de tribuna pública a las aspiraciones nacionales judías. La enseñanza del hebreo experimentó un enorme auge y la creación de asociaciones sionistas de distinto tipo floreció en los años previos a la Primera Guerra Mundial, así como en la época que siguió a su final. Entre estas organizaciones, que se enmarcan en el despuntar de la sociedad civil austrohúngara, tuvieron un importante papel las asociaciones estudiantiles, que en Austria ejercieron de antagonista de las radicales fraternidades universitarias de los nacionalistas alemanes. Una de las más famosas, *Bar Kochba*, se estableció en Praga emulando con su nombre a un legendario guerrero judío que se había enfrentado al Imperio romano. Con la elección de este personaje para dar nombre a la asociación estos jóvenes pretendían reivindicar la figura del judío fuerte, aguerrido, alejada del estereotipo de sumisión y debilidad física con el que se representaba tradicionalmente a los judíos en las sociedades europeas. Un judío, en definitiva, capaz de iniciar una empresa arriesgada en el asentamiento en Palestina, capaz asimismo de trabajos manuales y de labores agrícolas y, por supuesto, de portar las armas.

De forma paralela a las asociaciones estudiantiles, otras organizaciones y clubes se encargaron de organizar actividades y formación para los futuros colonos, que enfrentarían en Palestina la tarea de erigir el Estado-nación judío frente a la hostilidad árabe y a la falta de respaldo internacional. Junto a esta movilización a pie de calle, el movimiento sionista liderado por Theodor Herzl salió de las fronteras de Austria-Hungría y, en el espacio de pocos años, organizó diferentes congresos internacionales en los que se dirimieron las diferentes posibilidades y formulaciones con que podía imaginarse la formación del futuro Estado judío, *Eretz Israel*. Aquejado del corazón, Herzl no resistió mucho tiempo más la enorme empresa que había acometido. El 7 de julio de 1904, multitudes llegadas desde todos los rincones de la monarquía y de Europa despedían al fundador del sionismo en el cementerio vienes de Döbling. La prematura muerte de Herzl no trajo consigo la paralización del movimiento que había iniciado y, en los años que siguieron, las asociaciones sionistas continuaron adquiriendo fuerza, aunque aún no representaban al conjunto de la comunidad judía de la monarquía. La intensificación de otros discursos nacionales motivó, como reflejo de autodefensa, la expansión del nacionalismo judío, aunque no sería hasta los años de ascenso del nacionalsocialismo cuando, para muchos, la idea de emigrar a Palestina dejó de ser una fantasía para convertirse en una vía de escape y, en definitiva, de supervivencia. En palabras de Joseph Roth, que como periodista y escritor se convirtió en uno de los mejores cronistas de la época, «si entre todas las naciones hay una que esté justificada para reconocer en la cuestión nacional un contenido de importancia vital esa es la judía, pues el nacionalismo de los demás fuerza a los judíos a convertirse en una nación».

Además de los judíos, en la monarquía austrohúngara habitaban una gran

variedad de pueblos a los que, al igual que a aquellos, no se les reconocía el carácter de minorías nacionales. Entre ellos estaban los lipovanos, procedentes de Rusia y reconocidos como comunidad religiosa desde 1897. Establecidos en Bucovina, dominaban el rumano y el ruso y sus prácticas religiosas se asemejaban a las de los ortodoxos rusos. En Galitzia, por su parte, vivía la pequeña comunidad de los karaimos, que habían adoptado la fe judía pero no se les consideraba miembros de esta comunidad. Aunque igualmente bilingües, su lengua materna era el turco, pues habían llegado de Crimea en la Edad Media. Junto a esta comunidad, en la región de Transilvania habitaba otro pueblo que había adoptado en parte los usos de la religión judía: los sabatistas. Este grupo religioso vivía al margen de las costumbres de su entorno y cultivaba algunas de las costumbres judías más destacadas, como la celebración del sabbat, de donde procede su nombre.

En Hungría también se podían encontrar pequeñas comunidades de búlgaros que habían desarrollado, con el transcurso de las décadas, un contacto muy cercano con la minoría rumana, lo que había dado lugar a numerosas transferencias culturales entre ambos pueblos. A estos se sumaban comunidades de armenios, que habían llegado en la Edad Media a los dominios de los Habsburgo huyendo del avance del islam y que se repartían por toda la monarquía, aunque se concentraron especialmente en Transilvania, Bucovina y Galitzia. Conservaron su lengua, el armenio, aunque poco a poco esta fue quedando relegada a lengua de culto, y adquirieron también la o las lenguas de uso mayoritario en las regiones en que se instalaron, lo que les era imprescindible para desempeñar sus transacciones comerciales.

Un último pueblo minoritario a comentar antes de cerrar este capítulo eran los gitanos. Impertérritos ante el cambio y las corrientes de la modernidad, los gitanos fueron uno de los pueblos que se mantuvo más inmune a influencias externas. Persistentes en su nomadismo y en su identidad de grupo, permanecieron impermeables a los reclamos nacionalistas. Para ellos, nómadas seculares, la idea de la nación burguesa, con su Estado de Derecho y su identificación con unas fronteras concretas, era completamente ajena. Esta independencia y la insistencia en vivir al margen del aclamado progreso burgués les valieron la marginación social y, en muchas ocasiones, el recelo del resto de la sociedad. No obstante, hubo un ámbito en que los gitanos se ganaron el aprecio general: la música. De aquí para allá, transportando sus instrumentos a cuestas para amenizar veladas en fincas de terratenientes o en las fiestas y tabernas de las aldeas, los gitanos demostraron un talento musical extraordinario, y sus piezas, anárquicas y melancólicas, eran populares por toda la monarquía. En esto se asemejaban a los judíos orientales, que probaron ser, asimismo, unos músicos autodidactas brillantes. Aun así, y a pesar de la popularidad de su música, ni unos ni otros prosperaron socialmente gracias a ella. De nuevo las certeras palabras de Joseph Roth, que esta vez abordan la existencia de aquellos músicos itinerantes, describe a aquellos artistas: «Los músicos son muy pobres porque viven de alegrías ajenas. Se les paga miserablemente y se sienten

contentos cuando pueden llevar a la familia alguna buena comida y pan de especias».

Estos pueblos, que vivieron integrados o al margen del resto de la población, completan el caleidoscopio étnico, lingüístico y cultural de la monarquía. El auge de los nacionalismos que reivindicaban la exclusividad de una lengua y una historia común para los grupos nacionales se produjo en el contexto del desgaste del proyecto liberal, así como de las incoherencias que trajo aparejadas consigo, y del creciente activismo y movilización política de la población, pero no eclipsó esta poliédrica realidad de ciudadanos que, especialmente en el campo, vivieron su identidad de otras formas: en torno a tradiciones, a contactos, a creencias religiosas o a lenguas compartidas con miembros de otras nacionalidades que formaban parte de su paisaje cotidiano. Un paisaje que sólo después del terremoto de la guerra quedó delineado por nuevas fronteras: fronteras nacionales.

Luces y sombras del pensamiento: el mundo de las ideas y la cultura

Sí, a pesar de todo lo que se diga en contra, Kakania era quizá un país de genios, y probablemente fue esta la causa de su ruina.

Robert Musil

El 31 de marzo de 1913 estalló un escándalo en Viena. En aquella tarde de principios de primavera, la buena sociedad vienesa se había congregado en la sala de conciertos de la filarmónica de la capital para asistir a un evento que, antes de comenzar, ya se preveía controvertido. La razón: la presentación de un repertorio de obras dirigido por Arnold Schönberg (1874-1951), el gran innovador de la composición musical de principios de siglo, cuyos experimentos con la tonalidad ya habían provocado el disgusto y la indignación del público vienés, acostumbrado a las melodías de las grandes sinfonías posrománticas.

La expectación de los asistentes al concierto, compuesto por obras de Gustav Mahler, del propio Schönberg, así como de dos discípulos de este, Anton von Webern y Alban Berg, se convirtió pronto en escándalo, cuando la orquesta se aventuró a ejecutar los primeros compases de la obra de este último, *Canciones orquestales sobre poemas para postales de Peter Altenberg*. A pesar de que el director trató de acallar a los alborotadores al tiempo que animaba a la orquesta a seguir tocando, el barullo pronto se hizo insoportable. Los silbidos y los insultos arreciaron contra los innovadores, que respondieron a su vez con más gritos y exclamaciones de indignación. La sala se dividió entre aquellos a los que la rompedora música de Schönberg y sus discípulos les parecía una atrocidad contra los fundamentos del buen gusto y los defensores (en minoría) de una nueva forma de hacer música, que iba más allá del orden armónico, de las opulentas sinfonías de fin de siglo, y exploraba una nueva realidad atonal. El intercambio de insultos entre unos y otros degeneró en un altercado colectivo, en medio del cual, cuenta el historiador Florian Illies, el compositor Oscar Strauss, asistente entre el público, se levantó de su asiento, avanzó hasta el escenario y abofeteó sonoramente a Schönberg. El que en la crónica de la vida cultural vienesa pasaría a ser conocido como el Concierto de las Bofetadas, tuvo que ser disuelto por la policía, que incluso llegó a arrestar a varios de los participantes más enfervorecidos.

La velada del Concierto de las Bofetadas refleja el vibrante y agitado clima cultural austriaco de los años previos a la Primera Guerra Mundial. La música de Schönberg, al igual que la arquitectura de Adolf Loos o la crítica al lenguaje del implacable Karl Kraus, supusieron en estos años la culminación de un proceso de evolución artística y literaria que se había iniciado con las primeras críticas al orden

liberal burgués. La crisis política de la burguesía liberal austrohúngara trajo aparejado consigo un rechazo a los parámetros artísticos con que esa clase social había escenificado su triunfo. El historicismo, estilo artístico basado en la recreación arquitectónica y pictórica de estilos pasados, fue en los años del *Gründerzeit* la vía de expresión escogida para festejar y atestiguar el ascenso social y político de la burguesía liberal, y se plasmó de forma especial en los proyectos de renovación del trazado urbano de las capitales de la monarquía. Los Parlamentos, las universidades y los teatros se convirtieron, según han señalado historiadores como Carl E. Schorske, en espejos de las aspiraciones políticas, sociales y culturales de la nueva clase social dirigente, recreando en sus fachadas y en sus interiores los ecos de tiempos pasados. Y así, la Antigüedad Clásica, el Renacimiento o el Gótico de la expansión de las ciudades fueron las referencias habituales con que la arquitectura o la pintura de estos años escenificaron los valores liberales.

Pero bajo la capa de orden y racionalismo con que la burguesía liberal se identificaba como clase e identificaba su período en el Gobierno se agitaban pulsiones reprimidas. El respeto a la moral y al decoro, tanto en la esfera pública como en la privada, hacía oídos sordos a los deseos y los impulsos sensoriales e irracionales, que se concebían como emociones propias de sociedades atrasadas e incivilizadas. Entre esos deseos, entre esas inclinaciones, el sexo y la sexualidad ocupaban un lugar central. El fuerte tabú sobre estas cuestiones que imperaba en la sociedad burguesa, en la que todo tenía su medida y su lugar establecidos, dio lugar a actitudes y sentimientos confusos respecto a la sexualidad, que orbitaban entre el rechazo y la obsesión. Muchos escritores de la época dan testigo del terror de muchas jóvenes de buena familia ante la noche de bodas o la convivencia matrimonial, pues estas restricciones se imponían especialmente sobre la conciencia de las mujeres. Stefan Zweig relataba, divertido, el caso de una tía suya que en su noche de boda se presentó agitadísima en casa de sus padres con la pretensión de que la escondieran de «ese monstruo» que había intentado quitarle la ropa.

La relación con el cuerpo y con la sexualidad se convertiría, con el resquebrajamiento del orden burgués a finales del siglo XIX, en uno de los temas centrales en el arte y la literatura austrohúngaras. Frente a la sociedad de las apariencias, asociada al mundo de la burguesía liberal, escritores, músicos, pintores, arquitectos y el largo etcétera de pensadores y creadores que integraban la escena cultural austrohúngara se rebelarían, reivindicando la búsqueda del fondo que subyacía tras las formas. William M. Johnston, historiador de la monarquía austrohúngara al que ya hemos hecho referencia en otros capítulos, pronunció su propio y lúcido diagnóstico sobre esta sociedad burguesa de las apariencias cuando sostuvo que «la vida pública, oculta tras un muro de apariencia, se asemejaba a la represión que Freud veía en sus pacientes. El esquema que Freud había ideado para desentrañar la neurosis reflejaba, en miniatura, la sociedad de los Habsburgo». La neurosis, que hacía estragos por toda Europa occidental en los años previos a la

Primera Guerra Mundial, aparecía en Austria-Hungría como un fenómeno colectivo (y también individual), fruto de las contradicciones externas e internas de la sociedad burguesa. El propio Freud no se extrañaba de que su teoría del psicoanálisis como tratamiento para la neurosis hubiera nacido en el agitado y conflictivo escenario de la monarquía dual. Las inquietudes sobre la identidad en un mundo en cambio, sobre la frenética vida en las ciudades y sobre la decadencia que artistas y literatos agitaban en sus obras son algunas de las causas que el historiador Philipp Blom ha identificado en el desarrollo de los trastornos neuróticos que empezaron a diagnosticarse con creciente frecuencia en la época.

En Austria-Hungría, estas inquietudes se reflejaron con fuerza en la producción artística y contribuyeron en parte a la deslumbrante originalidad de las obras del período, que retrataron la crisis de identidad de unos individuos que habían perdido las certezas de la sociedad burguesa en las que habían sido educados y que exploraban nuevas vías para arrojar luz sobre el oscuro interior que latía tras la conciencia y la razón. La búsqueda de la verdad que se ocultaba tras las formas artificiales en el individuo y en el arte definió la evolución de todos los ámbitos del pensamiento en la monarquía de los Habsburgo, y especialmente en su mitad austriaca, pues en Hungría las preocupaciones políticas continuarían teniendo un lugar central en la esfera cultural. Partiendo de una crítica a las convenciones artísticas y sociales de las décadas del triunfo de la burguesía, el mundo de la cultura experimentó un florecimiento sin precedentes.

En estos años en que la modernidad había irrumpido en Europa al ritmo frenético de las fábricas y la vida en las ciudades, trastocando las formas de convivencia y las identidades tradicionales, en Austria-Hungría entraba en juego un factor añadido: la compleja situación política derivada de los crecientes conflictos nacionales en las ciudades. Los enfrentamientos entre grupos políticos llevaban mes sí y mes no al bloqueo del Parlamento y a la interrupción de la actividad política, con la consiguiente intervención del emperador y sus ministros para restaurar, a marchas forzadas, el funcionamiento del sistema y el curso de la vida política. Muchos autores han adscrito el apogeo cultural de estos años a la frustración política, motivada por la sensación de inmovilismo, de parálisis ante los crecientes conflictos que asediaban la vida pública de la monarquía. El arte se convertiría en Austria en una vía de escape para muchos hombres y mujeres del pensamiento ante la impotente realidad política.

Por su parte, en Hungría o en algunas de las provincias austriacas, la producción artística y literaria de estos años llevaría el sello indisoluble de las aspiraciones nacionales frustradas. Sin embargo, muchos de aquellos austriacos también encontraron una vía indirecta a la participación política en los años previos a la implantación del sufragio universal. El periodismo se convirtió, en estas décadas en las que empezó a emitirse prensa en grandes tiradas diarias, en el canal de acceso para la mayoría de la población a la tumultuosa realidad política. Con su contribución directa en los periódicos del momento, los escritores encontraron la plataforma para

tomar la palabra e influir en las apreciaciones de los lectores acerca de la actualidad. Así, en Austria se dio de forma constante la figura del escritor-periodista, que tan criticada sería por Karl Kraus (que veía en el fenómeno la perversión de la literatura al servicio de intereses que nada tenían que ver con ella) y que daría lugar a un género periodístico particular: el folletín. Los folletines se conformaron a modo de artículos impresionistas, en los que el autor divagaba sobre un asunto concreto (que no tenía que ser necesariamente político) de forma totalmente subjetiva. Los folletines, que llegaron a hacerse con una inmensa popularidad entre los lectores austriacos, proveyeron la tribuna para expresar la opinión acerca de las cuestiones más diferentes. Su estilo literario y su declarada subjetividad se potenciaban uno a otro y, si se escribía con la suficiente mano izquierda como para evitar los espinosos brazos de la censura, proporcionaba una gran libertad al autor para dejar de lado esa sensación de inercia política y pronunciarse sobre la realidad austrohúngara.

A pesar de que géneros como el folletín permitieron a los escritores de Austria-Hungría entrar en contacto con un amplio público en el apogeo de los periódicos de gran tirada, lo cierto es que la desbordante y deslumbrante producción cultural de estos años no fue un producto de masas, sino que se mantuvo restringida y estuvo dirigida principalmente a los círculos sociales más elevados. Los propios integrantes de la intelectualidad de la monarquía provenían en su mayoría de los ambientes de la burguesía liberal y culta, y sus propuestas estuvieron destinadas, por lo general, a este auditorio concreto. Al margen del teatro y las operetas, concebidas para un público más amplio, habría que esperar a la llegada del cine, a principios de siglo y muchas veces en carricoches ambulantes, para que la cultura comenzara a convertirse en un escenario abierto a las clases trabajadoras. En la tradicionalista Austria ocurrió, una vez más, lo nunca visto cuando numerosos intelectuales adoptaron una postura crítica contra aquel nuevo artefacto que trastocaba la manera de mirar y de percibir la realidad. En cambio, en la Hungría amante de las novedades tecnológicas, la acogida al cinematógrafo fue mucho más cálida, y Budapest se convirtió pronto en una de las ciudades europeas con mayor número de cines, a los que la población acudía entusiasmada para no perderse ninguna de las novedades.

Al margen de este reducido número de opciones (que en los años previos a la Primera Guerra Mundial iría aumentando), la cultura siguió siendo dominio de las clases cultas y acomodadas. A pesar de vanagloriarse de su gusto artístico, ni siquiera este público selecto tuvo en ocasiones la visión artística necesaria para apreciar muchas de las creaciones que hoy se consideran cumbres del pensamiento moderno, como la música de Schönberg y sus discípulos o las pinturas de Oskar Kokoschka. La eclosión intelectual y artística de estos años pasó en muchas ocasiones inadvertida y en otras rechazada, aunque en algunos casos también atrajo la admiración de sus contemporáneos. El Concierto de las Bofetadas ilustra bien la incompreensión que la vanguardia intelectual a menudo suscitó en un público burgués que se sentía más cómodo leyendo a los clásicos que a sus contemporáneos y sus crónicas incisivas,

ahora decadentes, ahora pornográficas, que ponían al descubierto lo que una clase social entera estaba decidida a no querer ver.

En esta introducción al mundo de la cultura y de las ideas que se gestaron en Austria-Hungría, y que ha pasado a la historia como una de las etapas más fructíferas y brillantes del pensamiento occidental, el foco de atención se centra fundamentalmente en la ciudad de Viena. Convertida en el centro de peregrinación de aspirantes a escritores, pintores, actores, músicos, periodistas, filósofos, escultores y arquitectos, la capital austriaca acaparó la mayoría de los talentos que, a finales de siglo, comenzaban a despuntar en las fronteras de la monarquía. Lugar de emplazamiento de una importante universidad, al igual que de instituciones artísticas y literarias, Viena, con sus habitantes de múltiples nacionalidades, su arraigada tradición artística y teatral y sus disputas políticas irresueltas también reunía un microcosmos social, nacional y cultural único, de cuya particularidad emergieron muchas de las percepciones y las ideas que definieron la originalidad del período y que difícilmente podrían haberse gestado en otro lugar del mundo. Muchos de los pensadores de la época reconocieron su vinculación especial con la ciudad de Viena y su problemática particular, como hizo el propio Freud, que se confesaba preso de una relación de amor-odio con la ciudad que tanto tiempo le había privado del reconocimiento a su trabajo científico y, al mismo tiempo, le había brindado la experiencia social y cultural en la que había podido desarrollar sus teorías sobre la histeria, la neurosis y el parricidio. Llegado el momento, sólo la certeza de la anexión de Austria al Tercer Reich alemán hizo al anciano doctor abandonar su insustituible Viena.

Una última cuestión ha llamado la atención a los estudiosos que han abordado el análisis de la vida cultural de la monarquía. En estos años de intensa creación intelectual, es notable el gran número de judíos que se contaron entre los más destacados pensadores y artistas de Austria-Hungría. Asimilados a través de la cultura y el ejercicio de profesionales liberales, los judíos cultos desempeñaron un papel insustituible en la intensa evolución artística, literaria y científica de estas décadas. Joseph Roth recuerda en sus escritos que los estudiantes judíos del este se afanaban en estudiar en profundidad a los maestros de la literatura y la filosofía alemanas, que representaban para ellos el acceso a las cumbres del pensamiento humano, así como la vía de acceso social a un mundo alejado del gueto. El vínculo entre los judíos y la cultura en la monarquía quedó recogido en las palabras de Alma Mahler-Werfel, que en su experiencia como musa y amiga de numerosos creadores de la época, y como esposa de hombres como el compositor Gustav Mahler o el escritor Franz Werfel (ambos de origen judío), escribió que «los judíos son la sal de la tierra, y su arte, si no tiene demasiados lazos nacionales, es de todo el mundo».

Sin embargo, muchos de estos judíos que destacaron en la eclosión cultural e intelectual de estos años sí desarrollaron esos vínculos nacionales, especialmente en relación con la lengua alemana. Este idioma era para ellos la lengua de la alta cultura

y también la lengua de los Habsburgo y su monarquía multinacional, en la que, tras siglos de inseguridad, habían quedado instituidos como ciudadanos de pleno derecho gracias a la materialización del proyecto liberal. La intelectualidad judía austrohúngara se mantuvo, por lo general, íntimamente vinculada a esas dos queridas esferas: la del liberalismo, garante de su condición de ciudadanos independientemente de su extracción religiosa o nacional, y la de la lengua alemana, antaño canal para progresar socialmente en el mundo de los gentiles y más tarde vehículo de expresión intelectual. Periodistas, escritores y políticos como Theodor Herzl, Max Nordau o el mismo Franz Kafka utilizaban la lengua alemana a pesar de proceder o incluso de vivir en otras provincias del imperio (Herzl y Nordau eran húngaros, mientras que Kafka vivió toda su vida en la Praga de los crecientes conflictos nacionales entre alemanes y checos).

La dolorosa prueba del importante rol de la intelectualidad judía en el florecimiento del pensamiento en Austria-Hungría la dio el hecho de que, tras la purga llevada a cabo durante los años de dominio nazi, nunca se volvió a recuperar el esplendor de antaño, pues la mayoría de sus protagonistas desaparecieron en la vorágine de la barbarie de la Segunda Guerra Mundial. Pocos, y maltrechos, fueron los que regresaron, y sólo para constatar que el antiguo mundo de los cafés, los folletines, las polémicas literarias y un largo etcétera de lugares comunes de la escena cultural anterior a la guerra se habían desvanecido para siempre. Friedrich Torberg reflexionaba sobre la desaparición del mundo de los Habsburgo y fechaba esa desaparición muchos años después de la desmembración de Austria-Hungría. Para este autor austriaco de origen judío el mundo de los Habsburgo desapareció en realidad cuando la amenaza nazi acabó con la vida intelectual y cultural que, a pesar del establecimiento de los nuevos Estados en Entreguerras, se había mantenido a través de un mapa compartido de cafés, periódicos, editoriales y contactos entre intelectuales, que se vino abajo con la persecución, la huida y el asesinato de la mayoría de sus protagonistas durante los años de dominio nazi.

Pero antes de llegar al final de la historia, volvamos a aquellos años en los que en Austria-Hungría, y particularmente en la ciudad de Viena, se gestaron muchas de las ideas más revolucionarias del pensamiento moderno. Unos años de pesimismo y de exploración, de experimentación con nuevas formas de aproximarse a la realidad y desvelarla. El concierto del 31 de marzo de 1913, del que Arnold Schönberg, presidente de la Academia de Música y Literatura, salió abofeteado, es una prueba de las tribulaciones que agitaban la vida cultural de la monarquía. La vanguardia del pensamiento había dejado atrás la fe en el progreso que caracterizaba el credo de la burguesía, así como sus certezas y su optimismo ante el futuro. Paradójicamente, los escritores, científicos, artistas y hombres y mujeres de cultura procedían de esa sociedad burguesa y dirigían, en su mayoría, sus escritos y sus ideas a un público burgués. Precisamente quizá por haber experimentado personalmente las contradicciones en el seno de la sociedad burguesa, estos aventureros del

pensamiento se descubrieron pronto insatisfechos con sus verdades, que aparecían a sus ojos como máscaras que encubrían la realidad profunda de las cosas con velos de respetabilidad y buen gusto burgués. El altercado del Concierto de las Bofetadas puso de manifiesto esa creciente disociación entre una parte de la sociedad burguesa que se esforzaba por mantener el juego de las apariencias y los partidarios de la necesidad de ahondar en el fondo de las cosas para encontrar la verdad que subyacía en ellas.

LAS MENTES Y LAS IDEAS: EL DESCUBRIMIENTO DE MUNDOS INTERIORES

Las primeras reacciones contra la estética de los años del triunfo de la burguesía y su despliegue historicista surgieron de su propio seno. Entre 1900 y 1903, Gustav Klimt (1862-1918), que se había destacado como un joven artista de gran talento en sus contribuciones pictóricas dentro de los edificios del proyecto de la Ringstrasse, mostró al público los grandes lienzos que había pintado por encargo de la Universidad de Viena, destinados a representar a tres de las cuatro facultades que albergaba: Filosofía, Medicina y Jurisprudencia. Contraviniendo las expectativas de gran parte de la institución, el que se había convertido en uno de los artistas más apreciados de Viena mostró al público unas pinturas inquietantes, oscuras, en las que las figuras de la Antigüedad clásica se mezclaban con mujeres desnudas en posturas inadmisiblemente explícitas para el gusto burgués de la época. Los lienzos mostraban, en lugar del esperado triunfo de la luz (representada por las ciencias académicas) sobre la oscuridad, una compleja y confusa relación entre las fuerzas de la naturaleza y el rumbo de una humanidad movida no sólo por determinaciones racionales, sino también por pulsiones ocultas. Las pinturas, que no aparecieron juntas, sino una detrás de otra, causaron una airada reacción en la universidad y, con la extensión de la polémica fuera de ella, en toda la sociedad. Una gran parte de los profesores del claustro universitario, encabezados por el progresista Friedrich Jodl (1849-1914), firmaron una petición que exigía la retirada de los lienzos, pues consideraban que no representaban los progresos que la ciencia había efectuado sobre el dominio de las fuerzas irracionales en la historia de la humanidad. Para otros la simple exhibición pública de cuerpos femeninos en posturas sensuales y provocadoras estaba mucho más allá de lo admisible en el recinto por excelencia del saber. Estas reacciones pusieron de manifiesto, como más tarde ocurriría también en el famoso Concierto de las Bofetadas de 1913, la brecha que había surgido entre la percepción burguesa del mundo, entre aquellos que se aferraban a la fe en el progreso imparable que traería consigo el racionalismo liberal, y aquellos que habían detectado las líneas de fractura en el orden social por las que emergían a la superficie las fuerzas irracionales, pero no menos humanas, del instinto y la sexualidad.



Nuda veritas. La «Verdad desnuda» se convirtió en el lema de Secesión (*Sezession*) vienesa, grupo modernista encabezado por Gustav Klimt. Frente a un mundo de contención y buenas formas, estos artistas se propusieron desvelar la realidad latente en ellas. Un mundo de erotismo, de sexualidad y de verdades no deseadas se abrió ante los indignados e incluso a veces empáticos ojos del público burgués.

Las pinturas para la universidad se inscriben en la evolución de las artes pictóricas que había comenzado en Viena a principios de la década de 1890, en rechazo al historicismo que había dominado la pintura austriaca durante gran parte del siglo XIX. Frente a la emulación de escenas históricas con técnicas realistas, los pintores y escultores de finales de siglo reivindicaban la búsqueda de un arte nuevo, que valiéndose de los avances hechos en otros países europeos, como el *Art Nouveau* o modernismo, fuera capaz de retratar el tumultuoso interior del individuo, adentrándose en sus pulsiones y deseos más íntimos. Así, en 1897, los jóvenes pintores de Viena (y algunos no tan jóvenes) formaron, en torno a la figura de Klimt, el grupo Secesión (*Sezession*). Frente a las tradicionales premisas artísticas de la Academia, los artistas de Secesión vienesa proclamaron la búsqueda de las realidades interiores como objeto de la creación artística. Un año más tarde, en 1898, frente a la Academia de Bellas Artes de Viena se inauguraba el edificio que sería la sede de Secesión, diseñado por el arquitecto Josef Maria Olbrich según los nuevos parámetros artísticos del grupo. Con su lema «A cada época su arte, al arte su libertad», los artistas de Secesión buscaban una renovación en el arte austriaco y una liberación de las formas representativas del historicismo neoclásico, que a su juicio no representaba el fondo profundo que subyacía bajo la fachada de las cosas.

Así, el arte pictórico hizo también su ruptura con el orden moral y racional promulgado por la burguesía en los años de construcción del Estado liberal en

Austria-Hungría. Pero la ruptura no se detuvo ahí. Pronto, la nueva generación de artistas que veía la luz con el inicio del nuevo siglo iría más allá en la exploración de las profundidades emocionales y psicológicas del individuo. En comparación con las eróticas mujeres que poblaban los cuadros de Klimt, Egon Schiele (1890-1918) retrataría criaturas femeninas en posiciones físicas y estados psicológicos más complejos que aquellas musas sensuales. Celebrado como uno de los jóvenes genios del período, Schiele mostraría el lado más descarnado del cuerpo y el sexo. En sus cuadros, los cuerpos se distorsionan y muestran sin tapujos una anatomía muchas veces consumida y unas miradas perdidas o angustiadas. Philipp Blom ha definido a la perfección la peculiaridad de la obra de Schiele: «Todo lo que había sido tabú, lo que no se podía decir ni enseñar —el sexo, el voyeurismo, la masturbación—, todo lo que se practicaba en secreto pero se negaba en público, Schiele lo expuso con pocas pinceladas, y lo expuso para que todo el mundo lo viera».

Otro de los grandes nombres de la pintura de estos años fue el del austriaco de origen judío Oskar Kokoschka (1886-1980). De la misma generación que Schiele, sus primeras obras se expusieron junto con las de aquel y pronto suscitaron el escándalo del público ante la crítica mordaz que sus personajes hacían de las convenciones y el teatro social de la sociedad liberal. Tras una visita a una exposición en la que se mostraban varias obras de Kokoschka, el heredero al trono del imperio, el archiduque Francisco Fernando, declaró que «habría que romperle todos los huesos del cuerpo». Además de por sus irreverentes lienzos, Kokoschka se hizo famoso en toda Viena en los años previos a la Gran Guerra por su relación amorosa con Alma Mahler, recién enviudada del compositor y celebrada como la gran belleza y musa de la capital austriaca. La pareja de amantes llegó a convertirse en la comidilla de los salones de la buena sociedad por las extravagancias y los celos de Kokoschka, así como por sus composiciones pictóricas en las que Alma aparecía desnuda y en la cama junto a él.



La novia del viento, la gran obra de Kokoschka dedicada a Alma Mahler, fue uno más de los escándalos que rodearon a la pareja de amantes y que dieron fama a la pintura desgarrada del artista.

En los círculos literarios, la primera propuesta de superación de la literatura

moralista y del realismo de las décadas anteriores surgió en la década de 1890 con el grupo *Junge-Wien*, Joven Viena. Una de sus cabezas visibles, el escritor austriaco Hermann Bahr (1863-1934), proclamó que había llegado el momento de romper con la tradición preexistente y renovar el arte austriaco, al igual que literatos y artistas ya habían hecho en otros países del continente. Tomando el cabo que tendían los simbolistas franceses, Bahr, cuya producción literaria y dramática fue enormemente prolífica, predicó con el ejemplo experimentando con el nuevo impresionismo que en las letras reflejaba los paisajes interiores y cambiantes del individuo y de sus relaciones con el mundo. Bahr se convirtió no sólo en un autor apreciado por el público, sino también en una figura central de la escena literaria por sus contactos con la prensa y las editoriales, que le permitían influir en la publicación de nuevos talentos. Los jóvenes literatos vieneses se congregaban en torno a la mesa del maestro en el Café Griensteidl, desde la que se movían los hilos que impulsaron a muchos a las doradas estancias de la fama. En el círculo de la Joven Viena pronto destacó un escritor tardío, el doctor Arthur Schnitzler (1862-1931). Mago del monólogo interior, Schnitzler se hizo pronto famoso por sus novelas cortas en las que los pensamientos y las emociones de sus protagonistas fluían o se atropellaban, reflejando el tortuoso interior de sus mentes. Obras como *La señorita Else* o *El teniente Gustl* son ejemplos de este impresionismo literario, en el que el lector entra en contacto con el fondo más íntimo de los personajes, con su torrente de reflexiones, recuerdos y asociaciones. Schnitzler escandalizó a los lectores con unos textos en los que la sexualidad y el deseo aparecían en primera línea de la acción. Al levantar el velo que cubría los impulsos y la sexualidad, Schnitzler denunció la ceguera de la moral burguesa, que con sus convenciones reprimía los deseos más naturales y los convertía en conflictos interiores que sumían en la angustia al individuo. Otro de los grandes representantes del impresionismo literario de estos años fue Peter Altenberg (1859-1919), cuya prosa tomó la forma de textos breves que retrataban la vida vienesa en movimiento a modo de pequeñas instantáneas efectuadas desde la particular lente del autor.

A finales de siglo, a la mesa de Schnitzler y Bahr llegó, tras el envío de un pequeño texto anónimo que pronto despertó la admiración de escritores más experimentados, el jovencísimo Hugo von Hofmannsthal (1874-1929). Este chico, que en el momento de la aparición en público de sus primeros escritos aún se encontraba en la escuela secundaria, se desveló pronto como una de las plumas de más sutil brillantez de la época. El joven escritor desarrolló un estilo profundamente lírico, y la belleza de sus composiciones fue admirada por el cautivado público. En sus escritos se puso de manifiesto, como ha reflexionado Carl E. Schorske, la difícil relación entre las profundidades del artista y el mundo que le rodea, así como la necesidad del artista de escapar del «templo del arte» y encontrar la conexión con el mundo que quedaba a sus puertas. A su manera, el otro gran poeta en lengua alemana de la época (aunque de origen bohemio), Rainer Maria Rilke (1875-1926), reveló en sus poemas angustias y fantasmas similares: deslizándose entre bellas alusiones

simbolistas, la lírica de Rilke traslucía también la angustia y los fantasmas del joven poeta y su relación con el mundo moderno.

Al rememorar su juventud y las primeras pasiones literarias en estos últimos años del siglo XIX, Stefan Zweig recordaba que toda su generación asistió con emocionada admiración al descubrimiento de Hofmannsthal y Rilke, que sus versos conmovían a unos escolares que los devoraban ávidos, pues las inquietudes que traslucían en sus escritos eran también los de toda una generación de jóvenes austriacos. El mismo Stefan Zweig, y otros escritores como Joseph Roth (1894-1939), Franz Werfel (1890-1945), Max Brod (1884-1968) o Soma Morgenstern (1890-1976), que publicaron sus obras a la luz y las sombras de la experiencia de la Primera Guerra Mundial, siguieron la huella de estos aventureros del alma y las inclinaciones humanas más íntimas. Herederos del mundo desaparecido de los Habsburgo, esta generación de escritores de origen polaco, checo, vienés y casi siempre judío tomó el testigo de sus predecesores y dejó para la posteridad algunas de las más bellas obras literarias en lengua alemana del siglo XX.

Lejos de los laberintos simbolistas, pero próximos al convulso arte del cambio de siglo y a sus inquietudes sobre la apabullante vida moderna en Austria-Hungría, se cuentan las obras de otro de los grandes autores del siglo: el judío, checo y alemán Franz Kafka (1883-1924). Los atormentados personajes de Kafka concurren en un escenario angustiante: el burocrático mundo de los Habsburgo, en cuyas telas de araña el individuo queda atrapado. Kafka se reveló como uno de los escritores que más honda huella dejarían en el pensamiento posterior por su temprana plasmación de los miedos y las inquietudes existenciales del hombre en un mundo moderno apabullante, en el que la persona se siente acorralada.

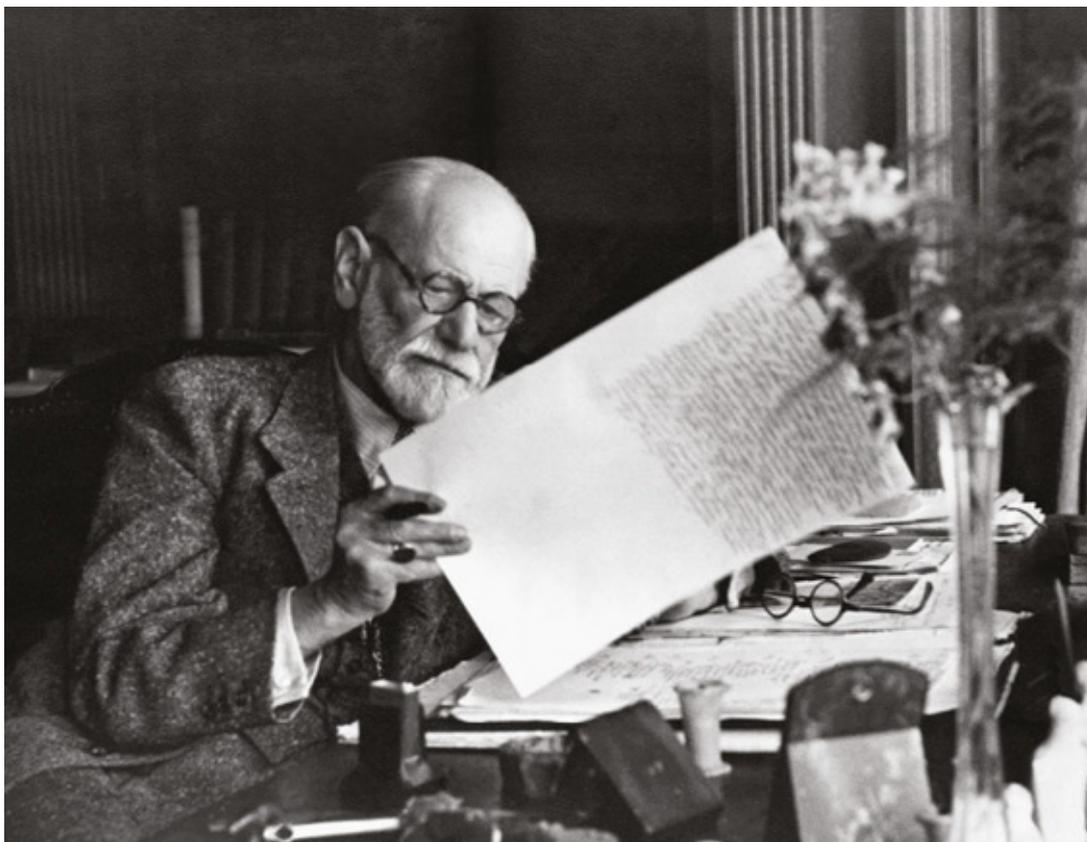
Mientras los escritores exploraban el lenguaje de la vida moderna, en el consultorio del número 19 de la Berggasse de Viena, el doctor Sigmund Freud (1859-1939) atendía a sus pacientes durante extenuantes jornadas de hasta doce horas cada día. En vísperas del estallido de la Primera Guerra Mundial, el prestigio de la terapia del psicoanálisis desarrollada por el médico de origen moravo estaba firmemente asentado tanto dentro como fuera de Austria. La carrera profesional de Freud no había sido precisamente un camino de rosas. Tras haberse graduado en medicina por la Universidad de Viena en 1881, el joven doctor reorientó su carrera del ámbito de la fisiología al de la neurología y, cuatro años más tarde, marchó a París para trabajar con el afamado doctor Jean-Martin Charcot, que por aquel entonces ya indagaba en las posibilidades de lograr una cura para las afecciones psicológicas de sus pacientes a través de una terapia basada en escuchar y analizar sus relatos. El objetivo era encontrar la causa del malestar psicológico en el torrente de recuerdos, emociones y pensamientos. A su regreso a Viena con la cabeza llena de impresiones y preguntas sobre las experiencias en la consulta de Charcot, Freud empezó a desarrollar sus propias teorías acerca de los orígenes de la afección psicológica y de las formas de abordar su tratamiento. En 1899, aparecía publicada *Die Traumdeutung* (*La*

interpretación de los sueños). En esta primera gran obra, que causó ovaciones en el exterior y rechazo en gran parte de la comunidad académica austriaca, Freud proponía que los sueños eran la clave de acceso a los deseos reprimidos del individuo. «Un sueño es la realización encubierta de un deseo reprimido», se lee en las páginas de la obra. A partir de este planteamiento, Freud trata de descifrar los significados de los símbolos y los signos que aparecen en el sueño para extraer de ellos los traumas olvidados, enterrados en el inconsciente. La experiencia traumática, que con frecuencia no era recordada por el individuo, no desaparecía, sino que permanecía oculta, latiendo en la recámara de la consciencia, hasta que emergía a la superficie a través de los sueños. A partir de esta interpretación, Freud analiza diferentes sueños personales, de entre los que extrae experiencias y aspiraciones que definen su existencia: una complicada relación con el padre, las primeras inclinaciones frustradas hacia la política, las limitaciones que había percibido en su vida por su origen judío, y un largo etcétera. El sueño, al que denominó el instrumento «más maravilloso y enigmático» de todos, se convertía en el gran descubrimiento con el que empezaba el nuevo siglo.

A pesar del reconocimiento que la obra de Freud obtuvo internacionalmente, desde el mundo académico austriaco sólo llegó un hosco silencio (o, más que silencio, una desconfiada recepción de los planteamientos freudianos, que osciló entre el rechazo indignado y la crítica velada). En cualquier caso, Freud, que había experimentado durante años la frustración de no haber obtenido el cargo de profesor en la Universidad de Viena a pesar de su creciente fama internacional, se revolvió aún más contra la esfera académica vienesa ante esta reacción. A modo de compensación por estos desplantes, cada vez eran más los pacientes de la buena sociedad que acudían al número 19 de la Berggasse, donde, tumbados sobre el famoso diván, se ponían en las manos del doctor Freud para aliviar su angustia, su inquietud o sus ansiedades más íntimas. Para amargura suya (ya que durante toda su vida había sentido un profundo rechazo por el sistema de influencias que movía carreras profesionales en Austria, primando los contactos sobre el mérito personal), consiguió por fin el cargo de profesor en la Universidad de Viena precisamente a través de una de sus pacientes mejor situadas. La certeza de saber que el nombramiento se debía a la promesa hecha por su paciente al ministro de Educación de otorgar un valioso cuadro a una galería nueva, y no a un reconocimiento sincero de sus descubrimientos en el terreno del psicoanálisis, dio lugar a un amargo distanciamiento de las esferas académicas (aunque Freud ejerció como profesor de acuerdo con su nuevo cargo). En lugar de proseguir sus investigaciones en el entorno universitario, el famoso psicoanalista organizó en torno a su consulta privada su propia escuela de investigación, y los debates que tenían lugar con regularidad alrededor del famoso diván pronto se hicieron famosos internacionalmente y gestaron un importante grupo de psicoanalistas, cuyos estudios habrían de tener una influencia decisiva en el desarrollo de la psicología durante todo el siglo xx.

La teoría acerca de los sueños como antecámara del inconsciente fue revolucionaria no sólo por su valor científico, que ahondaba en las experiencias y los deseos más íntimos del individuo, aquellos que se gestaban en oposición a las buenas maneras y la moral de la sociedad burguesa. La teoría del inconsciente fue revolucionaria porque, aplicada al conjunto de la sociedad vienesa y austriaca, desvelaba las corrientes subterráneas que la recorrían. La cultura burguesa misma, represora del cuerpo y de los impulsos sexuales, aparecía como el germen de la patología anímica de los pacientes, y esa era una crítica que muchos en Austria no estaban dispuestos a asumir. De todos modos, la crítica de Freud a la sociedad burguesa y su moral, que él veía como la fuente de los problemas psicológicos y de las neurosis de sus habitantes, no implicaba la ruptura con esta o con el liberalismo. Freud, como tantos otros judíos miembros de la intelectualidad de la época, se había criado en un ambiente liberal, y apreciaba profundamente las conquistas del Estado de Derecho. Como afirma Josep Casals en su obra *Afinidades Vienesas*, «Freud (como Weininger y Kraus, aunque de modo distinto) se reconoce en una cultura a la que él mismo diagnostica en estado crítico».

Junto con el descubrimiento del mundo onírico como la vía hacia las profundidades del individuo, la labor de Freud en estos años previos a la desaparición de la monarquía austrohúngara se centró en divulgar los orígenes sexuales de la neurosis y de la histeria. La existencia de experiencias sexuales (o presexuales) traumáticas en la infancia era, a los ojos del psicoanalista, el origen de los futuros trastornos mentales. La reacción ante el trauma consistía en enterrar la experiencia en los sótanos del inconsciente, pero esta permanecía viva y con el tiempo degeneraba en un conflicto psicológico. La prescripción de Freud ante estos males psicológicos fue la palabra; la exploración de las profundidades de la memoria, de las asociaciones íntimas y de las fobias y deseos más profundos del paciente a través de la escucha de su hilo discursivo. Esta terapia, destinada a desenterrar la experiencia traumática del inconsciente del individuo, fue llamada por el propio Freud psicoanálisis, y se convertiría en uno de los grandes hallazgos del pensamiento europeo en su búsqueda de las profundidades que vibraban tras la apariencia ficticia de las cosas.



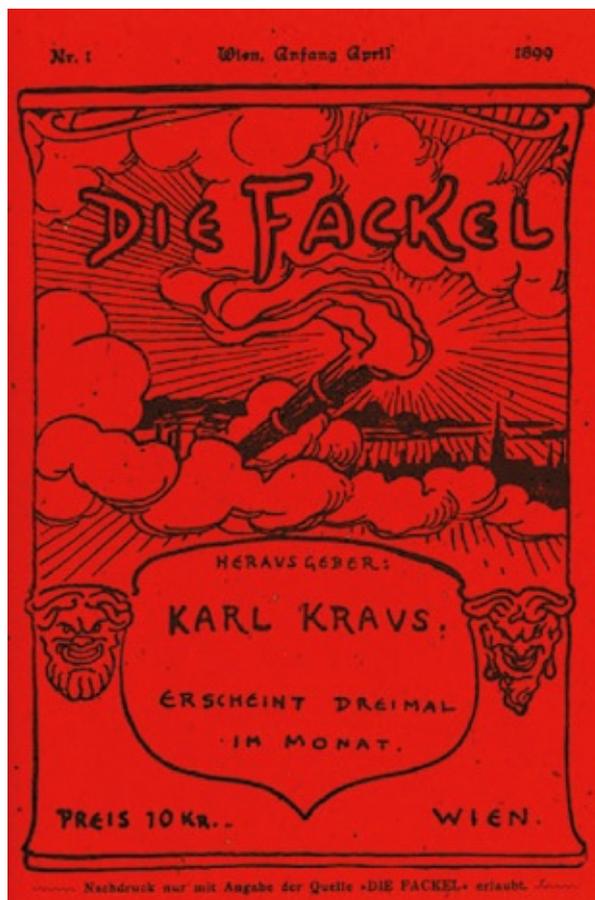
Padre del psicoanálisis y autor de los diagnósticos más brillantes sobre su propia época: Sigmund Freud.

Al igual que Freud en su consultorio, otras personalidades de la escena cultural e intelectual de Austria-Hungría buscaban el fondo que subyacía tras las estructuras de las cosas. Entre ellos destacaron pronto los críticos del lenguaje, que mostraron hasta qué punto la inquietud sobre el fondo y la forma había calado en la atmósfera intelectual de la época. Desde Cambridge, donde había decidido cursar sus estudios de filosofía, el joven Ludwig Wittgenstein (1889-1951), hijo del poderoso industrial y reconocido mecenas artístico Karl Wittgenstein, concibió una de las grandes obras del pensamiento contemporáneo, el *Tractatus Logico-Philosophicus*. Aunque el impresionante estudio no se publicó hasta 1921, el inicio de su composición data de los años anteriores a la Primera Guerra Mundial y refleja bien las dudas de la época acerca de si el lenguaje era capaz de reflejar la realidad a la que hacía referencia. Wittgenstein, que se había orientado inicialmente hacia las ciencias matemáticas, aborda esta cuestión desde la óptica de la lógica filosófica e influido por su maestro en Cambridge, el gran representante de la filosofía analítica Bertrand Russell. El *Tractatus* indagaba en la estructura lógica del pensamiento y en la posibilidad de expresar, a través del lenguaje, el significado de las cosas que denominamos con palabras, y se convertiría en una de las obras claves de la filosofía del siglo xx.

Estas preocupaciones por el lenguaje de Wittgenstein beben de toda una corriente de pensamiento que, a finales de siglo en Austria, empezó a interrogarse sobre la relación entre el lenguaje y la realidad. Esta cuestión llegó a obsesionar a muchos autores de la época, entre los que brilló, por su prosa aguda y afiladamente elegante, el gran crítico de Viena, a cuyas palabras nos hemos remitido con frecuencia: Karl

Kraus (1874-1936). Por sus constantes e implacables críticas a la corrupción política y periodística, así como por la relajación de las costumbres, la frivolidad y la pasividad de la sociedad austriaca, Kraus pronto se ganó muchos enemigos entre los círculos intelectuales y políticos de estos años. Meticuloso hasta el extremo en sus escritos, muchos han llegado a considerar la prosa de Kraus como uno de los grandes exponentes de la lengua alemana. La búsqueda de independencia y de libertad expresiva le llevó, en 1899, a fundar su propia revista, *Die Fackel (La Antorcha)*, que entre 1911 y 1936 escribiría entera el propio Kraus. En la década de 1890, el que luego sería uno de los escritores más temidos de Viena entró en contacto con el grupo de Hermann Bahr y Arthur Schnitzler, la Joven Viena, que reunía en torno a su mesa en el Café Griensteidl a los nuevos y prometedores talentos de Viena.

El joven Kraus pronto reaccionó ante el sistema de recomendaciones e influencias (similar al que imperaba en otros ámbitos de la vida austriaca) con el que Bahr, que tenía el don de manejar multitud de contactos (especialmente en el mundo de la prensa), tejía la promoción de los jóvenes escritores. Con su escrito *Die demolirte Literatur (La literatura demolida)*, en el que satirizaba el estilo y las prácticas del grupo, Kraus selló la ruptura con la Joven Viena y encaminó sus pasos hacia el que sería en adelante su principal objetivo: la depuración del lenguaje (y en concreto de la lengua alemana) de intereses y aparatos ajenos a él, la búsqueda del perfeccionamiento de la palabra como fin en sí mismo. En las páginas de *Die Fackel*, la denuncia del «tráfico de influencias» de Bahr, así como su proclamado deseo de renovación en su búsqueda de un arte austriaco, aparecen de forma constante. Kraus fue también especialmente crítico con los escritores de aquellos folletines que tan de moda se pusieron en la época, pues veía en ellos la perversión de la literatura, embarrada con los intereses periodísticos y la constante búsqueda de atención por parte de los lectores. «Y decir que los escritos de los judíos Else Lasker-Schüler y Peter Altenberg están más cerca de Dios y del lenguaje que todo cuanto la literatura alemana ha dado a luz en los últimos cincuenta años, desde que vive el señor Bahr», satirizaba el indómito crítico en uno de sus artículos. La obsesiva pasión de Kraus por el lenguaje, y en particular por la lengua alemana, quedó retratada en una anécdota que fue festejada con júbilo por muchos de sus contemporáneos. Al aconsejar a una conocida sobre sus posibilidades de divorcio, Kraus insistió en que la afectada alegase el mal alemán de su marido como razón añadida para justificar la separación.



Die Fackel (*La Antorcha*) de Kraus fue una de las publicaciones por excelencia de la época, en la que el crítico esgrimía su pluma sin miramientos ni concesiones contra los que identificó como vicios sociales de la época.

En el círculo de Kraus, y compartiendo mesa con él en el Café Central, se encontraron algunas de las grandes personalidades de principios de siglo, que contribuyeron asimismo a hacer del arte y el pensamiento austriaco uno de los puntos obligados de paso en la evolución intelectual europea. Entre los asiduos a aquella mesa de café estaban el arquitecto Adolf Loos, el compositor Arnold Schönberg y el escritor Peter Altenberg. A partir de ellos, que integraron lo que luego se denominaría la Viena crítica moderna por su posición divergente frente a los grupos modernistas, el observador puede adentrarse en las radicales propuestas que, en estos años, marcaron el destino de la arquitectura, la música o la escritura. Adolf Loos (1870-1933), que había ganado fama como arquitecto en la década de 1890, llevó la arquitectura, junto con hombres de visión más conciliadora como Otto Wagner (1841-1918), a un nuevo plano teórico y a una nueva fase de exploración. Lo paradójico en el caso de Loos es que, al igual que Kraus, el arquitecto no pretendía innovar, no procuraba romper con lo anterior e iniciar un nuevo estilo artístico, sino que al tratar de renunciar al adorno, a lo artificioso en favor de la búsqueda de las formas puras aspiraba a evolucionar sobre la tradición preexistente. Su artículo «Ornamento o delito» supuso el rechazo al recargado estilo de la Ringstrasse y la propuesta de una nueva meta: el retorno a las formas simples y puras de los materiales, de los espacios despejados, libres del peso de un adorno con el que el arquitecto ya no identificaba la arquitectura austriaca. Loos protagonizó su propio escándalo cuando se descubrió la

fachada del edificio de la Michaelerplatz (frente al palacio imperial) en el que había estado trabajando. Al retirar los andamios y descubrir una fachada desnuda, desprovista de esculturas y acabados floridos y laboriosos, la sociedad vienesa, encabezada por la Corte imperial esta vez, puso el grito en el cielo ante lo que parecía más una provocación descarada que una obra de arte. No obstante, Loos persistió en su empeño y continuó trabajando en su objetivo de depurar las formas de lo innecesario, de lo banal, para crear un espacio cuya habitabilidad la proporcionaban sus materiales y su diseño funcional.

Arnold Schönberg (1874-1951) llevó a cabo una búsqueda similar en el territorio de la música, y el encontronazo con un público que se tenía por gran entendido fue tan sonado como veíamos al principio del capítulo. Schönberg, que había iniciado su carrera inscrito en los parámetros del romanticismo tardío de la segunda mitad de siglo, encauzó su inmenso talento a ahondar en las profundidades inexploradas de la composición. Sus experimentos le llevaron a abandonar el recinto sagrado de la tonalidad sobre el que se había construido la música europea durante siglos. En evolución sobre el sistema tonal, y en línea con esa búsqueda de las formas puras que había caracterizado las propuestas de otros pensadores, Schönberg comenzó a componer en los nuevos márgenes de la atonalidad. Su Concierto n.º 2 para cuerda reflejaba ya los nuevos postulados del compositor, que, al igual que Kraus con el lenguaje o Loos con la arquitectura, experimentó con las posibilidades de las formas simples, desprovistas de todo artificio y todo elemento ajeno a ellas. Alma Mahler-Werfel, cuyo prometedor talento musical se frustró por las exigencias de su primer marido, Gustav Mahler, que antes de la boda impuso que ella debía abandonar su música para dedicarse por entero a la de él, nunca perdió su intuición artística. Sobre Arnold Schönberg, y a pesar de las enormes críticas que el compositor había recibido en Austria, escribiría en enero de 1915: «Todo lo que hacía Schönberg era nuevo y extraordinario». Este reconocimiento, que hoy se rinde de forma unánime al compositor, no fue, como ya veíamos, frecuente entre el público vienes, que por lo general no compartía la opinión de la polémica Alma.

UN ESCENARIO ESPECIAL

Para completar este recorrido por las ideas y los pensadores que marcaron el rumbo de uno de los períodos más fructíferos y originales en la historia de la cultura europea hay que volver de nuevo a un escenario conocido en el que se orquestó gran parte de este esplendor intelectual: el café.

En el capítulo dos reflexionábamos sobre el papel del café en la gestación en Austria-Hungría de una sociedad civil activa, que encontró en sus locales el espacio apropiado para la discusión política, la lectura de la prensa y la recepción de nuevas ideas. Junto con este papel como ágora política, el café tuvo un rol decisivo en la escena intelectual y cultural de la monarquía. Espacio de encuentro social por excelencia, proveyó un ambiente íntimo y a la vez abierto a todo el mundo, en el que el debate y la discusión intelectual dieron lugar a las propuestas e ideas más originales del siglo que comenzaba. «A lo mejor nada ha contribuido tanto a la desenvoltura intelectual y a la orientación cosmopolita de Austria como el hecho de que en el café se podía informar uno de todos los acontecimientos del mundo al tiempo que comentarlos con su círculo de amigos», reflexionaba Stefan Zweig en sus memorias.

El café literario (y el no literario) funcionaba, por lo general, como el mecanismo de un reloj puesto a punto. Aun cuando estaba abierto a todo el mundo, el café tenía su público fijo, que acudía día sí y día también, y en el que muchos clientes pasaban más tiempo que en su propia casa. Esta clientela diaria gozaba de una serie de privilegios al cruzar el umbral del establecimiento; un parroquiano de cualquier café nunca habría de buscar mesa, pues tenía la suya propia reservada, y en muchas ocasiones incluso tratar de captar la atención de los camareros se hacía innecesario, pues tan pronto como estos veían al recién llegado se apresuraban a llevarle a su mesa la consumición habitual y la prensa del día, después de haberle saludado por su propio nombre. Los camareros eran toda una institución en el mundo del café; velaban por la recepción del correo (muchos literatos daban como su dirección personal la de su café habitual) y de la prensa, conocían de memoria las preferencias de sus clientes (pues, por lo general, cada uno de ellos tenía una zona del local asignada) y eran, en definitiva, las piezas que permitían que la humeante máquina del café funcionase a la perfección. Muy apreciados por los clientes, con los que establecían una relación de años y de décadas, la pérdida de un camarero se lamentaba en todo el café como si de un familiar o un amigo se tratase. A pesar de que el café vienés ha pasado a la historia como el punto de encuentro de la intelectualidad austriaca, los cafés fueron un fenómeno extendido a lo largo de todo el territorio de la antigua monarquía de los Habsburgo. En Budapest, en Praga, en Lemberg, en Cracovia, y también en las pequeñas ciudades y pueblos de Austria-Hungría, el café (y muchas veces la taberna) era el punto de encuentro social y cultural, aunque en muchos de estos locales el público era exclusivamente masculino

y sólo en las ciudades las mujeres iban avanzando en el acceso a espacios de sociabilidad públicos.

Las clases trabajadoras no frecuentaban los mismos cafés que la intelectualidad, que en Austria-Hungría provenía, en su amplia mayoría, de las clases burguesas cultas. Los obreros acudían a sus propios cafés, que a diferencia de los literarios no se situaban en los elegantes centros de las ciudades, sino en los suburbios en los que transcurría la vida de los trabajadores industriales (sus viviendas y lugares de trabajo, las fábricas, también se concentraban allí).

En Viena, que en estos años se convirtió (aunque entonces no muchos lo percibían así) en la metrópolis cultural de Europa, los cafés literarios acogieron y dieron un espacio creativo a las luces del pensamiento. El Café Griensteidl se convirtió, en la década de los noventa del siglo XIX, en el punto de convergencia de los miembros del grupo literario la Joven Viena, encabezado por el influyente Hermann Bahr. En torno a su mesa se sentaron jóvenes talentos como Hugo von Hofmannsthal, que deslumbraría a diferentes generaciones de lectores con sus versos intimistas, delicados, que lo recubrieron con el aura de un maestro de las palabras ya desde sus últimos años de bachiller. Café literario por excelencia, entre sus paredes también se citaban a diario diputados, periodistas y abogados, conformando esa ágora semipública de la que hablábamos con anterioridad. A pesar de ello, el Café Griensteidl pasó a ser una más de las leyendas que envuelven la Viena finisecular por haber albergado al grupo de Bahr, representantes del modernismo literario austriaco. Un frío 21 de enero de 1897 se demolió el viejo Griensteidl. En su sátira *Die demolirte Literatur*, Karl Kraus estableció un paralelismo entre el destino del Café Griensteidl y el de las propuestas literarias de los miembros del grupo la Joven Viena. Abogando por el abandono de las florituras y la estética decadente modernistas, Kraus, junto con otros artistas y escritores del momento, defendían la necesidad de desprenderse de lo superfluo para poder alcanzar las formas puras que subyacían en la literatura y en el arte. La demolición del Café Griensteidl no supuso naturalmente, como había satirizado Karl Kraus, la desaparición del modernismo literario, pero la desaparición de su escenario principal de debate y lectura fue sin duda un golpe para sus integrantes. El Café Central tomó el relevo como nuevo núcleo de la vida literaria en Viena, pero sus salones acogieron a los críticos de los modernistas (entre ellos Karl Kraus), que han pasado a la historia como la Viena moderna crítica. Más tarde, terminada la Primera Guerra Mundial, el Café Central desapareció (su destino aparentemente estaba ligado al de la monarquía milenaria) para dejar paso a un último sucesor, el Café Herrenhof, en torno al que orbitarían los literatos de la capital hasta que la anexión de Austria por la Alemania de Hitler obligó a huir a gran parte de ellos, provenientes de la fructífera intelectualidad judía vienesa.

Los nombres Griensteidl o Central fueron sólo los más brillantes entre una larga lista de locales en los que se reunían tertulias literarias o artísticas. Pero no se trataba exclusivamente de locales. Los cafés fueron escenarios insustituibles en el despliegue

intelectual de Austria-Hungría, que ejercieron su propio efecto en el nacimiento y el fracaso de escuelas artísticas, de estilos literarios, de nuevos nombres en el terreno de la cultura. El mundo cultural, en definitiva, estaba indisolublemente ligado al mundo del café. Friedrich Torberg, escritor austriaco al que ya hemos hecho referencia en capítulos anteriores, escribió, en una crónica sobre los últimos años de la monarquía de los Habsburgo y del período que siguió hasta la anexión por la Alemania nazi en 1938, acerca del café como el escenario que hizo posible la efervescencia intelectual y cultural austriaca. En sus recuerdos, que incluyen a infinidad de personajes de estos años, afirma lo siguiente:

Casi ninguna de las personas que aparecen en él [en su libro] sería imaginable sin su café. Casi ninguna de las historias que tratan de ellos, aunque se desarrollen en otra parte, habría surgido sin su café. Casi ninguna de las frases aquí recogidas se habrían dicho de no haber habido cafés. Para las personas que aquí aparecen fue el sustrato del que extrajeron sus jugos vitales secretos. Las historias que de ellos tratan las creó aquella atmósfera; en fin, sea como fuere, los cafés proporcionaron protección y resonancia y, en resumen, el marco intelectual.



En las mesas del Café Central se dieron cita personalidades como Karl Kraus, el arquitecto Adolf Loos o el escritor Peter Altenberg, cuyas propuestas acerca de la literatura y el arte se gestaron al calor del ambiente del café, de sus tazas de moca y de su carácter semiprivado, ideal para el debate y la escritura.

8

El suicidio de Europa: Austria-Hungría y la Gran Guerra

Escuchamos, una vez más, el refrán secular: «La fatalidad de la guerra es más fuerte que cualquier voluntad». Es la letanía que repiten los rebaños que elevan su debilidad a los altares y la adoran. Los hombres han inventado el destino para atribuirle los desórdenes del universo que ellos deberían gobernar. ¡Nada de fatalidad! La fatalidad es lo que nosotros queremos. Y también es, con mayor frecuencia, lo que no queremos con suficiente intensidad. ¡Entonemos todos el *mea culpa!*

Romain Rolland

Entre el 28 y el 29 de julio de 1914, las ciudades y pueblos de Austria-Hungría se cubrieron con carteles que contenían un bando del emperador. *A mis pueblos* se titulaba el documento que anunciaba a los ciudadanos de la monarquía el comienzo de la guerra con Serbia. En esta comunicación a sus pueblos, el emperador explicaba una decisión que acababa con cincuenta años de política por la paz: a pesar de los esfuerzos por defender los intereses de la monarquía de forma pacífica, esta vez la afrenta había ido demasiado lejos. El asesinato del heredero al trono había sido la cumbre de las agresivas políticas serbias y de la creciente amenaza que planteaba el país vecino. Era necesario levantarse en armas, insistía el bando, para hacer valer el honor y la posición del Imperio de los Habsburgo en Centroeuropa.

Con la declaración de guerra a Serbia comenzaba un enfrentamiento cuyas dimensiones pocos habían sabido calcular. En el espacio de pocos días, la red de alianzas que se había ido tejiendo entre las potencias europeas en las décadas precedentes se puso en movimiento para convertir un conflicto localizado en las turbulentas arenas de los Balcanes en una guerra europea cuyas batallas pronto se libraron por todo el globo. La Primera Guerra Mundial arrasó el mundo tal y como lo conocían los europeos de la época. Europa se resquebrajó por dentro y por fuera, y la triunfante burguesía liberal de los países contendientes, con su fe en el progreso imparable de la humanidad, vio alzarse de la miseria de una guerra larga y asoladora la temida revolución social. A lo largo de los cuatro años en que se prolongó la guerra, toda una generación de hombres y certezas quedó sepultada en las trincheras.

Austria-Hungría no sólo pagó con su correspondiente tributo en vidas humanas el coste de las políticas que habían conducido a la guerra, sino que sucumbió por completo a las turbulencias del conflicto. Su economía se quebró con el esfuerzo de la guerra y sumió a gran parte de la población en la hambruna y el desabastecimiento de productos básicos. La conflictividad social avanzaba a pasos agigantados, especialmente tras la revolución que derrocó al zarismo en Rusia en 1917 y el regreso de los soldados que habían estado presos allí. Mientras, las voces nacionalistas se radicalizaban al prever, a medida que se hacía más probable la derrota de Austria-

Hungría y Alemania, la reconfiguración del mapa de Europa Central. Asimismo, la inferioridad militar de la monarquía respecto de Alemania, así como las desastrosas campañas llevadas a cabo por cuenta propia, degeneraron en una cada vez más creciente dependencia frente a Berlín, lo que a su vez distanciaba aún más a las otras nacionalidades del imperio, que rechazaban la idea de quedar sometidas a un Estado satélite de Alemania. El caos ganaba terreno, y la muerte del viejo emperador en noviembre de 1916 significó para muchos la pérdida de un vínculo esencial con la monarquía y el fin de una época barrida por la guerra. Para comienzos de otoño de 1918, la derrota era innegable y la situación interna, convulsa. En los Parlamentos comenzaron a formarse comités nacionales que, con el apoyo de los aliados victoriosos, dieron paso a la formación de pequeñas repúblicas independientes sobre las ruinas del imperio.

¿Cómo Austria-Hungría, que desde el Congreso de Viena había basado su carácter de gran potencia en el papel que desempeñaba como garante del equilibrio de poder en el continente, rompió con su política de paz y decidió declarar la guerra a Serbia en aquel verano de 1914? ¿Supieron calcular los dirigentes de la monarquía los riesgos de una guerra que indudablemente se extendería más allá de los Balcanes por el juego de alianzas europeas?

Las tensiones con Serbia se remontaban al comienzo de siglo, cuando las relaciones con la dinastía Obrenović, que tradicionalmente había sido un aliado fiel de los intereses de la monarquía en los Balcanes, comenzaron a deteriorarse. El asesinato del rey Alexander y la reina Draga el 11 de junio de 1903 a manos de un complot militar ultranacionalista y la instauración en el trono de una nueva dinastía, los Karadjordjević, dejó pronto paso a la constatación de que los nuevos dirigentes en Belgrado no estaban dispuestos a seguir siendo satélites de Viena. La nueva y nacionalista Serbia tenía sus propios intereses, que colisionaban directamente con los de Austria-Hungría en los Balcanes. A esto se sumaba que pronto se establecieron buenas relaciones entre Belgrado y San Petersburgo, que abrieron la puerta a una constante influencia rusa en la región y a una alianza basada en el hermanamiento de los pueblos eslavos. El reclamo del paneslavismo se dirigía contra la misma naturaleza plurinacional de Austria-Hungría, que compartía fronteras con Serbia y Rusia y albergaba un importante porcentaje de población eslava en ambas mitades de la monarquía.

A pesar de la antipatía y la preocupación con que se miraban estas manifestaciones en Viena, no parecían una auténtica amenaza a la integridad de Austria-Hungría. La anexión de Bosnia-Herzegovina por parte de la monarquía en 1908 dio lugar a una crisis internacional que se saldó, por intermediación de la poderosa Alemania, con la aceptación forzosa de los hechos consumados por parte de Serbia y Rusia. La ola de indignación desatada entre la opinión pública de ambos países y, especialmente entre los grupos nacionalistas eslavos, clamaba contra la anexión de unos territorios que se consideraban por derecho asunto de Serbia. El

deterioro de las relaciones entre ambos países se hizo definitivo tras las guerras balcánicas de 1912-1913, de las que Serbia emergió enormemente reforzada y con el doble de territorio del que tenía en el momento en que comenzaron las movilizaciones. Mientras, Austria-Hungría se mantuvo al margen de intervenir y sus líderes asistieron preocupados al despliegue de la influencia rusa en un Belgrado robustecido y cada vez más imbuido en el discurso nacionalista eslavo. Serbia se proclamaba a sí misma el Piamonte de los Balcanes, aludiendo al papel que había tenido la región del norte de Italia como motor de la unificación italiana en torno a una nación, que en el caso de Serbia la constituían los eslavos del sur.

En estos años, grupos nacionalistas como la Mano Negra protagonizaron diferentes ataques a objetivos estratégicos de Austria-Hungría en el territorio irredento por excelencia: Bosnia-Herzegovina. En los meses previos al estallido de la Primera Guerra Mundial hubo varios atentados contra representantes de la monarquía en la provincia, y el ambiente estaba cada vez más enrarecido cuando el archiduque Francisco Fernando decidió hacer una visita para inspeccionar las tropas y, con este gesto, reforzar la presencia de la monarquía en Bosnia. El 28 de junio de 1914, siete jóvenes serbobosnios pertenecientes a la organización terrorista Mano Negra esperaban entre la multitud el paso del convoy en el que recorrían las calles de Sarajevo el archiduque y su esposa. Después de varios intentos, uno de ellos, Gavrilo Princip, consiguió vaciar su revólver sobre la pareja imperial, que moriría inmediatamente después a consecuencia de los disparos.

Un mes después de los atentados de Sarajevo, el 28 de julio de 1914, Austria declaraba la guerra a Serbia dando comienzo a la Primera Guerra Mundial. Las cuatro semanas que mediaron entre el asesinato del archiduque y su esposa y el estallido de esa tercera guerra balcánica que, en palabras de Clark, iba a convertirse en una guerra europea han pasado a la historia con el nombre de la crisis de julio; ese mes estuvo marcado desde el principio por la decisión de emprender una acción armada contra el desafío que planteaba Serbia para la integridad territorial de Austria-Hungría. En los días inmediatamente posteriores a los atentados del 28 de junio, los altos mandos de la monarquía, a excepción del primer ministro húngaro István Tisza, coincidieron en que en esa ocasión se hacía imposible permanecer al margen (como había ocurrido durante las crisis balcánicas). Aunque no existían pruebas condenatorias de la responsabilidad serbia en los atentados, habían llegado informaciones desde Bosnia y Serbia acerca de las conexiones de la organización ultranacionalista Mano Negra con los círculos dirigentes de Belgrado. Así pues, la gravedad de la afrenta exigía, a los ojos de los ministros, mandos militares y del propio emperador, una respuesta contundente en términos militares. ¿Por qué, a pesar de este consenso casi unánime, se postergó un mes la declaración de guerra a Belgrado?

En primer lugar, en Viena, al igual que en el resto de capitales de Europa, se sopesaba el riesgo de contagio que un conflicto entre dos países europeos podía desencadenar. En los años previos se había conformado una red de alianzas que se

tejía en torno a los intereses irreconciliables de diferentes países. El enfrentamiento entre Alemania y Francia, que se arrastraba desde la guerra franco-prusiana de 1871, había desembocado en la formación de dos bloques de países aliados, en los que entraba además en juego la maraña de intereses contrapuestos del resto de las potencias, como los que enfrentaban a Austria-Hungría y Rusia en los Balcanes. En este contexto Serbia había adoptado una postura clave favorable a los intereses de su hermana mayor en San Petersburgo y desafiante por sus pretensiones paneslavistas para la preservación de la monarquía dual. Conscientes del riesgo de que una acción militar contra Serbia podría hacer a Rusia correr en auxilio de Belgrado, así como de su propia debilidad económica y financiera, los dirigentes austrohúngaros, encabezados por Francisco José, decidieron asegurarse en primer lugar el apoyo de Alemania, que ya en la crisis de Bosnia había garantizado la protección de los intereses de Austria-Hungría. El enviado de la monarquía a Berlín, el conde Alexander von Hoyos, volvió el 6 de julio a Viena con una respuesta clara: Alemania respaldaba la acción de castigo contra Serbia, pero urgía a Austria-Hungría a actuar con la mayor rapidez posible para no perder lo que el historiador Alan Sked ha llamado la «ventaja moral» de los recientes atentados contra el heredero al trono y su esposa. Con este cheque en blanco, Alemania iba más allá de un simple respaldo a su aliada en una acción militar en la que Austria-Hungría no contaba con más aspiraciones que las de humillar a Serbia y restaurar su honor y su prestigio como gran potencia en la región. En realidad, con su apoyo a Viena, Alemania estaba persiguiendo sus propios intereses territoriales, que no podían asegurarse sin entrar en conflicto con otras potencias, para lo que Berlín estaba desprovisto de justificación. Así, con la posible confrontación con Rusia se abrían para Alemania las puertas de las codiciadas regiones de Oriente Medio y del Báltico.



Mapa de las alianzas entre las potencias europeas en 1914 antes del estallido de la Gran Guerra. En esa fecha las potencias europeas se habían situado en torno a dos bloques enemigos: la llamada Triple Entente, compuesta por Francia, Gran Bretaña y Rusia, y las potencias centrales, integradas por Alemania, Austria-Hungría y una indecisa

Pero el apoyo alemán no bastaba para legitimar una acción contra una potencia cuya culpabilidad en los atentados aún no se había podido comprobar. Los juicios a los implicados en la conspiración del 28 de junio se prorrogaban y además era necesario conseguir el apoyo del primer ministro húngaro, que temía que una victoria contra Serbia pudiera, una vez más, desequilibrar el balance étnico de la monarquía y aumentar, en caso de una partición del territorio, el preocupante porcentaje de eslavos. Asimismo, Tisza temía que, de desencadenarse un conflicto con Rusia, Rumanía pudiese entrar a combatir del lado de San Petersburgo con los ojos puestos en el territorio húngaro de Transilvania, habitado por una mayoría nacional rumana. Las garantías de Berchtold, ministro de Asuntos Exteriores de la monarquía, de que no se incorporarían más territorios eslavos, unidas a los argumentos acerca de que una demostración de fuerza en Serbia aseguraría la posición de la monarquía en Transilvania y Bosnia, son las razones que ha atribuido Christopher Clark para explicar el cambio de opinión de Tisza, que a mediados del mes de julio se sumó al consenso general a favor de la guerra. Aun así, la movilización militar todavía no era posible, pues a principios de mes se habían concedido los permisos a los soldados para volver a casa a realizar los trabajos de la cosecha, y la puesta en marcha de las tropas sólo parecía posible a partir del 25 de julio. Mientras la puesta en acción de Austria-Hungría se demoraba, tanto Serbia como Rusia habían hecho lo posible, en el ámbito diplomático de cara a la opinión pública, para desvincular los atentados de Sarajevo de los círculos gubernamentales de Belgrado. Austria, exponía la prensa rusa, estaba privada de justificación para atacar a un país que nada había tenido que ver con la acción independiente de unos terroristas bosnios.

Sin embargo, a esas alturas el conflicto era prácticamente ineludible. Con la garantía del apoyo alemán, Viena se decidió por una guerra que debía reparar un valor muypreciado en los tradicionales círculos dirigentes austriacos: el honor y el prestigio como gran potencia. El castigo a Serbia pondría además fin a la amenaza de sublevar a los eslavos del sur y aseguraría la estabilidad externa e interna de la monarquía. Una vez más, en el Imperio de los Habsburgo la política exterior aparecía indisolublemente ligada a la política interior. Viena abandonaba una política de paz de larga tradición, que había acompañado gran parte del gobierno del emperador Francisco José sobre la base de que la monarquía era la piedra angular del mantenimiento del *statu quo* europeo. Esa estabilidad, y con ella el papel de Austria-Hungría en la escena internacional, estaba a punto de desaparecer en el verano de 1914.

Los largos años de prácticas diplomáticas quedaron reflejados en la forma en que Viena decidió llegar a la guerra. En lugar de una declaración de guerra o un ataque sorpresa, los dirigentes austrohúngaros acordaron enviar, el 23 de julio, un ultimátum con condiciones humillantes, que Serbia se vería forzada a rechazar, lo que daría pie a la intervención de los ejércitos de la monarquía. Pero para sorpresa de muchos,

Belgrado aceptó las exigencias de Viena salvo en un punto: el que concernía a la participación de Austria-Hungría en las investigaciones que debían esclarecer en Serbia las posibles conexiones con los terroristas de Sarajevo. El resto de las concesiones que el primer ministro Nikola Pašić hizo sobre los términos del ultimátum no fue suficiente: el 28 de julio de 1914, Austria-Hungría declaraba la guerra a Serbia, y la rueda de las alianzas se movía para dar comienzo al «mayor crimen de la época», en palabras de Stefan Zweig.

LA GUERRA EN EL EXTERIOR

Desde el punto de vista militar, la actuación de Austria-Hungría en la Primera Guerra Mundial fue poco más que desastrosa. Las campañas planeadas y llevadas a cabo por cuenta propia fracasaron por regla general, y el primer año de guerra arrojó un balance desolador en número de bajas humanas y de pérdidas territoriales: el ejército profesional estaba prácticamente destruido, por lo que en adelante hubo de recurrir al reclutamiento de ciudadanos que no eran militares profesionales, mientras que los territorios de Galitzia y Bucovina habían quedado en manos de los rusos en su práctica totalidad. La magnitud de estos fracasos iniciales dejó una impronta en el ejército imperial y real que arrastró durante toda la contienda. Enormemente debilitada, y más necesitada que nunca del apoyo militar del hermano mayor alemán, Austria-Hungría cayó en una dependencia cada vez más acentuada respecto de Berlín. Pero ¿qué motivó la catástrofe militar de Austria-Hungría?

En primer lugar, las precipitadas decisiones iniciales por parte del Estado Mayor dieron lugar a una torpe movilización de las tropas que inició el contador de las pérdidas humanas y territoriales para la monarquía. Cuando se decretó la guerra contra Serbia, tres divisiones de las seis con que contaba el ejército se destinaron a la frontera con el país balcánico. La rápida movilización de tropas rusas, que acudió en ayuda de su aliada, provocó la retirada de una de estas tres divisiones, que se envió a reforzar la frontera con Rusia. La descoordinación, la falta de previsión de los movimientos rusos y los retrasos en los traslados de las dotaciones de un frente al otro dieron lugar a los primeros éxitos rusos en la frontera común, insuficientemente reforzada. Además, la superioridad numérica y material rusa se hizo inasequible para una Austria-Hungría que luchaba sola, pues Alemania había centrado sus esfuerzos iniciales en el ataque a Francia a través de la invasión de la neutral Bélgica. Por otra parte, la retirada de una parte importante de las tropas destinadas a Serbia contribuyó asimismo al fracaso en el ataque sobre el país vecino.



Maniobras de las tropas austrohúngaras en la frontera con Serbia.

Además de los titubeos en la movilización de las tropas y la inferioridad

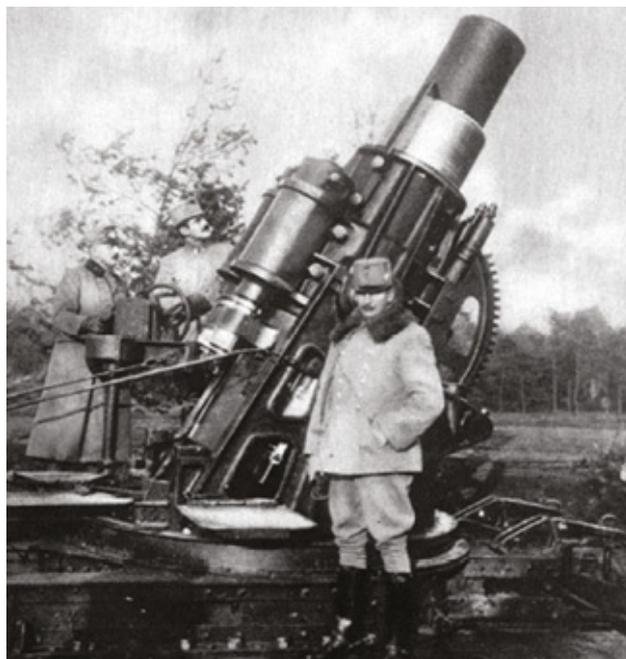
numérica, un factor importante que colaboró con la debilidad militar de Austria-Hungría fue el peor equipamiento armamentístico del ejército imperial y real. La Primera Guerra Mundial fue la guerra de las máquinas. La tecnología nunca había adoptado un potencial destructivo semejante al que se puso en escena en los frentes de la Gran Guerra. El vertiginoso progreso científico y técnico que experimentaron los países europeos a partir del siglo XIX (así como nuevos actores que se sumaban al juego de las potencias industrializadas, como Estados Unidos y Japón) se tradujo en la aplicación de las conquistas tecnológicas a la producción de un armamento que iba a revolucionar la experiencia de la guerra. En las décadas previas a la Primera Guerra Mundial, los Gobiernos europeos habían potenciado la expansión y perfeccionamiento de la industria armamentística. Con sus continuas demandas de armamento, proporcionaron a las empresas armamentísticas la financiación y el incentivo necesario para expandirse, y el mantenimiento del equilibrio de poder internacional parecía legitimar esa tendencia. La tensión latente en la política internacional de las grandes potencias se reflejaba así en sus presupuestos militares. El historiador David Stevenson señala que el gasto total en defensa de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Austria-Hungría, Rusia e Italia se elevó entre 1908 y 1913 en torno al cincuenta por ciento. Esta carrera armamentística derivó en el hecho de que en los albores de 1914 las potencias europeas se encontraban mejor preparadas que nunca para ir a la guerra.

Con el estallido del conflicto, el potencial destructivo y defensivo adquirido en los años precedentes se rebeló en toda su magnitud. En todos los escenarios de la Gran Guerra, pero especialmente en el frente occidental (donde embistieron las potencias más desarrolladas industrialmente), se pusieron sobre el tablero nuevas armas que aterrorizaban y excitaban a los contendientes casi a partes iguales. Las ametralladoras, los lanzallamas, las granadas y los morteros modernos dieron una potencia de dimensiones desconocidas a la artillería tradicional. Por su parte, el submarino y el aeroplano crearon nuevos campos de batalla para el ataque, y el tanque, utilizado por primera vez por los británicos en la batalla del Somme en 1916, revolucionó las campañas por tierra. Los nuevos explosivos, como el TNT, hacían estragos entre las tropas, de las que existen numerosos testimonios del terror que les producían los ruidos ensordecedores de las explosiones. También fueron estos los años de la puesta en escena de armamento químico, que en forma de gases introdujo un atacante inesperado entre las líneas de combatientes.

Las dimensiones de esta nueva forma de guerra industrializada se vieron pronto en el arrinconamiento de Austria-Hungría, que había entrado en la guerra a la zaga en innovación y desarrollo tecnológico respecto a los otros países contendientes. A diferencia de otras grandes potencias, la inversión en defensa en los años previos a la guerra no había sido especialmente alta. A pesar de que el gasto militar había ido en aumento progresivamente entre 1900 y 1914, la monarquía estaba, junto con Italia, a la cola de la batalla por la superioridad militar tanto en efectivos humanos como en

armamento. Mientras Alemania gastó 2406,4 millones de marcos en el presupuesto de defensa de 1913, Austria-Hungría invirtió 1030,9 millones de coronas, lo que la situaba sólo por encima (y a escasa distancia) de Italia. La razón de esta inversión desigual radicaba en gran parte en los conflictos que dominaban los Parlamentos austriaco y húngaro. Las luchas entre los diferentes partidos, especialmente en torno a cuestiones sobre los derechos de las minorías nacionales, llegaron a paralizar el funcionamiento del Parlamento y a protagonizar serias crisis de Gobierno, que en muchas ocasiones terminaron con el gobierno por decreto del emperador y sus ministros. La lengua de mando y la cuota de hombres con que cada Estado de la doble monarquía contribuía a las filas del ejército imperial y real (*kaiserlich und königlich*) habían sido el centro de agrias sesiones en ambos Parlamentos y, en 1905-1906, en respuesta a las demandas magiars para lograr una mayor preponderancia de su lengua y sus derechos nacionales en el ejército, el propio Francisco José disolvió el Parlamento húngaro y amenazó con instaurar un sufragio universal que habría amenazado el predominio político de las élites magiars en Hungría. El ejército se convirtió, pues, en uno de los principales caballos de batalla en las relaciones entre Viena y Budapest, y el resultado de las continuas disputas y de los bloqueos parlamentarios se tradujo en una menor inversión en los presupuestos de defensa.

En el contexto de la carrera armamentística que las grandes potencias occidentales protagonizaron en estos años, apoyada y financiada por los propios Gobiernos, Austria-Hungría se vio pronto fuera de juego y más dependiente de la ayuda de Alemania para encarar un posible conflicto internacional. Así, cuando los primeros días de agosto de 1914 las tropas del Ejército Imperial y Real avanzaron sobre Serbia, iban mejor vestidas que armadas. Esta situación inicial se compensó relativamente con un aumento ininterrumpido del presupuesto militar durante la guerra, o más bien, como señala István Deak, hasta avanzado 1917. Las fábricas de la monarquía se volcaron en la producción de armamento, y empresas como Škoda o Wittkowitz dieron a luz armas que ganaron pronto una importante presencia en la contienda.



El mortero de 30,5 cm, producido en las fábricas de la empresa bohemia Škoda, tuvo una gran popularidad entre las divisiones austrohúngaras y vino a compensar en cierto grado el retraso en materia de armamento de la monarquía.

Otro aspecto que entorpeció la actuación militar de Austria-Hungría fue la compleja estructura de sus tropas, que se dividían en tres ejércitos: el ejército común, imperial y real, las fuerzas armadas austriacas (*Landwehr*) y el ejército húngaro (*Honvéd*), todos ellos integrados por batallones en los que se hablaban varias lenguas y en los que, a pesar de los esfuerzos de los oficiales y de su conocimiento (por regla general) de las lenguas habladas por su tropa, la comunicación podía verse fácilmente entorpecida, especialmente en maniobras conjuntas. Estas desventajas iniciales del ejército austrohúngaro se manifestaron pronto en el campo de batalla. El grueso de las tropas de la monarquía se concentró en el frente oriental, en la frontera con Rusia. A lo largo de la contienda, y hasta la firma del armisticio que en marzo de 1918 firmó el Gobierno revolucionario ruso para salir de la guerra, esta franja de combate agotó los esfuerzos económicos, militares y humanos de Austria-Hungría. A pesar de la debilidad inicial, en agosto de 1914 se puso en marcha la primera ofensiva sobre territorios polacos, que en prácticamente un mes se saldó con una estrepitosa derrota de las tropas de la monarquía, que incluía cien mil bajas e importantes pérdidas territoriales en Galitzia y Bucovina, de acuerdo a las estimaciones del historiador Rudolf Jeřabek. Hasta diciembre, y sólo con el apoyo alemán, no logró el ejército austrohúngaro estabilizar el frente. La batalla de Limonawa-Lapanów detuvo la amenaza rusa que, con los avances de las semanas anteriores, se cernía sobre Cracovia.

Pero a este pequeño respiro iba a seguir la carnicería de la campaña de los Cárpatos, que durante los tres primeros meses de 1915, entre tormentas de nieve y llevada a cabo con tropas exhaustas, concluyó con la pérdida de la fortaleza de Przemyśl. El fracaso tuvo una enorme repercusión en la moral de las tropas, que

veían hundirse, derrota tras derrota, las posiciones de la monarquía, liderada por un Alto Mando temerario. La derrota en los Cárpatos no fue sólo moral. La campaña dejó tras de sí cientos de miles de bajas, entre los soldados caídos y los capturados. El ejército profesional de la monarquía, que para el fin de año de 1914 estaba prácticamente arrasado y había tenido que recurrir a la movilización de reservistas y de la población civil masculina, vio amenazar de nuevo sus filas con esta nueva y más desconsoladora derrota. Historiadores como Rudolf Jeřabek han analizado la técnica de la ofensiva constante puesta en marcha por los ejércitos austrohúngaros y han señalado la frecuente descoordinación entre una infantería que atacaba dejando sin cubrir el avance de la artillería, que quedaba así a merced del fuego enemigo.

Mientras, los alemanes tuvieron que acudir a socorrer al extenuado aliado, lo que dio lugar a una creciente subordinación del alto mando austriaco al alemán, que no causaba simpatía en el primero, especialmente porque desde Berlín no se disimulaba la displicencia con que se veían las iniciativas austriacas. El frente oriental, con sus vastas extensiones de territorio, se convirtió en un matadero para las tropas austrohúngaras. Como ha señalado el historiador J. R. Fuller, la inmensa extensión de territorio suponía un contraste con el frente occidental, pero exigía un esfuerzo ímprobo en hombres y recursos materiales para mantener las posiciones alcanzadas en batalla, por lo que la mayoría de las ofensivas, incluso las exitosas, acabaron fracasando por la extenuación de los soldados. Además, el desafío humano y geográfico que constituía se reveló finalmente como inconcluyente para la resolución de la guerra. La retirada de Rusia del conflicto tras las revoluciones de febrero y octubre de 1917, y la firma del armisticio de Brest-Litovsk con las potencias centrales en marzo de 1918 mostró que el resultado de la contienda se dirimía en el oeste, en el enfrentamiento entre los aliados, a los que en enero de 1918 se había añadido Estados Unidos, y una cada vez más exhausta Alemania, para la que Austria-Hungría era más una preocupación que un apoyo efectivo.

En 1915 la suerte cambió para las potencias centrales, y una ofensiva coordinada de ambos aliados consiguió recuperar los territorios arrebatados por los rusos en Galitzia a la altura de agosto. Pero la superioridad que este éxito confirió a los alemanes se hizo insoportable para muchos mandos militares austriacos, que decidieron culminar por su cuenta la campaña de recuperación de Galitzia e iniciaron una nueva ofensiva que acabó en desastre, con un número de bajas entre las filas austrohúngaras de casi un millón de hombres. Esta concatenación de fracasos no sólo exasperaba a los alemanes y hundía la moral entre las propias filas, sino que influyó decisivamente en la actitud de los países que hasta entonces habían permanecido indecisos. A pesar de ser miembro de la Triple Alianza junto con Alemania y Austria-Hungría, Italia se había mantenido neutral en el conflicto hasta la fecha, alegando que el compromiso adquirido con las potencias centrales tenía un carácter fundamentalmente defensivo y no la obligaba a entrar en guerra en el caso de que, como en julio de 1914, fuera uno de los aliados el que atacase a otra potencia. Con

Austria-Hungría tambaleándose tras la concatenación de derrotas y su ejército diezmado, Italia vio la oportunidad para unirse al bando de los aliados y hacer valer sus aspiraciones sobre los territorios austriacos en el sur del Tirol y la costa del Adriático. La entrada de Italia en guerra en abril de 1915 suscitó una ola de ira e indignación entre la opinión pública austrohúngara hacia su antiguo aliado.

Un nuevo frente se abría en Italia, y las mermadas fuerzas del imperio tuvieron que repartirse, con lo que el frente oriental quedó en una situación de redoblada inseguridad. Tras la decepción de una ofensiva fallida sobre el frente italiano, que parecía más asequible que las llanuras polacas, y una derrota contra los rusos en junio de 1916, Conrad von Hötzendorf y el resto de la cúpula militar tuvieron que ceder y someterse a las directrices fijadas por Berlín. Austria pasaba a estar prácticamente bajo las órdenes del Alto Mando alemán, lo que, especialmente para las nacionalidades no alemanas, se convertía en una posición intolerable, ya que si Alemania ganaba la guerra, ¿qué situación les aguardaría en un Estado satélite de Berlín?

A finales de 1916, la situación comenzaba a ser desesperada. A la carnicería del frente se unía la acuciante necesidad que empezaba a hacerse endémica en el interior. El desabastecimiento se generalizaba en la parte austriaca de la monarquía, pues Hungría había decidido preservar la mayoría de sus reservas de grano para su propia población. Al mismo tiempo, la conflictividad laboral y social aumentaba y muchos grupos nacionales se distanciaban de la monarquía, sintiéndose más próximos a los eslavos o los italianos que luchaban al otro lado de la frontera. Pero el agotamiento del zarismo se produjo antes que el del Imperio de los Habsburgo. Agitada por la revolución y en medio de una conmocionada situación interna, Rusia, comandada por un Vladímir Ilich Lenin que había llegado a través de la Europa en guerra en un tren sellado desde Suiza y financiado por Alemania, se apresuró a firmar la paz con las potencias centrales. Con ella se rendía también Rumanía, que había entrado en guerra del lado de la Entente a mitad del conflicto con los ojos puestos en la región húngara de Transilvania, y que aún habría de entrar una vez más en el conflicto en el momento antes de que todo acabase. La paz de Brest-Litovsk del 3 de marzo de 1918 supuso el cese de la sangría humana y material del frente oriental, y Austria-Hungría pudo concentrar sus esfuerzos en el sur, en Italia y los Balcanes, aunque las fuerzas estaban tan diezmadas y exhaustas que el fin de las hostilidades con Rusia no se tradujo en ninguna mejora decisiva en los otros frentes abiertos.

En 1918, el cansancio y la miseria de cuatro años de guerra pesaban demasiado. El emperador Carlos I, que había sucedido a Francisco José tras su muerte el 21 de noviembre de 1916, fue uno de los más interesados en alcanzar una paz pactada que permitiese la pervivencia del imperio. Utilizando la influencia de su esposa, que estaba emparentada con las casas reales de las potencias enemigas, Carlos esperaba poder alcanzar un acuerdo por separado para Austria, pues la derrota de las potencias centrales en los primeros meses de 1918 parecía más probable que nunca y con ella,

la redefinición de las fronteras y del mapa de Europa Central. Por desgracia para los intereses del emperador y sus partidarios, las gestiones diplomáticas secretas por la paz fueron descubiertas por Berlín, que exigió indignadas explicaciones y un posicionamiento público del emperador en Viena a favor de su alianza con Alemania. El joven Carlos I no supo reaccionar haciendo valer su intención de firmar la paz y, de acuerdo con las exigencias de Berlín, reiteró públicamente el compromiso entre ambos Estados, lo que puso fin a la que quizá hubiera sido la última oportunidad para salvar la monarquía obteniendo el respaldo de los aliados.

Mientras, la situación en los Balcanes se desmoronaba. A mediados de septiembre de 1918 dio comienzo la ofensiva aliada que penetraría primero en Bulgaria, provocando su capitulación, y desde ahí avanzaría hacia Serbia. El ejército austrohúngaro se deshacía a marchas forzadas entre las unidades que se replegaban, las que seguían combatiendo disgregadas ante los avances de la Entente, y las que se negaban a seguir combatiendo por un Estado que no sentían suyo. Magiars o checos, que durante la contienda habían protagonizado episodios aislados de amotinamiento, volvían ahora en mareas a casa, donde la situación era también incierta y se dejaban oír ecos de revolución. El golpe final a la agonizante monarquía cayó sobre el norte de Italia, donde, en el espacio de una ofensiva que comenzó a finales de octubre y se prolongó aproximadamente dos semanas, los aliados lograron la victoria frente a unas tropas austrohúngaras atrapadas en el caos y la descoordinación. La guerra mundial tocaba a su fin y, con ella, la integridad de una monarquía sumida en el caos y el colapso.

LA GUERRA EN CASA

Fue la guerra, y no los años precedentes, lo que desencadenó la disolución de Austria-Hungría. Entre los fenómenos que han captado la atención de los historiadores y de los propios contemporáneos al volver la vista atrás a aquellos días de agosto en que el conflicto estalló en Europa, está el de las manifestaciones de entusiasmo entre la población de los países contendientes. También en Austria-Hungría, donde el concepto de patria era más complicado por la diversidad de nacionalidades que integraban el Estado, gran parte de la población se echó a las calles para manifestar su apoyo a la campaña que castigaría la agresividad de Serbia. Stefan Zweig recoge en sus memorias el recuerdo de esos primeros días de guerra en Viena, cuyas calles más bien parecían acoger una fiesta que el inicio de una movilización militar:

Los trenes se llenaban de reclutas recién alistados, ondeaban las banderas, retumbaba la música y en Viena encontré toda la ciudad inmersa en un delirio. [...] En honor a la verdad debo confesar que en aquella primera salida a la calle de las masas había algo grandioso, arrebatador, incluso cautivador, a lo que era difícil sustraerse. [...] Miles, cientos de miles de hombres sentían como nunca lo que más les hubiera valido sentir en tiempos de paz: que formaban un todo.

Aunque hubo también muchos que acogieron la noticia con pesadumbre y no se identificaron con la ola de patriotismo que inundó calles y plazas, el clamor popular que retrata Zweig fue mayoritario, y refuerza la idea de que con anterioridad a 1914, y a pesar de los conflictos nacionales que agitaban la vida política de la monarquía, Austria-Hungría no estaba al borde de la ruptura. Desde la Corte a las calles, muchos eran los que insistían en la necesidad de reformas y de dar mayor protagonismo a las nacionalidades eslavas, pero sus propuestas tomaban, por lo general, el camino de la reforma, y un alto porcentaje de la población guardaba lealtad y se sentía vinculada a la dinastía de los Habsburgo y, en especial, al anciano emperador Francisco José.

En los territorios del sur de la monarquía, próximos a los Balcanes, se habían formado con anterioridad al conflicto diversos partidos y agrupaciones políticas que denunciaban la represión de los derechos nacionales de los pueblos eslavos (especialmente bajo las políticas de los Gobiernos húngaros) y proponían la constitución de una tercera unidad administrativa que acogiera a los eslavos del sur (eslovenos, croatas y serbios). Las minorías eslavas estaban repartidas entre territorios austriacos y húngaros, y la constitución de un tercer Estado autónomo hubiera desestabilizado el equilibrio territorial y étnico en ambas mitades del imperio. Los húngaros en particular se opusieron a todo atisbo de reforma del dualismo adquirido en 1867, pues temían la conformación de un fuerte bloque eslavo contrario a sus intereses. Además, la definitiva anexión de Bosnia-Herzegovina en 1908 confirmó los temores de muchos líderes magiars, que veían aumentar significativamente el porcentaje de eslavos en la monarquía. A todo esto se unía la amenaza velada que representaban el nacionalismo paneslavo de Rusia y su aliada en

los Balcanes, Serbia. Ambas potencias, pero de forma más abierta esta última, se proclamaban defensoras de los intereses y derechos de las comunidades eslavas europeas y constituían un polo de atracción para el descontento de muchos sudeslavos de la monarquía.

A pesar de las tensiones, las denuncias y los conflictos entre los eslavos del sur y los Gobiernos de Viena y Budapest, la idea de la separación de los territorios eslavos de la monarquía y la constitución de un Estado independiente sólo se generalizó tras el estallido de la Gran Guerra. A la declaración de guerra a Serbia del 18 de julio de 1914 siguió una política fuertemente represora contra la minoría eslava, especialmente en Bosnia-Herzegovina, que se legitimó como medio de acabar con los simpatizantes de Serbia dentro de las fronteras de la monarquía. Las libertades quedaron severamente restringidas y la censura vigilaba con ojo implacable publicaciones y cafés, atenta a cualquier muestra de serbofilia. Asimismo, en muchas localidades se impusieron gobernadores militares que no dudaron en actuar sin miramientos hacia actitudes consideradas como poco patrióticas. Estas medidas crearon un fuerte malestar en las provincias de mayoría eslava. Muchos fueron los que denunciaron la desconfianza con la que el Gobierno miraba a sus ciudadanos croatas o serbobosnios, y un creciente desapego hacia las autoridades imperiales se iba haciendo palpable a medida que avanzaba el conflicto.

Este desapego se acentuó tras la muerte del viejo emperador en noviembre de 1916 y la subida al trono de Carlos I, que pronto se declaró como un férreo defensor del dualismo. Ante la manifiesta oposición del emperador y la mayoría de la élite gubernamental a la posibilidad de reformar la estructura interna de la monarquía, empezaron a escucharse más altas las voces que desde el interior y el exterior de Austria-Hungría pedían la configuración de un Estado yugoslavo, integrado por los pueblos eslavos de la monarquía, que se unirían a Serbia y Montenegro. Así, el Comité Yugoslavo, formado por emigrantes eslavos durante la guerra en el exterior de Austria-Hungría, comenzó a pactar con el Gobierno serbio en el exilio para sentar las bases de un nuevo Estado independiente. Por su parte, el club parlamentario esloveno-croata, que integraba a diputados eslovenos, croatas y serbios, presentó en mayo de 1917 una declaración ante el Parlamento austriaco en la que se proponía la unificación de los territorios eslavos de la monarquía en una sola entidad, que permanecería dentro del Estado de los Habsburgo. La declaración tuvo un enorme eco en la mayoría de los partidos sudeslavos y pronto se dejó sentir también en las ciudades eslovenas, croatas y bosnias, en las que se puso en marcha un despliegue de la sociedad civil, que, por medio de peticiones, conferencias y un largo etcétera de movilizaciones, defendía el final de una guerra que le resultaba más ajena que nunca.

Estas diferentes iniciativas políticas tuvieron, por tanto, un apoyo y una caja de resonancia en la movilización de la propia población eslava. Aunque en mayo de 1917 aún se planteaba una solución en clave de reforma al problema eslavo, la cerrazón de las autoridades a romper con el dualismo y la desesperada situación en el

frente, así como el posicionamiento de la Entente a favor de la reestructuración del mapa de Europa Central a partir de la desmembración del Imperio de los Habsburgo, fueron factores claves en la ruptura de los eslavos del sur con los Habsburgo, que se materializó en la creación del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos el 1 de diciembre de 1918.

En el resto del territorio se dieron procesos similares. Los nacionalistas checos, que llevaban décadas de graves enfrentamientos parlamentarios con los alemanes por el control de Bohemia y Moravia, se habían distanciado tanto de estos como de los húngaros, que habían impedido sistemáticamente la posibilidad de una reforma que concediera más autonomía a las provincias checas. La supresión del Parlamento austriaco desde la primavera de 1914 hasta la de 1917 sólo intensificó la crispación política en esa mitad de la monarquía y terminó con la esperanza de muchos de conseguir avances para los derechos nacionales de los checos en Bohemia y Moravia a través de la política parlamentaria. En los primeros meses de la guerra se organizó en Bohemia una plataforma política nacionalista, *Mafie*, que trabajaba para boicotear una guerra que veía ajena e incluso llegó a organizar las deserciones de soldados checos en el frente oriental.

Mientras el nacionalismo checo ampliaba sus filas en casa en el marco de una guerra que para muchos eslavos estaba deslegitimada, un grupo de exiliados liderados por Tomáš Masaryk (1850-1937), que más tarde se convertiría en el primer presidente de Checoslovaquia, organizaron un movimiento a favor de un Estado independiente. Para apoyar la realización de su proyecto, que sólo sería posible con la derrota de las potencias centrales en la guerra y la reorganización del mapa centroeuropeo, Masaryk y los suyos se movilizaron con el fin de conseguir el apoyo de los aliados, lo que al final de la guerra resultó un apoyo fundamental. El futuro Estado incorporaría los territorios históricos checos, pero también la región eslovaca y Rutenia, que formaban parte de Hungría. La base social que respaldaría las pretensiones separatistas se fue ampliando, como en el resto de los territorios de la monarquía, en el marco de privaciones, desabastecimiento y desesperación que la guerra, con su insospechado coste en vidas humanas y en recursos, sembró consigo en sus cuatro largos años. El nacionalismo checo, que ya tenía importantes apoyos antes de la guerra debido a la problemática relación entre checos y alemanes durante el dualismo, fermentó en estos años: las exigencias de la guerra dejaron a la población en una miseria generalizada que además se vio acompañada por una grave restricción de libertades y derechos políticos. Estos factores dieron lugar a una desconfianza generalizada en las instituciones y el Parlamento austriaco. El 28 de octubre de 1918, en plena descomposición de la monarquía y con las tropas aún repartidas por los frentes de la guerra, algunas en combate, otras negándose a luchar por un Estado que ya no querían como suyo, se proclamaba la independencia de Checoslovaquia.

En la mitad húngara de la monarquía, el entusiasmo inicial por la guerra y el castigo a Serbia dejó paso pronto al cansancio y la decepción. Hungría, al igual que

Austria, tenía poco o nada que ganar en aquel conflicto y, por el contrario, mucho que perder. Las nacionalidades húngaras, que habían visto menoscabados sus derechos de forma sistemática durante las décadas anteriores, necesitaron pocas razones para engrosar las filas de los movimientos que, para el final de la guerra, pedían la independencia o la anexión a otros Estados en los que formarían parte de la mayoría nacional. Además, con el estallido de la guerra dio comienzo una persecución, a veces abierta, como frente a los serbios húngaros, y en ocasiones más velada, contra las minorías susceptibles de ser captadas por Estados enemigos. Ese fue el caso de los rumanos de Transilvania, que con la entrada de Rumanía en la guerra del lado de la Entente estuvo bajo ocupación de las tropas de este país un mes y medio, durante el cual la población entró en contacto con autoridades que hablaban su lengua y profesaban su religión.

En la propia Hungría se produjo una creciente desafección (que muchos sentían antes de la guerra) hacia el Compromiso y la unión con Austria. A pesar de que los partidos magiars en el Parlamento pactaron enterrar sus diferencias para hacer frente común durante la guerra, el Gobierno de Tisza y su política proclive al mantenimiento del dualismo encontraba cada vez actitudes más contestatarias. A esto se sumaba que desde la propia población, acuciada por la necesidad y por la conflictividad social, se había puesto en marcha una movilización por la reforma política y la implantación del sufragio universal. En el verano de 1917 apareció la Liga Electoral, formada por grupos de oposición magiars, que reclamaba la extensión del derecho al voto y la renovación política. Mientras, las minorías nacionales húngaras se mantenían al margen de estos procesos y participaban en sus propios movimientos: la guerra y las situaciones, desconfianzas y temores desencadenados (o acentuados) por ella estaban resquebrajando la sociedad austrohúngara. En junio de 1917, Tisza, el gran defensor de la continuidad del Compromiso, fue apartado del cargo de primer ministro por el emperador Carlos. En adelante, el partido formado por el conde Mihály Károlyi el año anterior, que apostaba por el mantenimiento de una unión exclusivamente personal (a través de la figura del soberano) con Austria, fue adquiriendo mayor presencia en la vida política húngara. En paralelo, las ideas bolcheviques, que los soldados que volvían como prisioneros liberados de Rusia habían traído consigo, encontraron un caldo de cultivo inmejorable en una población acuciada por la inflación, las carencias y la desesperación de la guerra. Las semanas finales de 1918, con la derrota inminente, y con ella la formación de nuevos Estados sobre la arrasada monarquía, asistieron a la caída del Gobierno y a la formación de un Comité Nacional, al tiempo que la marea social clamaba por una revolución y las minorías nacionales, por la separación de Hungría. Mientras, los soldados que se habían negado a combatir en el frente regresaban a casa para enfrentar una posible continuación de los combates por las fronteras de Hungría.

El 16 de octubre, el emperador hacía público un manifiesto en el que pretendía

hacer concesiones a los diferentes grupos nacionales para de esta manera salvar la unidad de la monarquía. Pero a esas alturas no había marcha atrás; el programa del presidente estadounidense, Woodrow Wilson, a favor de la formación de pequeños Estados en la poliédrica Europa Central estaba en marcha y contaba con el apoyo de los aliados victoriosos. El 26 de octubre, el recién formado Consejo Nacional de Hungría (integrado por principales líderes de los partidos magiars en el Parlamento) anunciaba la independencia de Hungría y la inminencia de la paz con los aliados. El programa de reforma y democratización que parecía abrirse quedó eclipsado, sin embargo, por la revolución que llevaba meses madurando en las calles y que estaba a punto de estallar.

UNA BATALLA EXCEPCIONAL: EL COMBATE POR LAS MENTES

En la Primera Guerra Mundial se combatió no sólo con hombres y armas, sino también, y especialmente, con palabras. Una gran parte de los intelectuales de los países contendientes volcaron sus esfuerzos creativos en producir obras y artículos destinados a exaltar valores nacionalistas y patrióticos, en sintonía con las arengas promulgadas por la propaganda de los distintos Gobiernos. El involucramiento de los intelectuales fue un arma más con la que se libraron las batallas de la Gran Guerra, pues sus escritos se dirigían a la moral y los pensamientos de los contendientes, de los que se quedaban en casa y, en última instancia, del enemigo. Es difícil medir con exactitud la influencia que las palabras tienen en los hombres y, por tanto, precisar qué impacto tuvo la acción de los intelectuales europeos en el curso de la guerra. De los cuatro largos años que duró la contienda, nos ha quedado un gran número de testimonios que acreditan el valor que para los soldados tenía la convicción de estar luchando por una causa justa. Cartas, diarios y escritos de ambos bandos nos revelan, especialmente en los momentos iniciales y más entusiastas de la guerra, la creencia de muchos soldados de estar defendiendo valores de libertad y justicia frente a un enemigo que encarnaba la barbarie. Estas convicciones, esta imagen del enemigo, se forjaron en parte a través de una propaganda declarada, destinada a poner a la población a favor de la causa de la guerra. El combate de las palabras se desarrolló a instancias de los Gobiernos, pero también a través de la iniciativa privada de asociaciones y ciudadanos.

Las denuncias eran a menudo las mismas. Tanto los poetas y escritores de los poderes centrales como los de la Entente acusaban al bando contrario de representar un peligro para la civilización, de amenazar la libertad y la justicia internacionales, y de arrastrar consigo la barbarie. La obsesión por la decadencia de la civilización occidental, que había estado presente en el pensamiento europeo desde finales del siglo XIX, se reflejaba en las acusaciones que unos y otros intelectuales vertían contra el enemigo. Mientras que los franceses denunciaban el militarismo y el autoritarismo prusiano, los alemanes señalaban la amenaza oriental que constituía el zarismo, al tiempo que los rusos clamaban contra la opresión de los eslavos en Austria-Hungría. La cadena de reproches y denuncias era interminable, y tanto un bloque como el otro repetían los mismos insultos para legitimar la guerra contra el adversario. En Austria-Hungría fueron muchos los escritores que secundaron los primeros eslóganes patrióticos y clamaron por la guerra contra los enemigos de la monarquía. El propio Gobierno estableció, desde la primera semana de guerra, una Oficina de Prensa de Guerra (*Kriegspresssequartier*) en Viena con el objetivo de elaborar publicaciones destinadas a la población civil de la monarquía y, también, a la de los países enemigos. Asimismo, el Archivo de Guerra en Viena se transformó en un centro de elaboración y divulgación de escritos belicistas y patrióticos dirigidos a influir en la

opinión pública a favor de la contienda.

El Archivo de Guerra y la Oficina de Prensa se convirtieron, como el historiador Ernst Piper ha señalado, en el refugio de los escritores austriacos, que por medio del habitual sistema de influencias fueron exonerados de ir al frente a cambio de su trabajo en estas centrales de propaganda. Fueron muchos los que pudieron evitar así marchar al amenazante frente oriental, del que llegaban rumores catastróficos, que en la Oficina de Prensa se convertían en optimistas crónicas sobre los avances del ejército imperial y real. Piper relata como más de 200 escritores y periodistas, así como 350 pintores, estuvieron empleados en la Oficina de Prensa de Guerra. Entre los escritores que trabajaron en el llamado Grupo Literario del Archivo de Guerra se contaban nombres como Stefan Zweig, Rainer Maria Rilke, Egon Erwin Kisch, Robert Musil o Franz Theodor Csokor. Este último sí fue llamado a combatir al frente y sólo comenzó a trabajar en el archivo tras haber resultado herido en 1916.

A pesar de que aceptaron esta solución como una oportunidad para evitar ir al matadero del frente, no todos los escritores y periodistas que colaboraron en estas tareas aprobaban la guerra. Stefan Zweig fue uno de los pocos que, a lo largo de la contienda y a pesar de su trabajo dentro del Grupo Literario del Archivo de Guerra, se destacó poniendo su pluma a favor de un llamamiento a la paz, que se materializó en la publicación de su tragedia pacifista: *Jeremías* (1917). Otros, como Hugo von Hofmannsthal, colaboraron, por el contrario, entusiasmados con la causa austriaca. «Allí está un Hauptmann, ahí los señores Dehmel y Hofmannsthal, con derecho a medalla en la primera fila», escribía Karl Kraus sobre él y otros escritores alemanes que trabajaron activamente para enaltecer la guerra. Como Hofmannsthal, y también al margen de la propaganda organizada desde el Estado, hubo muchos que tomaron la palabra para defender la necesidad de la guerra. Entre los escritores de habla alemana, Ernst Lissauer (1882-1937) destacó pronto entre los adalides de la guerra y de la victoria alemana con su poema *Canto de odio a Inglaterra*, que se divulgó por todos los medios posibles en Austria y Alemania, causando auténtico furor en los primeros meses de la contienda.



Intelectuales en el frente. En la foto, Otto Pick y Franz Werfel con uniforme del ejército.

De forma paralela a los escritores y propagandistas, diferentes asociaciones (con o sin el apoyo financiero del Estado) se dedicaron a emitir publicaciones con las que recaudar fondos para las viudas y los huérfanos de los soldados en el frente. De esta forma, agrupaciones como las patrióticas Mujeres de Austria pusieron en marcha la edición de libros de poemas y canciones, catálogos y almanaques destinados al consumo popular y que, en la mayoría de los casos, recogían optimistas informes y alabanzas sobre los héroes que combatían en las trincheras por la victoria austriaca. El combate por la palabra luchó sus batallas en todos los ámbitos de la sociedad. En los restaurantes y cafés desaparecieron los nombres ingleses y franceses, y los platos y bebidas se rebautizaron de acuerdo con las patrióticas necesidades de la guerra. Muchos aristócratas se negaron a utilizar palabras francesas, que hasta entonces habían sido un signo de distinción social, y los teatros y las salas de concierto restringieron su repertorio eliminando las obras de autores enemigos.

La prensa, por su parte, fue uno de los principales caballos de batalla de esta guerra psicológica que se combatía a través de la palabra. En su obra *Los últimos días de la humanidad*, Karl Kraus atacaba con su implacable ironía el papel de los directores y editores de periódicos en la manipulación de la opinión pública a favor de la contienda. Moritz Benedikt, director de la *Neue Freie Presse* vienesa, se convirtió en el blanco de las críticas de Kraus, que lo retrató en la obra tras el personaje del Señor de las Hienas.

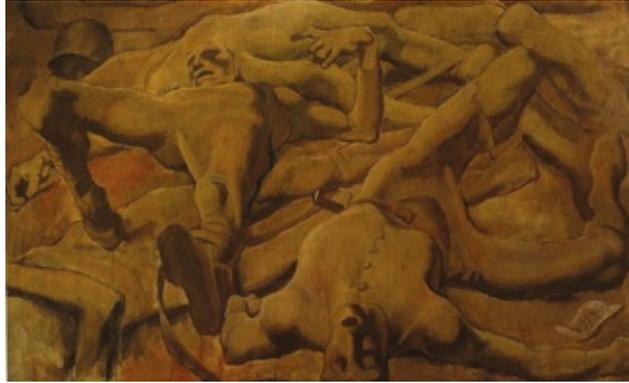
No sólo las letras quedaron a merced de los intereses de la guerra. Pintores, músicos, fotógrafos e incluso las jóvenes compañías cinematográficas que empezaban a cubrir el mapa europeo y estadounidense se entregaron con entusiasmo

a la tarea de defender a su nación tratando de conquistar las mentes para su causa. Las postales se convirtieron en uno de los soportes ideales para transmitir valores acordes al espíritu de la guerra al ser un documento gráfico de bajo coste y enorme difusión.

Esta guerra singular, que se llevó a cabo más allá de las trincheras y que estaba destinada a ganar las mentes y los apoyos de la población y los soldados, tuvo también sus oponentes. En octubre de 1914, en su correspondencia privada, Stefan Zweig y el gran pacifista francés Romain Rolland (1866-1944) hablaban de la urgente necesidad de convocar a los intelectuales de Europa a una suerte de «parlamento moral» en Ginebra para aunar esfuerzos y voces en la denuncia de la brutalidad de la guerra y en el llamamiento a la reconciliación de los pueblos europeos. Entre las tareas que se proponían estaban la elaboración de listas de los civiles que habían sido hechos prisioneros de guerra y cuyo paradero y situación se desconocía en sus países de origen, y la puesta en marcha de periódicos o revistas que sirvieran de tribuna a los alegatos por la paz y a la crítica a la propaganda belicista de la época.

[...] Hay otra tarea para nosotros, artistas y escritores, sacerdotes y pensadores de todas las patrias. Incluso cuando la guerra ya es un hecho, es un crimen que la élite comprometa en su nombre la integridad de su pensamiento. Resulta vergonzoso ver a esta élite ponerse al servicio de las pasiones de una pueril y monstruosa política de razas.

Así escribía Rolland desde su exilio suizo a su colega en el bando enemigo. A pesar de las esperanzas de Zweig y Rolland, la mayoría de los escritores e intelectuales a los que acudieron no quisieron inmiscuirse en esta empresa, que además se proponía en los primeros años de la guerra, cuando los fervores patrióticos de ambos bandos se mantenían optimistas en la creencia de la victoria. Hubo otros que, con la pluma, también criticaron la guerra y denunciaron el suicidio de Europa en las trincheras de la contienda. Karl Kraus escribió varios artículos en su revista *La Antorcha*, en los que no sólo denunciaba el sinsentido de la guerra, sino que además acusaba directamente a aquellos que, con las palabras, habían contribuido al estallido de esta y al clima de odio entre los pueblos europeos. Los diplomáticos y los periodistas eran responsables, a sus ojos, de haber creado un clima de opinión nacional e internacional exasperado, excitable, listo para entrar en guerra. Las palabras, como hacía tiempo que había advertido Kraus, se habían convertido en instrumentos al servicio de los intereses de la guerra, y en ocasiones demostraron ser tanto o más letales que las propias armas.



Finale, pintura de Albin Egger-Lienz, que retrató en sus cuadros el anonimato de la muerte y la dimensión de la matanza en la Primera Guerra Mundial.

9

Finis Austriae: últimos apuntes

Hoy todo el mundo sabe —y unos pocos lo sabíamos ya entonces— que aquella paz había sido una posibilidad moral, quizá la mayor de la historia. Wilson la había reconocido. [...] Pero los viejos generales, los viejos hombres de Estado y los viejos intereses destruyeron la gran idea, convirtiéndola en pedazos de papel sin valor.

Stefan Zweig

Cuatro años de guerra habían bastado para volar por los aires la monarquía de los Habsburgo. Con la firma del Compromiso de 1867, el antiguo imperio había tratado de afrontar el desafío del mundo moderno convirtiéndose en un Estado de Derecho en el que el baile de tradición y modernidad dio lugar a una asimétrica y original transformación de un Estado ya de por sí enormemente poliédrico. Al volver la vista atrás para observar el colapso de la monarquía austrohúngara y su partición a tenor de las demandas de los grupos nacionales, muchos han afirmado que su desaparición era irreversible y que formaba parte de un proceso de decadencia que se había iniciado mucho antes, con la pérdida de protagonismo de la monarquía en una escena internacional marcada por el ascenso de Estados-nación. Sin embargo, en vísperas de 1914, la monarquía estaba muy lejos de la quiebra que se precipitó cuatro años después. Aunque las tensiones nacionales habían marcado la vida parlamentaria en las últimas décadas, los diferentes grupos políticos que competían por una mayor influencia en los órganos administrativos y de poder de sus provincias lo hacían, en su mayoría, planteando reformas dentro de la monarquía, no en clave separatista. Además, los nacionalismos que se confrontaban en los Parlamentos no representaban al conjunto de la población austrohúngara, que en muchas regiones experimentaba una realidad cotidiana plurilingüe y no se identificaba con una identidad nacional determinada. Como interpretaciones recientes han sugerido, fue además en el marco de libertades y derechos políticos del dualismo donde se dio el escenario propicio para el desarrollo de movimientos civiles no sólo de corte nacionalista, sino también de carácter marcadamente social. Las fuerzas centrífugas nacionales, por tanto, no eran tales antes de 1914. La difícil (aunque no crítica) situación política se compensaba con una relativa prosperidad económica, que beneficiaba fundamentalmente a la mediana y alta burguesía repartida por todo el imperio, y que garantizaba apoyos sociales suficientes a una monarquía que ni siquiera el Partido Socialdemócrata ponía en cuestión. Es más, incluso los socialdemócratas austriacos mantuvieron hasta el final un compromiso público y firme con la dinastía de los Habsburgo. La estabilidad de la monarquía estaba, pese a los problemas internos y externos, fuera de duda en julio de 1914.

¿Qué ocurrió durante la guerra para llegar a un colapso completo de un imperio

que se había mantenido en pie ante revoluciones y guerras anteriormente?

En primer lugar, entre 1914 y 1918 se manifestó una vez más y de forma más extrema el delicado equilibrio que unía la política exterior con la interior para la monarquía de los Habsburgo. En la contienda, las diferentes nacionalidades se vieron envueltas en una lucha contra soldados enemigos de su misma nacionalidad, al tiempo que Estados como Rumanía o Italia propagaban sus consignas irredentistas, llamando a unirse a sus filas a los soldados rumanos o italianos austriacos. La parálisis política austriaca, unida a la creciente dependencia de Alemania, llevó a otros grupos nacionales, como los checos o los eslavos del sur, a tomar distancia y a formar comités en el exilio que, con vistas a la reconfiguración de las fronteras de Europa Central, planeaban la creación de nuevos Estados democráticos independientes.

Asimismo, con la declaración de guerra a Serbia, Austria-Hungría había perdido su papel de garante de la estabilidad y la paz en Europa. La tensa relación con Belgrado provenía igualmente de la amenaza que esta suponía para la integridad territorial de la monarquía. El nacionalismo serbio dirigía sus consignas paneslavistas a los eslavos del sur, gran parte de los cuales eran ciudadanos austriacos y húngaros. A esto se unía que para los aliados la monarquía se había convertido en un Estado que se perfilaba como plataforma de expansión del amenazante poder alemán y, aunque hasta el final del conflicto no se decidió su desmembración, las potencias de la Entente no iban a consentir la pervivencia de un satélite de Berlín en el cada vez más probable caso de ganar la contienda. La guerra desencadenó además una acuciante crisis interna, motivada por las carencias y el desplome económico, en el que día a día la conflictividad social aumentaba. De esta forma, las brasas de los conflictos y disputas cotidianas, que no habían amenazado la existencia del Estado en tiempos de paz, se avivaron de tal manera durante la guerra que pronto dieron comienzo a un incendio al que se uniría la penosa derrota militar y que habría de arrasarse al antiguo imperio.



Carlos I, el último emperador de Austria. Con el final de la Primera Guerra Mundial y el desgarramiento de los territorios de la monarquía, Carlos I tuvo que renunciar a sus derechos al trono de Austria y abandonar para siempre el país.

La Primera Guerra Mundial había hecho tambalearse los cimientos del mundo tal y como lo conocían los europeos antes del estallido del conflicto. De las ruinas de la preponderancia europea en el mundo emergió un nuevo sistema de relaciones internacionales que pretendía romper con los viejos usos diplomáticos que habían conducido a la guerra y establecer el gobierno de la ley a través de una asociación internacional de países. Esta plataforma estaba destinada a servir de tribuna para una nueva diplomacia abierta, que sirviese a la seguridad internacional y a la prevención de nuevos conflictos armados. La propuesta para la creación de una Sociedad de Naciones formaba parte de los Catorce Puntos que el presidente norteamericano, Woodrow Wilson, propuso a sus aliados de guerra con vistas a las conversaciones de paz que definirían el mundo de la posguerra mundial. Junto a la creación de la Sociedad de Naciones en aras de definir un nuevo orden mundial, los Catorce Puntos hacían especial hincapié en la defensa del derecho de autodeterminación de los pueblos, que otorgó el respaldo de las potencias victoriosas a la desmembración de Austria-Hungría y la formación, sobre sus antiguos territorios, de nuevos Estados que alterarían para siempre la geopolítica de Europa Central. Con la fragmentación del Imperio de los Habsburgo y el establecimiento en su lugar de pequeñas repúblicas y reinos independientes, los aliados vencedores perseguían una doble estrategia: por un lado, prevenir el renacimiento de una Alemania fuerte con un importante aliado en el centro de Europa (Austria-Hungría había demostrado durante la guerra una dependencia cada vez mayor respecto de Berlín que hacía temer su incorporación a

Alemania); y, por otra parte, aislar el aún indescifrable (pero a todas luces preocupante a los ojos de los líderes de la Europa occidental) experimento bolchevique en Rusia.

Los nuevos Estados que emergieron del colapso de la monarquía austrohúngara pretendían, asimismo, poner fin al conflicto de las nacionalidades que había marcado la vida política en el dualismo. El principio de las nacionalidades del presidente Wilson aspiraba a otorgar a los pueblos y minorías oprimidos por otros Estados la posibilidad de formar un Estado propio. Pronto, sin embargo, se revelaron los fallos de cálculo que habían marcado la creación de los Estados-nación centroeuropeos: a pesar del establecimiento de nuevas fronteras, el trasfondo social y étnico seguía siendo enormemente heterogéneo, y los nuevos países incluían sin excepción minorías nacionales, en muchos casos de alemanes, que con la desaparición de la Administración imperial habían quedado desplazados de las posiciones claves de la vida pública. Con estas minorías descontentas se arrojaba una sombra sobre el futuro de los nuevos Estados independientes. Veinte años más tarde, sería sobre esas minorías sobre las que Hitler justificaría la invasión y anexión de territorios en Centroeuropa al Tercer Reich.

Tras la derrota de Vittorio-Véneto contra las tropas de la Entente, la monarquía austrohúngara firmaba el armisticio de Villa-Giusti el 3 de noviembre de 1918. El 11 de noviembre, tras la huida del emperador alemán y la proclamación de la república en el país, Alemania firmaba su propio armisticio con los aliados poniendo fin a la que pasaría a la historia como la Gran Guerra. La autoproclamación de independencia de Hungría llegó el 16 de noviembre ante un Estado austriaco exhausto e incapaz de oponerse a los hechos consumados. Los tratados de paz se firmarían en los meses que siguieron al final de la guerra por separado.

La Conferencia de Paz abrió sus puertas en París el 18 de enero de 1919 con vistas a determinar no sólo los acuerdos con los que sellar la paz en Europa, sino también un nuevo orden internacional erigido sobre las premisas wilsonianas reflejadas en los Catorce Puntos.



Los nuevos Estados que sucedieron al Imperio de los Habsburgo tras la firma de los tratados de paz de París. Los territorios de la antigua monarquía austrohúngara quedaban repartidos entre siete Estados: la República de Austria Alemana, Hungría, Polonia, Checoslovaquia, Rumanía, el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos e Italia.

En realidad, los acuerdos de París que iban a definir el nuevo escenario centroeuropeo llegaban cuando el proceso de desvertebración del imperio ya había comenzado. El Tratado de Saint-Germain, que se firmó el 10 de septiembre de 1919, estableció las fronteras de la República de Austria Alemana. El nuevo Estado, con capital en Viena, quedaba reducido a una pequeña extensión entre los Alpes y la llanura del Danubio que circundaba la capital. De los cincuenta millones de habitantes que habían conformado la población de la monarquía austrohúngara, sólo seis millones y medio se convertirían en ciudadanos de la nueva república, que además queda integrada por una gran mayoría de alemanes (entre los que se contaba un importante contingente de población judía, si bien esta no estaba definida como grupo nacional). Gran parte de los grupos políticos de esta Austria mutilada (incluyendo los socialdemócratas) abogaron por la unión del nuevo Estado con la República Alemana, pero esta opción fue firmemente rechazada por las potencias victoriosas, que incluyeron una cláusula en el tratado de paz con Austria en la que prohibían expresamente la anexión de esta por la vecina Alemania. A ello se unía la limitación del ejército a un total de treinta mil hombres y la imposición de compensaciones económicas en tanto que responsables del conflicto. El tratado establecía, por último, la creación de los Estados de Checoslovaquia, Polonia y Yugoslavia (los dos últimos uniendo antiguas provincias del Imperio austrohúngaro con territorios que habían pertenecido a otros Estados). Asimismo, a Italia se le concedían los territorios austriacos del sur del Tirol, pero no las codiciadas posesiones del Adriático, lo que muchos nacionalistas italianos consideraron como una traición a las aspiraciones del país. Pocos años más tarde, con la llegada de Benito Mussolini al poder, la reivindicación de los territorios del Adriático tendría

una fuerte presencia en los discursos del nuevo régimen. Sobre aquellos primeros días en la nueva Austria Stefan Zweig escribió lo siguiente:

Según todas las previsiones humanas, aquel país creado artificialmente por los Estados vencedores no podía existir como país independiente ni (todos los partidos, el socialista, el clerical y el nacional, lo pregonaban a coro) tampoco quería serlo. Que yo sepa, por primera vez en la historia se dio el caso paradójico de que un país se viera obligado a aceptar una independencia que rechazaba con encono.

La vida no fue fácil en los primeros meses tras la derrota. El desabastecimiento era general, las instituciones estaban en quiebra, la crisis económica y social se dejaba sentir en las calles, y los soldados que volvían del frente no sólo no encontraban el esperado reconocimiento tras los duros meses en batalla, sino que, en medio del colapso general y limitados por las heridas recibidas en combate, muchas veces tuvieron que optar por la mendicidad para sobrevivir. Pronto se sumó al cuadro general una inflación que convirtió a la pequeña Austria en pasto de la especulación internacional y agravó el malestar social hasta las inmediaciones de la revolución. En esas horas oscuras, los grandes partidos austriacos, el socialcristiano y el socialdemócrata, reaccionaron aliándose en una coalición que resistió las amenazas de revolución y trató de imponer algo de normalidad a los dos primeros años de posguerra.

Aunque la carestía y la miseria imperaban, fue en Viena donde se sintió con mayor rigor el desabastecimiento de alimentos y combustible. «De pronto sucedió que, desde un rincón del repleto vagón del tranvía, una mujer lanzó el grito «¡la leche!»». Si hubiera gritado «¡fuego!», la agitación habría sido mucho menor». Esta era la crónica que Joseph Roth publicaba en el periódico de la nueva Austria Alemana *Der Neue Tag*, el 1 de junio de 1919. El relato sobre la leche derramada en el vagón vienés, ante cuyo reguero los famélicos pasajeros subían los pies a los asientos con reverencia para no mancharla, era todo un retrato de la vida en la Viena de posguerra. La capital del antiguo imperio se había convertido en una metrópoli asolada por el hambre y el frío, privada de las regiones que la proveían con carbón, trigo y otros productos básicos para la supervivencia. El propio país, la nueva República de Austria Alemana, había quedado desprovisto de sus fábricas, bosques, graneros y plantas industriales, que ahora pertenecían a los Estados vecinos de Checoslovaquia, Hungría o Rumanía.

A pesar de que se evitó la revolución que se desató en otros territorios derrotados, como la vecina Baviera o Hungría, en junio de 1920 los socialistas abandonaron la coalición de Gobierno contra los deseos del canciller (también socialista) Karl Renner, que confiaba en la conciliación y la unión de fuerzas como la única defensa posible de la joven república austriaca. El fin de la cooperación entre las principales fuerzas políticas del país se tradujo en una creciente polarización de la sociedad austriaca. Mientras que Viena mantuvo un Gobierno socialista que dio pábulo a la leyenda de la Viena roja, con sus huelgas y manifestaciones, el resto del país,

predominantemente rural, se parapetaba tras Gobiernos socialcristianos. El aumento de la conflictividad social en la capital culminó en el incendio del Palacio de Justicia en 1927 y los violentos enfrentamientos entre policía y manifestantes. Al igual que en Alemania, los años de crisis e inestabilidad asistieron al auge de la extrema derecha, que adquiría fuerza y apoyos sociales cada vez más amplios. En 1934, el canciller Engelbert Dollfuss impondría una dictadura de carácter fascista que desembocaría en la anexión, cuatro años más tarde, de Austria por la Alemania nazi.

En Hungría, las propuestas comunistas tuvieron una gran acogida entre las masas porque a la situación de crisis y colapso económico provocada por la guerra se unían las grandes desigualdades sociales que imperaban en el país mucho antes del estallido de la guerra. Hungría era un país de campesinos sin tierras, cuya propiedad estaba concentrada en un puñado de familias de la aristocracia terrateniente. Esta nobleza que ostentaba privilegios casi feudales (como el de no pagar impuestos) controlaba además los resortes del poder político, blindado a la gran mayoría de la población por la restrictiva ley del sufragio húngara. La revolución bolchevique había tenido un gran eco en la maltrecha Hungría, especialmente a través de los soldados que habían sido hechos prisioneros por las tropas rusas y que, tras el armisticio de Brest-Litovsk, regresaban a casa habiendo vivido en primera persona las primeras y esperanzadoras experiencias del nuevo régimen comunista.



Karl Renner (1870-1950), teórico marxista y una de las figuras más destacadas de la socialdemocracia austriaca. Fue el primer canciller de la nueva república entre 1918 y 1920 y, terminada la Segunda Guerra Mundial, ejercería el cargo de presidente de la república entre 1945 y 1950.

El último año de guerra el país fue escenario de una enorme agitación social; las manifestaciones, las huelgas, los motines e incluso las ocupaciones de tierra se sucedían enarbolando consignas a favor de la paz, de los derechos de los trabajadores y del sufragio universal. La formación del Consejo Nacional de Hungría el 24 de

octubre y el nombramiento como primer ministro por el emperador del conde Károlyi, partidario de la unión personal con Austria y de la plena soberanía nacional húngara, no aplacaron a las masas de trabajadores. El 30 de octubre de 1918, la revolución comenzaba en las calles de Budapest; en las fábricas se formaron consejos obreros y los soldados que aún se disponían a marchar al frente se unieron a los contingentes revolucionarios, formando consejos de soldados que tendrían una enorme importancia en el desarrollo de los acontecimientos en los meses siguientes. Ese mismo día, el ex primer ministro István Tisza fue asesinado en una calle de la capital húngara por unos soldados que le culpaban de la participación de Hungría en la guerra, pero, al margen de ese episodio, la revolución que comenzaba aquellos días en Budapest y que se extendería a otros puntos del país no presencié mucha más violencia. El 16 de noviembre se proclamaba la República de Hungría, que trataría, bajo la dirección de Károlyi, de establecer un régimen de signo liberal. Sin embargo, los disturbios continuaban y la crisis política y económica del país se agravaba, mientras el recién formado Partido Comunista veía aumentar día a día sus filas. El 21 de marzo de 1919, tras la dimisión del Gobierno, los comunistas y los socialdemócratas se unieron para proclamar la República Soviética de Hungría. En sus ciento treinta y tres días de existencia la nueva república estuvo liderada por el comunista Bela Kun (1868-1957), que trató de poner en marcha un régimen bolchevique en medio de los tumultos que sacudían al país.



Bela Kun proclama la República Soviética de Hungría ante una multitud congregada frente al Parlamento de Budapest.

La contrarrevolución no se haría esperar y el 1 de agosto de 1919 Kun tuvo que escapar a Viena para dejar paso a la regencia parafascista del almirante Miklós

Horthy (1868-1957), que se mantuvo en el poder, aliado en la Segunda Guerra Mundial con Hitler y Mussolini, hasta 1944. Tras la caída del régimen comunista de Bela Kun, el nuevo Gobierno y las potencias vencedoras firmaron la paz en el Tratado de Trianon el 4 de junio de 1920. Las cláusulas, a pesar de que los húngaros alegaron que se habían opuesto al comienzo de la guerra con Serbia, fueron similares a las que se impusieron a Austria. La superficie del Estado húngaro quedaba reducida al treinta y dos por ciento de sus antiguos territorios, algo que dejaría una profunda herida en el sentimiento nacional de muchos. Al ejército también se le impuso un número máximo de treinta y cinco mil hombres y el Estado quedó obligado al pago de reparaciones de guerra.

La que en un principio había sido concebida por Wilson como una paz sin humillaciones, una paz que se extendiese más allá de los tratados y diese lugar a un espacio de convivencia perdurable para los europeos y para el mundo, resultó ser lo que historiadores como José Luis Neila han llamado la «paz ilusoria», un frágil armazón sostenido sobre el castigo de los vencidos. El principio de nacionalidades sobre el que había intentado organizarse el mapa europeo de la posguerra se aplicó de forma irregular, tratando de establecer Estados-nación sobre el complejísimo mosaico territorial centroeuropeo, con el resultado de que nuevas minorías nacionales fueron integradas a la fuerza en los nuevos Estados. Al mismo tiempo, y sobre la base de ese mismo principio, muchos austriacos reivindicaron la anexión con Alemania, pues en el apogeo de las reivindicaciones nacionales este paso parecía la mejor salida para un país menguado y arrasado por la guerra. Sin embargo, los vencedores negaron esta posibilidad, y Austria tuvo que encarar su nueva existencia privada de recursos y apoyos, y cargada con la herencia de un pasado sin resolver que dos décadas más tarde desembocaría en el *Anschluss*, la anexión por parte de la Alemania nazi, y en la acogida con los brazos abiertos que muchos austriacos dispensaron al nazismo. Una nueva convulsión mayor todavía que la guerra aguardaba a la herencia del Imperio austrohúngaro en aquella paz sin paz.

Bibliografía

- AFFLERBACH, Holger y STEVENSON, David. *An improbable war? The outbreak of World War I and European political culture before 1914*. Nueva York y Oxford: Berghahn Books, 2007.
- ALEXANDER, Robert A. *Europe's uncertain path*. Sussex: Wiley-Blackwell, 2012.
- BAUMGART, William. *The Crimean War, 1853-1856*. Londres: Arnold, 1999.
- BELLER, Steven. *Francis Josep*. Harlow: Longman, 1996.
- , *Historia de Austria*. Madrid: Akal, 2009.
- BLOM, Philipp. *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente 1900-1914*. Barcelona: Anagrama, 2010.
- BRIDGE, Francis R. *From Sadowa to Sarajevo: the foreign policy of Austria-Hungary, 1866-1914*. Londres: Routledge & Kegan Paul, 1972.
- , *The Habsburg Monarchy among the Great Powers, 1815-1918*. Nueva York, Oxford, Múnich: Berg, 1990.
- CASALS, Joseph. *Afinidades vienesas. Sujeto, lenguaje, arte*. Barcelona: Anagrama, 2003.
- CLARK, Christopher. *The Sleepwalkers. How Europe went to war in 1914*. Nueva York: Harper Collins, 2013.
- COHEN, Gary B. «*National politics and the dynamics of State and civil society in the Habsburg Monarchy, 1867-1914*». En: *Central European History*, 2007; vol. 40, n.º 2 (junio).
- , *Education and middle-class society in imperial Austria, 1848-1918*. West Lafayette: Purdue University Press, 1996.
- COLE, Lawrence (ed.). *Different paths to the nation. Regional and national identities in Central Europe and Italy, 1830-1870*. Nueva York: Palgrave MacMillan, 2007.
- CORNWALL, Marc (ed.). *The last years of Austria-Hungary*. Exeter: University of Exeter Press, 1990.
- , *The undermining of Austria-Hungary. The battle for hearts and minds*. Londres y Nueva York: Palgrave MacMillan, 2000.
- DEÁK, István. «*Comments*». En: *Austrian History Yearbook*, 1967; 3(1).

- , *Beyond nationalism. A social and political history of the Habsburg Officer Corps, 1848-1916*. Oxford y Nueva York: Oxford University Press, 1990.
- EVANS, R. J. W. *Austria, Hungary, and the Habsburgs. Essays on Central Europe, c. 1683-1867*. Oxford: Oxford University Press, 2006.
- FEICHTINGER, Johannes y COHEN, Gary B. (eds.). *Understanding multiculturalism. The Habsburg Central European experience*. Nueva York y Oxford: Berghahn, 2014.
- FEJTÖ, François. *Réquiem por un imperio difunto. Historia de la destrucción de Austria-Hungría*. Madrid: Mondadori, 1990.
- FERGUSON, Nial. *The pity of war 1914-1918*. Londres: Penguin Books, 1999.
- GALÁNTAI, József. *Hungary in the First World War*. Budapest: Akad Kiadó, 1989.
- GOOD, David. *The economic rise of the Habsburg empire, 1750-1914*. Berkeley: University of California Press, 1984.
- HOBBSBAWM, Eric. *La era del capital 1848-1875*. Barcelona: Crítica, 2012.
- , *La era del imperio 1875-1914* (5.^a ed.). Barcelona: Crítica, 2013.
- , *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica, 1990.
- HORNE, John (ed.). *A companion to World War I*. Oxford: Wiley-Blackwell, 2010.
- ILLIES, Florian. *1913. Un año hace cien años*. Barcelona: Salamandra, 2013.
- JELAVICH, Barbara. *Russia's Balkan entanglements, 1806-1914*. Cambridge: Cambridge University Press, 1991.
- JOHNSTON, William M. *El genio austrohúngaro. Historia social e intelectual (1848-1938)*. Oviedo: KRK, 2009.
- JUDSON, Pieter M. «L'Autriche-Hongrie était-elle un empire?». En: *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 2008; 63^e Année, n.º 3 (Empires) mayo-junio.
- , *Guardians of the nation: activists on the language frontiers of imperial Austria*. Cambridge (Mass): Harvard University Press, 2006.
- , *Exclusive revolutionaries: liberal politics, social experience and national identity in the Austrian empire, 1848-1914*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1996.

- KANN, Robert. *A history of the Habsburg Empire 1526-1918*. Berkeley & Los Angeles: University of California Press, 1974.
- , *The Habsburg Empire in World War I: essays on intellectual, military, political and economic aspects of the Habsburg war effort*. Boulder, CO y Nueva York: East European Quarterly, 1977.
- , *The multinational Empire: nationalism and national reform in the Habsburg monarchy 1848-1918*. Nueva York: Octagon Books, 1950.
- KISCH, Egon Erwin. *De calles y noches de Praga*. Barcelona: Minúscula, 2002.
- KISSINGER, Henry. *Diplomacia*. Barcelona: Ediciones B, 1996.
- KOMLOS, John (ed.). *Economic development in the Habsburg Monarchy and in the successor states*. Nueva York: Columbia University Press, 1990.
- KRAUS, Karl. *Aforismos*. Barcelona: Minúscula, 2003.
- , *Escritos*. Madrid: Antonio Machado Libros, 2010.
- KROBB, Florian. «Cultures at war 1914-1918». En: *Austrian Studies* (vol. 21), 2013; Modern Humanities Research Association, London.
- LYONS, Martin. *Post-revolutionary Europe, 1815-1856*. Nueva York: Palgrave MacMillan, 2006.
- MAHLER-WERFEL, Alma. *Mi vida* (4.^a ed.). Barcelona: Tusquets, 1987.
- MASON, John W. *The dissolution of the Austro-Hungarian Empire 1867-1918*. London y Nueva York: Longman, 1985.
- MENGER, Carl. *Principios de economía política*. Bubok, 2013 (Versión Kindle).
- MORGENSTERN, Soma. *En otro tiempo. Años de juventud en Galitzia oriental*. Barcelona: Minúscula, 2005.
- MURAD, Anatol. *Franz Joseph I of Austria and his Empire*. Nueva York: Twayne Publishers, 1968.
- MUSIL, Robert. *El hombre sin atributos*. Barcelona: Seix Barral, 1986.
- OKEY, Robin. *The Habsburg Monarchy. From Enlightenment to Eclipse*. Nueva York: St. Martin's Press, 2001.
- ORMOS, Mária y KIRÁLY, Béla (eds.). *Hungary: government and politics 1848-2000*. Nueva York: Columbia University Press, 2001.
- PEREIRA, Juan Carlos (coord.). *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas* (2.^a ed.). Madrid: Ariel, 2009.

- PIPER, Ernst. *Nacht über Europa. Kulturgeschichte des ersten Weltkrieges*. Berlín: Propyläen, 2013.
- PRICE, Roger. *The revolutions of 1848*. Londres: MacMillan Education, 1988.
- REIFOWITZ, Ian. *Imaging an Austrian nation. Joseph Samuel Bloch and the search for a multiethnic Austrian identity, 1846-1919*. Nueva York: Columbia University Press, 2003.
- ROLLAND, Romain y ZWEIG, Stefan. *Von Welt zu Welt. Briefe einer Freundschaft*. Berlín: Aufbau, 2014.
- ROLLAND, Romain. *Más allá de la contienda*. Madrid: Nórdica, 2014.
- ROTH, Joseph. *La cripta de los capuchinos*. Barcelona: Acantilado, 2002.
- , *Judíos errantes*. Barcelona: Acantilado, 2008.
- , *Primavera de café. Un libro de lecturas vienesas*. Barcelona: Acantilado, 2010.
- ROTHENBERG, Gunther E. *The Army of Francis Joseph*. West Lafayette: Purdue University Press, 1998.
- SANTANA, Sandra. *El laberinto de la palabra. Karl Kraus en la Viena de fin de siglo*. Barcelona: Acantilado, 2011.
- SCHNEIDER, Uwe y SCHUMANN, Andreas (eds.). *Krieg der Geister. Erster Weltkrieg und literarische Moderne*. Würzburg: Königshausen & Neumann, 2000.
- SETON WATSON, Robert W. «The Austro-Hungarian Ausgleich of 1867». En: *Slavonic & East European Review*, vol. 19, n.º 53/54. *The Slavonic Year Book 1939-1949*.
- SCHORSKE, Carl E. *La Viena de fin de siglo. Política y cultura*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2011.
- SCHULZE, Max-Stephan y WOLF, Nikolaus. «Economic nationalism and economic integration: the Austro-Hungarian Empire in the late nineteenth century». En: *Economic History Review*, 2012; 65(2).
- SKED, Alan. *The decline and fall of the Habsburg Empire, 1815-1918*. Nueva York: Longman, 1989.
- STEINER, George. *La idea de Europa* (4.ª ed.). Madrid: Siruela, 2012.
- STEVENSON, David. *Armaments and the coming of war in Europe, 1904-1914*. Oxford: Clarendon Press, 1996.

- TAYLOR, Alan J. P. *The struggle for mastery in Europe, 1848-1918*. Oxford: Clarendon Press, 1969.
- , *The Habsburg Monarchy, 1809-1918*. Harmondsworth: Penguin, 1948.
- TORBERG, Friedrich. *La tía Jolesch o la decadencia de Occidente en anécdotas*. Barcelona: Alba Editorial, 2014.
- TÓTH, István G. (ed.). *Geschichte Ungarns*. Budapest: Corvina Osiris, 2005.
- UNOWSKY, Daniel L. *The pomp and politics of patriotism. Imperial celebrations in Habsburg Austria, 1848-1916*. West Lafayette: Purdue University Press, 2005.
- WILLIAMSON, Samuel R. *Austria-Hungary and the origins of the First World War*. Londres: MacMillan, 1991; p. 146.
- WINGFIELD, Nancy M. *Creating the other: ethnic conflict and nationalism in Habsburg Central Europe*. Nueva York y Oxford: Berghahn, 2004.
- WINTER, Jay; PARKER, Geoffrey y HABECK, Mary R. *The Great War and the twentieth century*. New Haven: Yale University Press, 2000.
- ZWEIG, Stefan. *El mundo de ayer*. Barcelona: Acantilado, 2002.